

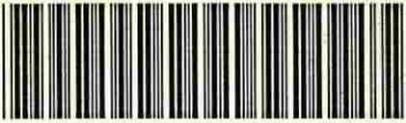
CIC

FRANC

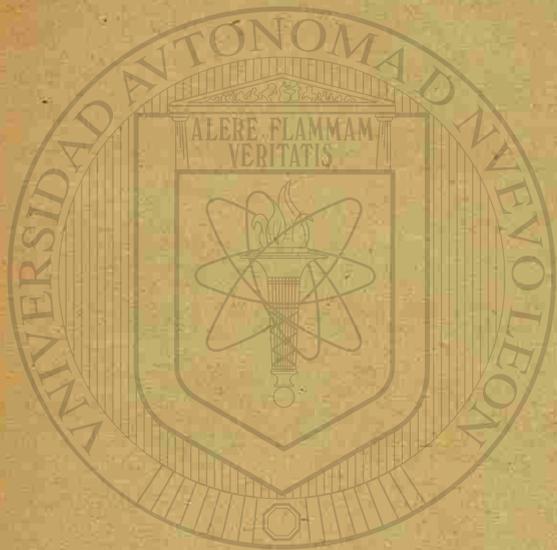
J. OHNET

EL CAMINO
E LA GLORIA

PQ2378
.03
C358



1020026709

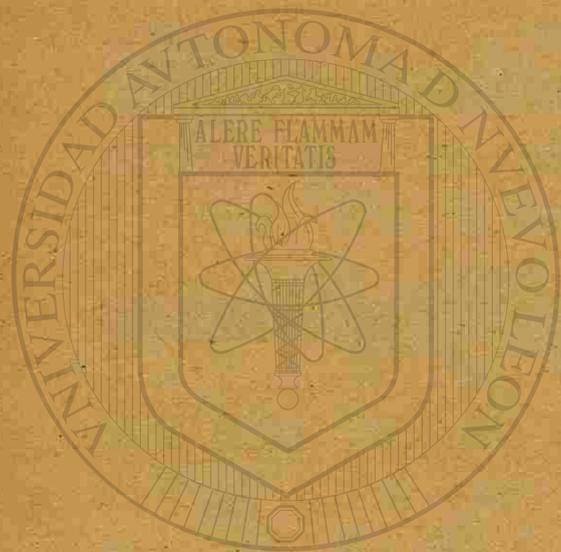


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor 06383c
Núm. Adg. 30634
Precedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó [Signature]

Las batallas de la vida.

El Camino de la Gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las batallas de la vida.

El Camino de la Gloria

NOVELA

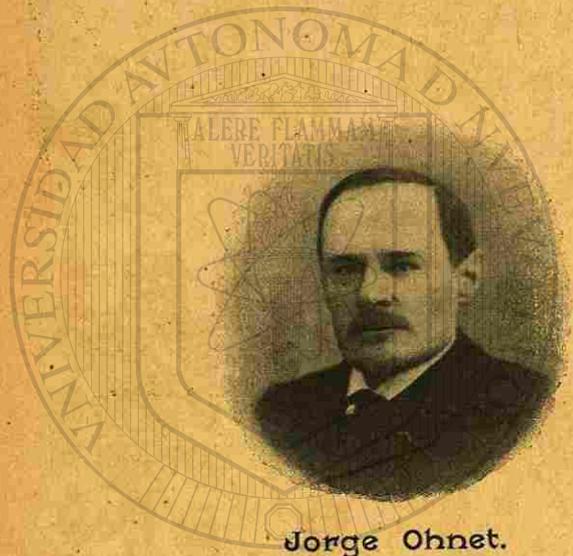
POR

JORGE OHNET

VERSIÓN CASTELLANA

DE

Carlos de Batlle



Jorge Ohnet.



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16-MADRID

85702

30634

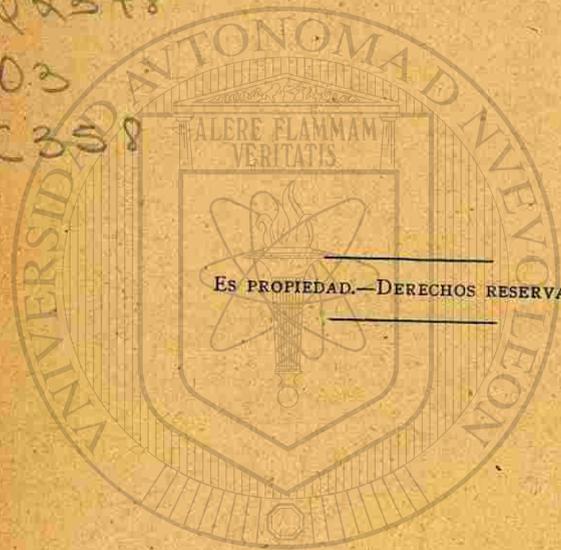
843

Q

PQ 2378

.03

C358



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra.»

Las batallas de la vida.

El Camino de la Gloria.

PRIMERA PARTE

I

Cayó el telón entre atronadores aplausos, y las bailarinas que llenaban la escena se lanzaron, dando un grito de alegría, á través de la nube de dorado polvillo que se elevaba lentamente, y desaparecieron por los corredores, rompiendo el armonioso orden del conjunto. Al otro lado de la cortina, la orquesta hizo oír los últimos compases, y en medio del barullo producido por el final de acto, un joven alto, moreno, de ojos negros y pálida tez entró en el escenario y se dirigió hacia la primera tiple, que lentamente se alejaba conversando con el tenor.

—¡Ah! Hé aquí nuestro autor..... ¿Dónde estaba usted, querido maestro? No le he visto en el palco de la dirección.....

—No; he estado en la sala con unos amigos.....

—¡Ah!—dijo la artista, cuya mirada vaciló un momento para fijarse después, penetrante y aguda, en el rostro del joven.

—¿Ha quedado usted contento de nosotros?—preguntó el tenor.

—Muy contento.

El director de escena se acercó al grupo, é interrumpió la conversación diciendo:

—Señorita Brillant, deteniéndose en las corrientes de aire se enfriará usted seguramente; y usted, señor Fernández, será causa de que empecemos el acto con retraso, pues aún tiene la tiple que cambiar de traje; todo esto sin contar con que, siguiendo aquí, nuestro querido maestro corre el riesgo de que le caiga un bastidor en la cabeza..... Yo les suplico que salgan del escenario.

—Tiene usted muchísima razón—contestó sonriendo Eva Brillant; y dirigiéndose al compositor, agregó:

—¿Viene usted á mi cuarto, Oliverio?

—Tengo que hablar un momento con el empresario; pero seré con usted en seguida.

Acompañó á los dos artistas hasta la puerta del escenario, y mientras ellos se perdían por el laberinto de corredores, él se dirigió con paso firme y ligero hacia el despacho del director. Lla-

mó, y sin esperar á que le contestasen, abrió la puerta, diciendo con voz sonora:

—¿Se puede entrar?

—Seguramente—dijo en tono amabilísimo un anciano delgado y de blanquísimos cabellos, que estaba sentado ante una gran mesa de trabajo que ocupaba el centro del vasto despacho adornado con lujosos muebles, sobre los que se veían partituras, bocetos de decoraciones, dibujos de trajes, y en un rincón, un magnífico piano de cola dormía pacífica é inofensivamente. El director-empresario cogió un pliego de papel, y enseñándoselo al músico, le dijo:

—¿Ha visto usted la hoja de entrada? Hemos hecho dieciocho mil.....

—En la vigésima representación no está mal.

—Diga usted que es un resultado soberbio.... Verdad es que tenemos á Eva Brillant y á Fernández..... ¡Ah! ¡Eva Brillant!.... El día en que se decida aceptar una contrata para América, volverá siendo tan célebre como pueda serlo la primera cantatriz del mundo. ¡Qué mujer!

—Eva seguirá en la Ópera para cantar *La Veneciana*.....

—Cuando usted la concluya..... Mi querido Derstal, trabaja usted muy poco; se duerme sobre los laureles conquistados con *Erin*, y se dedica á vivir la vida de sociedad. La gente se lo disputa, y no me extraña; es usted amable, joven, elegante, y además tiene usted mucho talento.....;

pero desconfíe usted. Después del éxito ruidoso de su primera obra, es preciso que consolide su fama con otro éxito igual, mayor si es posible, y *La Veneciana* debe de ser un gran triunfo..... Le acechan á usted; tiene usted muchos envidiosos..... ¡Ah! el triunfo es difícilísimo para un músico. Son tantos los llamados, tan pocos los elegidos, y la espera vuelve de tal modo feroces á los compañeros menos afortunados, que..... En fin, trabaje usted, amigo mío; trabaje usted.

Un relámpago iluminó el rostro de Derstal; no fué dueño de contener un movimiento brusco. Se dirigió al piano sin decir palabra; arrancó el trozo de seda que cubría el teclado; preludió con fuerza, y volviéndose hacia el director, que atónito seguía todos sus movimientos, clavó en él una mirada de desafío y se puso á cantar. Era un canto de amor, al que respondían las lamentaciones de la Veneciana, que lloraba la traición, mientras su amante prorrumpía en gritos de delicioso éxtasis. En su entusiasmo dramático, la hermosa voz de Derstal daba á las caricias del canto de amor un acento de pasión que formaba sorprendente contraste con los gritos de dolor de la infeliz mujer. El acompañamiento, que imitaba el ruido de los remos, el movimiento de las ondas de la laguna, la furia de los celos y el enervamiento de la ternura bajo el inmenso cielo azul de la ciudad dormida, resonaba vibrante y armonioso. Derstal, con la cabeza levantada y los ojos fijos en el techo, como si en

él encontrase la inspiración, se entregaba sin reservas, olvidándose del sitio en que se encontraba y de la persona ante quien cantaba. Los últimos acordes murieron lentamente bajo la presión de sus dedos; las notas se extinguieron en sus temblorosos labios, y el religioso silencio que siguió á este potente arranque de inspiración fué turbado por la voz del director, que se levantó gritando:

—¡Bravo, Derstal! ¡Bravo!..... ¡Ah! Si toda la partitura tiene la misma fuerza, bien podremos decir que nos ha nacido un genio..... Podremos sostener la Ópera sin cantar nada de Wagner. Amigo mío, amigo mío, ¡qué desquite tan hermoso para la escuela francesa! No olvide usted un momento que desde hace veinticinco años ni una sola obra—fijese bien,—ni una sola obra de las creadas en nuestra nación ha podido quedar de repertorio. Todas las que hemos explotado han sido creadas en el Extranjero, y llegado hasta nosotros consagradas por las alabanzas de Europa entera. Usted ha sido el primero en triunfar. *Erin* es un éxito grande, inmenso; pero ¿será duradero? Yo lo aseguro si *La Veneciana* triunfa, y espero que será así, pues tendremos todas las cartas en la mano. Déjese usted guiar por mí, y no dude de que le llevaré lejos, muy lejos.

El compositor, que había recobrado por completo su sangre fría, fijó con tranquila seguridad sus ojos en el director.

—Voy á empezar el tercer acto, y en septiem-

bre habré terminado la instrumentación. Si usted quiere, podrá montar la obra para la primavera próxima.....

—Yo no hago más que esperar, teniéndolo todo dispuesto. En cuanto á los artistas, puede usted contar con lo mejor de lo mejor, y si hace falta contratar alguno nuevo, no tiene más que decirme el nombre. Ya verá usted de qué modo trato á los autores.

—Ya lo sé, amigo mío—dijo Derstal con cierta displicencia.—Es usted un moderno Mecenas; pero, entretanto, tengo que pedirle un favor: querría que oyese usted la partitura de uno de mis compañeros, muchacho de gran talento, que hasta ahora no ha tenido la menor suerte, y que se mata dando lecciones, cuando en su cerebro germinan ideas admirables.....

—¿Cómo se llama su protegido?

—Pinchart.

—¿Pinchart?..... ¿Pinchart?—y con acento de desconfianza repitió varias veces este nombre.

—¡Pinchart!—agregó después de un corto silencio. ¿Cree usted que se puede llegar á la celebridad, á ser ilustre, con un nombre como éste?..... Pinchart..... Hay nombres que no se prestan para llegar con ellos á la gloria..... Yo no creo que un hombre que se llame Pinchart pueda nunca entusiasmar á los públicos. Para triunfar, el nombre es un factor muy importante, muy importante.....

—¡Bah! Bizet es nombre de palomo, y, sin em-

bargo, ¿quién se acuerda de semejante cosa oyendo *Carmen*? Créame, y oiga á Pinchart; tiene muchísimo talento.....

—Bueno, mándelo usted, y.....

En aquel momento se oyó una voz que gritaba en el pasillo:

—Vamos á empezar el tercer acto.....

—Y yo que había prometido á Eva ir á verla.....

—Le dice usted que nos hemos estado ocupando de *La Veneciana*, y verá cómo queda satisfecha con la excusa.

Juntos llegaron hasta los bastidores, en donde se apiñaban figurantes y coristas. Detrás de la decoración del foro, una banda militar se colocaba para sostener desde el escenario el efecto de la gran marcha triunfal. La orquesta había empezado el preludio. Eva Brillant, de pie junto á un bastidor, y teniendo detrás á su doncella, que sostenía la cola de su falda, esperaba el momento de salir á escena. Al ver á Derstal le dedicó una sonrisa, y con la mano le hizo un cariñoso signo de reproche. El compositor se acercó á la artista, y le dijo con entonación que revelaba una tierna deferencia:

—No ha sido mía la culpa, Eva; el empresario me ha retenido. Le he estado hablando de Pinchart.....

—Cuánto me alegro—dijo Eva vivamente—de que se hayan ocupado ustedes de este excelente muchacho.....; pero, ¿te veré á esta noche?

—Sin duda alguna. En cuanto termine la representación esperaré en tu coche.

—Perfectamente. ¿Dónde vas ahora?

—Á aplaudirte desde la sala.

—¿Á qué palco vas?

—Al proscenio de la derecha.

—¿Con los Brandón?

Al pronunciar este nombre, Eva miró fijamente á su interlocutor. Derstal contestó con displi-
cencia:

—Sí. Ya sabes que esos americanos tienen grandes pretensiones artísticas. En el fondo, son unos salvajes que no saben nada de nada; pero que quieren á todo trance que sus gustos y aficiones estén en armonía con su fortuna..... Durante todo el invierno me han estado haciendo objeto de sus más delicadas atenciones, y no he podido negarme á exhibirme en su palco durante una hora. Daban una importancia extraordinaria á este detalle.....

—Has hecho muy bien..... Voy á salir á escena, conque hasta luego.

Le dedicó una cariñosa sonrisa, y levantando la cabeza, se quitó la gasa con que cubría su cuello; arregló con el pie la cola de su falda, y andando majestuosamente salió al escenario. Derstal pasó por entre los individuos que componían la banda, llegó al pasillo que conducía á la sala, dió amistosamente las buenas noches al encargado de guardar la puerta, y subiendo precipitadamente la escalera que conducía al piso primero, entró en el palco de la señora de Brandón, en el momento en que Eva Brillant empezaba su aria.

El riquísimo americano, que estaba de pie junto á la puerta, hizo pasar al joven compositor, hacia el que se volvieron la señora y la señorita de Brandón, que ocupaban los dos sitios más visibles del palco. La madre y la hija, descotadas las dos, casi tan jóvenes una como otra, ricamente vestidas y resplandecientes de puro hermosas, eran objeto de la admiración del público que llenaba el teatro. La curiosidad que de costumbre producía su inmensa fortuna era aquella noche mucho mayor, debido á la presencia en su palco del aplaudido autor de *Erin*. La simpática figura de Derstal, conocida de todos por haberla visto mil veces reproducida en los periódicos ilustrados y en los retratos que exponían en los escaparates, había sido desde su aparición en el palco el blanco de todos los gemelos. El primero en reconocerlo había murmurado al oído de su vecino: «Derstal está allí»; y esta frase había recorrido velozmente todo el teatro y hecho más viva todavía la curiosidad de los espectadores que deseaban conocer en persona al autor de la obra que estaban aplaudiendo.

Halagadas por esta manifestación de interés que las hacía objeto de la curiosidad general y atraía hacia ellas todas las miradas, la señora y la señorita Brandón habían encontrado larguísimo el entreacto, durante el que Derstal las había dejado, privándolas de aquella satisfacción de amor propio. Puestas de nuevo en posesión del grande hombre, las americanas olvidaron muy pronto la

música para ocuparse únicamente del autor, y con un desdén perfecto de lo que pasaba en la escena, se volvieron sonrientes hacia Derstal, que, sentado en segundo término, hacía inauditos esfuerzos para ocultarse á la curiosidad del público, sorteando las columnas que decoraban el antepecho del palco.

—Sus artistas le han entretenido mucho—dijo la señora Brandón.—Nosotras hemos recibido la visita de Mr. Horacio Paget, primer secretario de nuestra embajada, que tiene grandes deseos de conocer á usted..... ¿Ha dicho usted á la señorita Brillant, según le he encargado, lo mucho que la admiramos?

—¡No faltaba más!—dijo evasivamente Derstal, que ni por asomo había pensado en ocuparse de semejante cosa.

—Atiende, mamá—dijo la señorita Brandón, en tono de reproche;—lo que están cantando es maravillosamente hermoso.

En el palco hubo un momento de silencio, durante el que Derstal oyó, por centésima vez lo menos desde que su obra se había puesto en estudio, las armonías de la marcha triunfal que tanto trabajo le había costado, que con tanto entusiasmo había compuesto, y que en aquel instante le producía náuseas. Hizo esfuerzos para no escuchar, pero el taratata de las trompetas le taladraba los oídos. Con infinita amargura pensaba: «Esto es insignificante, tonto.....; y yo estaba satisfecho de esta cadencia chillona. Hoy lo haría mucho mejor,

y seguramente no me daría por satisfecho con tan poco.....» La orquesta provocó en él un movimiento de coraje: «Bueno....., los oboes retrasados dos tiempos. ¡Ah! ¡La ejecución, la ejecución!..... Una vez terminada una obra y dada al público, no se debería oír nunca.....» Y quedó sumido en profunda meditación, de la que le sacaron las entusiastas exclamaciones de las dos mujeres.

—¡Es verdaderamente sublime!

Derstal, sin contestar, apoyó con visible fastidio la cabeza en la columna.

Según él, la admiración de las americanas acababa de juzgar su obra. Para que aquellas dos exóticas de mentalidad primitiva, y que ni siquiera sabían lo que significa la palabra estética, se extasiasen, preciso era que la vulgaridad de la célebre marcha fuese indiscutible. Á renglón seguido pensó: «Eva nunca me ha elogiado este fragmento, no hace más que tolerarlo; pero también es cierto que tiene el gusto un poco más selecto que este par de cotorras de las orillas del Misouri.»

—¡Qué hermosa es Eva Brillant!—dijo Brandón.—Antes de que crease su ópera—añadió, dirigiéndose al autor de *Erin*—casi nadie la conocía.

Derstal enrojeció hasta la raíz del pelo, y volviéndose hacia el americano, le contestó con acento no desprovisto de violencia:

—Yo era el desconocido antes de que Eva cantase mi música..... Yo se lo debo todo; ella no me debe absolutamente nada, pues una artista de su

mérito encuentra siempre la ocasión del triunfo que la coloca en plena luz, mientras que un compositor encuentra raramente el intérprete ideal que preste valor á sus ideas expresándolas con divina autoridad.

La señora Brandón movió la cabeza en señal de aprobación.

—Veo, querido maestro—contestó,—que posee usted el dón del agradecimiento; que no se hace usted ilusiones, á pesar de la grandiosidad de su éxito, y que casi pretende negarlo; por más que lo que usted afirma con respecto á la influencia que haya podido tener la cantatriz en el triunfo de su obra, no está desprovisto de un poco de exageración. Pero más vale que sea así. Esto es elegante y bonito.... ¿No es cierto, Suzy?

—Sí, muy elegante y muy bonito—repitió con cierto enojo la joven;—pero á mí me han asegurado que todo cuanto sabe Eva Brillant se lo ha enseñado usted. Parece ser que cuando salió del Conservatorio, después de haber ganado el primer premio, era muy ordinaria. Su misma voz, hoy tan hermosa, dicen que carecía de extensión y de amplitud. Usted es quien ha hecho de una discípula mediocre la gran artista que aplaudimos esta noche.... Esto, por lo menos, es lo que aseguran los inteligentes, pues yo confieso que en materias de música no entiendo casi nada.

—Es cierto que Eva ha aprendido mucho trabajando conmigo—replicó el compositor.—Tenía

que perfeccionar su garganta, atacaba mal las notas, no dominaba su voz y se fatigaba inútilmente. Yo le enseñé á sacar partido de sus excepcionales condiciones; pero lo que no pude enseñarle fué lo que ha tenido siempre: su admirable comprensión de la música, el fuego dramático y ese prestigio poderosísimo que hace que el auditorio se entregue sin resistencia posible, y que convierte á un público indolente y apático en una reunión de fanáticos. Este es el dón más grande de todos; es el que asegura los triunfos y ciñe en la frente del artista la corona soberana. Eva Brillant no está más que en los principios de su carrera, y tengan por seguro que llegará á lo más alto del firmamento lírico-dramático, y con su brillo obscurecerá el de otras estrellas que ahora resplandecen. Hoy ninguna mujer, en ningún país ni en ninguna escena, puede comparársele. Las otras tienen talento, pero ella....., escuchen y miren, ella tiene el genio.

La artista representaba y cantaba la escena de su agonía, cuando cae entre las verdes palmas y las antorchas triunfantes en el suelo de *Erin* libertada. Cualquiera habría creído que acababa de adivinar todo cuanto Derstal había dicho de ella. Con sus hermosos brazos en alto, fijando con gesto de grandeza desoladora los ojos en el cielo, como para darle gracias por la salvación de su patria, dejaba salir de sus temblorosos labios el adiós á la vida y al amor. Los sollozos vibraban

en su inspirado canto, en el que á un tiempo se reflejaban el dolor y la alegría, y no parecía sino que el corazón de la artista dejaba realmente de latir bajo las miradas de los emocionados espectadores..... Se oyó una aclamación comprimida; segundos después una tempestad de bravos y aplausos estalló en la sala, y la representación fué interrumpida un instante para que el público pudiese dar rienda suelta á su entusiasmo..... Luego, el acto terminó en medio de una ovación tan imponente como prolongada. Las dos mujeres se levantaron y entraron en el antepalco para ponerse los abrigos. Brandón se acercó á su hija, y Derstal ayudó á la rica americana á ponerse una salida de teatro de terciopelo verde adornada con pieles de armiño.

—¿Baja usted con nosotros, querido maestro?—preguntó la americana, que deseaba mostrarse ante todos los espectadores acompañada del joven compositor.

—Perdóneme usted, señora—dijo Derstal, dirigiéndole una sonrisa;—pero ustedes van á pasar por entre todos los abonados, y su curiosidad sería un poco molesta para mí.

—¿Por qué les niega usted la satisfacción que había de proporcionarles verle de cerca?—arguyó con insistencia la señora Brandón.—Así podrían manifestarle más directamente su admiración.

—Tal vez no todos habrían de ser tan indulgentes como ustedes, y correría el riesgo de oír hablar mal de mi obra.

—No es esto lo que usted teme—replicó alegremente Brandón.— Los unánimes aplausos que aún resuenan en sus oídos son más que suficientes para tranquilizarle con respecto á este punto; pero ya sabemos que en Francia los grandes artistas huyen de las ovaciones. Conque buenas noches, y ¿hasta cuándo?

—Si ustedes me lo permiten, el jueves iré un rato.....

Derstal saludó á las dos mujeres, estrechó la mano que le tendía Brandón, y bajando por una de las escaleras laterales, llegó al escenario, en el que sólo quedaban los maquinistas desmontando el decorado; cruzó los pasillos, saludó á los empleados de guardarropía y llegó al pequeño patio en que se colocaba el coche de Eva Brillant. Era un modesto carruaje de alquiler que iba á buscarla todas las noches que cantaba en la Ópera. El cochero conocía bien á Derstal, y tocando con los dedos el ala de su sombrero, dejó que el joven se metiese en el coche. Pasaron algunos minutos, y grupos de hombres y mujeres que se alejaban hablando y riendo empezaron á cruzar por el patio; luego el cuerpo de coristas y figurantes, larvas apagadas de brillantes mariposas que habían evolucionado en escena, se perdieron en las sombras de la noche, y, al fin, las primeras figuras empezaron á salir. Eva Brillant apareció alta, esbelta, y adelantando con paso rápido, metió la cabeza por el hueco de la ventanilla para preguntar á Derstal:

—¿Á casa?

—Sin duda alguna—contestó el joven, dedicándole una sonrisa.

—Á mi casa — dijo la cantante al cochero; y abriendo ella misma la portezuela, subió al coche.

Allí fué recibida por los brazos de Oliverio, y cuando el carruaje se ponía en movimiento, los dos jóvenes, abrazándose fuertemente y suspirando con alegría, cambiaron un beso.

Cuando Oliverio Derstal había visto por vez primera á Eva Brillant, era muy joven y estaba muy pálido y muy delgado. Para vivir, se veía precisado á enseñar el contrapunto y la armonía á jóvenes tontos y acomodados, que queriendo darse aires de artista publicaban romanzas y valeses que Derstal corregía y *rehacía* con tanta conciencia como disgusto. Uno de sus discípulos, hijo de un rico banquero israelita, había llegado á componer bailes para los *Music-Halls*, y había visto ya su nombre en los carteles de *Folies-Bergères* y de *Olympia* debajo de títulos tan sugestivos como *El amor á través de las edades* y *Cocottes y Book-makers*. Derstal vivía, pues, del triste oficio de curandero musical. Pacientemente cuidaba de las ideas de sus alumnos y trabajaba sin descanso para que los hijos de las imaginaciones que dirigía no tuviesen la voz demasiado chillona. En sus ratos de ocio trabajaba para sí; y con el producto

de estas horas robadas al descanso y al esparcimiento había formado un álbum, que gratuitamente le había editado Lacueil, y que apenas se vendía.

Á su regreso de Roma, y después de haber permanecido tres años en la ciudad de los Médicis, Derstal había tenido ocasión de poner la música á una opereta que debía estrenarse en el teatro de la *Gaité*. Aquello era la seguridad de hacerse un nombre y los medios para trabajar tranquilamente una temporada de dos años, y, con todo, el compositor tuvo el orgullo y la fuerza de voluntad necesaria para rechazar un trabajo que no juzgaba digno de él. Casi sin comer, y vistiéndose con trajes llenos de remiendos, trabajaba en el silencio del aislamiento en la partitura de un drama lírico, *Erin*, cuyo poema había sido escrito por uno de sus compañeros, Claudio Labarre, principiante también en las lides literarias y tan pobre como él. El horizonte se presentaba para el músico cerrado y sombrío, y á los veintiocho años permanecían también obstinadamente cerradas todas las puertas, á las que con trémula mano se había atrevido á llamar. Había solicitado que en el ministerio de Bellas Artes inscribiesen su nombre en la lista de los pensionados de Roma para la elección del director de la Ópera, y ni siquiera esta satisfacción platónica le había sido concedida. Había solicitado de los directores de los grandes conciertos que le admitiesen una serie orquestal,

y había tropezado con el deseo de unos de no ejecutar más que obras de Wagner, con la necesidad alegada por otros de ejecutar las de Berlioz con el fin de tener grandes entradas.

Por fin, y después de mucho luchar, pudo conseguir que Lamoureux le ejecutase un *scherzo*, cuyas audacias asombraron al auditorio—siempre rebelde á las novedades y hostil á los desconocidos—hasta tal extremo, que las muestras de desagrado más grandes y los silbidos más estridentes acogieron el fin de la ejecución. Ese día, Oliverio Derstal, calenturiento y descorazonado, se encerró en su cuarto preguntándose si no sería mejor para él renunciar á la música, y buscar, puesto que todavía era joven, un destino que le asegurase un porvenir. Estaba, pues, expuesto á ser víctima del abatimiento más sombrío, cuando la aparición de Eva Brillant, en su vida, vino á devolverle la confianza y el ardor.

El álbum de piezas para canto había caído en manos de la artista, entonces contratada en la Ópera Cómica. Eva estaba buscando aires nuevos para un concierto, en el que el eminente pianista Schéler le había rogado que cantase, y la sincera originalidad de las obras de Derstal la habían seducido. Una de las piezas que estudiaba, *Sueños de poeta*, le parecía que había de producir un gran efecto; pero como quiera que antes de interpretarla quería oír los consejos del autor, una mañana se presentó en casa del joven maestro.

En esa época Eva era casi tan desconocida como Derstal. Contratada después de un concurso afortunado en el Conservatorio, la habían confinado en la categoría de tiple ligera, que desempeñaba nada más que medianamente. Su temperamento, su inteligencia y sus medios poderosos, no manifestados aún, hacían que desempeñase torpemente papeles para los que sólo eran necesarias gracia y habilidad. Se desconocía á sí misma, y no se daba cuenta exacta de los extraordinarios recursos que en germen contenía su voz. La extrema timidez que sentía al entrar en casa de Derstal desapareció pronto ante la gran pobreza de la habitación. En el compositor adivinó un compañero de miseria, y no pensó ya en avergonzarse de su traje al ver la remendada levita del músico. Éste, halagado por el paso que daba la cantante, y tal vez más conmovido que otra cosa, la hizo entrar en su gabinete para que hablase. De este modo supo que Eva vivía con su madre en un modesto cuarto del *faubourg* Poissonnière, que era muy juiciosa, y á medida que la oyó hablar con más libertad, se fué dando exacta cuenta de la gracia de su rostro y de la esplendidez de su rubia cabellera. Su voz, admirablemente timbrada, tenía en el registro medio notas en las que resonaban los ardores de la pasión. De pronto le dijo:

—¿Qué está usted cantando ahora?

—*Philine* en *Mignon* y *Micaela* en *Carmen*.

—Yo no sé si me equivoco, pero creo que usted

está llamada á cantar *Mignon* y *Carmen*..... La tesitura de estos papeles tal vez es un poco baja para su voz, y todavía no sé..... ¿Quiere usted cantar algunas frases de *Carmen*?

—Con mucho gusto.

Derstal tomó de encima de un mueble la partitura de Bizet, y, abriéndola, escogió el dúo del segundo acto:

«Huyamos los dos á la montaña.»

Él cantaba la parte de José, y ¡de qué modo! Únicamente pueden comprenderlo los que la han oído. Con los ojos fijos en la joven, cantó su parte como nadie ha podido expresarla nunca desde la muerte de su autor. Arrastrada por el poder de esa interpretación, Eva Brillant se entregó sin reservas, y, apasionadas, ardorosas, amargas, las célebres frases se sucedieron hasta la explosión final. Un silencio siguió á los últimos acordes del piano, y Derstal, volviéndose hacia la cantante, le dijo:

—No me había equivocado; no han sabido conocer su temperamento. ¿Cómo puede ser que ese viejo rutinario de Carvalho haya cometido semejante error? Y ¿cómo se explica que no sepa darse cuenta del talento de usted? ¡Ah! Probablemente tiene la fortuna de su teatro entre las manos y ni siquiera se lo figura. Todos son lo mismo. Si va usted á la Ópera, le harán cantar *Siébel*, cuando usted ha nacido para encarnar *Margarita*.

—Entonces, ¿he cantado bien?—preguntó Eva, sonriendo humildemente y clavando sus hermosos ojos en el compositor.

Este movió la cabeza y contestó sin rodeos:

—No, no ha cantado usted bien. Mal ligadas las frases, mal atacadas las notas; pero todo lleno de promesas que se convertirán en realidades. No ha cantado usted bien, pero puede usted cantar admirablemente. Esto es todo.

Derstal, al ver que los ojos de la cantante se llenaban de lágrimas, se puso á reír:

—¿Tan sensible es usted, hija mía?—agregó.—¿Llora porque acabo de echar un jarro de agua fría á su entusiasmo? Aprenda, aprenda á soportar las decepciones de que está llena nuestra vida de artistas. Pero puesto que desea usted cantar mi melodía, y ha venido para que yo le enseñe á desentrañar su sentido, ocupémonos de ella.

Derstal preludió y se puso á cantar los *Sueños de poeta*. Sentada junto á él, pálida y vibrando de emoción á la voz del compositor, Eva le escuchó con arrobamiento. Cuando la pieza hubo terminado, la cantante suspiró:

—¡Qué hermoso!—dijo.—Pero ¿cómo imitar esa perfección en el arte de decir?

—Fácilmente, hija mía; trabajando juntos—contestó Derstal sonriendo.—Vamos, ahora le toca á usted.....

El compositor, interrumpiendo frecuentemente la lección para dar consejos, hacer reflexiones y

referir anécdotas que hacían que Eva se sintiese más dueña de sí misma y le devolvían la plenitud de sus facultades, hizo cantar á su discípula durante dos horas, y toda la admiración que ella sentía por él, él empezaba á sentirla por ella. Unidos por el lazo de su común pasión por la música, entraban ya uno y otra en interioridades; se hacían íntimas confidencias, como si se conociesen desde muchos años, y en su entusiasmo se olvidaban de las horas, sin darse cuenta de la fatiga y satisfechos de sus esfuerzos. Eva fué la primera que recobró la noción del tiempo.

—¡Dios mío! Las doce ya..... ¿Qué pensará mi pobre madre?

—¿Sabía que venía usted á mi casa?

—Naturalmente. No le oculto nada de cuanto hago..... ¡Pobre madre mía! Tiene en mí absoluta confianza, y además, como casi siempre está enferma, no puede acompañarme.....

Hablando de este modo, se había puesto el abrigo, y el joven, que adivinaba las soberbias líneas de su precioso cuerpo, la esbeltez de su talle y la natural distinción de sus movimientos, le preguntó:

—¿Cuándo es el concierto? ¿Tendrá usted tiempo para volver á estudiar la pieza conmigo?

—El concierto se verificará dentro de ocho días en la sala Erard, y puesto que usted me autoriza para ello, volveré.....

—No solamente la autorizo, se lo suplico.....

—Entonces, hasta pronto, y gracias con todo mi corazón.....

Derstal la acompañó hasta la puerta, y la despidió sin darle siquiera un apretón de manos. Eva le dedicó una sonrisa, y se fué.

La reputación de Eva Brillant empezó la noche en que cantó los *Sueños de poeta*. Una gran señora, la marquesa de Larsay-Bouteil, asistió al concierto para aplaudir á Schéler, que tocaba el piano en los conciertos privados que en su casa se celebraban, y verdadera inteligente en música, se había impresionado vivamente con el estilo y el acento con que la cantante había interpretado la melodía de Derstal. Terminado el concierto, y ya en el salón en que Schéler recibía los plácemes de sus amigos, la marquesa le dijo:

—¿Quién es esa joven que ha cantado hace un momento? ¿Sabe usted que me ha interesado mucho?

—Tiene usted mucha razón; es una verdadera artista....., pero no se ha marchado todavía. ¿Quiere usted que se la presente?

Eva Brillant, conducida á presencia de la gran señora, recibió sus elogios con tranquila gracia. En la sala había visto que Oliverio Derstal la aplaudía con entusiasmo, y para ella los aplausos del autor de *Sueños de poeta* tenían mucho más valor que las alabanzas de todo el auditorio. Entretanto la marquesa, en hábil reclutadora de artistas de mérito, le decía:

—Cada quince días doy veladas musicales que están muy concurridas, y me consideraría muy dichosa si lograra que mis amigos la oyesen á usted. Schéler le acompañaría con gusto los *Sueños de poeta*, que tan admirablemente canta usted.....

—Señora marquesa, tal vez podría conseguir que el autor, Oliverio Derstal, me concediese el honor de acompañarme él mismo.....

—¡Ah! Eso sería admirable..... Tiene muchísimo talento..... Derstal..... Oliverio Derstal..... Me parece que es la primera vez que oigo su nombre, y eso que recibo en mi casa á todos los maestros contemporáneos..... Derstal.....

—No sé fatigüe usted recordando, señora marquesa. Es tan desconocido como yo.....

—Señorita, cuando mis amigos la hayan oído en mi casa, será usted célebre, lo aseguro..... En mis salones se doctoran artistas.....

Con una sonrisa protectora se alejó de Eva para reunirse con Schéler. En aquel momento, la cantante vió que Derstal se acercaba á ella radiante de alegría.

Le tendió las manos, que ella estrechó con entusiasmo y emoción tales, que sus ojos se llenaron de lágrimas, y le preguntó:

—¿Está usted contento?

Derstal no contestó: la miró como si no la hubiese visto nunca y su rostro hubiese sido nuevo para él. Le pareció transformada, ennoblecida, maravillosamente hermosa. Su frente resplandecía

bajo las madejas de oro de su abundante cabellera, y sus desnudos brazos y blanquísimos hombros tenían una gracia juvenil y encantadora. Cogíendola de las manos, la llevó á un ángulo del salón, y le dijo en voz baja:

—Me ha devuelto usted la confianza en mí mismo. Dudaba ya de esas composiciones que tan desdeñadas han sido, y al escucharla he sentido de nuevo la dulce emoción que me embargaba cuando las escribí. Usted les ha dado vida, y á mí me ha devuelto la fuerza y la energía para luchar.

Eva fijó en él una mirada llena de admiración, y contestó:

—Bastaba hacerlas oír para que las gentes comprendiesen todos sus encantos. Ahora yo las cantaré, y usted será conocido, admirado, todo lo aplaudido que merece ser..... Una gran señora, una amiga de Schéler, me ha propuesto hacerme cantar en su casa. No cantaré más que obras de usted; pero será preciso que me las haga estudiar. El éxito de esta noche se lo debo todo á usted..... De hoy en adelante nos serviremos el uno del otro, y si con mis débiles medios puedo conseguir que la gente se fije en usted, con ello pagaré apenas el servicio que usted me ha prestado enseñándome á servirme de mi voz.

Salieron juntos. La noche era fría y clara, y desde la calle de Mail llegaron al *faubourg Poissonnière* á pie, andando lentamente, como si regresasen á sus casas en contra de su voluntad y

sólo obligados por una fuerza superior. En ellos nacía un sentimiento que ya no era el del arte. Eva caminaba apoyando su brazo en el de Derstal, y éste lo estrechaba con fuerza. Á la luz de la luna se miraban, y los ojos del músico y la tranquila sonrisa que contraía sus labios hacía palpar con fuerza el corazón de Eva. Llegaron á la puerta de la casa de la joven, y allí se detuvieron un instante, como si no se pudiesen resolver á separarse. Mirándose fijamente, y sin decirse una palabra, permanecían de pie. Al fin, Derstal rompió el silencio para decir:

—Vamos, es preciso separarse..... Es ya muy tarde. ¿Cuándo volveré á verla?

Como asombrada por la pregunta, Eva contestó:

—Mañana, dentro de algunas horas..... Iré á estudiar.

—Entonces, hasta luego.....

Inmediatamente le tendió los brazos, indeciso, temiendo ofenderla, y, sin embargo, deseoso de demostrarle toda su ternura. Con radiante sonrisa Eva se acercó á él, y sintió su blanca frente bajo sus ardorosos labios.

El encuentro de Eva Brillant y de Oliverio Derstal fué algo así como la conjunción fulgurante de dos astros, y el mundo del arte sintió muy pronto la conmoción. De la noche á la mañana, el talento de Derstal, pregonado por unos cuantos árbitros del gran mundo que imponen su opinión

á los *snoobs* de todas las categorías, fué conocido y afirmado. El tremendo desastre de su *scherzo* en el concierto Lamoureux, le fué contado como un título de gloria. Pasó como un innovador á quien la muchedumbre ignorante, y siempre sujeta á los prejuicios del nombre, no había sabido estimar en su justo valor.

Eva Brillant, que provocaba el más grande entusiasmo en los salones, tanto por su talento original y potente, como por su belleza y gracia perfectas, cantó tres domingos consecutivos las melodías de Derstal en los conciertos Colonne con un éxito verdaderamente extraordinario. *La fuente* y *El regreso de Ulises* provocaron un entusiasmo general. Para encontrar algo semejante en tiempos anteriores, preciso habría sido remontarse á la época en que tan en voga estuvo la *Mandolinata* de Paladilhe. Las melodías de Derstal se encontraban en los atriles de todos los pianos, y el editor, que había creído conceder un favor inmenso al músico editándole gratuitamente su álbum, ganó con él una regular fortuna. Adivinando una venta enorme, solicitó una nueva colección, y por esta vez hizo al autor magníficas proposiciones.

Derstal vació los cajones de su mesa en obsequio de este mecenas, y con alegría supo gozar de las comodidades que con la fama llegaban hasta él. ¡Se había visto durante tanto tiempo pobre y desdeñado!

Al mismo tiempo, la suerte de Eva empezaba á

cambiar. Los periódicos se habían apoderado de su nombre, y su retrato figuraba en todas las publicaciones ilustradas. El director de su teatro, esclarecido al fin con respecto al valor de su artista, le confió papeles en los que el talento de la joven pudo desenvolverse y afirmarse. Eva creó dos obras que obtuvieron éxito, una de Saint-Saëns y otra de Massenet; pero ella esperaba con impaciencia la terminación del drama lírico de Labarre y Derstal, de *Erin*, cuyo principal papel parecía haber sido creado para que ella le diese vida. Cuando su contrato en la Ópera Cómica llegó á su fin, el director de la Ópera se apresuró á hacerle proposiciones, que ella acogió con reserva, no sin asombro de Vancorbeil, que fué á quejarse al ministerio. Pero las influencias oficiales no pudieron obligar á la señorita Brillant para que hiciera lo que no fuese de su agrado, y precisamente lo que no era de su gusto consistía en contratarse en la Ópera sin obtener antes la solemne promesa de crear en ella la obra de Derstal. Vancorbeil replicaba ofreciéndole un papel importantísimo en *El tributo de Zamora*, de Gounod, y Eva, que aseguraba se consideraría muy dichosa ayudando en la medida de sus fuerzas á la ejecución de la obra maestra del anciano compositor, exigía la recepción de *Erin*. Todas las combinaciones fracasaban al poner este extremo sobre el tapete. El director, que deseaba ardientemente contratar á la cantante, no quería oír hablar de la obra de Ders-

tal: ni siquiera quiso oírlo. Cuando le hablaban de ella, contestaba:

—Si me niego á representar *Sigur*, no es seguramente para montar *Erin*. La prensa me arrastraría por el lodo. ¿*Erin*? No me ofrece ninguna garantía. El autor no es más que un confeccionador de melodías. Ha escrito *Sueños de poeta*. ¿Y luego? ¿Que es premio de Roma? Todos lo son. Yo tengo un premio de Roma para dirigir mis coros, y otro para acompañar á mis artistas. Que el señor Derstal estrene en otra parte, y cuando haya tenido un éxito grande, entonces veremos.

Eva Brillant contestó:

—Está muy bien: ese éxito que usted exige, lo tendrá.

Rechazó la contrata que le ofrecían, salió de la Ópera Cómica, y como el teatro de Monte-Carlo no contaba con grandes novedades y ofrecía poner inmediatamente en estudio la obra de Derstal, la cantante consintió en dar representaciones en él. El reparto de la obra, de la que sólo habían de darse tres audiciones, no dejaba nada que desear. El divino Gayarre, que entonces estaba en el apogeo de su fama, cantaba la parte del tenor; Dufriche era el barítono, y para los personajes de segundo orden Derstal obtuvo también artistas de grandes méritos. Frente á un mar siempre azul, y bajo un cielo radiante, los ensayos de *Erin* fueron una delicia.

Aquella música clara, poética y apasionada

encantaba á los artistas, que sentían gran entusiasmo por la obra. No se produjo ni un desacuerdo, ni una discordancia, y el ruido de un próximo y gran éxito llegó hasta la prensa, que artajo la atención de la alta crítica, incitándola para que hiciese un viaje con objeto de oír la obra del desconocido. Los que asistieron al estreno se acordarán siempre de aquel triunfo colosal. La obra pareció encantadora, nueva y llena de promesas; pero la ejecución multiplicó el efecto. Eva, convencida de que de su esfuerzo dependía la gloria del hombre que amaba, se excedió como cantante y como trágica. Impulsada por una inspiración genial, llegó á los supremos límites de la belleza. El éxito que obtuvo no tenía precedentes. La multitud que llenaba el teatro, compuesta de extranjeros, de vividores, de enfermos, poco dispuestos para el entusiasmo, y teniendo gustos diferentes y puntos de vista opuestos, se unieron para experimentar un delirio semejante. Al caer el telón en el último acto las lágrimas rodaban por las mejillas de todos los espectadores, los gritos se confundían, y los hombres, de pie, llamaban á los artistas, pedían que se presentasen los autores y aplaudían poseídos de delirante frenesí.

Al día siguiente Derstal era célebre. Los telegramas de los periódicos anunciaban el advenimiento de un gran músico francés, y se asombraban de que para hacerse oír hubiese tenido necesidad de expatriarse. El crítico del *Temps* escribió

un artículo severísimo para vituperar la negligencia, lindante con la mala voluntad, de los directores de teatros subvencionados, y planteó de nuevo el tan manoseado problema de la necesidad de un teatro lírico. Terminaba preguntando en qué consistía que la señorita Brillant, después de su éxito en la Ópera Cómica, no hubiese podido llegar á un acuerdo con la dirección de la Ópera, y por este camino fué descubriendo todos los errores cometidos, afirmando que los cantantes franceses sólo encontraban desdén, y que sólo había contratas ventajosas para los artistas que procediesen de Italia, de Suecia ó de Rusia.

El ministro, contrariado, decidió tomar una resolución. En Bellas Artes todos tenían presente la oposición que á los deseos de Eva Brillant, de crear la obra de Derstal, se había hecho. Á consecuencia de todas estas cosas, la Ópera sufrió un fracaso tan grande como inmerecido con *El tributo de Zamora*, y entretanto *Erin*, estrenado en el teatro de la *Monnaie*, de Bruselas, había renovado el delirante éxito de Monte-Carlo. Entonces, y como por encanto, acabaron todas las resistencias. Un nuevo director tomó posesión de la Ópera, y anunciaba al público, como garantía de sus buenas disposiciones y propósitos, la contrata de Eva Brillant y el próximo estreno de *Erin*. Derstal y su amiga triunfaban; pero en la Ópera, hasta las mejores voluntades y los más sanos deseos son tardos en producir sus frutos, y dos años transcu-

rrieron sin que la obra, esperada con tanta impaciencia y curiosidad, apareciese en escena.

Durante este lapso de tiempo, la vida fué una delicia continuada para la cantante y el compositor. Se amaban, y con profunda confianza en el porvenir, dejaban pasar los meses. *Erin*, representado en todos los teatros de Europa, reportaba importantes rendimientos á su autor, y la expansión resonante de su fama preparaba los unánimes aplausos que París entero se disponía á otorgarle. Eva cantaba las obras de repertorio y perfeccionaba su talento, que iba adquiriendo considerables vuelos. Su extrema distinción había sido causa de que la sociedad más aristocrática de París considerase y estimase á la artista. Los vínculos que la unían á Derstal permanecían lo suficientemente ocultos, para que pudiese conservar una perfecta respetabilidad. Eva pasaba por una persona á la que se podía recibir en todas partes, y esta excelente reputación le proporcionaba inapreciables socorros. Su madre, siempre enfermiza, había acogido á Derstal con cierta satisfacción, no exenta de inquietud. Participaba de la felicidad de su hija; pero sus costumbres burguesas hacían que la juzgase incompleta. Un día le dijo á su hija:

—Puesto que Oliverio te quiere y tú sientes por él tanto afecto, ¿por qué no os casáis? La regularidad es indispensable para la vida: los artistas también deben vivir regularmente. Yo no puedo acompañarte á ninguna parte, pues estoy

siempre enferma, y no me queda más recurso que vivir sentada en una butaca. Un marido sería un arma muy útil para ti.

Con tranquila seguridad Eva contestó:

—Derstal se casaría conmigo si yo quisiese; pero yo no he de pedirle que haga semejante cosa. Es más, si llegase á proponérmelo, yo no aceptaría antes de que pasase mucho tiempo; sin duda porque considero que la libertad de la vida es absolutamente necesaria para un artista. Yo no pretendo demostrar que la languidez de una existencia bien regulada sea incompatible con la inspiración. Estoy segura de que Oliverio trabajaría lo mismo y tan bien como ahora, si fuese mi marido. No es desde nuestro punto de vista donde me coloco para considerar más perjudicial que útil una unión entre él y yo: es desde el punto de vista del público. Los espectadores se interesan poco por una artista casada, y mucho menos si saben que es la mujer del que canta la música ó representa la obra, pues entonces se produce en ellos cierta especie de descontento que les hace juzgar menos seductora á la cómica ó cantante. Es preciso que el público quiera á la artista que ve en escena, que la desee, que le haga soñar. Y ¿cómo experimentar todos esos alambicados sentimientos por una mujer con respecto á la cual se estén diciendo constantemente «su marido está entre bastidores, la acecha, la sigue con los ojos á todas partes, la espera, y cuando termine la representación se la

llevará burguesamente á su casa»? Toda la poesía del personaje desaparece con estos razonamientos, y se borra toda la seducción de la mujer. Cuando se dicen está casada, arreglada, tiene dueño, nada se puede hacer, ni nada se puede esperar, todo el prestigio de la artista se desvanece. Yo no quiero esto de ningún modo. Si alguien se ocupa de Derstal y de mí, deseo que digan: «Ese hombre debe ser dichoso. ¿Qué hacer para suplantarlo? ¿Cómo conseguir ser tan favorecido como él?» Es preciso que me deseen, es preciso que me persigan. El entusiasmo del público se compone de una extraña mezcla de admiración y de amor, y yo no renunciaré ni á una cosa ni á otra. En cuanto á lo que á Derstal se refiere, sucede exactamente lo mismo. De ningún modo quiero que digan de él: «Sabe usted, se ha casado con Eva Brillant, y ahora es el marido de la cantante. Recoge los ramos de flores, y en la cocina de su casa enciende la lumbre con los recortes de los periódicos. Es un hombre atado al matrimonio.....» En una palabra: esto sería la decadencia para él. Debe estar completamente libre, para seguir adelante con su fuerza y con su orgullo. Su gloria sólo puede conquistarse á ese precio, y no seré yo, que tan completa se la deseo, y que todos los días trabajo para consolidarla y aumentársela, quien tenga que hacer nada para ponerla en peligro. Indudablemente, le quiero mucho más por su genio musical que por sus encantos personales; me es mucho más

querido intelectual que físicamente, y seguramente preferiría renunciar á él que tener que dejar de cantar su música. Es al artista ¿comprende usted, madre mía? á quien quiero, no al hombre; y si es preciso para que el artista llegue al pináculo de la gloria que pase por encima de mí, consiento gustosa á ser pisoteada por él.

—Tú estás loca—le replicó su madre.—Sacrificarse, como tú lo haces, por un hombre es un juego muy arriesgado. Si tienes la desgracia de demostrarle á Derstal lo mucho que le quieres, estás perdida, pues abusará de ti, y cuando le hayas ayudado á subir al pináculo, te plantará por cualquier rival. Dale tu voz mientras sea potente y hermosa, y él la utilizará para realzar el mérito de sus melodías ó de sus óperas; pero el día en que encuentre otra que le secunde mejor que tú para llegar más pronto á su fin, te procurará el pesar de hacerte ver suplantada por una nueva cantante, á la que hará triunfar en la escena y en su corazón. Esto es lo que te pronostico, si sigues como hasta ahora. ¿Quieres escucharme? Pues bien: mientras te necesita únelo á ti con lazos regulares y sólidos. ¿Dices que tiene un brillante porvenir? Pues que lo tenga para él y para tí. Así, cuando tú llegues á no poder cantar, él será quien trabaje para los dos, y, por lo menos, percibirás los intereses de las rentas que le habrás creado. Créeme, hija mía, no seas generosa con el hombre, y no te fíes demasiado del artista.

El hombre será un olvidadizo, y el artista un ingrato.....

—Vamos, madre mía, usted sueña. Yo no me creo obligada á calcular de este modo. Valgo por mí misma, y tengo el orgullo de creer que si Derstal pensase en separarse de mí, perdería tanto que, si no su corazón, su inteligencia habría de impedirlo. Tranquilícese usted. Mi voz es sólida; me siento llena de energías y de valor, y el porvenir es nuestro.

Hundida en su butaca, la señora Brillant movía la cabeza con aire de duda; pero como, después de todo, su hija era festejada, celebrada, y además ganaba mucho dinero, no se atrevió á insistir ante el temor de contrariarla. Con todo, no aprobaba su modo de conducirse con Derstal, y no auguraba nada bueno.

II

Los primeros efectos de la gloria se tradujeron para Derstal en un gran número de invitaciones. Las señoras del gran mundo se habían impuesto como una obligación el presentar al joven compositor á sus invitados, y durante el invierno Derstal sirvió para aumentar la importancia de los salones en que se hace música. La atracción más grande que se podía ofrecer era la de contar con el compositor; pero Oliverio se hacía rogar mucho para acceder á tantas súplicas, por muy amables

que fuesen. Á la única casa que nunca faltó fué á la de la señora de Larsay-Bouteil, pues no podía olvidar la útil propaganda que la melómana marquesa había hecho en favor de Eva Brillant y de él mismo, y los dulces recuerdos de su vida de triunfos databan desde su aparición en casa de la noble señora. Esta había puesto apasionadamente toda su influencia y actividad para conseguir que llamasen la atención, y desde el momento en que uno y otra habían llegado á la celebridad, la linajuda señora gozaba de su triunfo tanto ó más que ellos mismos.

Con respecto á lo que había dicho á Eva, asegurándole que en su salón se doctoraban músicos y cantantes, no había habido la menor exageración. En su casa se reunía lo más escogido é inteligente que se podía encontrar, tanto entre los aficionados, como entre los profesionales, y los bandos más opuestos se encontraban allí sin querellarse nunca, sentándose junto á los devotos de Wagner y los fanáticos de Franck los discípulos de Gounod, cosa que provocaba una gran curiosidad y constituía el más seductor encanto entre los aristocráticos amigos de la marquesa. El principal sostén del salón de la noble señora era el temible crítico Lavirón, que desde hacía treinta años trabajaba en todas las ilustraciones contemporáneas en provecho de los grandes músicos del siglo XVIII, y sacrificando en el altar de Gluck á todos los maestros de las escuelas modernas. Acontecimiento

30634

El hombre será un olvidadizo, y el artista un ingrato.....

—Vamos, madre mía, usted sueña. Yo no me creo obligada á calcular de este modo. Valgo por mí misma, y tengo el orgullo de creer que si Derstal pensase en separarse de mí, perdería tanto que, si no su corazón, su inteligencia habría de impedirlo. Tranquilícese usted. Mi voz es sólida; me siento llena de energías y de valor, y el porvenir es nuestro.

Hundida en su butaca, la señora Brillant movía la cabeza con aire de duda; pero como, después de todo, su hija era festejada, celebrada, y además ganaba mucho dinero, no se atrevió á insistir ante el temor de contrariarla. Con todo, no aprobaba su modo de conducirse con Derstal, y no auguraba nada bueno.

II

Los primeros efectos de la gloria se tradujeron para Derstal en un gran número de invitaciones. Las señoras del gran mundo se habían impuesto como una obligación el presentar al joven compositor á sus invitados, y durante el invierno Derstal sirvió para aumentar la importancia de los salones en que se hace música. La atracción más grande que se podía ofrecer era la de contar con el compositor; pero Oliverio se hacía rogar mucho para acceder á tantas súplicas, por muy amables

que fuesen. Á la única casa que nunca faltó fué á la de la señora de Larsay-Bouteil, pues no podía olvidar la útil propaganda que la melómana marquesa había hecho en favor de Eva Brillant y de él mismo, y los dulces recuerdos de su vida de triunfos databan desde su aparición en casa de la noble señora. Esta había puesto apasionadamente toda su influencia y actividad para conseguir que llamasen la atención, y desde el momento en que uno y otra habían llegado á la celebridad, la linajuda señora gozaba de su triunfo tanto ó más que ellos mismos.

Con respecto á lo que había dicho á Eva, asegurándole que en su salón se doctoraban músicos y cantantes, no había habido la menor exageración. En su casa se reunía lo más escogido é inteligente que se podía encontrar, tanto entre los aficionados, como entre los profesionales, y los bandos más opuestos se encontraban allí sin querellarse nunca, sentándose junto á los devotos de Wagner y los fanáticos de Franck los discípulos de Gounod, cosa que provocaba una gran curiosidad y constituía el más seductor encanto entre los aristocráticos amigos de la marquesa. El principal sostén del salón de la noble señora era el temible crítico Lavirón, que desde hacía treinta años trabajaba en todas las ilustraciones contemporáneas en provecho de los grandes músicos del siglo XVIII, y sacrificando en el altar de Gluck á todos los maestros de las escuelas modernas. Acontecimiento

30634

sin precedente: Lavirón había recibido con agrado á Oliverio Derstal, y le daba repetidas muestras de amistosa benevolencia. Cuando hablaba del joven compositor, nadie había oído salir de sus labios las terribles palabras que habían desollado á todos los músicos vivientes, y hasta en sus crónicas se había ocupado de *Erin* con cierta condescendencia.

En vez de las blasfematorias negaciones con que solía acoger toda nueva producción, había escrito con respecto á la obra de Derstal diez líneas tan sólo, que habían hecho palidecer de envidia á la sección musical del Instituto: «Esto no es nada, y, sin embargo, en medio del caos polifónico que los desvergonzados manipuladores de corcheas han tenido la audacia de hacer suceder á las nobles y puras armonías de los ilustres maestros del siglo pasado, *Erin* brilla con modesto, pero apreciable resplandor. El músico que ha realizado la obra ha sabido respetar las tradiciones, y ha procurado hacer arte puro. La instrumentación no ahoga el canto con el desencañamiento forzado del metal enloquecido: no ha inventado ningún instrumento nuevo para que pueda ser añadido á las incoherencias aullantes de los modernistas; nos ha hecho oír la madera un instante, y como una remembranza del inmortal Weber, ha refrescado nuestro pensamiento.....»

Después de estas alabanzas, tan raras en él, Lavirón se había ensañado con Massenet, llenando

tres columnas enteras para maltratarle y ponerle como chupa de dómine, sin tener para ello pretexto alguno, y sólo por capricho. El interés que el crítico demostraba por Derstal, no sólo se había manifestado con los elogios que de él había hecho, sino por la estrecha amistad que con él entabló. El salvaje hombre de letras, que no se familiarizaba con nadie, trataba al joven compositor con marcada benevolencia. Hablaba con él, y cuando se marchaba de casa de la señora de Larsay, cosa que regularmente hacía á media noche, para dirigirse á la calle de la Universidad, en una de cuyas antiguas casas vivía, se llevaba gustoso á su favorito, con gran asombro de los que sabían que era inabordable hasta la descortesía.

Durante esos paseos nocturnos á través del *faubourg* San Germán, el viejo escritor se apoyaba en el brazo del músico, y hablando familiarmente daba rienda suelta á su verbosidad. Se ocupaba de música, pues ésta era para él una necesidad intelectual imperiosa, y hablaba también de literatura y pintura con una elevación, un gusto y una sensibilidad, que no pedían sospechar los lectores de sus semanales diatribas. El fogoso imprecador se convertía en poeta, y Derstal escuchaba con satisfecha curiosidad la palabra abundante y animada con que el hombre de letras vertía sus apasionadas improvisaciones; pues en todo y para todo era apasionado, siendo Eva Bri-

llant una de sus más grandes adoraciones. Él, que había colocado en el bajo nivel de cantantes de café-concierto á artistas célebres en el mundo entero, y que había hecho llorar de rabia á «virtuosos» que cimentaban su fama en el entusiasmo de las muchedumbres, rendía culto de verdadera admiración á la joven cantante.

—Tú ves, hijo mío—le decía á Derstal,—Eva es la única que sabe conmover, hasta en los momentos en que no canta. Las otras, en cuanto han terminado de decir su parte, permanecen indiferentes á la acción. Cuanto sucede á su alrededor no les interesa lo más mínimo. Sonríen estúpidamente, ó con los brazos caídos hablan con sus compañeros, como queriendo decir al público: «Mi trabajo ha terminado, y no tengo ya nada que hacer en la escena.» Pero Eva es siempre la heroína; llora con su amante, se alegra con su padre, triunfa con la victoria, gime con la derrota y es siempre noble, atractiva, animada; en una palabra, es el personaje que encarna. ¡Ah! Yo querría verle representar *Alceste* ó *Armida*; oírle cantar esta música divina, dando á estas grandes creaciones del genio forma espléndida y brillante. Sentiría una satisfacción artística inmensa.... Hasta creo que la alegría me haría llorar.

Derstal, á través de los apasionados ditirambos de Lavirón, no tardó en adivinar que todo el interés que el crítico sentía por él tenía por causa la secreta adoración que Eva Brillant le inspi-

raba. Lo que admiraba en él era la mujer que él amaba; y la ilusión de la belleza que sus obras proporcionaban al detractor de los músicos modernos, le era impuesta por el prestigio indiscutible de la cantante. Con secreta amargura se convenció de lo mucho que debía á Eva, y sin poder evitarlo, empezó á dudar de su propio valer. Se preguntó si el fenómeno que en Lavirón se producía no se produciría también en el público, siendo, pues, ella la que, pareciendo tan sólo embellecer su música, le prestaba, por el poder de su arte, un valor que, en realidad, no debía poseer. Por su imaginación pasó la idea de hacer representar *Erin* por otra cantante, y sintió celos de su amiga, tan tierna, tan ardientemente abnegada para él. Muy pronto esos bajos sentimientos le hicieron enrojecer, y la razón le ordenó luego que respetase el amor propio de la gran artista, á quien tanto debía. Pero ya la quería menos, y mientras Eva sólo pensaba en la gloria de Derstal, éste empezaba á encontrar pesada y enojosa la protección que su compañera de éxito desple-gaba sobre él.

La cantante no había sospechado nunca que sentimientos tan bajos turbasen el alma de Derstal. Con su gracia meridional, y sonriente y zalamero siempre, el compositor no se dejaba penetrar fácilmente. Lo que de su naturaleza dejaba salir á la superficie le hacía simpático á todos. Tenía facilidad de palabra, un talento muy flexible y

esa verbosidad agradable que proporciona á los que la poseen reputación de gentes encantadoras. En un círculo de mujeres de mundo, Derstal, hablando de música, con los ojos medio cerrados, podía muy bien producir la impresión de un artista inspirado. Sabía escucharse, y adoptaba siempre los ademanes que consideraba más adecuados para hacer efecto. Desde este punto de vista era un poco *tenor*, pero su juventud y la hermosura de su rostro le captaban la general indulgencia. Sus compañeros decían: «Verdaderamente hay que confesar que es un poco cómico»; pero las gentes del gran mundo, para defenderle de esta acusación, replicaban siempre: «Es tan distinguido, que sus envidiosos amigos no le perdonan que se parezca á nosotros.»

Algunas veces Derstal levantaba tempestades en el corazón de algunas de las grandes señoras que con tanta solícitud le patrocinaban; pero con tacto exquisito y con habilidades de cortesano sabía mantener sus ardores en la esfera etérea y platónica de las comuniones musicales. Todo esto era causa de que sus relaciones aumentasen de día en día, sin provocar murmuraciones ni excitar rencores. Era el amigo íntimo de sus estéticas enamoradas, y como todo se hacía musicalmente, nadie tenía motivos para murmurar ni para enfadarse. Lavirón decía:

—Ese Derstal es un asombro; todo lo relaciona con la música, y únicamente se excita cuando se

sienta al piano. No hay peligro ninguno de que se consuma como se consumió Chopín. En cuanto se aleja del teclado, se queda más frío que un carambano de hielo. Las infelices que hacen esfuerzos para colocarse á la altura de su diapason pierden el tiempo. Después de todo, tiene á Eva Brillant, y si la engañase con una de esas muñecas de salón que cantan como flautas rajadas, sería una ingratitud y una estupidez. Por lo demás, no tardaría en ser castigado, pues si esa admirable criatura quisiese vengarse, no tendría que preocuparse mucho para elegir, pues todos cuantos en París tienen ojos y oídos se postran admirados ante ella.

Y todo esto era una gran verdad. Desde que había hecho su aparición y triunfado en la escena, Eva tenía constantemente tras de sí un verdadero cortejo de admiradores. Sin ocuparnos de ese determinado número de hombres á los que parece indispensable tener una querida que atraiga todas las miradas, y que están dispuestos á darle una fortuna á cambio de sus favores, Eva recibió los homenajes de los galanteadores más empingrotados de París. Pudo elegir entre los protectores millonarios y los amantes más seductores; pero á unos y á otros dispensó la misma acogida. Quería á Derstal, y además estaba firmemente decidida á permanecer fiel á su gloria. Pero lo que ella no podía impedir era que la amasen, y hacía tan grandes esfuerzos para atenuar suavemente sus negativas, que ne se dió un solo caso de que un

pretendiente desdeñado dejase de ser adicto á su persona y de celebrar sus méritos.

Entre los más apasionados, el anciano duque de Lartigues y Mauricio Perlín el pintor simbolista, demostraban sentir una verdadera adoración por la hermosa artista. La representación financiera la tenía Cantenac, socio de la casa Florenhein y Cantenac, *sportmen* riquísimo, que gastaba los beneficios que en Bolsa obtenía criando y sosteniendo caballos de pura sangre. Cantenac, que no creía más que en el poder del dinero, había hecho ofrecimientos regios á Eva Brillant. Le ofreció un hotel, un gran tren de casa y rentas que le habían de asegurar el presente y el porvenir; pero no por esto fué más afortunado que sus rivales. La cantante se juzgaba rica con lo que ganaba, y como quiera que sus gustos eran modestos, no se sentía dispuesta á vender á ningún precio su hermosura, su juventud y su talento.

Todas estas cosas se sabían, y Cantenac era el primero que no perdía ocasión para asombrarse en público de su derrota. Contaba que el día de Año Nuevo le había enviado un regalo á Eva que consistía en cien billetes de mil francos completamente nuevos y metidos en una cartera de piel de Rusia con sus iniciales de oro, sin que se dignase admitirlos. Por su parte, el duque de Lartigues, que había conocido á la Malibrán, imponía con caballeroso arranque y como un culto artístico la admiración por Eva Brillant. Mauricio Perlín se

limitaba á pintar á la inhumana bajo aspectos legendarios ó celestes: unas veces le daba el cuerpo de una sirena, otras, el de una virgen «*botticelliana*.»

La personalidad de la joven, que habría podido atraer la atención del público con sólo la poderosa fuerza de su talento, había adquirido por todas estas causas un carácter particularísimo, y Eva, sin preocuparse lo más mínimo para dar vuelos á esta propaganda indispensable para el desenvolvimiento de una gran reputación de artista, se había limitado á aceptarla pasivamente. En una palabra: esa notoriedad resplandeciente, que como brillante aureola rodeaba á la joven, únicamente la debía á sí misma, y era el justo tributo rendido por sus adoradores y el público á su belleza, su valer y su talento.

La única persona que, aparte su madre y Derstal, podía envanecerse de ocupar un sitio en el corazón de Eva, era un compatriota, el expansionado á Roma, Pinchart. Cuando Eva llegó á París procedente de Lyon, pobre y sin apoyo, Pinchart, discípulo del viejo maestro Réber, al que sustituía en su cátedra de Composición, por más que tenía casi la misma edad que los otros discípulos, se había interesado por ella, y se lo había demostrado allanándole cuantas dificultades se presentaron para que entrase en el Conservatorio. Pinchart, tan feo como buen mozo Derstal, y teniendo una voz tan mala como bien timbrada era la del autor

de *Erin*, parecía condenado, por el ridículo que naturalmente emanaba de su persona, á ser escarnecido toda su vida. Era, además, tan tímido, que ni siquiera se atrevía á hacer oír á Eva la música que escribía, ocultándola con tanto empeño, que al cabo de algunos años la joven se preguntaba si Pinchart sería un perezoso inveterado, ó un fruto seco que se contentaba viviendo materialmente.

No obstante, trabajaba con ardoroso entusiasmo amontonando las sinfonías y oratorios, desentrañando con devota paciencia las obras maestras de los grandes compositores del pasado.

Una noche en que, después de haber comido en casa de Eva, Lavirón iniciaba una discusión á propósito de Porpora y de Scarlatti, Pinchart se sentó al piano con mucha naturalidad y ejecutó las piezas á que el crítico se había referido. Lavirón, asombrado primero y entusiasmado después, había insidiosamente empujado á Pinchart, y durante dos horas le había hecho dar pruebas de una erudición musical rarísima. Pinchart conocía toda la música antigua, y pasaba de Rameau á Piccini, de Bach á Roland de Lassus con dominio perfecto; lo cual no era obstáculo para que conociese muy á fondo á los maestros de principios de siglo, los Grétry, Boieldieu, Herold, Halévy, Auber, y lo mismo los del fin, desde Hervé hasta Offenbach. Aquel muchacho feo, modesto, tímido y extraordinariamente ridículo, era un portentoso fenómeno

de memoria. Lavirón, con propósito de divertirse un poco, dijo:

—Hace tres años oí en el andante de un concierto de Saint-Saëns una frase muy hermosa.....

La tarareó, y Pinchart, sin vacilar, ejecutó el concierto desde el principio hasta el fin. Eva estaba sorprendida; Derstal reía.

—Este Pinchart es un fonógrafo universal.

Lavirón ni siquiera sonreía. Muy formalmente pensaba en servirse de Pinchart para documentar su crítica, y aprovechar la primera ocasión que se presentase para aplastar sin resistencia posible á sus rivales, utilizando los inextinguibles recursos que poseía el compositor. Eva, acercándose á Pinchart, le dijo:

—Veamos, amigo mío; usted toca todo cuanto queremos de la música de los demás..... Ahora háganos oír algo de usted.....

Pinchart enrojeció hasta la raíz del pelo y pareció abatirse con un profundo pesar.

—¡Ah! Mi música..... Mi música.....

—¿Acaso no compone usted?

—Sí, pero ¿para qué hacerla oír?

—Pues para que la conozcamos.

—Ustedes saben que yo no canto.....

—Bueno, pues una pieza para piano.....

Al fin se decidió, y después de un prelude, hizo oír una melodía deliciosa, de sorprendente originalidad y de una sencillez extraordinaria. Lo que Pinchart tocaba no se parecía á nada de lo que

habían oído. Era una danza extraña, pero de un ritmo exquisito, entrecortado por frases poéticas y melancólicas para recobrar luego el movimiento brillante y hundirse de nuevo en penetrantes languideces. Un silencio general siguió á la terminación de la pieza, y el compositor, interpretándolo como un signo de desaprobación, permanecía con la cabeza inclinada y dispuesto á excusarse, cuando vió que Eva se le acercaba con los ojos radiantes de alegría.

—Pero Pinchart, esto es admirable..... ¿Cómo escribiendo semejantes cosas, porque estoy segura de que tiene usted otras muchas, casi hay que violentarle para que las haga oír? Oliverio, ¿no es verdad que esto es encantador?

—Está admirablemente. ¿Verdad, querido maestro, que Pinchart escribiría bailables maravillosos?

—Verdaderamente; este fragmento es de un gusto exquisito. Vosotros, hijos míos, sabéis lo que pienso de la música moderna, ¿no es cierto? Es una porquería, buena cuando más para los abonados de los teatros subvencionados. Pero realmente, Pinchart, sin imitar á los grandes maestros, ha sabido hacer obra de músico. Querido amigo, es usted un artista..... Yo creí que Derstal era el único. ¡Demonio! No me vuelvo atrás: son ustedes dos. Los demás, son todos unos chapuceros.

Pinchart, encarnado de gozo, se había levanta-

do con la mano tendida hacia Derstal; pero éste, turbado por los elogios que el temible crítico acababa de dirigir á su compañero, hizo un esfuerzo para recobrar su dominio sobre sí mismo. Su entusiasmo había caído ya, y con frialdad relativa recibió el testimonio afectuoso de Pinchart. Los celos empezaban á germinar en su interior.

—Será preciso que hablemos en la Ópera de la música de nuestro amigo—dijo Eva con entusiasmo.—No saben á quién dirigirse para que les dé una obra que ofrezca alguna seguridad. Indicándoles á Pinchart les prestaremos un verdadero servicio.

—Sí—contestó evasivamente Derstal,—yo veré al director de Bellas Artes.

Pinchart, menos sensible á las promesas de su compañero que á los elogios de Eva, se sentó otra vez al piano, y más dueño de sí, y más libremente, dió á su auditorio las pruebas de un ingenio y de una maestría que prometían un gran músico. Entretanto llegó el verano, y Eva, al quedar libre, fué á instalarse en Saint-Cloud en una casita colocada en medio de una sabana de verdura, y desde las ventanas de su habitación dominaba los hermosos valles del Sena. Pasados ocho días, Derstal fué á reunirse con ella, y una existencia deliciosa de amor tranquilo y libre empezó para los dos jóvenes. Era la primera vez que no se separaban un momento, y día y noche se comunicaban hasta sus más pequeños é íntimos pensamientos.

Por las tardes paseaban por los grandes bosques, por los misteriosos senderos que hay á orillas del río, y en la soledad de la olorosa verdura permanecían soñadores, confundiendo sus sonrientes esperanzas con encandadoras realidades.

Ningún momento de su vida había sido ni podía ser más dichoso. Eran jóvenes, se querían, estaban satisfechos del presente, confiaban en el porvenir, todo les sonreía, y se daban cuenta y gozaban de los encantos que les ofrecía la vida. Con objeto de descansar en el silencio y la inacción, Eva había rechazado cuantos ofrecimientos le habían sido hechos por las empresas teatrales del Extranjero. No abría el piano, no cantaba nunca, y cualquiera habría podido creer que se había quedado sin voz. En cuanto á Derstal, nunca había trabajado menos que durante su estancia en el campo. Otras veces, en los tiempos en que la miseria llamaba constantemente á su puerta, solía decir con un fingido entusiasmo:

—¡Qué felicidad tan grande debe ser poderse instalar en un rinconcito apacible y riente, donde no se oiga más que el canto de los pájaros, y componer allí música ardiente y apasionada!

Derstal estaba instalado en el rincón más apacible y riente que se podía soñar, y los pájaros canoros inundaban el jardín con sus trinos; pero, tendido en un sofá y con el cigarro en la boca, dejaba pasar los días sin escribir una nota, sin abrir siquiera el manuscrito de *La Veneciana*,

cuyos cuadernos azules dormían encima de la mesa.

Cuando Eva, preocupándose por esa pereza tan prolongada, le dirigía cariñosas preguntas con respecto á sus propósitos de trabajo, el músico contestaba con una sonrisa:

—No te apures, pues no pierdo el tiempo; pienso. Esto es lo importante, que las ideas vayan tomando cuerpo en mi imaginación, y verás cómo el día menos pensado aparecerán en perfecto orden. No tendré más que desarrollarlas, y mi partitura estará terminada.

Eva no insistía, convencida por las palabras del músico; creía con fe ciega en el porvenir de su amante, y la pereza que le tenía inactivo días enteros se le antojaba el recogimiento del genio. Los domingos, algunos amigos íntimos iban á pasar la tarde y á comer con ellos. Había dos que no faltaban nunca, y éstos eran Lavirón y Pinchart. El crítico recogía al músico en su casa, un quinto piso de la calle Papillón, y juntos tomaban el ferrocarril. Algunas veces se entretenían paseando por los bosques, y en más de una ocasión se habría podido sorprender á Lavirón y á Pinchart que dejaban transcurrir las horas disertando sabiamente sobre un maestro olvidado; y en el silencio del bosque la voz fuerte y áspera del crítico, haciendo el elogio de una melodía, asustaba á los pájaros.

La venalidad de los artistas era uno de los temas favoritos de Lavirón, y afirmaba que la co-

rrupción de las artes se debía al desmedido afán de lucro de los productores.

—Un artista que piense en otra cosa que en crear una obra perfecta, está condenado al fracaso. El deseo del éxito remunerado es la ruina de la inspiración. Al concebir es preciso que únicamente se tenga la preocupación de la belleza, porque de lo contrario, la obra pensada no es más que una vergonzosa producción comercial. El artista que se amolda á hacer todo lo que le encargan, es más despreciable que un zapatero remendón. La persecución del ideal, el deseo de alcanzarlo tan sólo, es digno de un gran espíritu; pero ponerse á trabajar considerando las ganancias como meta, por grandes y seductoras que sean, es tarea digna de un mercenario. Es preciso seguir el camino de la gloria y no el de la fortuna. El artista enriquecido no es más que un águila pesada que no puede abrir las alas sin ir á caer en el lodo.

Derstal y Eva hacían coro al crítico cada vez que éste entonaba el himno en honor de la gloria. Eva, que había sacrificado todas las ventajas que el Extranjero le ofrecía para consagrarse á la carrera francesa, no podía imaginar suerte más envidiable que la de triunfar en la Ópera y hacerse en ella un gran nombre. Derstal, aún en la embriaguez de sus primeros éxitos, conservaba la sencillez de gustos de su pobre juventud, no pensando más que en la celebridad, y queriendo adquirirla únicamente por medio del trabajo. Su

entusiasmo para triunfar era grande, y subordinaba su vida entera al desenvolvimiento de su carrera artística. Si le hubiesen dado á elegir entre una vida larga y obscura y otra corta y resplandeciente, no habría vacilado en hacer un pacto con la muerte y con la gloria. Hacia ella se dirigía con los ojos ardientes y los brazos abiertos.

Algunas veces Eva se sentía celosa de la pasión con que Derstal expresaba sus ambiciosos sueños, y con frecuencia se preguntaba si se sentía más atraído por la mujer ó por la esperanza. Con algo de amargura vacilaba en contestarse. Pensaba: ¿Me quiere porque le hago dichoso físicamente ó porque satisfago su quimera artística? ¿Es la mujer ó es la cantante la que estrecha con transporte entre sus brazos? ¿Cuál es la causa de la influencia que ejerzo sobre él? ¿Mi belleza ó mi talento? ¿Acaso será todavía su música lo que quiere en mí? Después de todo, ¿qué importa? Si mi persona se confunde para él con mi arte..... así me querrá doblemente, gracias á la alianza de su corazón y de su cerebro.

El verano pasó para Eva en una calma deliciosa. Descansó de su trabajo del invierno, y Derstal, que se había prometido regresar á París con su obra terminada, sólo escribió algunos fragmentos del tercer acto. En cambio rebotaba de proyectos, y si hubiese ejecutado la mitad nada más de lo que explicaba, describía ó esbozaba con una verbosidad inagotable, habría vuelto á la capital

con materiales bastantes para toda la temporada. La dulce placidez que le proporcionaba el ser amado por la encantadora Eva, el enervamiento de los días de verano en la frescura de un hermoso jardín y las discusiones artísticas con Lavirón y Pinchart ocupaban tan deliciosamente su tiempo, que el áspero ardor del trabajo, que tanto le había aguijoneado otro tiempo, se calmó, y gozó las horas de su vida dichosa como si hubiese temido la seguridad de que no iba á tener otras que pudiesen ser comparadas á las presentes.

Eva le acariciaba, le quería y le mimaba, encontrando muy natural la pereza de su gran hombre, y tenía la seguridad de que bastaría golpear el fértil terreno de su genio para que manase de nuevo y con abundancia la fuente de la inspiración. Le tenía á su lado, le sentía completamente suyo, y con exquisito placer olvidaba al artista por el hombre que había sabido hacerse amar. Con mucha sinceridad, viéndole joven y lleno de encantos personales, se preguntaba si no habría sentido el mismo amor por Derstal si hubiese sido un simple aficionado, en vez del creador incomparable, y si no la habría seducido con el solo encanto de su persona del mismo modo que la había enloquecido con su genio. En sus horas de clarividencia, Eva pensaba que era preferible no profundizar estas cosas y contentarse con la felicidad tal y como se le ofrecía, completa, como es siempre que se adorna con los encantos de la juventud.

No obstante, hacia el fin del verano, una nube oscureció bruscamente los esplendores de ese hermosísimo cielo. Un día que Derstal había ido á París, regresó á la hora de comer con una inquietud tan grande retratada en la mirada y una preocupación tan visible, que Eva hubo de sorprenderse dolorosamente. Como Lavirón y Pinchart estaban allí, no creyó oportuno interrogar á Oliverio; pero pudo observar que durante la velada se encerraba en un mutismo desacostumbrado en él. Fué en vano que Lavirón, que estaba de vena aquella noche, expusiera sus más brillantes teorías; pues Derstal le escuchó sonriendo forzosamente, con aire distraído, y para no discutir las palabras del crítico le dejó hablar solo. No hizo más que fumar cigarrillos, y se envolvió en una nube de humo, como si con ella quisiese ocultar su rostro á las miradas de su amiga. En cuanto Lavirón y Pinchart se hubieron marchado, Eva recobró su libertad de acción y pudo interrogar á Derstal. Al principio, éste se encerró en vagas negativas, asegurando que no le sucedía nada y que Eva se equivocaba. Un poco de fatiga era, sin duda, lo que le hacía creer que estaba inquieto. Pero Eva no se dejó convencer, y tanto insistió, y con tenacidad tan afectuosa, que Derstal acabó por confesar que estaba preocupado por cuestiones de dinero. Había gastado más de lo que razonablemente podía gastar; su vanidad le había arrastrado á vivir en condiciones costosísimas, y se

encontraba con que tenía que hacer frente á vencimientos que había olvidado inmediatamente después de aceptarlos, no pudiendo satisfacerlos por no permitírsele sus recursos. Aquel día había ido á casa de su agente, que sólo había podido pagarle una corta cantidad por derechos, más que insuficiente para sacarle de apuros; y había visto después á su editor, que se le había lamentado de haberle adelantado mucho dinero sin recibir de él ni una sola nota. Las representaciones de *Erin* habían producido todo cuanto de ellas se podía esperar, y era preciso darse prisa para estrenar *La Veneciana*. Ante esta declaración, Eva replicó con energía:

—Es preciso estrenar *La Veneciana* cuando esté terminada á tu gusto, y no un solo día antes. Sólo una cosa debe ser el objeto de nuestros esfuerzos: tu gloria. ¿Sacrificar tu triunfo á una preocupación de dinero?..... Eso sería la mayor de las locuras. Acuérdate de lo que el otro día decíamos con Lavirón. Un artista no debe trabajar más que teniendo una gran libertad, y hacer una obra cualquiera con los ojos puestos en el dinero que tenga que producir, es matar la inspiración. Toma el tiempo que necesites; no escuches más que á tu conciencia, y no escribas una sola nota sin tener la seguridad de que habrá de contribuir á la belleza de tu obra.

—Pero la vida continúa, y no se puede pagar á los acreedores con semejante moneda — replicó

Derstal irritándose. — Nosotros no vivimos en el Empíreo. Las teorías de Lavirón son magníficas para alrededor de la fuente de Hipócrenes, en el comercio de las Musas, bajo la presidencia de Apolo, y en un lugar en donde estén suprimidas las necesidades materiales. Es el eterno asunto para componer las pinturas de los telones de teatro. Pero la realidad es muy distinta. Es necesario comer, antes que otra cosa, pagar después lo que se deba y no crearse preocupaciones por los conflictos que se tienen con los acreedores....

—Sé franco — exclamó Eva sin poderse contener, — y si te hace falta dinero, dilo; yo tengo.

Á estas palabras, dichas con gran franqueza y con un afecto todavía mayor, una sombra pasó por la frente de Derstal. Inclino la cabeza, y á la sincera efusión de su amiga respondió con una reserva que causó gran pesar á la joven:

—Con toda mi alma te agradezco tu buen deseo, pero lo que me propones es inaceptable; con que reflexiones un solo minuto, acabarás por comprender que tus palabras se han adelantado á tu pensamiento, ó, mejor aún, que tu corazón ha respondido antes que el razonamiento. Con todo, yo no debo ni quiero aceptar de ti semejante favor....

—¡Cómo! ¿De mí? ¿Ni aun de mí? — exclamó Eva con voz temblorosa; — lo mío ¿no es acaso tuyo? ¿Haces distingos entre lo tuyo y lo mío? Tus deudas, ¿no las hemos contraído juntos? ¿No son una consecuencia de nuestra vida común? Des-

pués de haber conocido la misma miseria, ¿es posible que establezcas una diferencia entre los beneficios de nuestra nueva prosperidad? Lo que yo te ofrezco, te lo debo....

—No—dijo Derstal sonriendo forzadamente.— Esto no es cierto, y mi delicadeza no podría conformarse con tus argumentos. Me conmueven, me llegan al alma, pero no me pueden convencer. Hay una moralidad superior á todo sentimiento, que le prohíbe á un hombre aceptar dinero de una mujer....

—¡Una mujer! —interrumpió Eva con acento doloroso.—¿Una mujer yo? ¿Es esto todo lo que soy para ti? ¡Ah! Yo me creía mejor amada, y juzgada con un poco más de elevación.

Terminaron esta penosa conversación, y en el cerebro de Eva empezó á germinar una duda con respecto á la sinceridad del afecto de Derstal. Para ella, tan exclusiva y sincera, las precavidas reticencias del músico atestiguaban reservas morales que le herían profundamente. Pensó que Derstal no se consideraba ligado á ella indisolublemente, desde el momento que admitía la hipótesis de que podía llegar el día en que tuviese que ajustar cuentas con ella. No por esto ni su ternura ni su amor para el músico disminuyeron. Lo admiraba demasiado para no aceptarle tal como era, con todos sus defectos y con todas sus bondades. Pero, con todo, una sombra de tristeza, una nube de inquietud se reflejó en su mirada. Eva hizo esfuerzos

inauditos para disimular sus impresiones, pensando con muy buen criterio que el manifestar una duda con respecto á Derstal habría tenido por consecuencia entibiar su afecto, y tal vez habría llegado á perderlo. Ahora bien: Eva se sentía atraída hacia él, tanto por lo que tenía de gracia juvenil y encantadora, como por lo que poseía de poética inspiración. Y á sus ojos el músico se confundía tan bien con el amante, que le habría sido imposible amar al uno si hubiera dejado de ser el otro.

Así las cosas, y habiendo terminado las vacaciones y llegado la hora de que Eva hiciese su reaparición en escena, volvieron á París. Se instalaron cada uno en su casa, y así terminó aquella deliciosa intimidad, en la cual habían vivido en Saint-Cloud durante el riente verano. El trabajo de la Ópera sirvió á Eva de gran lenitivo; sus éxitos habían sido tan grandes durante la última temporada, que su director contaba con ella como base fundamental para asegurar la marcha del repertorio. Como era de esperar, debutó con *Erín*; pero vagamente se decía en las crónicas de los periódicos que la gran cantatriz tenía que crear un papel importantísimo en una obra nueva de un ilustre compositor. El título de la obra no se citaba, ni el nombre del autor se revelaba tampoco. Se hablaba de este asunto con palabras encubiertas y precauciones misteriosas; pero era clarísimo que no se trataba ni de *La Veneciana* ni de Derstal.

BIBLIOTECA UNIV. TORONTO

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

Eva no se daba por enterada, ni procuraba enterarse, pues estas gacetillas de carácter oficioso le causaban mucha pena. Temía que, de seguir otra conducta, Derstal se sintiese despechado y que su intimidad se enfriase por esas preocupaciones artísticas tan vivas en el espíritu de un compositor. Seguramente, Derstal no dejaba de leer esas noticias, propagadas con tan prudente habilidad, y, sin embargo, no hacía la menor alusión con respecto á ellas. Parecía ignorarlo todo, y representaba cerca de Eva el papel que ésta representaba con su director, con sus compañeros, con los periodistas y con todos cuantos tenían interés en conocer el fondo de su pensamiento. Lavirón fué quien, con su brutalidad ordinaria, se encargó de desgarrar los velos detrás de los cuales se ocultaba el equívoco. Una noche que estaba en casa de Eva, le dijo:

—Pues bien, amiga mía, según parece, va usted á crear el papel principal en *Leonora d'Este*, del célebre signor Vespucci.....

Eva enrojeció, y dijo con voz temblorosa:

—¿Quién le ha dicho á usted esto?

—¡Bah! Es una cosa que la sabe todo el mundo.

—Pues mire usted, para mí es la primera noticia.

—No se enfade usted por esto, que no hay en ello la menor afrenta. Usted debe saber que Héctor Vespucci es uno de los más brillantes compositores de que se enorgullece Italia. Su música no

es, ciertamente, más mala que la de todos sus congéneres del otro lado de los Alpes. Es charanga de circo, escrita con pésimo gusto. En Europa se adora ese chin, chin, bum, bum. Es lo que más éxito alcanza, y nuestra Academia Nacional de Música, cuya especialidad es dar á conocer artistas extranjeros, se había impuesto la obligación de hacernos admirar esta muestra de arte, si puedo atreverme á llamar de este modo semejantes majaderías. Pero, en fin, puesto que usted ignoraba que se la destinase á interpretar esta obra nueva, yo se lo digo.

—Supongo—dijo sonriendo Eva, que ya se había tranquilizado—que antes me consultarán.

—Seguramente; pero será por pura fórmula. Usted está contratada para cantar los primeros papeles de soprano, y una soprano es el primer papel. Usted no puede, por lo tanto, decir absolutamente nada. Sus conveniencias particulares tendrán que desaparecer ante la necesidad profesional.

—Es cierto; pero cuando dan un trabajo que no complace, siempre le queda á uno el recurso de marcharse del teatro.

—Sí, pagando la indemnización estipulada. ¿Sabe usted á cuánto asciende la suya?

—Perfectamente; es de cien mil francos, y estoy muy lejos de tenerlos, pero me los puedo procurar. Fahrman me propuso, hace algunos meses, una *tournee* por América, dándome cincuenta mil fran-

cos por adelantado en casa de un banquero de París; no tengo más que decir una palabra, y me dará el doble. Entonces estaré libre.

—Libre ¿para qué?

—Para cantar la música que más me complazca.

Lavirón no contestó; bajó la cabeza y encogió los hombros, como cuando estaba descontento y se disponía á lanzar una frase agresiva. Pero sus labios permanecieron cerrados; murmurando, dió cinco ó seis pasos por el salón, y al fin dijo:

—Siempre es bueno y digno hacer sacrificios por el arte. No seré yo, ciertamente, quien procure desviarla en su carrera del camino que le trace la influencia de sus gustos y la tiranía de sus caprichos. El artista no es el pollo que se ceba comiendo maíz en el rincón de un corral; es el ave libre que se desarrolla cantando bajo la inmensidad del cielo. Sin embargo, hay que hacer todo lo posible para que no llegue el momento en que uno tenga que llamarse á engaño.

—¿Qué es lo que entiende usted por esto?

Lavirón levantó la cabeza, fijó en la joven una mirada penetrante, y reanudó sus paseos por el salón, sin que, al parecer, quisiese dar más explicaciones.

Eva conocía demasiado bien al crítico para no comprender que dejaba de decir cosas importantes, con el único fin de ahorrarle sufrimientos. Su inquietud aumentó, pues tenía la seguridad de que entre Lavirón y ella, no se podía tratar más que

de Derstal. Y para que su amigo común guardase silencio, preciso era que lo que tuviese que revelar fuese enojoso para el uno y triste para la otra. No pudo soportar la incertidumbre que le imponía la reserva de su interlocutor; aun á riesgo de tener que sufrir, quiso saberlo todo, y volviéndose hacia Lavirón, añadió:

—Esto equivale á decir que si sacrifico mi carrera á la ambición de consagrarme á la gloria de Derstal, puedo sufrir una decepción. ¿No es esto?

El crítico, hablando lentamente, contestó:

—El corazón de los hombres no está siempre á la altura de su inteligencia. Son muchas las veces en que los espíritus más selectos proporcionan las más grandes decepciones. Entusiasmados con su genio, queremos encontrar en ellos héroes, y con viva sorpresa sólo descubrimos hombres muy vulgares. Es muy cierto que Derstal es un músico notabilísimo, pero ¿se puede asegurar que será un amigo abnegado ó un amante fiel? ¿Sería capaz de un sacrificio artístico semejante al que hace un momento estaba usted dispuesto á hacer? Antes que deshonrarse confeccionando una obra de pacotilla, ¿sabría sufrir y soportar las privaciones, consagrándose al trabajo para crear una obra maestra? En otros tiempos, cuando era pobre y desconocido, supó hacerlo; pero ahora que ha saboreado las dulzuras del éxito y los refinamientos del lujo, ¿tendrá ese noble estoicismo, que es lo único que permite crear concienzuda y serenamente? ¡Ah,

hija mía! Derstal me preocupa, me inquieta. Usted sabe cuántas esperanzas había concebido y fundado en él. Veía en el joven artista la renovación de nuestro arte musical. Íbamos á dejar de ser llevados á remolque por las escuelas extranjeras. Las raíces de la influencia italiana podían, al fin, ser cortadas; la sombra maciza del gran árbol wagneriano cesaba de sofocar los arbustos de nuestra producción nacional. Volvíamos, en fin, á ser lo que fuimos en otros tiempos, y era Derstal quien realizaba este milagro. Por esto le quería; por esto le empujaba; por esto le sostenía sobre los escombros de la música contemporánea, abatida por mí á fuerza de críticas y de sarcasmos. Ahora temo que haga traición á la sagrada causa que nos era común. Sí, dudo de él; y por esto le digo, hija mía, con la mayor sinceridad procure usted que no llegue un día en que tenga que llamarse á engaño.

—Traicionar el arte, es hacerme traición á mí misma—dijo Eva palideciendo.—Ha hablado usted mucho ahora, para no llegar hasta el fin de sus revelaciones. Tenga usted el valor de decirme todo cuanto debo temer.

—Pues bien, hé aquí lo que he sabido. Se dice que obligado por necesidades urgentes de dinero, y cediendo á los constantes ruegos de amigos nuevos, que desgraciadamente ejercen ya demasiada influencia sobre él, Derstal debe haber aceptado las proposiciones de la sociedad directora de la Ópera de Nueva York, comprometiéndose, me-

dante cien mil francos entregados por adelantado á cuenta de sus derechos de autor, á escribir una obra para América.

—¡Ah! Son los Brandón los que han arreglado este negocio—dijo Eva, golpeándose la frente.—Yo temía los resultados de la intimidación de Oliverio con estas gentes, y veo que no me equivocaba. Pero si ha prometido escribir una obra para Nueva York, tendrá que entregar en seguida la partitura, pues los americanos no son lo más á propósito para esperar. Quieren un efecto inmediato á sus arreglos, y gozar en seguida de las ventajas estipuladas.....

—En efecto, Derstal debe de haberse comprometido á entregar su ópera en seguida. El estreno debe verificarse en el mes de Mayo; tiene, pues, seis meses delante de él para escribir cuatro actos, y dos para hacerlos ensayar. Es el trabajo para la exportación en su aspecto más repugnante.

Eva tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces—dijo—¿abandonará *La Veneciana*?

Lavirón no contestó; frunció las cejas, arqueó los hombros, sacó un cigarrillo de su petaca, lo encendió y, echando bocanadas de humo, dijo con amargura:

—Esos americanos son asombrosos. Se ven precisados á improvisarlo todo en su sociedad, en la que todo es nuevo, escudados en sus riquezas, y no retroceden ante ninguna dificultad ni ante ningún obstáculo. Todo cuanto se compra debe perte-

necerles. Se dan por satisfechos pagando el precio que se les exige. Empezaron por comprar los objetos de primera necesidad; en seguida abordaron lo superfluo, y ahora se entregan desenfrenadamente á la compra de objetos de gran lujo. No hay en Europa cuadro hermoso, tapicería rara ni escultura preciosa que no se arrojen sobre ella, como la miseria se arroja sobre los pobres, y se la lleven á su país.

Últimamente me han contado que uno de sus compatriotas, habiendo encontrado en las orillas del Loire un encantador castillo del siglo xv, que ostentaba tantas esculturas como la casa de Francisco I en Cours la Reine, lo había comprado y transportado, llevándose las piedras de la fachada numeradas para reedificarle en Cincinnati ó en Chicago. Tales gentes no retrocederán delante de nada. Se llevarán todos los objetos de arte que descubran en Europa, y sólo nos dejarán las cuatro paredes de nuestras casas. ¿Se asombra usted ahora de que se paguen una ópera del compositor de moda? Lo que más me sorprende es que no haya sido el mismo Barnum el que haya dado el golpe. Pero lo que no puedo comprender es que Derstal se haya prestado. De cualquier otro lo habría creído posible; pero de él..... ¡Ah! Hé aquí una gran ilusión perdida. Yo, que siempre había dudado de todo, me he confiado en la vejez, dejándome engañar como un niño. Y ¿por quién? Por Derstal.....

Eva quería obligar á que Lavirón precisase los hechos. Hasta entonces había entonado un himno de recriminaciones; pero las acusaciones permanecían vagas, indecisas. Decía: «Cuentan que..... Me aseguran que.....» Pero, ¿era esto cierto? Las noticias circulan en París con una rapidez extraordinaria, y las más calumniosas son generalmente las más tenaces, como si la maldad de las gentes no pudiese decidirse á abandonarlas. La cantante replicó:

—Comprendo su irritación, si es que tiene usted la prueba de que todo lo que le han contado es cierto; pero antes de anonadar á Derstal sería preciso asegurarse de que es culpable.

—¡Culpable!—exclamó Lavirón.—Con respecto á mí, ni lo es ni puede serlo. Nunca me ha prometido nada, y, por lo tanto, es libre de hacer lo que mejor le parezca. Si tiene ganas de deshonorarse emborronando una partitura para salvajes, es cosa que sólo importa á su conciencia. Yo no le he vendido mis elogios, y tiene el derecho de volverme la espalda cuando le acomode. No he sacrificado nada por él. Soy un desocupado cualquiera, que le ha seguido porque sus cantos le gustaban, del mismo modo que los mirones se dejan llevar á remolque por las músicas de regimiento. El día en que el ruido que haga no me agrada, me detendré, dado caso que no me parezca conveniente silbar. Uno y otro somos completamente independientes.

Miró á Eva con ojos en los que se reflejaba la más grande irritación, y añadió:

—Con respecto á usted, no se encuentra en el mismo caso.

Eva tembló, y levantando sus hermosas manos hacia el crítico, como para pedirle clemencia, dijo:

—No le condene usted todavía. En cuanto á mí, quiero saber la verdad, quiero oirla de sus propios labios; no creeré que haya tenido un pensamiento relativo á su arte del que yo no haya sido la primera confidente, hasta tanto que no me lo haya confesado él mismo. Creo en su ternura con mayor tenacidad aún que usted en su orgullo. Espere usted á que le haya visto y á que le haya hablado, y si lo que me acaba usted de decir es cierto, será preciso todavía que apreciemos las circunstancias que le hayan obligado á hacerlo.

—No hay nada que pueda obligar á un artista á traicionar su arte—exclamó Lavirón con vehemencia.—Es preciso saber reventar de hambre, de frío y de tristeza trabajando para hacer una obra maestra. La gloria no se conquista más que á este precio. No se llega hasta ella más que entre las privaciones, las injusticias y los ultrajes. El camino de la gloria es el camino de la cruz, y con frecuencia sólo se llega al Calvario para morir en él. Pero ¿qué importa, si se sucumbe dejando una obra inmortal?

—¡Ah! Es usted de una intransigencia terrible—exclamó la cantante.—Usted no forma parte

de la humanidad; su ideal artístico es absoluto, y usted no permite que se doble, ni aun ante las pasiones, las debilidades ó las faltas humanas.

—No—dijo el crítico con rudeza.—Es cierto; yo quiero al artista de cuerpo entero, francamente enamorado de su ideal; pero queriendo llegar á realizarlo por medio de la lucha noble, y no valiéndose de estratagemas más ó menos hábiles. Por regla general, los hombres me odian á causa de estas teorías, que son la regla de mi vida y la base de mis juicios; pero me importa poco. Así pienso, y por todo el oro del mundo no querría pensar de otra manera.

—Y yo—dijo Eva,—¿no voy á verme obligada á cantar un papel en la ópera de ese italiano cuya música me da náuseas? ¿Qué piensa usted de mi capitulación?

—La compadezco—dijo Lavirón, que había recobrado la calma;—pero á usted no puedo censurarla. Usted no es libre. Usted pertenece á un teatro, al que debe todo su tiempo, todos sus esfuerzos y todo su talento. ¿Le han dado á escoger entre un trabajo medianamente pagado, pero que esté en armonía con sus gustos, y otro retribuido largamente, pero que la disguste? No; su director le ha dicho: «Tiene usted que cantar *Leonora d'Este*.» Pues bien; cántela, y lo mejor que pueda. Encubra con su encanto personal la indigencia del músico; y al cumplir su deber con probidad, habrá encontrado el medio de sacrificarse en aras del arte.

—¡Cuán indulgente es usted para mí—dijo Eva suspirando—y cuán severo para Derstal!

—Usted le quiere demasiado—replicó Lavirón encolerizándose.—Tengo la seguridad de que si le pedía que fuese á Nueva York ó á Chicago para cantar su obra de pacotilla, dejando plantados en París á sus admiradores y á su teatro, sería usted capaz de seguirle.

Eva hizo un gesto de dolor.

—¡Ah!—murmuró.—Lo que yo temo ahora es que no exija de mí semejante sacrificio.

Y bajando la cabeza, dejó que las lágrimas corriesen silenciosas por sus mejillas. El crítico, pálido de emoción y con las cejas fruncidas, la miraba mientras hacía un cigarrillo. Se puso á andar impaciente, con la barba pegada al pecho y dando grandes pasos. Pasado un momento, Eva se levantó, cogió al crítico por una mano, le obligó á que fijase en ella sus ojos, y le dijo con voz temblorosa:

—Lavirón, prométame que, suceda lo que suceda, no atacará usted nunca á Derstal.

El crítico no contestó, pero trató de volver la cabeza. Eva repuso:

—Después de lo que usted ha escrito con respecto á él, esos admirables elogios que le han valido la consagración definitiva, atacarle sería lo mismo que entregarle atado de pies y manos á sus enemigos, que le arrastrarían por el lodo. Prométame usted que no lo hará nunca.

—No, no—gritó furiosamente Lavirón.—Yo no prometeré esto. Después que por él ha ahogado usted su conciencia, pretende poner cortapisas á la mía. Ha sido muy dichoso; ahora es preciso que justifique su felicidad.

Eva miró al crítico fijamente. Le pareció que en sus violentas palabras había algo más que la indignación del artista, y que ese algo no era otra cosa que los ásperos celos de un hombre enamorado en secreto. Se acordó de todas las alabanzas, de todas las adoraciones, de todos los entusiasmos de Lavirón, y empezó á comprenderlos mejor. Derstal había sido el niño mimado del viejo escritor porque formaba parte integrante del talento de la cantante. Lo que Lavirón quería en él era ella; y su furor, tan rudamente manifestado, tenía por causa su indignación al ver á Eva traicionada, y por consecuencia, haber sido engañado él á causa de ella. Un sentimiento de afectuosa piedad calmó su corazón; su hermoso rostro se iluminó, y volviéndose sonriente hacia el crítico, le dijo con dulzura:

—Vamos, vamos, no nos enfademos. Siéntese usted aquí, encienda el cigarrillo y escuche, que voy á cantar un trozo de Mozart para usted solito.

Lavirón la obedeció. Eva se sentó ante el piano, preludió, y con su voz espléndida y brillante entonó la hermosa aria de *doña Ana*. Lavirón, con los ojos fijos en las azuladas ondulaciones que despedía su cigarro, había olvidado sus rencores.

III

—Señor Derstal, oiga usted esta romanza de mi hermano.... Verdaderamente Harry tiene mucho talento; verá usted....

Con traje de baile, descotada, con los hermosos cabellos anudados sobre la cabeza, como un casco negro, miss Brandón, instalándose frente al piano, en el saloncito de su madre, y sosteniendo una hoja de papel de música, había empezado á cantar.

—Yo le suplico, miss Susana—dijo Derstal,—que me permita acompañarla....

Cogió el manuscrito, lo recorrió rápidamente con los ojos, hizo una ligera mueca, y devolviendo la hoja de papel á la joven, agregó:

—Vamos, yo la sigo.

Susana, con voz infantil, empezó á cantar la incolora y pretenciosa melodía de Harry Brandón. Se esforzaba para darle intenciones que no tenía, y levantaba los ojos con aspecto enfermizo para susurrar:

Bècause I love you! Ah!.... ah! ah!

Bècause I love you!

Derstal dejó oír un sonoro acorde para terminar, y volviéndose hacia la americana, le dijo:

—Canta usted esta melodía deliciosamente.

Susana enrojeció de satisfacción.

—Pero usted, señor Derstal, ¿qué acompaña-

miento ha tocado? No es el que ha escrito mi hermano....

Oliverio se echó á reír.

—No—dijo.—He improvisado.

—¡Santo Dios, qué hermoso es esto! ¿Por qué no escribe usted en la melodía lo que acaba de improvisar hace un momento?.... ¡Mi hermano se consideraría tan dichoso!

—Su acompañamiento es más que suficiente—dijo Derstal con indiferencia.—No he pretendido más que dejar las notas en sus manos, á fin de que usted cantase sin necesidad de inclinarse sobre el piano. No hay nada más difícil que leer música manuscrita. En los concursos del Conservatorio es uno de los ejercicios más temidos, y hasta los más hábiles suelen perderse.

El diálogo fué interrumpido por la llegada de la señora Brandón.

—¿Estaba usted haciendo música con mi hija, señor Derstal? Suzy, no puede usted estar más favorecida al recibir los consejos del maestro. Si, al menos, sabe usted aprovecharlos....

—El señor Derstal no me da consejos—replicó alegremente la joven;—no hace más que dirigirme lisonjas. Yo no sé por qué me figuro que él cree que tengo millones en la garganta, como se dice de las grandes cantatrices.... Pero esos millones son los de mi padre.

—Es usted una loca, Suzy.... Perdónela usted, señor Derstal.... Seguramente, Suzy, usted no

ganaría una fortuna con su voz..... Harto considero que sería una desdicha que tuviese usted los medios magníficos que permitieran á una mujer sobresalir por su talento, porque usted no lo necesita..... Vale más que esos dones admirables pertenezcan á una Eva Brillant....

Derstal se estremeció. Un ligero rubor subió hasta sus sienes, pero no recogió las frases de la señora Brandón. Parecía que examinaba atentamente la melodía escrita por el hijo de los dueños de la casa.

Después dejó la hoja de papel encima del piano, y dijo con negligencia:

—Para quien no hace de la música una profesión, no está nada mal.

—Vamos — dijo miss Brandón, riendo alegremente;—mi hermano está colocado, como yo, en la categoría de los aficionados con buenas condiciones. Afortunadamente, sir Brandón, con sus fábricas de Cincinnati, se ha encargado desde hace mucho tiempo de procurarnos la seguridad de la existencia.

—Vea usted, miss Susana—dijo Derstal pausadamente;—después de todo, esto es lo más seguro.

Los invitados llegaban, y la madre y la hija dejaron á Derstal para hacer los honores de la casa.

Desde que el compositor había entrado en casa de la señora Brandón, que le había asediado á invitaciones y ruegos en uno de los conciertos de la

melómana marquesa de Larsay, la intimidad se había establecido pronto entre él y los riquísimos americanos. La gracia seductora de Derstal había encantado en alto grado á la señora Brandón. Ésta había hecho el resumen de sus impresiones á su amigo Harvey con esta sola frase: «Uno se siente tanto más atraído hacia él cuanto que al dejarlo no se tiene nunca la seguridad de que se le volverá á ver.» La incertidumbre para esas gentes, á quienes el poder de sus millones da de ordinario una seguridad completa, había sido el más activo de los excitantes. Se habían entusiasmado con el compositor, y le habían levantado un altar en su salón.

Los gustos artísticos de su hijo Harry, que se daba aires de superioridad en todos los géneros, habían contribuido no poco á asegurar la influencia del joven maestro. El hermano de Susana era un yanqui flemático que concentraba en su cerebro toda la actividad de su raza. Escribía poesías, pintaba cuadros y componía música; siendo de notar que todo lo hacía con la misma insuficiencia. Pero esas aptitudes tan distintas, habían asombrado de tal modo á las personas que le rodeaban, que, á ojos de sus padres, aquel muchacho parecía destinado á realzar el prestigio de la joven América, mejor dotada hasta ahora desde el punto de vista industrial que desde el punto de vista artístico. Harry Brandón, después de varios ensayos en los distintos géneros que cultivaba, sólo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910 1625 MONTERREY, MÉXICO

había llegado á conseguir una escasa notoriedad de aficionado mundano. Walfrand, el pintor francés, cuyos retratos son tan celebrados en América, había dicho alegremente: «El joven Brandón ha conseguido triunfar realizando el *trust* de la mediocridad.»

El sueño de Harry no era otro que el de hacer representar una obra dramática en un teatro de París. Su padre había formado una sociedad en comandita para explotar un teatro lírico; pero la empresa había muerto después de algunos meses de explotación. Patrocinaba una nueva, que se fundaba en las ruinas de la antigua, y toda la combinación artística consistía en la promesa de representar una obra del joven Brandón y en perder, mientras se esperaba, todo el dinero de los accionistas con vagas exhumaciones de *Fanchonnette* y del *Caballo de bronce*. En este negocio el papel de Derstal se había reducido á encontrar un poema de forma soportable para el joven Harry, y no había podido hacer cosa mejor que recomendar al americano á Boucheville, el viejo autor dramático que hace cosas nuevas y arregla las viejas. Este, mediante un adelanto de veinte mil francos á cuenta de los futuros derechos de la obra, había entregado á su joven colaborador en el mes que había seguido á la negociación una *Atala*, drama lírico en tres partes, en el que el compositor debía encontrar ocasión de derramar á torrentes su inspiración y su originalidad.

—¿Usted ve, mi joven amigo?—le había dicho el autor dramático.—Usted podrá dar aquí una nota de color local. Los grandes bosques, las olas del Meschacebée y los indios. ¿Eh? La choza de la hermosa Atala.... Si usted no desarrolla semejante asunto con inspiración, no creeré en su porvenir. Pero usted va á hacer aquí algo sublime; lo adivino, sí, lo leo en sus ojos.

Durante algunas semanas Harry se había congestionado con el texto de su poema. Había golpeado su piano con furor, pero nada había salido. El coro de entrada del primer acto, en el que los jóvenes compañeros de Atala cantaban en los bosques próximos á la ciudad:

Bajo los grandes plátanos
De abiertas flores....

Este coro no había hecho brotar del cerebro de Harry ninguna inspiración musical. El joven permanecía mohino é indeciso ante el papel. Cuantas ideas se le ocurrían le parecían pobres de color. Todas las que en lo que al color se refiere carecían de ritmo. Harry se entristecía, adelgazaba, y cuando su madre le interrogaba afectuosamente, le contestaba con acento dolorido:

—Por muchas vueltas que le dé al asunto, no consigo acertar. No, lo que sale no es lo que yo busco. Me haría falta alguna cosa de.... ¡Ah!

Este «¡ah!», pronunciado con éxtasis y con los

ojos fijos en el cielo, expresaba todo cuanto de delicioso y sublime había en el sueño de Harry. Desgraciadamente, lo sublime se reducía á ese «¡ah!», y nada se adelantaba.

Entonces fué cuando Brandón, que sabía lo que es tratar un negocio, se decidió á hablar á Derstal.

Después de una comida íntima, mientras la madre y la hija estaban en el salón, el archimillonario se había llevado al compositor á su gabinete, y colocando ante él una caja de caoba, dentro de la cual los cigarros y cigarrillos de todos los tabacos y de todas las marcas se encontraban mezclados, dijo:

—Querido maestro, me siento muy molestado. Usted no ignora las admirables dotes que para el cultivo de las artes tiene mi hijo Harry. Usted mismo ha tenido la amabilidad de ocuparse en buscarle un poema para la ópera que la Comedia Lírica debe estrenarle la próxima temporada.... Se ha puesto al trabajo con un entusiasmo grandísimo.... Pero usted sabe lo que es la inspiración. El deseo de hacerlo demasiado bien paraliza á Harry, y antes de haber empezado su trabajo ya querría tenerlo listo. Se enerva, se excita.... En una palabra: se pone enfermo, y su madre se preocupa mucho. Usted comprende que tengo muchas cosas que hacer y es preciso que me dejen tranquilo. Yo pagaré todo cuanto sea necesario para tener paz.... Tengo mucho dinero, y la paz

no se paga nunca cara.... De manera que considero indispensable que Harry tenga cerca.... ¿Cómo lo diré? Un.... un ayudante que recoja sus ideas, que las ponga en orden y que le facilite el trabajo.... ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Sí, señor—dijo Derstal con tranquilidad.—Usted quiere que un compositor de oficio escriba la partitura de Harry Brandón....

—No, no es precisamente esto. Las ideas de Harry son de tal modo especiales, que nadie podría escribir su partitura. Pero sería preciso que alguien anotase sus inspiraciones á medida que acuden á su cerebro, evitándole de este modo el grosero trabajo material....

—Bueno, bueno; es lo mismo que yo decía, pero explicado de otra manera. Estamos de perfecto acuerdo. Se trata de poner un compositor de oficio al servicio de las fantasías musicales de su señor hijo.

—Esta vez ha acertado usted con las palabras que expresan lo que yo deseo—dijo Brandón encantado.—Sí, es esto mismo. Pnes bien: ¿créese usted que alguien se encargaría?.... ¿Alguien que fuese simpático y abnegado?....

Derstal adivinó que el americano iba á proponerle que escribiese la partitura de *Atala* para el joven Harry, y se estremeció de terror. Hizo un gesto de enérgica protesta, y dijo:

—Espere usted, déjeme reflexionar un mo-

mento..... Yo creo, sí, yo creo que tengo lo que á usted le hace falta.

El americano frunció el entrecejo. Le gustaban las cuestiones claras y las soluciones francas. Había hecho una proposición. Derstal contestaba con un aplazamiento, y como esto no podía convenirle, agregó:

—Yo pagaré cuanto sea necesario. ¿Usted me comprende bien? Cuanto sea necesario para que Harry no tenga dificultades, yo me evite enojos, y para que todo el mundo en casa esté alegre y dispuesto. Fabouillot, el director de la Comedia Lírica, me ha hecho ya entregar veinticinco mil dollars..... Me pide diez mil más todavía..... Pero esto no supone nada. Lo importante es que todo el mundo en mi casa esté contento, y que yo no oiga más suspiros á las horas de almorzar y de comer..... Me dice usted que cree contar con alguien para que me preste el servicio que le pido..... ¿Cuándo me designará usted á esa persona?

El americano miró á Derstal como desde lo alto de todos sus *trusts*, y agregó con sequedad:

—Usted sabe que ningún músico tendrá bastante mérito para secundar á Harry..... Y sobre todo al precio que voy á pagarle.

Derstal esta vez se enfadó:

—Querido señor: cuando no se habla más que de pagar, no se puede exigir más que lo que se encuentra por dinero. Y cualquiera que sea la

cantidad que usted dé, siempre quedará en deuda con el artista.

Brandón sonrió.

—Muy bien — dijo. — Por sus palabras comprendo que será un hombre notabilísimo en todos conceptos. Es todo cuanto deseo. Nosotros en América sólo tenemos orgullo cuando nos lo podemos permitir; pero ustedes en Francia son extraordinarios: cuanto más pobres, más altivos.

—Sí, señor; esto es debido á que no tenemos más que nuestra altivez.

Se dirigieron al salón, y en las miradas que se cambiaron entre Brandón, su mujer y su hija, Derstal comprendió fácilmente que todos estaban de acuerdo para llevarlo á engancharse al carro musical del joven Harry. La madre y la hija esperaban sonrientes una declaración afirmativa; pero el rostro cerrado del padre hizo desvanecer todas sus esperanzas. Después de semejante decepción, tuvieron que hacer un esfuerzo para mostrarse amables. La hermosa Susana se repuso prontamente, y con su libertad acostumbrada se acercó al compositor y canturreó alegremente. Era un género de ejercicios que satisfacía á Derstal bastante más que las tentativas de corrupción artística de mister Brandón. Se tranquilizó bajo la influencia de las miradas de la encantadora americana, y cuando se marchó, cerca de las once, todos los trazos de su disgusto habían desaparecido.

Al día siguiente por la mañana se dirigió á

casa de Pinchart, y lo encontró en su gabinete compartiendo con sus dos gatos su café con leche cotidiano. El músico, al ver entrar á su amigo, no fué dueño de contener un grito de asombro.

—¿Cómo! ¿Eres tú? ¿Antes de las diez? ¿Qué es lo que pasa?

Derstal dejó su sombrero encima del piano, se sentó frente á su amigo, y acomodando á uno de los gatos sobre sus rodillas, dijo:

—Pinchart, ¿quieres ganarte veinticinco mil francos?

—¿Es una broma? ¿Haciendo qué?

—Una partitura de ópera.

—¿Para dónde?

—Para la Comedia Lírica.

—¿Fabouillot quiere una obra mía?

—Fabouillot quiere una obra, pero no sabrá que es tuya.

—Entonces, ¿de quién será?

—De un joven ruiseñor del gran mundo, que quiere cantar y no tiene voz.

—¿Y desea que Pinchart cante por él?

—No. Él no conoce á Pinchart. Es amigo de Derstal, á quien ha expresado sus deseos, y á quien ha encargado que le busque un compositor.....

—¡Dispuesto á todo!—agregó Pinchart con amargura.

—¡Pinchart!—dijo Derstal en tono de reproche.

—Perdóname, mi querido Oliverio—dijo el

músico estrechando la mano de su amigo.—Soy un ingrato. Yo no debería acoger tu oferta de otro modo del que está hecha, con cordialidad. Sabes que no me sobra el dinero y vienes á proponerme una fortuna. Es muy de agradecer. ¿Veinticinco mil francos? ¡Demontre! Son toda una cantidad. Una obra en nuestra Ópera nacional no reporta tanto, á menos que éntre á formar parte del repertorio. Yo debería saltar de alegría, porque al fin y al cabo se me presenta una ocasión para hacer música, y Dios sabe lo raras que van siendo estas pícaras ocasiones. Bien es verdad que sería con el nombre de otro, cosa que hace variar mucho la perspectiva. No queda más que el provecho..... Los veinticinco mil..... Pero la gloria.....

—Pinchart, tú sabes muy bien que cuando yo era pobre y desconocido escribí muchas cosas para los demás.

—No una ópera. Si te lo hubieran propuesto no hubieras aceptado. Cuando te propusieron escribir una opereta para la *Gaité*, con tu nombre, ¿consentiste? Sin embargo, estabas muriéndote de hambre. Respetaste tu porvenir, tuviste confianza, no quisiste hacer comercio, y has recibido la merecida recompensa. ¿Me estimas menos de lo que te estimabas tú mismo, para venirme á ofrecer menos aún de lo que tú rechazaste?

Derstal no contestó. Su rostro se había entristecido. Las altivas palabras de su amigo, pronunciadas en aquel cuadro de pobreza, caían sobre su

corazón, oprimiéndolo. Le parecía que no era el mismo hombre que en la época en que rechazaba un trabajo que juzgaba indigno de él. Era, pues, el lujo de la vida nueva, las dulces languideces de su felicidad, las frívolas relaciones mundanas lo que enervaban su vigor y disminuían su orgullo. Acarició con algo de rudeza el lomo del gato que dormitaba en sus rodillas. Éste se irguió, le miró con sus ojos amarillentos, fijos y altaneros, y saltó al suelo con desdeñosa independencia. Derstal sonriendo, dijo:

—Este gato me acaba de dar una lección; no se deja acariciar más que del modo y manera que le complace.

—¡Ah, mi querido Oliverio!—dijo Pinchart con entusiasmo.—Yo te comprendo bien, y sé que te das perfecta cuenta de que comprometes tu talento en la vida fatigosa y vacía que observas. Entonces, ¿por qué no renuncias á ella? ¿Qué es lo que vas á hacer en sociedad? Explicame qué placeres encuentras. ¿Acaso tu vanidad se siente halagada por la admiración de todos esos *snobs*? Pero no, no puede ser, pues ni siquiera te comprenden. No es allí en donde deberías pasar tu vida. Tienes otras afecciones más seguras, más nobles, más preciosas. Y esas afecciones, ¿no las descuidas?

Derstal palideció.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso Eva se habrá quejado de mí?

—Dios mío, antes se moriría. Es demasiado

orgullosa. Pero tus amigos tienen ojos y oídos, y saben ver lo que haces y oír lo que de ti se cuenta. Están entristecidos.

—¡Pinchart!

—¡Ah! Esto es algo más grave que escribir música para los demás. Tú, ni siquiera escribes la que se espera de ti. ¿Cómo está tu *Veneciana*? Siempre en el segundo acto.... Y en los periódicos se anuncia para fin de temporada. ¿Escribirás dos actos en tres meses, ó faltarás á los compromisos que con la Opera tienes contraídos? Son más de veinte los que esperan en la puerta para acechar las ocasiones y hacerse representar. Tú mismo se las vas á proporcionar, y sólo por culpa tuya. Tú merecerías que cualquiera de ellos se te adelantase. Pero ¡bah! Puedes estar tranquilo, pues no hay entre ellos ningún Derstal. Tú lo sabes, y te ríes de sus esfuerzos. Pero es lo mismo; tu carácter no está á la altura de tu talento, y no mereces el éxito.

Derstal, ante estos reproches afectuosos y severos, bajó la cabeza y permaneció un instante sin hablar. Al fin dijo con tristeza:

—Tienes razón, mi buen Pinchart, y todo cuanto acabas de hacerme oír es verdad. He perdido algo la cabeza en estos últimos tiempos, pero voy á tranquilizarme y á reanudar el trabajo. Tú no puedes saber lo absorbente y costosa que es la vida que llevo.

—Claro, quieres rivalizar con gentes que tienen

rentas muy crecidas, y á este juego no ganarás nunca. Tú no tienes dinero más que cuando trabajas, y á ellos los fondos les llegan muy naturalmente á sus cajas, sin que tengan otra cosa que hacer que cortar cupones ó dar papelititos firmados. Verdaderamente la partida no es igual. Además, para esas gentes el tiempo no tiene ningún valor. Su única ocupación consiste en matarlo, combatiendo el aburrimiento del mejor modo posible. Á ti te sucede todo lo contrario: tu tiempo es precioso. Los años que están pasando son aquellos en que tu inspiración ha de ser más fresca y más poderosa. Para ti sería preciso que en este momento pudieses vivir por partida doble, y derrochas tus días y tus noches con esos seres inútiles é incapaces. ¿Sabes el efecto que me causas? Pues el mismo que me causaría un hombre que jugase Inises de oro contra fichas de hoja de lata. Sales engañado, Derstal. Esas gentes de mundo, con sus reuniones, comidas y veladas, te roban tu talento, te estafan tu gloria, y cuando te hayan agotado, arruinado y fastidiado, te dejarán en un rincón, y con su risa de idiota sabrán decir: «Decididamente ese Derstal no tenía ningún porvenir. Supo producir una hermosa obra, pero ha defraudado las esperanzas que se habían fundado en él. Nosotros concedimos demasiado honor á este muchacho acogiéndole entre nosotros y permitiendo que nuestras mujeres y nuestras hijas «flirteasen» con él, al tiempo que le trataban de ilustre y que-

rido maestro. ¡Bah! Busquemos otro, y, á ser posible, procuremos que tenga un poco más de consistencia.»

El músico fijó en Derstal sus ojos, en los que se leía la mayor convicción y la más grande energía.

—Oliverio, te digo todas estas cosas en el preciso momento en que es necesario que las escuches; más tarde sería inútil. Todavía no tienes más que un dedo dentro del engranaje, y puedes, haciendo un solo esfuerzo, echarte atrás. Tu carrera se decide en este momento. Retrocede á tu sencillez de los días de trabajo; vuelve á tus verdaderos amigos, y no abandones la obra emprendida. En algunos meses terminarás tu partitura, y dejarás anonadados por un éxito extraordinario á tus envidiosos y á tus cortesanos. Si entonces quieres reaparecer en el mundo, podrás hacerlo triunfador. En vez de parecer que recibes los favores de esos ociosos, que hacen de ti la bestia rara de sus salones, serás tú quien les harás la merced de recibir sus cumplidos y sus alabanzas. Pasarás entre ellos, sin detenerte más que los momentos necesarios para asegurar tu renombre y mostrarte en todo tu esplendor. Pero tu vida, tu verdadera vida, continuarás pasándola entre tus abnegados compañeros, cerca de la mujer que tanto te quiere. ¡Vamos! Vuelve en ti: abre los ojos, y verás que te encuentras en un callejón sin salida. Es preciso retroceder y emprender de nuevo el camino del trabajo y del éxito.

Derstal movió la cabeza, y dijo amargamente:

—Tienes razón. Me he retardado mucho, y estoy en vísperas de estropear mi carrera si continúo viviendo como lo hago desde hace dos años. ¡Ah Pinchart! ¡Si supieses en qué situación me encuentro!.....

—¿Qué?—dijo el músico. ¿Tienes deudas?

—El producto probable de *La Veneciana* lo he gastado ya.

—¡Y la obra no está todavía terminada! ¡Bien, bien! Vaya un bonito negocio. Entonces, por esto afirman que habías aceptado el compromiso de escribir para la exportación la música de una *Leonora d'Este*, sobre un libreto italiano. ¿Es cierto todo esto?

—Es cierto.

—¡Pobre Derstal! Lavirón no quería creerlo, y Eva ha llorado muchísimo. Pero ni uno ni otra se han atrevido á preguntarte.

—Hace ocho días que no los he visto. En vez de buscarlos, huyo de ellos.

—¡Ah, Dios mío, qué mal haces! Que escribas una *Leonora d'Este* es cosa que me deja bastante tranquilo, porque, al fin, si te lo propones, harás música hermosa á pesar de todo. Pero que te alejes de tu abnegada compañera, de tu rudo y valioso consejero, eso es lo que me aflige. ¿Qué es lo que te han dado esos americanos, en cuya casa, según dicen, pasas tu vida, y en nombre de los cuales has venido á ofrecerme este negocio tan

extraordinario? Hay una mujer en la casa, ¿verdad? ¿No es la madre la que te seduce? No, ésa tiene un hijo que escribe óperas, y esto le asegura por lo menos, una edad de cuarenta y cinco años. ¿Es, pues, entonces la hermana del joven maestro? ¡Ah, Derstal, te enrojeces!.....

—¿Cómo puedes pensar que yo, en la situación en que me encuentro, sea bastante loco para ocuparme de una joven cuya fortuna será inmensa? Pinchart, esas hermosas millonarias están reservadas para los príncipes. No las dan nunca á infelices musicastros como tu amigo.

Pues bien, tanto mejor. Porque veo bien claro lo que el arte perdería con semejante unión, y no acierto á adivinar lo que ganaría el amigo. Permanece libre, Oliverio. No te pongas al cuello un collar de oro, aun cuando tenga diamantes incrustados. Además, no olvides que si las jóvenes *mises* americanas son deseadas por los príncipes, las hermosas y aplaudidas cantantes son apetecidas por los reyes. En este bajo mundo hay muy distintos géneros de realeza. Un banquero que tiraniza la Bolsa, un elegante que impone las modas, un soberano auténtico, un artista adorado por el público, que hace que todas las mujeres se vuelvan á su paso, son rivales muy temibles. No los desprecies demasiado, no les dejes el campo libre, pues ellos desean lo que tú desdenas, y por fiel y amante que sea una mujer, el despecho, los celos, pueden ejercer sobre sus acciones una influencia

funesta. Ya estás advertido; deja todo tu americanismo y vuelve á nosotros. Ya es tiempo.

Derstal se mordió los labios, bajó los ojos, y como para ahuyentar pensamientos importunos, cogió un cigarrillo, lo encendió y volvió al objeto de su visita.

—Entonces, ¿tú no quieres ordenar las inspiraciones de un hijo de familia que tiene que escribir una *Atala* y no le sale?

—¡Nunca! ¿Asunto de qué ayudaría yo á ese joven tonto, para que haga competencia á verdaderos artistas? Mientras se representara su *Atala*, compositores de mérito se apretarían el vientre á la puerta del teatro. Esto es lo que hay de infame en la intrusión de los aficionados. Como dice el auvernés en la *Rose de Saint-Flour*: «No es porque esté sucio, es porque ocupa sitio.» Además, si he de decir la verdad, no tengo tiempo. Estoy trabajando en la tercera parte de mi obra sinfónica.

—¿*Ariane*?

—Sí, *Ariane*. Hace dos años que trabajo en ella, y estoy acercándome al fin. Ya tengo hechos *Teseo* y el *Laberinto*. Ahora estoy en el *Abandono*.

—¿Estás contento?

—Sí, me parece que no me sale del todo mal. Hay cosas que me gustan: la canción de los marineros del navío que se lleva á Teseo lejos de Creta, mientras Ariane llora en su roca..... Hay un contraste que me parece gustará. Mira, escucha esto, y me darás tu opinión.

Se había sentado al piano y tocaba un preludeo lento, en el que se oía el ruido de los remos en el mar. Después, el grito desesperado de la abandonada, viendo huir á su amante, se oyó lúgubre y desgarrador, mientras que, bogando hacia su patria, los nautas lanzaban al viento sus cantos indiferentes.

Al fin el clamor del mar ahogaba las voces y el llanto, y la charanga del héroe vencedor de Minotauro estallaba potente, anunciando al mundo su hazaña y su triunfo.

Pinchart acabó de tocar, y sin volver la cabeza esperaba el juicio de su ilustre compañero.

Este se había levantado, y con la cabeza inclinada y el rostro sombrío recorría la habitación á grandes pasos. Se detuvo bruscamente junto al piano, y dijo:

—¡Ah! La música que acabas de hacerme oír me ha convencido mucho más que todas tus palabras. Sí; escuchando esta hermosa página he sentido que en mi corazón mordía el pesar de mis desfallecimientos.... Te he visto á ti trabajando en la pobreza y poniendo toda tu alma en tus obras, mientras yo estaba dispuesto á aceptar la decadencia de las improvisaciones. He enrojecido y he sentido vergüenza. Tú eres quien tiene razón. Lo sacrificas todo á tu arte, y sólo de él esperas tus futuros goces. Es lo que Lavirón no ha dejado de enseñarnos. Lo que yo he hecho durante tantos años y lo que estaba dispuesto á dejar de hacer.

El lujo me ha envenenado. Volvamos á la santa sencillez. ¡Ah, Pinchart! Tú eres un amigo excelente; pero, sobre todo, eres un artista poderosísimo. Lo que acabas de tocar es magnífico.

—¿Te satisface?

—Satisfacerme no es decir lo bastante. Y tú continúas desconocido. Esto es una injusticia que subleva. Es preciso que ejecuten tu obra. Yo se la haré oír á Colonne, y él la tocará. Tú llegarás á la celebridad en un solo día. Es imposible que después de haber oído *Ariane* el mundo musical no te coloque en primer término entre los sinfonistas. Pero ¿qué estoy diciendo? Tú eres un músico de teatro. El drama resplandece en tu obra y rebasa el marco que la encierra. ¡Ah! ¡Qué dichoso debes sentirte después de haber escrito esto!

Pinchart, con el rostro iluminado por la alegría, estrechó las manos de su amigo.

—Si te he devuelto á tí mismo, mi obra habrá obtenido el éxito más grande con que pude soñar. Sólo la emulación que demuestras es para mí el más preciado de los elogios. Herir el amor propio de un maestro como tú es un triunfo.

—Nada de modestia. Tú eres igual que el mejor. Si fueses un poco intrigante, con el talento que tienes triunfarías en seguida.

Pinchart suspiró.

—Es verdad que no soy muy despejado, ni muy astuto, ni muy entrometido. Me quedo con gusto en mi rincón. Tan mala es mi facha, que en cuanto

tengo que lucirla me pongo enfermo de angustia. Soy zurdo y contrahecho. Un cuerpo hermoso, un rostro expresivo y una lengua bien colocada son muchos triunfos para un hombre que quiere llegar. ¿Me has visto vestido de frac? Parezco un orfeonista. ¿Qué quieres que yo haga en estas condiciones? Los dones exteriores intervienen lo menos una mitad en el triunfo de un hombre. Un brillante no atrae las miradas hasta que está fallado, pulido y montado. Puede permanecer en estado bruto y ser, sin embargo, la joya más preciosa del mundo; nadie se lo figurará. Dirán: «Es una piedra vulgar.» Y la gente se precipita sobre el carbono que brilla, pero que no vale nada.

—Sí, es la amarguísima ley de la vida, que hace que se considere á los hombres, no por lo que son, sino por lo que parecen ser. Es una injusticia que es preciso derribar. Yo te ayudaré.

Con su vivacidad acostumbrada cambió de idea.

—¡Demontre! —dijo alegremente.— Si hubieses hecho una música semejante para el joven Harry Brandón, á buen seguro que habría creído estar soñando, y su padre no hubiera tenido bastante dinero para pagarte.

—Pero dime; ¿por qué ese joven no se pone á trabajar honradamente en su partitura y trata él mismo de escribirla?

—Pues porque es del todo incapaz.

—Entonces, ¿por qué se ha comprometido?

—Pues porque quiere brillar. Veamos, Pinchart.

Tú sabes muy bien que por el mundo hay algunos compositores que jamás han escrito una sola nota de la música que se les ejecuta. Hay en las guardi-las pobres diablós que pasan la pena negra para asegurarse su gloria. Todo el mundo lo sabe, y muchas veces ni ellos mismos lo ocultan. Sin embargo, les admiten las obras y se las visten admirablemente. Es el secreto de muchas comanditas..... Y tú, Pinchart, ¿cómo vives?

—Tengo por semana tres ó cuatro buenas lecciones de armonía. Me producen doscientos cincuenta ó trescientos francos al mes. Es todo lo que necesito.

—¿Eres dichoso? Yo tengo un piso de cinco mil francos en la calle Auver, gasto más de treinta mil al año y estoy cosido de deudas.

—Deja todo esto. Vente á vivir á mi casa. Podrás hacer una concesión á la dignidad humana alquilando el cuarto primero. En un año te pondrás á flote, y, si quieres, aún podrás hacer economías. ¿Crees que Eva se sentirá humillada si tiene que venir á verte á la calle Papillon? Ella se reirá del barrio y de la calle, siempre y cuando tú la recibas con alegría. Es verdad que tus bellas madamas quedarán desconcertadas si es preciso que te vengas á buscar al *faubourg* Poissonnière, y en una casa con sastre en el portal. Pues bien: estarás en paz pasándote sin ellas. En este momento ya han hecho todo cuanto eran capaces de hacer por ti. Esas deliciosas cotorras han cacareado

tu nombre por los cuatro rincones de París. Déjalas; coge un cuaderno de papel de música, y no aceptes una sola comida antes de haber terminado *La Veneciana*. Después, dado caso que quieras, y divirtiéndote, y á guisa de pasatiempo, emborró-narás una *Leonora d'Este*. Se dirá: «Es un capri-cho de gran artista», del mismo modo que se dice cuando Saint-Saëns se entretiene escribiendo una gavota. Esto no tendrá ninguna consecuencia, y tú cobrarás del mismo modo. ¿Cuánto te dan por escribir esa italianería?

—Cien mil francos.

—Del mal el menos. Pero ha de ser con la condición que hagas el trabajo cuando te llegue el turno y como si fuese un entremés.

Los dos amigos continuaron hablando, y cuando Derstal se fué llevaba la imaginación rebosante de grandes proyectos. Entró en su casa para almorzar, dió orden de que no estaba para nadie y se encerró en su gabinete de trabajo. Allí tomó de nuevo el libreto de *La Veneciana*, leyó y relejó los dos primeros actos de la partitura, hasta volver á coger el hilo de sus ideas, y casi de un tirón escribió el final de un hermoso dúo, que no había mirado desde hacía dos meses. Su imaginación, reanimada en algunas horas de inspiración fer-viente, encontró lo que vanamente había buscado en medio del bullicio de su vida disipada. Al entrar la noche dejó el trabajo, fatigado, pero contento de sí mismo, sintiéndose dueño de su cere-

bro, seguro de su fuerza creadora y capaz de realizar cuantas bellezas había soñado. Aquella tarde fué una de las mejores que desde hacía mucho tiempo había pasado. Se sintió tranquilo, casi regenerado, dispuesto á todos los sacrificios por su arte y deseoso de hacer compartir el goce que le proporcionaba su dichosa inspiración á la que tanto le quería. Se vistió, comió, y á las nueve se dirigió á la Ópera.

Desde que pisó sus umbrales dióse cuenta exacta del perjuicio que su existencia exclusivamente mundana le había causado. El que guardaba la puerta le acogió con su saludo acostumbrado y le dijo en tono de amistoso reproche:

—¡Hace mucho tiempo, querido maestro, que no le habíamos visto!

En la puerta del escenario, el portero de servicio fué todavía más explícito:

—¡Hola, señor Derstal; por fin le vemos á usted! ¡Cuánto va á alegrarse el señor director!

Terminaba el segundo acto de *La Africana*. En el escenario, el maestro de coros, su compañero de Conservatorio, fué hasta él con las manos extendidas:

—¡Hola! ¡Es el señor Derstal en persona! ¿Traes tu partitura en el bolsillo? Ya sabes que la estamos esperando con impaciencia. El director dice que los dos primeros actos son maravillosos.

Derstal acogió sonriente todos aquellos testimonios de afecto. Estrechó las manos que se exten-

dían hacia él, y se dirigió al cuarto de Eva Brillant.

Ésta acababa de quitarse la diadema de plumas de Selika. Á la voz tan querida que preguntaba «¿se puede entrar?», contestó con un grito de alegría, y corrió al encuentro del visitante, siempre esperado. La doncella, que arreglaba los vestidos, desapareció sin decir una palabra. Eva apoyó las manos en los hombros de Oliverio, y sin temor de mancharle de blanco el frac, acercó su hermoso rostro á los labios de su amante, y fijando en él una escrutadora mirada, le dijo:

—Esta noche pareces animado y contento. ¿Sucede algo de particular?

—Sucede que todo el día he trabajado de prisa y bien. He terminado mi gran escena.

En los ojos de Eva brilló la más grande alegría. El solo anuncio de haber reanudado el trabajo la conmovía como una prueba de amor. Mientras Derstal trabajase, le pertenecía, y nadie podía disputárselo, pues á la vez le tenía sujeto por el cerebro y por el corazón. Con mucho cariño le preguntó:

—Entonces, ¿ésta ha sido la causa por que no te he visto durante una semana? Te estabas preparando y.....

Derstal no contestó á la pregunta. Rebosando proyectos, estando entusiasmado aún con su esfuerzo, empezó á darle explicaciones. Eva le escuchaba sonriendo con satisfacción. Las confiden-

dejo arrastrar con una facilidad que deploro. Lejos de afrontar el peligro, quiero evitarlo. Esto no es heroico, pero es prudente. Y tú misma creo que debías aconsejarme.....

Eva movió su hermosa cabeza, y dijo tristemente:

—Sí, te comprendo muy bien; pero privarme de ti me parece tan duro, que me asusto al pensar lo que sucedería si te llegase á perder. No verte durante una parte del invierno porque estés en Venecia ó porque me abandones para lucirte en el mundo, ¿no viene á ser lo mismo? Si estás en Venecia, yo saldré ganando, puesto que acabarás tu partitura; pero, ¿estás seguro de que la concluirás? Si tienes ganas de pasar el tiempo, las mismas ocasiones has de encontrar en Italia que en Francia, y las hermosas damas de Venecia te acapararán del mismo modo que las hermosas damas de París. Yo no soy celosa ni tengo la pretensión de sujetarte á mí sin que trates de evitarlo. Te aburrirías demasiado, pues sé muy bien que un espíritu como el tuyo hay que alimentarle con novedades. Si tuviese la seguridad de que al volver traías *La Veneciana* terminada, podría decidirme por el sacrificio de verte marchar. Pero si te vas á Italia, ¿no es para trabajar en la partitura de *Leonora d'Este*?

A esta pregunta precisa, Derstal enrojeció, y dijo con vivacidad:

—No; te doy mi palabra.

Eva le miró gravemente.

—En todo caso no desmientes que debas escribirla.

—Nada he firmado todavía.

—Pero, ¿has dado tu palabra?

—Puedo recogerla.

—¿Has recibido dinero?

Derstal no fué dueño de contener un gesto de cólera.

—Pues bien, sí; hé aquí lo que tanto me preocupa. Ya ves que es preciso que me marche. Aquí me hundo más y más de día en día. He vivido como si hubiese tenido rentas, y no tengo más que derechos de autor. Si quiero recobrar mi libertad, es preciso que me entierre en un agujero en donde no gaste nada y en donde trabaje sin descanso. Es la vida que tan alegremente observaba antes de estrenar *Erin*. Durante este tiempo el agua volverá á mi molino, haré frente á mis compromisos, reembolsaré lo que tengo adelantado y podré de nuevo ser dueño de mí mismo.

—Entonces vete.

La cogió entre sus brazos, y estrechándola contra su corazón, la dijo con entusiasmo:

—¡Ah! Veo que me quieres verdaderamente, y que tu afecto no puede ser más desinteresado.

Eva enjugó una lágrima.

—No lo olvides nunca.

El avisador pasó por el pasillo gritando:

—Va á empezar el cuarto acto.

Llamó suavemente á la puerta del cuarto de Eva, y preguntó:

—¿Está usted dispuesta, señorita Brillant?

—Bajo al instante.

Se levantó, llamó á su doncella, se envolvió en su manto de reina, y volviéndose hacia Derstal, le dijo:

—Ven. Quiero que esta noche te vean conmigo. Hace mucho tiempo que me olvidas, y empiezo á pasar por una mujer abandonada.

Le cogió las manos, se acercó á él y, sonriendo tristemente, le dió un beso.

—Vamos; no hagamos esperar al público.

Hacia las diez de la mañana del día siguiente, Derstal llamaba á la puerta de Lavirón. Desde hacía más de treinta años el crítico vivía en una casa cuyas ventanas daban al frondoso jardín del Sagrado Corazón. La calma y la tranquilidad de este barrio le complacía; allí vivía en medio de sus libros, de sus grabados y de sus partituras, tocando el violín para distraerse, y ocultándose de esto como si fuese un crimen. El viejo escritor, sentado ante la mesa, con la cabeza cubierta con un casquete de terciopelo negro, corregía las pruebas de su libro sobre *La música en el siglo XVIII*. Su severo rostro no demostró la menor sorpresa al ver aparecer á su favorito. Con negligencia le tendió una mano, y le dijo:

—¡Hola! ¿Es usted? ¿Todavía se acuerda usted de que existo? ¿Qué es lo que le trae á usted por estos barrios tan alejados de los que tiene por costumbre frecuentar?

—Querido maestro, respondió el compositor, sin que, al parecer, hiciese caso de lo áspero de la acogida. Vengo á despedirme de usted.

—¿Va usted á viajar?

—No, querido maestro; voy á trabajar.

—¡Oh, oh! ¿Es cierto esto?

El rostro de Lavirón perdió un poco su rudeza. Su mirada se fijó en el joven con interés. Se arrellanó en su butaca, y colocando á un lado los papeles, repuso:

—¿A trabajar en qué?

—En *La Veneciana*.

—Muy bien. Es una idea excelentísima, Derstal. Pero, ¿adónde se va usted á trabajar?

—A Venecia.

—¿A Venecia? ¿Solo?

—Solo.

—Es una excelente idea, replicó el crítico. La soledad es necesaria para la reconcentración de las ideas. Cuando Gounod quiso escribir *Romeo*, se fué á Italia. Venecia es una ciudad muy á propósito para trabajar. El silencio es grande, la población tranquila, y la locomoción se hace sin ruido. Al extremo del gran canal, no lejos de Cador, hay un jardín en el que el soñador encuentra frescura, silencio, y puede olvidarse de todo, excepto de sus

sueños. Vaya á sentarse allí por las mañanas y encontrará las sombras dolorosas y encantadoras de los personajes de su obra. Pasarán ante sus ojos amantes ó irritados, y para hacer vibrar la pasión en su música sólo tendrá usted que anotar sus palabras. Váyase usted, amigo mío; tiene usted razón. Ya es tiempo de que usted se vaya, porque nos debe usted una obra; y estaba á punto de no pagar su deuda.

Por primera vez, desde que había entrado en casa del viejo escritor, éste acababa de llamarle amigo suyo.

Derstal se estremeció de alegría, y sintiéndose como rehabilitado quiso confiarse enteramente.

—Al presentarme esta mañana ante usted, ha sido para suplicarle que me conceda su indulgencia. Yo sé todo cuanto tiene usted que reprocharme, y no buscaré excusas inútiles. Me limitaré á cambiar de conducta, y creo que esto será suficiente para satisfacerle.

Lavirón sonrió, puso una mano en el hombro de Derstal, y dijo:

—El hijo pródigo ha vuelto. Abrámosle los brazos y alegrémonos, pues su locura no habrá sido larga. Hijo mío, los días que ahora transcurren son los más preciosos para su carrera; son días de oro, sépalo usted, pues jamás volverá á encontrar la inspiración y la fuerza de la juventud, si deja pasar las horas propicias sin aprovecharse de ellas. Derstal, yo he conocido muchos artistas llenos

de promesas que se han perdido para siempre por no haber sabido reconcentrarse en sí mismos. Después de haber dado el primer paso con el fin de salir más lejos y rayar á mayor altura en una nueva tentativa. Vea usted, la vida es implacable; no nos hace gracia ni de un minuto, y el luchador que toma aliento sentado al borde de la arena, en lugar de continuar su esfuerzo, ha dado motivo á que la fortuna le vuelva la espalda. Yo he maldecido desde hace dos años su pereza, su ligereza, el olvido en que estaba de lo que se debía á sí mismo y de lo que debía á sus amigos. Yo he hecho morder el polvo á todos sus rivales, y únicamente con su triunfo puedo justificar estas implacables ejecuciones. Si usted fracasa, Derstal, yo quedaré convertido en un libelista estúpido y feroz. No tengo más excusa que su triunfo. Para hacerme quedar bien debe usted triunfar, y el triunfo no se consigue más que trabajando.

—No dude usted más de mí, querido maestro; yo le dare á usted satisfacción completa.

—Hijo mío—repuso el crítico,—á quien dará usted satisfacción es á sí mismo. Usted es joven y apenas sabe lo que es la vida. No conoce usted aún sus desencantos crueles. Cuanto más envejezca, más comprenderá que todo es vano, excepto la felicidad de revivir en su obra. Puede ser atacada, escarnecida, vilipendiada, ¿qué importa? Existe; y si es fuerte y hermosa, la envidia se

rompe los dientes y las uñas al tratar de destruirla. Derstal, la humanidad es vil y rastrera; de ella no se puede esperar más que infamias y cobardías. El que funde su felicidad sobre las satisfacciones materiales, será un pobre diablo que se prepara á todas las tristezas y á todas las miserias. Sólo hay goce absoluto en el culto del ideal. Vea usted cómo yo vivo aquí. Lejos del ruido, lejos de la competencia, lejos de las violencias de la vida. Tengo ante mis ojos la verdura de este jardín religioso, por el que pasan fugitivas las blancas tocas de las hermanas y los trajes grises de las pensionistas. No hago más que escribir todo cuanto pienso sobre los maestros de otras épocas, pintores y músicos, y cuando quiero recompensarme de un día largo de trabajo, á la caída de la tarde cojo mi viejo violín, abro un cuaderno de sonatas de Haydn ó de Mozart, y toco para mí solo esta música divina. Soy independiente, libre de decir lo que pienso y dueño de hacer lo que quiero. En la vida, mi querido amigo, no puede haber otra satisfacción, y todo cuanto le cuenten con respecto al amor y á la ambición será falso y mentiroso. No hay más que el trabajo; lo demás sólo es un placer pasajero y una sensación efímera.

—No obstante—dijo Derstal con alegre sonrisa,—no creo que llegue usted al extremo de ordenarme que no vea más á Eva Brillant, con el pretexto de que pueda inspirarme sentimientos

que sólo tienen lejana relación con el idealismo.

—¡Ah, Derstall! Los lazos que le unen á ella son más artísticos que amorosos. En todo caso, yo hablo refiriéndome á ella, pues he podido leer en su pensamiento; y entre el porvenir de usted y su ternura no vacilaría un solo instante. Esto es lo que la hace digna de ser la compañera de un gran creador como usted. Eva se interesa tanto por la obra como por el autor, y en su admiración confundirá tan bien uno y otro, que no será posible separarlos. Yo he asistido á su desesperación, cuando, como yo, creyó que iba usted á defraudar las esperanzas que sobre su talento se habían fundado. Seguramente que sufría al ver que se alejaba usted de ella; pero lloraba también la obra esperada. Eva no será nunca un obstáculo para su carrera. Al contrario; le ayudará con toda sus fuerzas. Usted ha tenido la rarísima suerte de encontrar en los principios de su vida la mujer que podía satisfacer su corazón y su espíritu, sueño de todos los artistas sublimes. Dante adoró á Beatriz, y Petrarca divinizó á Laura. Una y otra marcaron con imborrable sello el genio de los dos poetas, y con ellos entraron en la inmortalidad. Era lo justo, pues cada uno había tenido su parte. Cédale á Eva la suya en su vida y en su obra.

El crítico se detuvo para respirar; fijó en Derstal sus ojos irónicos, y añadió:

—Además, con ello no hará usted ningún mal

negocio, porque en los momentos actuales Eva Brillant no tiene rival, como cantante, en ningún país del mundo.

Y viendo que el compositor se desconcertaba ante esta conclusión utilitaria, repuso:

—Vamos; las doce van á dar, y no permitiré que se aleje usted de mi desierto con el estómago vacío. Almorzará usted conmigo. Será una especie de introducción á la vida de anacoreta que pronto empezará para usted. Amigo mío; puesto que va usted á Venecia, escribame para decirme lo que es del hermoso Tiziano de la iglesia de Capuchinos. No se fije usted en el estilo del monumento; es horrible. Lo construyeron los jesuitas. Esos admirables educadores de hombres eran muy malos arquitectos. Diríjase usted á la capilla de la Virgen, y deténgase con devoción ante el retablo del altar. Fué esculpido por Allegri, y sirve de marco á un diamante purísimo: *La Natividad*, del sublime Vecelli. La última vez que contemplé esta obra maestra, el agua de las lluvias filtraba por un canalón agujereado y amenazaba destruirla. Es una lástima. Venecia se hunde. Un día de tempestad desaparecerá entre las olas del Adriático, y una de las maravillas del mundo habrá dejado de existir.

Se levantó, cogió al compositor con afectuosa familiaridad por el brazo, y añadió:

—Hablo mucho, ¿eh? Uno frases, construyo sistemas y desenvuelvo teorías..... Es que estoy con-

tento al verle aquí, reconciliado con usted mismo. Derstal, el talento es raro; no lo malgastemos, y ahora vámonos á almorzar.

IV

—María Pía, un extranjero que desea hablar con el *padrone*.

—Ya bajo.

Pasos rápidos se oyeron por la escalera de piedra, y una jovencita de quince años apareció en la acera que bordea el canal. Era delgada, y la mirada de sus grandes ojos, que brillaban entre los rizados bucles de sus flotantes cabellos, iluminaba su pálido rostro. Sacudió la cabeza para echar hacia atrás su cabellera, y dirigiéndose á un muchacho medio desnudo, cuyos brazos cubiertos de harina revelaban su profesión, le preguntó:

—¿Dónde está el visitante?

—En esta góndola.

Sentado bajo el negro cobertizo de la góndola, vestido con traje claro, corbata encarnada, y cubriendo su cabeza con sombrero de anchas alas, el joven Harry Brandón esperaba que saliese la persona por quien había preguntado.

—¿Es usted, excelencia — dijo María con voz sonora, — quien desea hablar con mi padre?

—Sí — respondió el americano. — Me han dicho que el panadero Salavería hospedaba en su casa á

negocio, porque en los momentos actuales Eva Brillant no tiene rival, como cantante, en ningún país del mundo.

Y viendo que el compositor se desconcertaba ante esta conclusión utilitaria, repuso:

—Vamos; las doce van á dar, y no permitiré que se aleje usted de mi desierto con el estómago vacío. Almorzará usted conmigo. Será una especie de introducción á la vida de anacoreta que pronto empezará para usted. Amigo mío; puesto que va usted á Venecia, escribame para decirme lo que es del hermoso Tiziano de la iglesia de Capuchinos. No se fije usted en el estilo del monumento; es horrible. Lo construyeron los jesuitas. Esos admirables educadores de hombres eran muy malos arquitectos. Diríjase usted á la capilla de la Virgen, y deténgase con devoción ante el retablo del altar. Fué esculpido por Allegri, y sirve de marco á un diamante purísimo: *La Natividad*, del sublime Vecelli. La última vez que contemplé esta obra maestra, el agua de las lluvias filtraba por un canalón agujereado y amenazaba destruirla. Es una lástima. Venecia se hunde. Un día de tempestad desaparecerá entre las olas del Adriático, y una de las maravillas del mundo habrá dejado de existir.

Se levantó, cogió al compositor con afectuosa familiaridad por el brazo, y añadió:

—Hablo mucho, ¿eh? Uno frases, construyo sistemas y desenvuelvo teorías..... Es que estoy con-

tento al verle aquí, reconciliado con usted mismo. Derstal, el talento es raro; no lo malgastemos, y ahora vámonos á almorzar.

IV

—María Pía, un extranjero que desea hablar con el *padrone*.

—Ya bajo.

Pasos rápidos se oyeron por la escalera de piedra, y una jovencita de quince años apareció en la acera que bordea el canal. Era delgada, y la mirada de sus grandes ojos, que brillaban entre los rizados bucles de sus flotantes cabellos, iluminaba su pálido rostro. Sacudió la cabeza para echar hacia atrás su cabellera, y dirigiéndose á un muchacho medio desnudo, cuyos brazos cubiertos de harina revelaban su profesión, le preguntó:

—¿Dónde está el visitante?

—En esta góndola.

Sentado bajo el negro cobertizo de la góndola, vestido con traje claro, corbata encarnada, y cubriendo su cabeza con sombrero de anchas alas, el joven Harry Brandón esperaba que saliese la persona por quien había preguntado.

—¿Es usted, excelencia — dijo María con voz sonora, — quien desea hablar con mi padre?

—Sí — respondió el americano. — Me han dicho que el panadero Salavería hospedaba en su casa á

un joven francés, llamado Mr. Oliverio Derstal. ¿Es cierto?

—Es exacto, excelencia. Pero si quiere usted hablar al señor Derstal, tendrá que esperarle, pues ha salido.

—Bueno. En este caso, me hará usted el favor de entregarle esta tarjeta cuando vuelva.

Y le dió un pedazo de cartulina, en el cual, y debajo de su nombre, había escrito: «Tendrá mucho gusto en ver al Sr. Derstal cualquier noche en el hotel Danieli.»

—Será cumplido su encargo, excelencia—dijo María Pía, guardando la tarjeta en el cuerpo de su vestido.—Pero si hubiese usted querido hablar con el señor francés, mi hermano le habría acompañado á buscarlo, con mucho gusto; pues seguramente á esta hora está paseando por la plaza y fumando cigarrillos.

—Bueno, bueno—dijo el americano.—Basta con que le entregue usted la tarjeta.

Y volviéndose hacia el gondolero, le dijo:

—Volvamos al hotel, Tomaso.

Impulsada por el remo, la embarcación viró, y momentos después desaparecía tras una de las revueltas del canal.

En los dos meses que hacía que se había instalado en casa del panadero Salavería, Derstal había observado una vida muy tranquila y reposada. Como le había prometido á Eva, había vuelto á la sencillez de los principios de su carrera. El hijo

de Salavería, al subir por la mañana á su cuarto, después de terminado el trabajo de la noche, llamaba á la puerta de la habitación de Derstal para despertarle. El joven se levantaba y se ponía á trabajar hasta el momento en que María Pía le entraba el desayuno, que consistía siempre en lo mismo: café con leche y pan dorado, que salía del horno; después volvía á sentarse á su mesa hasta las once. Entonces se vestía, preparándose para bajar á almorzar con la familia Salavería, á no ser que fuese á un modesto café, situado en la plaza de San Marcos. En su habitación ni siquiera tenía piano. Componía su música escribiendo, cosa que causaba el asombro de la joven María Pía.

—Mamá—había dicho,—¿comprende usted que el señor Derstal es músico y nunca toca ningún instrumento? Bambetto, que es músico, toca el cornetín de pistón, y Longanera la guitarra. Pero ¿cómo concebir un músico que no hace nunca música?

—Sin duda alguna, es el que dirige á los demás, el maestro, que tiene un bastón en la mano y lo agita en el aire, como ves en la orquesta del teatro San-Mosé, cuando vamos con tu hermano los domingos, ó como el director, cuando los soldados tocan en el concierto de Lido.

—¡Ah!—dijo María Pía, quedándose pensativa.—Entonces, tal vez sea un músico superior á esos que soplan los instrumentos.

—Sin duda alguna.

—Tal vez sea de los que cantan.

—No se lo preguntes, pues podría ofenderse.

Arreglando la habitación de Derstal, la joven María Pía no había dejado de observar los cuadernos de papel de música esparcidos en la mesa del compositor. Sin poderlo conseguir, había tratado de descifrarlos. Además de su ignorancia del francés, las letras que el músico garrapateaba encima de los puntitos negros, que representan las notas, le habían parecido jeroglíficos. Sin embargo, le había dicho á su madre:

—Mamá, no hace música, pero la escribe.

—¿Tú ves? Es un maestro.

El respeto con que la familia Salavería rodeaba á su pensionista aumentó desde entonces. La vida retirada de Derstal, su juventud, su elegancia y su arrogante figura habían hecho pensar muchas veces á aquellas honradas gentes que albergaban algún personaje misterioso. Derstal recibía cartas raramente; pero siempre venían de París. ¡París! Para aquellos modestos venecianos este nombre evocaba visiones espléndidas. Su vecino, el vendedor de porcelana, Reverdi, que el año anterior había ganado un ambo en la lotería nacional, había gastado el dinero de su ganancia haciendo un viaje á París en tren de recreo. En la capital de Francia había permanecido ocho días, y se había llevado grandiosas impresiones, que traducían en interminables relatos. Derstal era de París, era maestro, y un día que por azar había cambiado de

traje para que María Pía le cosiese un botón á su *chaquet*, la jovencita había descubierto en el ojal de la prenda una cintita encarnada. Su hermano le había explicado que aquello demostraba que Derstal era caballero.

La jovencita había contado á la hija de su vecino Reverdi que su huésped era maestro; parisiense y caballero. Y como el joven vivía solo, no salía casi nunca por la noche y parecía triste, las dos jovencitas habían sacado en conclusión que sólo podía ser un conspirador ó un enamorado. En todo caso, para ellas era un personaje novelasco. Esta opinión se fué extendiendo poco á poco, hasta que, habiendo llegado á oídas de un redactor del periódico *Il Mattino*, que vivía en el mismo barrio, y sintiendo éste avivada su curiosidad, quiso hacer una información, llegando muy fácilmente á establecer la identidad del compositor, cuya obra *Erin* se representaba en Milán por aquel entonces. Después de esto, un artículo de información, muy documentado y picante, con respecto á la retirada vida que el célebre músico observaba en un barrio perdido de Venecia, en medio de honradas gentes que ignoraban su condición, todo, sin duda, con el objeto de gozar del reposo y calma necesarios para poderse consagrar á la creación de una nueva obra maestra.

Sin que Derstal tuviese de ello la menor noticia, pues no leía ningún periódico, el artículo del redactor de *Il Mattino* había dado la vuelta á Eu-

ropa, apareciendo reproducido y comentado en los periódicos parisienses. Y hé aquí cómo sir Brandón, que viajaba por el Mediterráneo á bordo de su yate, había sabido que Derstal, al marcharse de París á cencerros tapados, se había ocultado en Venecia.

El primer movimiento del yanqui, cuando su hijo le había entregado el periódico para que se enterara de la información que explicaba la desaparición del compositor, y el olvido en el cual dejaba á sus fastuosos amigos, había sido el de tirar el papel y no ocuparse más del fugitivo. Pero había encontrado tan viva oposición entre los que le rodeaban, que había tenido que adoptar otra línea de conducta. El yate *Ariel* navegaba entonces en aguas de Brindisi, y sir Brandón se proponía llegar á Corfú, cuando la fantasía de su familia le obligó á internarse en el Adriático.

No había sido solamente Harry Brandón quien, encolerizado por no poder salir adelante con su *Atala*, había hecho dirigir la proa del *Ariel* hacia Venecia, sino que su hermana Susana, despechada por la brusca fuga de Derstal, había contribuido mucho también. La joven se encontraba en un estado de espíritu muy particular y nuevo para ella. Acostumbrada á realizar todos sus caprichos con una fantasía que la ternura de sus padres encontraba siempre justificada, había coqueteado con Derstal del mismo modo que lo había hecho con muchos de sus compatriotas. En la completa li-

bertad de la vida social en América, la joven había adquirido una firmeza de decisión que la ponía al abrigo de todo arrebató de pasión. Apparentemente demostraba una gran franqueza, pero, en realidad, reflexionaba detenidamente todos sus actos.

En París, encontrándole en el esplendor de su reciente celebridad, Derstal le había complacido; pero nunca le había considerado más que como á un compañero agradable, cuya palabra fácil y brillante la divertía, y cuyo talento potente y vibrante le procuraba deliciosas sensaciones. Le veía con gusto, en el salón de su madre, porque sus amigas envidiaban el atractivo que su presencia daba á sus reuniones. Se había envanecido de ejercer influencia sobre el artista, y poco á poco había adquirido acerca de él ciertos aires de autoridad que aumentaban insensiblemente la familiaridad de sus relaciones. Susana le trataba como á un amigo, llamándole Derstal á secas, y no estaba lejos de pensar que el músico se sentía dispuesto á todo para complacerla. El compositor, al no querer comprender los encubiertos ofrecimientos hechos por sir Brandón, á propósito de la ópera de su hijo, había ya causado justa decepción á la joven. Ésta había llegado hasta el extremo de decirle á Harry que Derstal se apresuraría á prestar su concurso á la obra en preparación «sólo para serle agradable á ella». Enfurecida por la negativa, se disponía á dirigirle vivos reproches y á arriesgar

una tentativa personal para conseguir que el músico se mostrase más complaciente.

La marcha de Derstal cortó en seco estos proyectos, y miss Susana había experimentado algo más que una gran sorpresa. La ausencia del músico la había entristecido mucho, y de cualquier otra que no hubiese sido ella se habría podido decir que la había apesadumbrado. Pero la orgullosa y enérgica joven no había dejado traslucir ni lo más mínimo de lo que pasaba en su alma. Se había mostrado indiferente y alegre, sin alterar lo más mínimo ni sus ocupaciones ni sus entretenimientos. En vez de hacer música con Derstal, la había hecho sola y se había acompañado á sí misma la romanza de su hermano *Because I love you*. No estaba tan bien como con las variaciones desdeñosamente improvisadas por Derstal, en el lugar de las indigentes armonías de Harry; pero Susana no se daba cuenta de la diferencia. Al tener noticia, leyendo el *New York Herald*, que reproducía la información de *Il Mattino*, que el fugitivo estaba tan cerca de ella, miss Susana no había vacilado en desear ardientemente dirigirse hacia Venecia, del mismo modo que había parecido decidida á navegar con rumbo á Grecia.

Cuando el compositor recibió de manos de Maria Pía la tarjeta de Harry Brandón, experimentó una verdadera contrariedad. Subió á su habitación, se sentó á su mesa, en la que el trabajo de la mañana esperaba las correcciones que nunca

dejaba de hacerle por la tarde, y reflexionó. Desde que había llegado á Venecia había recobrado el dominio de sí mismo. El silencio apacible de la ciudad muerta había reaccionado su espíritu de un modo bienhechor y le había devuelto la facultad de pensar. Habiendo salido de la agitación de París, no teniendo ninguna ocupación que llenar ni ninguna obligación que satisfacer, entregado á la monotonía de los días de soledad, Derstal no había encontrado más recurso que el trabajo. Á él se entregó en cuerpo y alma, experimentando una sensación de alegría completamente nueva. La inspiración, ahuyentada con el desarreglo de su vida, había vuelto más potente y fresca. Las ideas manaban abundantes de su cerebro, y los personajes de su drama se imponían á su imaginación con un relieve, un vigor y una realidad que le hacían buscar los pórticos y los canales en el silencio de la noche, cuando bajo la pálida claridad de la luna todo es blanco en Venecia: los palacios, las agnas, el cielo. Ante sus ojos aparecía la encarnación de la veneciana, con los nobles trazos y la alta estatura de Eva, produciendo en su corazón un estremecimiento amoroso y artístico á la vez. La mujer se confundía tan bien con la heroína, que no podía establecer distinción alguna entre la una y la otra, y las tiernas frases que para el canto escribía iban dirigidas á las dos, tan tiernamente gratas á su cerebro y á su corazón.

Paseaba solitario por los barrios de la ciudad,

se sentaba en un banco de piedra, aún caliente por los rayos del sol, y escuchaba el sonoro dialecto de las mujeres que gravemente andaban bajo su manto negro. Recogía las impresiones de la multitud, anotaba los aires populares y se impregnaba del color que quería que tuviesen las armonías de su instrumentación. Apenas pronunciaba veinte palabras por día, y gozaba deliciosamente de la felicidad que el silencio procura. En dos meses su partitura había hecho inmensos progresos. Había refundido casi todo el segundo acto y escrito completamente el tercero. Se disponía á empezar el último, y con la fiebre del trabajo que sentía, podía esperar tenerlo terminado para principios de Enero, estando dispuesto para hacerlo oír en la Ópera en esa época. La instrumentación, ya muy adelantada, le ocuparía hasta el mes de Marzo. Podía, pues, recobrar el tiempo perdido y ponerse á la disposición de su director casi en la época que se había fijado.

Acababa de advertírselo así en una carta que había suplicado á Lavirón que pusiese en el correo en París. Se preocupaba para conservar su incógnito, cuando el secreto de su retiro, divulgado por la prensa, había corrido ya toda Europa. La llegada de la familia Brandón era, pues, para el compositor en aquellas circunstancias una causa de seria preocupación. No contestar á la invitación hecha por Harry, era conducirse groseramente con personas que le habían abrumado con

sus amabilidades. Y contestar, era romper el pacto que consigo mismo había hecho de no abandonar su retiro hasta después de la terminación completa de su partitura. Sentado ante las hojas escritas por la mañana, las recorría con ojos distraídos. Era la hermosa frase del tenor en el final del tercer acto, cuando se cree traicionado por la mujer que ama:

Ah! cruelle, il fallait plutôt prendre ma vie!....
Que ferai-je, à présent, de mon cœur désolé?

Y las modulaciones desgarradoras encontradas por él para expresar la desesperación y el abandono acudieron á sus labios. Se puso á cantar, y en el silencio de la casa, pobre y obscura; en la desierta calle, por la que ninguna góndola pasaba, la melodía, expresada por la hermosa voz y con el maravilloso sentimiento de Derstal, se extendió suave, desgarradora, sublime. Nunca la había oído más que en su pensamiento, y por primera vez aquellas admirables notas hicieron vibrar el aire con sus exquisitas sonoridades. Derstal mismo se impresionó. Sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo, y deseando afirmar su impresión, entonó de nuevo la frase, cantando también los versos que la preceden. Quedó satisfecho, juzgó que el efecto estaba bien situado en el movimiento del drama y que expresaba con exactitud los sentimientos del personaje. Á media voz exclamó:

—Está bien.

En aquel momento, y al otro lado de la puerta, se oyó un suspiro profundo, como un sollozo. Abrió, y se encontró á María Pía que lloraba sentada en el primer escalón.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó con dulzura.

La joven levantó su rostro inteligente, por el que rodaban gruesas lágrimas, y sonriendo con admiración, respondió:

—Ilustrísimo, te escucho. ¡Ah, señor! ¡Qué hermoso es esto!

Derstal sonrió. Fijó con interés los ojos en aquella criatura, cuya emoción correspondía á la suya, y le dijo:

—María Pía, ven á darme un consejo. Si te diesen á escoger entre una vida de lujo y de placeres y no cantar más como yo cantaba hace un instante, ó bien vivir en un barrio triste una humilde casa y arrastrar una pobre existencia, ó componer canciones como la que acabas de oír, ¿qué harías?

—Señor, viviría miserablemente, comería erizos fritos, dormiría sobre un colchón de algas secas, como los bateleros del canal vecino; pero no renunciaría á inundar de alegría los corazones cantando como tú sabes hacerlo.

Derstal inclinó la cabeza dulcemente, y dijo:

—Te doy las gracias, María Pía. Creo que tu consejo es bueno.

Pasó el día paseando en góndola por el lado de Murano. Volvió á la hora de comer, fumó un ci-

garrillo, y en vez de dirigirse al hotel Danieli, se acostó.

Durante dos días permaneció casi siempre encerrado en su habitación, de la que no salía más que por la noche para ir á dar un paseo por el jardín público. Estaba preocupado y taciturno, pero trabajaba con regularidad. No obstante, la tranquila vida de los primeros tiempos había cesado y parecía inquieto. Hacia las diez de la tercera noche, cuando acababa de regresar de su paseo y se disponía á acostarse, un gran resplandor iluminó la calle; un ruido desacostumbrado rompió el silencio, y en el canalito, cuyas inmóviles aguas bañaban la acera, adelantaron dos góndolas adornadas con brillantes linternas desde proa hasta popa. Antes de que Derstal, empujado por la curiosidad, se hubiese asomado á la ventana, la marcha de *Erín*, ejecutada por veinte instrumentos, rompió el silencio de la noche. El compositor, asombrado y casi descontento ante aquella serenata improvisada, permaneció en su habitación, como extraño á lo que en la calle ocurría. Pero ni siquiera le fué permitido el goce de no responder á aquella manifestación. Ruido de voces alegres risas y exclamaciones resonaron en la escalera, y bajo la presión de una mano impaciente, la puerta se abrió de par en par, apareciendo en el hueco Harry Brandón y su padre.

—Querido amigo, está usted hecho un salvaje —dijo el joven yanqui estrechando las manos del

compositor.—Es preciso que vengamos á buscarle hasta el puente de la Paja para tener el gusto de verle; y su misma música le es indiferente, hasta el extremo que, tocándola debajo de su ventana, no se digna usted asomarse.....

—¡Cómo!—dijo Derstal;—¿son ustedes los que han revolucionado el barrio?

—Mi mujer y mi hija—dijo interviniendo Brandón,—han sido las que han querido darle esta serenata. Y ¿qué música mejor que la suya se habría podido escoger para festejarle? Están abajo en la góndola y le esperan..... ¿No irá usted á darles las buenas noches?

Derstal aún no había tenido tiempo de contestar, cuando los músicos empezaban otro aire. No fué dueño de contener un gesto de desesperación; los vecinos se asomaban á las ventanas, y los niños del barrio se agrupaban enfrente de la casa. Entre las molestias que le causaba esta serenata, y el enojo de unirse á las señoras Brandón, no vaciló; cogió el sombrero y el abrigo, y bajó. En el negro camarín de la góndola la rubia Susana y su madre se ofrecieron á ojos de Derstal. Le hicieron señas para que entrase, cuando ya el padre y el hijo le habían empujado amistosamente. Una orden, y los *barcarolli*, hundiendo los remos en el agua, internaron la góndola en un canal vecino. Los músicos seguían lanzando al aire sus armonías, y unas veinte góndolas atraídas por el concierto formaron flotilla.

—Bien, Derstal—dijo Brandón.—¿Es éste el sitio en donde teníamos que volvernos á ver? Por mi parte, sólo puedo decir que el cuadro no me disgusta, por más que no haya sido yo el encargado de escogerlo.

Derstal sonrió, sin contestar á los reproches que se le dirigían, y se limitó á preguntar:

—¿Pero puedo saber adónde me llevan ustedes?

—Seguramente no vamos á encerrarle á usted en los *Plomos*—dijo Susana alegremente.—Por más que es usted muy culpable.

—Tranquílcese—dijo Harry.—Cenará usted en casa de Florián, y después se le devolverá la libertad.

—Vaya por la cena—contestó Derstal.—Pero, ¿no se podría hacer callar á la charanga?

—¿Quiere usted privar á la gente que le escolta de la satisfacción de oír la música en el agua? Es uno de sus placeres predilectos.

—Sí, pero no es uno de los míos. Y hay, además, un clarinete que ofende gravemente mis oídos desde hace más de un cuarto de hora.

—Sea. Vamos á desembarcar. Así verán pasearse á los músicos por el lado de San Jorge y de la Dogana.

Sentados en un salón del café Florián, teniendo delante hermosas ostras y vino de Asti, Derstal se propuso gozar de aquellos momentos. Este intermedio en su vida de labor le pareció agradable,

y se sintió tan dueño de sí mismo, que resolvió aprovecharlo sin pensar en las consecuencias que podía tener. Por otra parte, ¿qué peligro podía correr al cenar alegremente con aquellos amables viajeros que aquella noche estaban en Venecia, y al día siguiente estarían tal vez en Trieste? La intimidad era menos peligrosa en esta ciudad de paso que en París, en donde todos los días le hacían malgastar una parte preciosa de su tiempo. El resplandor de las luces, la riqueza del servicio de mesa, el refinamiento del menú dispuesto y la presencia de dos mujeres elegantes formaban un contraste tan sorprendente con la sombría y frugal regularidad de su vida reciente, que se aturdió. Una fiebre de colegial emancipado se apoderó de él, y con vivos colores trazó á sus compañeros el cuadro de su estancia en casa del panadero. Escuchaban atentamente sus impresiones, interesados por el adelanto de sus trabajos y cautivados por el ardor que sus palabras y miradas revelaban.

—Entonces—dijo Susana,—¿está usted en vísperas de terminar esa gran obra tan esperada? ¿Cree usted que en París no habría podido trabajar libremente?

—Puede ser. Pero ¡á cambio de cuántos esfuerzos y de cuántas molestias! Aquí, recogíendome en el silencio y la tranquilidad de los días, he podido dedicarme por completo á mi obra. No he vivido más que por ella y para ella. Esta estancia en Venecia será beneficiosa para mí.

—Usted es como todos los artistas, que no se apasionan verdaderamente más que por su trabajo—dijo con aspereza la hermosa americana.—Poner afecto en ellos es tener la seguridad de emplearlo mal. Cuando se cree tenerlos más seguros, hacen una pirueta y se alejan sin despedirse siquiera.

—¿Me guarda usted rencor por no haberla tenido al corriente de mis proyectos?—replicó amablemente Derstal.—¿Podía pensar que la interesasen lo más mínimo? En el mundo nadie se ocupa de los artistas más que por lo que á sus obras se refieren; y cuando dejan de producir, se les arrinconan. Sostienen un juego con sus amigos de un momento, para ver cuál de ellos llegará á dominar al otro. Á la larga, más vale ser echado de menos que abandonado. Y yo prefiero oír que usted me reproche una ingratitud, que en verdad no merezco, á convencerme de que para usted no soy más que un individuo sin importancia, con el que se cuenta únicamente como formando parte de las personas que todos los días se tienen á su alrededor.

—Es preciso que crea usted que nuestros cerebros son muy rudimentarios—dijo el joven Harry—si piensa que no sabemos establecer la diferencia entre un hombre superior, como usted es, y los figurantes bien vestidos que beben, bailan, comen y «flirtean» en nuestros salones, y que sólo son gentes de mundo. Á esos, nosotros los des-

preciamos completamente. Pero un artista de su altura es, á nuestros ojos, igual á un príncipe. Yo pregunto á mi padre, que sabe lo que vale una inteligencia, y que clasifica equitativamente los valores sociales, si no cree que un gran escritor, un gran pintor ó un gran compositor, admirados en todo el universo, no están para él á la misma altura que un Pierpont Morgán ó un Rockefeller.

—Completamente—dijo Brandón.

—Y, de haber alguna diferencia en favor de unos ó de otros—agregó tranquilamente miss Susana,—yo creo que la ventaja sería para un gran artista. El más grande atesorador de oro morirá, y sus millones se dispersarán al azar en manos de herederos ó de sucesores. El gran artista sobrevivirá en la memoria de los hombres, y sus obras permanecerán enteras, indestructibles y gloriosas.

Con voz tranquila y sonora miss Susana había pronunciado estas entusiastas palabras, con los ojos fijos en el hermoso rostro de Derstal, y el artista creyó que la rica americana se le ofrecía. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y su corazón se dilató de orgullo. Pensó en todo lo que representaba de dominación asegurada el goce de la inmensa fortuna que un día había de poseer la joven. Un artista podría realizar sus ilusiones, materializar su ideal y hacer de la vida una especie de sueño de hadas espléndido, que rebasaría los recursos de su imaginación. ¿No sería un destino único? ¿Qué hazañas no cometería el héroe de

una tan extraordinaria aventura, y qué obstáculos podrían oponerse á la realización de sus caprichos? ¿Tendría necesidad de la ayuda de un rey para fundar un Bayreuth consagrado á sus obras? Se construiría un templo á sí mismo, y sería su propio dios.

En aquel momento la voz de Lavirón surgió entre sus recuerdos, diciéndole:

—No puede haber creación superior más que en el recogimiento. Es preciso saber sufrir para engendrar una obra. Los artistas son seres predestinados para el dolor, y la gloria les recompensa su abnegación y energía. El calvario á lo alto del cual hay que llegar para ser adorado como un dios, es áspero, rudo y difícil. Hay que regar el camino con sudor y con sangre; pero cuando alguno llega á su cumbre, es visto de toda la tierra, y los pueblos conservan para siempre su imagen en sus recuerdos.

Derstal salió de su sueño y fijó sus ojos en los que le rodeaban. Vió á Harry pretencioso y vano, incapaz de poner de acuerdo su incapacidad con su ambición; á Susana, caprichosa y frívola, seducida por el resplandor del nombre que ya había conquistado, pero ligera y dispuesta á olvidarle por un nuevo héroe de salón, explorador, inventor ó *sportmen*. En cuanto al padre y á la madre, no eran más que unas buenas gentes, enfatuadas con su inmensa fortuna, creyendo que con oro podían conseguirlo todo. En un instante, y con una cla-

ridad absoluta, Derstal se vió expuesto á convertirse en el burlador de su ambición, en complicidad con aquellos millonarios. No quiso, y como los postres terminaban, dijo:

—Son ya las doce, y si ustedes me lo permiten, me retiraré. Llegaré á la hora precisa para ver cómo el dueño de mi casa mete sus panes en el horno.

—¿Tan dormilón se ha vuelto usted?—preguntó Harry, ofreciendo un cigarrillo á Derstal.

—Me levanto temprano, como un obrero, y á medio día ya he terminado mi tarea.

—Siendo así—dijo Brandón,—la góndola le conducirá á usted.

—De ningún modo; por las callejuelas llegaré más pronto.

—¿Volveremos á vernos?—le preguntó Susana con una sonrisa.

—Seguramente. Pero no vuelvan ustedes á turbar la tranquilidad de la casa en que vivo. Harían ustedes que mi estancia en ella me pareciese imposible. Ni siquiera conocen mi verdadero nombre.

—Entonces, ¿cómo recibe usted sus cartas?

—Voy á buscarlas yo mismo á la lista de Correos todas las mañanas. Por lo demás, nadie me escribe.

Los americanos cambiaron una mirada de sorpresa. Brandón dijo con admiración:

—Verdaderamente es usted novelesco. Se niega

usted todas las comodidades de la vida, y se representa á sí mismo el papel de un hombre desgraciado, sin más fin que el de azotar su imaginación. Es extraordinario; yo trabajo mejor entre mi familia y con comodidades; pero cada uno hace lo que le parece.

—¿Comerá usted con nosotros pasado mañana en el hotel Danieli?—preguntó Harry.

—Con mucho gusto.

—Entonces, convenido. Pero, siquiera esa noche, póngase usted frac y corbata blanca.

Los americanos cambiaron una sonrisa. Derstal, sospechando algún complot, estuvo á punto de interrogar á Harry; pero tuvo la orgullosa indiferencia de no querer darse por entendido, y despidiéndose de sus amigos, se alejó.

Si hubiese vivido menos retirado, si solamente hubiese leído los periódicos ó consultado los carteles de los teatros, habría comprendido en seguida el secreto que la familia Brandón se complacía en ocultarle. Habiendo terminado su contrato en la *Scala*, la compañía italiana que daba las representaciones de *Erin* en Milán, era esperada en la *Fenice*. Y con objeto de dar á Derstal la sorpresa de llevarle á oír su obra, era para lo que Harry le había invitado. El espectáculo prometía ser magnífico. Toda la alta sociedad veneciana se aprestaba para festejar el talento de los artistas encargados de interpretar la obra. Marini, el rival de Tamagno, una de las más hermosas voces

de Europa, y la encantadora Pozzoli, que tan bien había cantado la *Desdemona*, de Verdi, eran los encargados de encarnar los dos principales personajes. El reparto estaba hecho con mucha escrupulosidad. Actores de valer se habían encargado de los papeles de menor importancia, y el conjunto prometía ser excelente. El Círculo de las Artes había tomado la iniciativa del movimiento que se hacía alrededor de estas representaciones. La reciente noticia de que Derstal estaba en Venecia había excitado una gran curiosidad, y ya el *Corriere* anunciaba que el ilustre compositor asistiría á la primera representación de su obra. Para llevarle, los Brandón habían tomado un doble palco proscenio. Se proponían gozar con Oliverio de su triunfo.

Mientras que toda esta intriga se preparaba, Derstal, ignorando completamente la sorpresa que le reservaban, había reanudado su trabajo, pudiendo notar que el desorden introducido en su reglamentada vida repercutía de un modo sensible en sus ideas, quitándole su pasada limpidez. Estaba, pues, dispuesto á mandar al diablo á sus amigos americanos, á la comida y al traje que se tenía que poner para asistir á ella; pero el azar se encargó de informarle. El mismo día de la representación se había tendido en su cama después de almorzar; pero como no dormía, pudo oír que en la habitación vecina la joven María Pía le decía á su madre:

—Sí, es el mismo nombre que yo he visto en el cartel. Pero ¿es posible que sea él?

—No hables tan alto, María Pía. ¿Cómo un monseñor habría venido á vivir durante dos meses entre nosotros, y en el barrio más pobre de Venecia?

—Sin embargo, escribe música todos los días, y canta muy bien.

—Eso no indica nada.

—Mi hermano dice que ha visto el retrato del maestro en el escaparate de la gran librería de los *Procuraties*, y afirma que el parecido es completo.

Derstal, oyendo esos detalles, sintió germinar en él una viva curiosidad. Incorporándose, se puso á escuchar con mayor atención.

—Sí—repuso María Pía.—Cepillando su sobretodo he encontrado en un bolsillo una cinta cosida por el sastre, y en la que está escrito su nombre, que es éste: Oliverio Derstal; y Oliverio Derstal está impreso en letras muy grandes en el cartel del teatro de la *Fenice*.

De un salto, el compositor se puso en pie. Abrió la puerta, apareciendo en el hueco en mangas de camisa y la mirada interrogadora, ante la venerable mujer y su hija.

—¿Qué significa esa historia que está usted contando?—preguntó con acento imperioso.

—Ya te decía que no hablastes tan alto—dijo la madre. ¡Ah! Ilustrísimo, tú nos has oído....

Pues bien: esta curiosilla pretende que esta noche representan en el teatro una ópera tuya, y me atormenta para que la lleve.

—¿Y por dónde ha sabido esto?

—Por el periódico.

Con el dedo señaló el *Corriere*, que estaba encima de la mesa.

Derstal lo recorrió rápidamente, y en gruesos caracteres pudo leer el siguiente anuncio:

TEATRO de la FENICE

COMPañÍA

de la Sig. Angélica Pozzoli
y del Cab. Gregorio Marini.

—* ERÍN *—

Célebre drama lírico del maestro **Oliverio Derstal**,
letra de **Claudio Labarre**.

Extrenado con éxito inmenso en el

TEATRO DE LA ÓPERA de PARÍS

Se fijó en la fecha del periódico, y vió que era la de aquel mismo día. Con gesto indeciso dejó el papel encima de la mesa, y quedó abismado en reflexiones.

—¿No es cierto, señor, que es usted el maestro?—preguntó María Pía con timidez.—¡Oh! sí; no puede ser otro más que usted.

Derstal movió la cabeza, y mirando á la joven, le dijo con sonrisa forzada:

—Sí, María Pía, soy yo, y mi nombre es el que está impreso en el periódico. Pero lo que son las cosas, hija mía; yo hubiera preferido que me dejasen tranquilo.

—¿No está usted orgulloso de que toda una ciudad como Venecia se ocupe de usted?

—Ni poco ni mucho.

—¡Virgen Santísima! ¿Tan orgulloso es usted? Sin embargo, el *Corriere* dice que es usted un genio.

—El *Corriere* es estúpido, y eso no es verdad.

—¡Cómo no ha de ser verdad si está impreso!

Tanta inocencia desarmó á Derstal. Sacó de su bolsillo una moneda de diez francos, y dándosela á María Pía le dijo:

—Me parece que tú tienes ganas de ir al teatro esta noche para oír la música de tu huésped. Pues bien: ve á tomar localidades, y no me hables más de este asunto. Hasta luego.

Entró en su habitación, y encendiendo un cigarrillo, empezó á recorrerla dando grandes pasos. En aquel momento comprendía la causa de la llegada de los Brandón á Venecia; por qué habían perturbado su tranquilo retiro, y su invitación para aquella misma noche. Luego se esforzó para medir el alcance de su intervención. El hecho de ir á buscarle tan lejos, ¿tenía únicamente por origen una amistad fervorosa, cuando él había cor-

tado tan bruscamente su intimidad, y los había dejado tan completamente ignorantes con respecto á su nuevo género de vida? ¿Podía adivinar en su insistencia una segunda intención, que la coquetería de Susana debía explicar fácilmente? De ser así, la fortuna rápida y sin esfuerzos se le ofrecía, y semejante ocasión no vuelve á presentarse nunca si se desaprovecha una vez. Una mujer hermosa y una fortuna incalculable. ¿Cómo podía dudarle, después de las palabras que ante él, y dirigidas á él, habían sido pronunciadas durante la cena en el café Florián? Un gran artista es igual á un príncipe. Entre un hombre ilustre y un archimillonario, ¿puede ser dudosa la elección?

Una llamarada de orgullo subió al rostro de Derstal. Se juzgó amado y se sintió deseado. Vió reproducidos en brillante espejo los palacios espléndidos, los inmensos terrenos, los majestuosos navíos, las fábricas grandiosas rebosantes de obreros, las líneas de ferrocarril trasladando de un punto á otro el comercio de un continente, los *trusts* extendiendo sus invencibles redes sobre el universo y reduciendo á servidumbre todos los pueblos, por el enriquecimiento y poderío de los reyes del oro. Y todo esto, grandezas, soberanía y lujo, le pertenecerían. El vértigo turbó su mirada y fué causa de que sus oídos zumbasen. Tuvo como la visión de un porvenir formidable y esplendoroso, que le sería procurado por el prestigio irresistible

de su talento. En el silencio de su pobre habitación murmuró:

—;No tengo más que querer, y todo es mío!

El timbre de su voz le devolvió la noción de la realidad. Miró á su alrededor, y vió la modesta cama de hierro, en la que tan apaciblemente dormía desde hacía dos meses; la mesa de madera pintada, en la que estaban esparcidas las páginas de su nueva partitura. Una sonrisa de triunfo pasó por sus labios. Puso su calenturienta mano sobre el papel rayado; leyó los últimos compases manuscritos, y exclamó:

—Hé aquí mi soberanía, la única verdadera. Ellos mismos lo confiesan y lo pregonan. ¿Voy, pues, á cambiarla por su efímero poderío? ¿Qué valen sus riquezas? ¿Cuánto durarán? ¿No saldría perdiendo en el cambio? No; la gloria vale más que su poder. ¿No sería un loco al sacrificar la una al otro para satisfacer un capricho de niño? Esta joven, ¿merece acaso que yo encadene mi vida? ¿Qué dirían mis amigos? Yo mismo.....

La noble figura de Eva apareció á sus ojos. La cantante formaba parte intrínseca de su celebridad, pues con los sostenidos esfuerzos de su talento había contribuido poderosamente á su éxito. ¿No le robaría la parte que le correspondía si la abandonaba al día siguiente de la victoria? ¿Y qué podía significar el amor de la fantástica y encantadora Susana si se comparaba con la noble y fiel ternura de su compañera en los días de tristezas?

Eva y él habían empezado la lucha juntos, y Ders-tal se debía á sí mismo la obligación de triunfar con ella y para ella. No podía hacerle traición sin aparecer á ojos de todos como un ingrato y un vil. En la pequeña habitación de casa de Salabería, y durante este día de severa meditación, no cesó de repetírselo, aun cuando tenía la convicción de que su destino no dependía más que de su voluntad, y que le bastaba extender la mano para convertirse en uno de los poderosos de la tierra. Tuvo la satisfacción de no vacilar. Ni siquiera admitió la posibilidad de desmentir su pasado, de abandonar su hermoso presente, de enrojecer ante Lavirón y de afrontar las lágrimas de Eva.

Se sentía resuelto á continuar su marcha hacia adelante en el camino del arte y á romper todos los compromisos aceptados en un día de apuro. Bastaría con que regresase á París con su partitura terminada para que su editor le prestase la cantidad necesaria para reembolsar el adelanto recibido del empresario americano, que estaba esperando la prometida *Leonora d'Este*. Por fortuna, en el contrato estaba prevista la retractación en un término de seis meses. Recobraría su libertad y continuaría por el camino recto y claro del trabajo honrado. El arte seguiría siendo su solo dueño. Sí; vivir sencillamente, gozar de las puras alegrías de la inspiración, ¿no sería una felicidad real y efectiva? Desde que había abandonado la sencillez de su primitiva existencia no había co-

nocido más que la amargura, la inquietud y la duda. Podía establecer la diferencia entre aquellos días envenenados y las horas deliciosamente tranquilas y fecundas que para él acababan de transcurrir en Venecia. Después de una experiencia tan completa y decisiva, no debía volver á engañarse nunca. Las cuatro daban en San Biagio; cogió su sombrero y su abrigo y se fué á pasear por el jardín, en el que sus solitarios ensueños se convertían en magníficas inspiraciones. Recorriendo los callejones de la ciudad muerta, se vió tal y como realmente era: débil de carácter y fácil de dejarse arrastrar; pero recto y sincero cuando era dueño de sí mismo. Juzgó que la amistad de los Brandón le era perjudicial, y decidió que, una vez pasada aquella noche en su compañía, tomaría el tren para Verona sin decir una palabra de su propósito, marchándose á escribir su último acto á la patria de los Capuletos y Montescos. Rió maliciosamente al pensar en la sorpresa que experimentarían los americanos, y firme en su resolución, y convencido de la prudencia que envolvía, volvió para vestirse y dirigirse después al hotel para comer con ellos.

La *Fenice* es uno de los más hermosos teatros de Italia, en donde están los mejores de Europa. Con la *Scala*, de Milán, y el San Carlos, de Nápoles, la *Fenice* puede muy bien rivalizar. La entrada no es grande ni suntuosa; pero la sala, blanca y azul, de un orden perfecto, con sus cinco

pisos de palcos, ofrece aspecto magnífico cuando está llena de espectadores. La velada prometía ser tan brillante como las de gran gala. La sociedad veneciana, tan perezosa en las circunstancias normales de la vida, aun para darse gusto, había demostrado un gran apresuramiento ante el solo anuncio de las representaciones de *Erin*. Una corriente de simpatía había arrastrado á los *diletanti*, y la noticia de que el compositor estaba en Venecia y que sin duda asistiría á la ejecución de su obra, había determinado un movimiento de curiosidad, que se traducía por la imposibilidad de encontrar una sola localidad para la función desde hacia dos días. El empresario se frotaba las manos, y como si todo debiese contribuir al éxito de su negocio, la anunciada presencia de un hermano del rey, el duque de Palermo, que había venido expresamente de Padua, donde mandaba un cuerpo de ejército, daba á la solemnidad artística un carácter casi oficial. Todo esto era lo que durante la comida, á la que había asistido Derstal en el hotel Danieli, los Brandón, con tono enfático y particularísimo, habían explicado al autor de *Erin*. Al principio se habían sentido contrariados al saber que Derstal era ya conocedor de lo que se preparaba para la noche. Se habían hecho la ilusión de darle una sorpresa, y el golpe de efecto les había fallado. Harry tomó pronto su partido.

—Verdaderamente—dijo,—habría sido milagroso que Derstal, por aislado que hubiese estado

en la cabaña en donde vive, no hubiese oído el menor eco del ruido que hace en la ciudad. Venecia es una población dormida, estamos de acuerdo; pero alguna vez despierta, y en este momento es presa de un terrible sobresalto. Sepa usted, amigo Derstal, que todas las mujeres hermosas de la aristocracia veneciana estarán congregadas en el teatro esta noche. Y si hay que creer lo que dicen los aficionados, hay algunas que lucen todavía, bajo las blancas mantillas de encaje, los rubios cabellos que pintó el Tiziano.

—El agua oxigenada hace tantas rubias como se puedan desear, á veinte francos el frasco—dijo riendo Susana, mostrándose orgullosa de su negra cabellera.—El rubio veneciano ha pasado á ser de un modo definitivo un objeto de comercio.

—Hé aquí todavía una reputación local que desaparece—dijo Harry.—Por lo demás, aquí desaparecerá todo; y esta admirable ciudad camina hacia su destrucción. Parece que las pilastras sobre las que sus barrios están contruidos se roen y se pudren. ¿Han observado ustedes que el enlosado de San Marcos está ondulado, á consecuencia de la poca consistencia del suelo? Venecia no es más que un decorado espléndido, y no podrá resistir el empuje de los siglos. Esta maravilla desaparecerá entre las olas, del mismo modo que un terrón de azúcar se deshace en un vaso de agua.

—Nosotros construimos nuestras ciudades de otro modo—dijo orgullosamente Brandón,—y

el hierro y la piedra nos garantizan su duración.

—Seamos justos—interrumpió la señora Brandón.—Nuestras ciudades son horribles y casi inhabitables para las personas que no se ocupan exclusivamente de negocios. Su uniformidad ofende la vista, y su suciedad es repugnante, exceptuando los barrios ricos, en los que se toman la molestia de barrer. En cuanto á la existencia, carece de atractivos. Es sombría y monótona.

—Por estos motivos, todos los compatriotas nuestros que tienen ideas refinadas y gustos de lujo vienen á Europa á pasar la mayor parte del tiempo. Nuestros gobernantes se esfuerzan poniendo barreras á la entrada de nuestro país, con el fin de impedir que los extranjeros invadan la América y hagan la competencia á los nacionales; pero si no quieren que todo el dinero ganado al otro lado del océano venga á ser gastado en Europa, tendrán que prohibir la salida de los americanos.

—Entonces, ¿usted no viviría gustosa en su país?—preguntó Derstal á Susana.

—¡Dios me libre! Ahora me sería imposible respirar en él.

—La civilización de Europa—repuso Harry—es el resultado de una cultura intelectual muy prolongada, que ha refinado los cerebros debilitando la raza. Es evidente que el pueblo americano es más vigoroso, más atrevido y más práctico que los pueblos del viejo continente; pero

también se puede afirmar que es muy rudimentario. Sin llegar al extremo de considerarlo como apenas salido del estado salvaje original, se puede decir que en materias de delicadeza tiene que aprenderlo todo. Será grande, porque es fuerte; pero, á medida que engrandezca, su fuerza disminuirá. Llegará á ser anémico á medida que se convierta en distinguido. Su robustez estará en razón inversa con su cultura, y el día en que llegara á tener el sentimiento de las artes, y las practicara como en Europa se practican, estará en visperas de ser neurasténico, que es el colmo de la civilización.

—Después de esto—dijo riendo Brandón,—vámonos á oír buena música. La góndola nos espera.

La sala de la *Fenice*, resplandeciente de luz, estaba llena de espectadores. Cómodamente instalados en sus butacas, adelantándose á la hora fijada en los carteles, asistían á la llegada de las mujeres que, ricamente ataviadas, iban llenando los palcos. Por una noche, la indiferencia veneciana se había trocado en animación alegre y elegante. Las principales familias de la aristocracia habían querido asistir á la representación. A la izquierda del actor, el gran proscenio estaba reservado para su alteza real y su escolta. El proscenio de la derecha pertenecía á los Brandón. Los amigos de Derstal y el compositor mismo habían llegado antes de levantarse el telón, y paseaban sus miradas por la sala, en la que se confundían el

murmullo de las conversaciones, el zumbido de los instrumentos que se afinaban y los crujidos de las puertas que se abrían y cerraban constantemente.

—¿Qué diferencia con el público de París, tan monótono y estragado!—dijo Derstal.—Aquí todos parecen los espectadores de una representación gratuita. Toda esta gente parece que ha venido con el exclusivo objeto de gozar, y no con el de indemnizarse de las fatigas del día. Todos están en su sitio y no quieren perder una nota, sin preocuparse por lo que de ellos se podrá pensar. ¿Dónde están las señoras que en París querrían llegar al teatro antes de las nueve?

—Vamos; no hable usted mal de los parisien-ses—dijo Harry.—En la sala hay algunos. Estoy viendo á Gabriant cerca de la orquesta.

—¿Qué Gabriant?—preguntó Derstal.—¿El abogado?

—Sí. Tiene un palacio en Venecia, como si descendiese de un Dux.

—Me ha visto, me saluda....

Derstal, algo contrariado, se colocó detrás de Brandón, en el fondo del palco. Pero Susana, con acento burlón, le dijo:

—No se esconda usted, que ahora ya saben que está aquí. Dentro de cinco minutos todos los espectadores estarán enterados de su presencia, pues Gabriant no es hombre que se guarde su descubrimiento. Mire usted, ya está informando á sus

vecinos..... Querido maestro, tiene usted que transigir con los inconvenientes de la gloria. Son las quiebras del oficio.

Gabriant, el talentado y mordaz abogado, cuyos informes han llegado á tener tan grande celebridad, y que en su papel de gran señor gasta espléndidamente su enorme fortuna, se estaba dando el gusto de comunicar á sus vecinos el marqués de Vercelli, presidente del Círculo de la Nobleza, y el pintor español Garzón, el descubrimiento que acababa de hacer en el palco proscenio de los Brandón. Vercelli lo había comunicado por la izquierda á su vecino el general Garalta, y el pintor había dado la noticia por la derecha al armador austriaco Werdein. Así el nombre de Derstal fué circulando de boca en boca y de oído en oído, y momentos después hasta en los palcos era conocida la noticia. Los músicos de la orquesta fueron informados por un espectador, y su director, el maestro Vega, en el momento de sentarse en la silla y empuñar la batuta había fijado los ojos en el palco de los millonarios americanos, sin otro objeto que el de tratar de descubrir á su ilustre compañero. La voz de alarma circuló entre los músicos con extraordinaria velocidad. Ahí está el autor, se dijeron unos á otros, y del mismo modo que un regimiento se dispone á combatir en presencia de su soberano, la orquesta entera se sintió animada de un deseo de perfección tan grande que aseguraba á la obra una ejecución exquisita.

Los tres golpes, dados en medio de un silencio sepulcral, resonaron solemnemente. Vega golpeó su atril con la batuta, y, levantando los brazos, desencadenó la tempestad instrumental de la introducción. En aquel momento el príncipe real entraba en el proscenio que se le había reservado.

Derstal, con los nervios crispados por una emoción imprevista, que le recordaba las sensaciones experimentadas la noche del estreno de *Erin* en la Ópera, escuchaba su música con cierta emoción febril. Se encontraba en un estado de espíritu particularísimo, y con la sorda impresión de que estaba jugando una partida importantísima. ¿Cuál? El éxito de la obra no podía ser puesto en duda, pues desde hacía dos años llenaba todos los teatros de Europa; el mérito de los artistas que cantaban la obra le tenía completamente sin cuidado. No temía por la Gozzoli lo que habría temido si se hubiese tratado de Eva. Su tranquilidad de casi espectador podía, por lo tanto, ser completa. Y, sin embargo, estaba turbado, temblaba y nerviosamente se clavaba las uñas en las palmas de las manos. El descontento que sintió fué muy vivo. Tenía casi vergüenza de sus timideces de principiante; pero, por más que trataba de dominarse, no era dueño de dejar de sentir las.

En aquel momento Susana se volvió hacia él, con el rostro cubierto de intensa palidez, y afectando una alegría que al parecer estaba muy lejos de sentir, le dijo:

—Mientras esto marche bien.....

Derstal pudo entonces darse cuenta de que la joven experimentaba las mismas sensaciones que él, y que su inquietud era común. Esto fué un rayo de luz para su espíritu. Susana se preocupaba únicamente del efecto que iba á producir la obra de Derstal, y Derstal temblaba al pensar que su gloria podía sufrir menoscabo en presencia de la americana. Susana era, pues, quien causaba la turbación del artista, y esa turbación misma explicaba de un modo clarísimo el estado de espíritu en que Derstal se encontraba desde hacía varios meses. Pareció que un velo se desgarraba ante sus ojos, y entonces comprendió hasta qué punto miss Brandón se había apoderado de su espíritu. El recuerdo de Eva Brillant, como evocado por la música que tan divinamente había cantado, se apareció entonces á Derstal; pero fué como un fantasma que palidecía ante el resplandor soberbio y viviente de la triunfante americana. Susana estaba allí, ante él, palpitante y miedosa por la batalla que la obra estaba librando para la conquista del público. El nacimiento de su espalda de nieve, descubierto por el ligero descote de su vestido, se ofrecía á las miradas de Derstal, y su torneado cuello, bajo el casco que formaban sus negros cabellos, se inclinaba delicado y encantador.

Una aclamación se oyó en la sala al terminar un aria, y un estremecimiento agitó á Derstal al

ver el ardor con que la joven, colocada en primer término, aplaudía animando á los espectadores con sus miradas encendidas y arrastrándolos con sus gestos de entusiasmo. Para juzgar la impresión de Derstal, volvió todavía una vez su rostro hacia él, y la animación de su semblante traicionó hasta tal punto sus sentimientos, que el artista, cuyo corazón palpitó con violencia, se dijo: «Me quiere.» En un instante volvió á sentirse dueño de sí mismo, como si aquella certidumbre terminase sus angustias y le convirtiese en árbitro de una situación hasta entonces mal definida. Una tempestad de aplausos saludó á Marini y á la Gozzoli, que, emocionados y sonrientes, se inclinaban ante el público, mientras el telón bajaba para levantarse y volver á bajar y levantarse aún repetidas veces.

—¡Triunfo!—exclamó Susana.—¡Triunfo! Mirad qué impresión ha producido el acto en los espectadores. Todos se han entregado.

En efecto; desde las butacas al paraíso, sólo se veían manos que se agitaban aplaudiendo para que el telón se volviese á levantar.

Pero indudablemente los artistas se habían retirado á sus cuartos, pues el telón permaneció caído, y los músicos de la orquesta desaparecieron.

En los pasillos todo fueron conversaciones animadas y entusiastas.

Unos golpecitos sonaron en la puerta del palco de los Brandón, y éste abrió, dedicando una ama-

ble sonrisa al elegante Gabriant, que apareció en el hueco.

—No creo que sea indiscreto que venga á molestarles, para tener la satisfacción de saludar á un glorioso compatriota.

Harry presentó al abogado á su madre y á su hermana.

—El señor Gabriant, á quien conocéis tan bien como todo el mundo.

—Querido maestro—dijo alegremente el abogado estrechando la mano de Derstal,—ésta es una deliciosa sorpresa para sus amigos. No se sabía que estaba usted aquí, y sólo hace ocho días que los periódicos revelaron su presencia, y esto sin decir en dónde vivía usted. De haberlo sabido, habría ido á rogarle que viniese á mi casa. Vivo solo en el palacio Contarini, y le habría dado la habitación del Dux.... Pero veo que no tiene usted nada que lamentar, puesto que es el huésped de estas señoras.... Bien; la Gozzoli no ha cantado mal. Claro que no es lo mismo que la que creó....

Con tacto exquisito, y al ver que las cejas de Derstal se fruncían y que el rostro de miss Brandón palidecía, se detuvo. Como hombre de mundo y conocedor de los hombres, se dijo: «Vaya, vaya, ¿acaso nuestro querido maestro representará el papel de Cristóbal Colón, y estará en camino de conquistar América?» En seguida repuso:

—Señoras, el marqués de Vercelli, chamberlán del rey y vecino mío de butaca, aspira al ho-

nor de serles presentado y de saludar á mi ilustre compatriota. ¿Me permiten ustedes que le traiga?

—Sin duda alguna—dijo la señora Brandón entusiasmada.

Derstal, en un rincón, agitó con impaciencia la cabeza al ver que aquella noche iba á ser exhibido como objeto de curiosidad á todos los espectadores, y que, por lo tanto, se vería obligado á dar gracias á una corte de desconocidos.

—No se entristezca usted—dijo Susana inclinándose de manera que puso á vista de Derstal la espléndida blancura de su seno juvenil.—No hay más que esperar un poco, y en seguida verá usted la apoteosis.

—Mi querido amigo—dijo Gabriant,—si quiere usted cumplimentar á sus intérpretes, yo tendré mucho gusto en llevarle con Vercelli al escenario. Será usted recibido como el mismo Apolo..... ¡Ah! Marini está muy bien—agregó, continuando una conversación empezada con Harry.—Como todos los italianos, canta un poco con la garganta, pero es un admirable instrumento. ¿Qué opina usted, Derstal?

—Ataca bien las notas; es todo lo que veo de claro en su talento; pero me parece que no comprende lo que canta, pues adopta ademanes graciosos y elegantes, en un papel en que todo es sencillez y rudeza..... Es un héroe de guardarropía.

—¡Demontre! El éxito no provoca su indulgencia. No diga usted semejante cosa á los especta-

dores italianos. Encuentran á Marini admirable.

—Esté usted tranquilo—dijo Derstal riendo.—Cuando es necesario, sé mentir tan bien como el primero.

—Perfectamente. Pero, señores, con su permiso voy á retirarme, pues el segundo acto va á empezar. En el próximo entreacto traeré á mi amigo el marqués y su otro amigo Garzón, el gran pintor español, el sucesor directo de Canaletto, en lo que á los paisajes venecianos se refiere. Probablemente traeré más: esta noche todo el mundo querrá serles presentado.

—¡El demonio del entrometido!—murmuró Derstal.—Va á traernos todo el público.

—Cuanto más gente traiga, más grande será el éxito—dijo Brandón.—El duque de Mesina tiene los ojos fijos en usted.

En efecto; su alteza real tenía los gemelos fijos en el proscenio de los Brandón. Sonriendo, se volvió hacia su ayuda de campo y pronunció algunas palabras.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo Derstal alegremente.—Éste no se ocupa de mí. Seguramente está hablando de las señoras, para celebrar su belleza y su elegancia.

Susana se volvió hacia el compositor, y fijando en él una mirada en la que se reflejaba una grande emoción, pareció que le hacía homenaje de aquellos elogios, como de un tributo que le pertenecía.

El segundo acto empezó. Era la parte más apa-

sionada de la obra, y en aquel ambiente, calentado por el entusiasmo, ante aquel público tan admirablemente comprensivo, el efecto tenía que ser extraordinario. Como arrastrados por el fuego de la acción y la grandeza de los sentimientos, Marini y la Gozzoli se excedieron y dieron la sensación de la perfección real. Durante veinticinco minutos los espectadores permanecieron abstraídos y encantados escuchando aquella música divina, sin que la representación fuese interrumpida ni por una exclamación ni por un aplauso. La sala en pleno estaba inmóvil, no viviendo más que por los ojos y por los oídos.

Los últimos acentos del coro expiraron desolados é implorantes. Marini dió su grito de desesperación. La Gozzoli cayó inanimada, y como un fuego que ha estado prendiendo largo tiempo y de pronto estalla, la admiración del auditorio se tradujo en gritos delirantes. En la sala no se oían más que clamores furiosos, y sólo se veían brazos que se agitaban, como si una demencia repentina se hubiese apoderado de aquellos espectadores, momentos antes tan inmóviles y recogidos. En aquel instante, y como por un repentino acuerdo de todas las simpatías, los cantantes, los músicos y los espectadores se volvieron hacia el palco en que se escondía Derstal, y aplaudieron con transportes de entusiasmo.

Harry, cogiendo á Derstal por los hombros, le obligó á levantarse y á adelantar hasta la baran-

dilla del palco. Entonces el delirio fué indescribible. La ovación tenía un objeto, pues se dirigía al autor mismo, y el nombre de Derstal, repetido por mil bocas, resonó como un trueno en el teatro. Temblando, lívido y con los ojos velados, el compositor, anonadado por aquella tempestad de admiración, sintió cerca de él á Susana que se estremecía. Fijó sus ojos en la joven, y la vió ante él transfigurada, radiante, como si toda la gloria que subía hacia él en gritos de adoración y gestos de reconocimiento cayese de rechazo sobre ella y la coronase.

Susana cogió una de las manos de Derstal, la estrechó entre las suyas, y entonces un grito de aprobación se dejó oír, como si la muchedumbre sancionase aquel acuerdo y los entregase el uno al otro.

—¡Vaya un éxito, querido amigo!—dijo Gabriant entrando con el marqués de Vercelli,—¡vaya un éxito! Creo que no he asistido á espectáculo parecido en mi larga carrera de *dilettanti*, desde el *Stabat* de Rossini, donde los espectadores se abrazaban de entusiasmo. Señoras, permitan que les presente á mi noble amigo el señor marqués de Vercelli..... El señor Garzón, el gran pintor que ustedes conocen....., y el coronel Versera. Señoras, el coronel Versera, que es el ayuda de campo del duque de Mesina, viene á suplicar á Derstal para que le acompañe al palco de su alteza, que desea complimentarle.

—Vaya usted, vaya usted, amigo mío — dijo Brandón.

—De igual á igual — murmuró Susana, dedicándole una sonrisa.

—Puesto que ustedes me autorizan, voy — dijo Derstal, recobrando su aplomo. — Coronel, estoy á sus órdenes.

Y por los pasillos, en los que los espectadores con simpática deferencia se alineaban para dejar paso y contemplar de cerca al célebre compositor, Derstal se dirigió hacia el palco de su alteza, tranquilo ya con respecto á su éxito, encontrando á Marini y á la Gozzoli excelentes, y disponiéndose á gozar completamente de su triunfo de una noche.

V

Al día siguiente de aquella inolvidable noche, en la que Derstal había saboreado las enervantes delicias de la gloria, los Brandón, con el pretexto de arrancar al artista á la curiosidad ardientemente desencadenada de los importunos, se le habían llevado al hotel Danieli, instalándose después todos juntos á bordo del yate *Ariel*.

—Permanezca usted con nosotros durante una semana — había dicho Brandón al músico. — El tiempo necesario para que se enfríe la pasión de los venecianos, disminuya el celo de los *reporters*

de los periódicos, y volverá, si quiere, á instalarse de nuevo en casa del panadero para terminar su ópera. Pero, ¿acaso no puede usted trabajar á bordo de mi barco? ¿El *Ariel* no le hará sentir las ardientes fantasías del gran Shakespeare? Vamos, no hablemos más del asunto. Permanecerá usted navegando durante ocho días con nosotros. Iremos á las bocas de Cattaro, á Prevesa, en la costa de Dalmacia, y le traeremos de nuevo á Venecia. Entablará usted relaciones con mi sobrino Jim Stewardt, que ha llegado esta mañana de Chicago para darme cuenta de la marcha de nuestros negocios. No es músico, como Harry y mi hija. Es el *business-man* en toda la extensión de la palabra. Le contemplará á usted con el asombro de un salvaje de Far West, y no comprenderá absolutamente nada de su género de vida. A nosotros, que somos sus parientes, nos desprecia ya.

—Vaya por el *Ariel*, por las bocas de Cattaro y por Jim Stewardt, el hombre de la naturaleza — dijo Derstal alegremente. — Confieso que tengo necesidad de reponerme del quebranto que en mi espíritu han causado las felicitaciones de esa magnífica pero fatigosa noche. Respiremos el aire libre, y huyamos de los periodistas.

—Harry y Susana estarán muy contentos, mi querido amigo, pues están entusiasmados con usted. Son dos artistas.

Aquella misma noche, y á bordo del *Ariel*, Derstal se encontró por primera vez con Jim. El

—Vaya usted, vaya usted, amigo mío — dijo Brandón.

—De igual á igual — murmuró Susana, dedicándole una sonrisa.

—Puesto que ustedes me autorizan, voy — dijo Derstal, recobrando su aplomo. — Coronel, estoy á sus órdenes.

Y por los pasillos, en los que los espectadores con simpática deferencia se alineaban para dejar paso y contemplar de cerca al célebre compositor, Derstal se dirigió hacia el palco de su alteza, tranquilo ya con respecto á su éxito, encontrando á Marini y á la Gozzoli excelentes, y disponiéndose á gozar completamente de su triunfo de una noche.

V

Al día siguiente de aquella inolvidable noche, en la que Derstal había saboreado las enervantes delicias de la gloria, los Brandón, con el pretexto de arrancar al artista á la curiosidad ardientemente desencadenada de los importunos, se le habían llevado al hotel Danieli, instalándose después todos juntos á bordo del yate *Ariel*.

—Permanezca usted con nosotros durante una semana — había dicho Brandón al músico. — El tiempo necesario para que se enfríe la pasión de los venecianos, disminuya el celo de los *reporters*

de los periódicos, y volverá, si quiere, á instalarse de nuevo en casa del panadero para terminar su ópera. Pero, ¿acaso no puede usted trabajar á bordo de mi barco? ¿El *Ariel* no le hará sentir las ardientes fantasías del gran Shakespeare? Vamos, no hablemos más del asunto. Permanecerá usted navegando durante ocho días con nosotros. Iremos á las bocas de Cattaro, á Prevesa, en la costa de Dalmacia, y le traeremos de nuevo á Venecia. Entablará usted relaciones con mi sobrino Jim Stewardt, que ha llegado esta mañana de Chicago para darme cuenta de la marcha de nuestros negocios. No es músico, como Harry y mi hija. Es el *business-man* en toda la extensión de la palabra. Le contemplará á usted con el asombro de un salvaje de Far West, y no comprenderá absolutamente nada de su género de vida. A nosotros, que somos sus parientes, nos desprecia ya.

—Vaya por el *Ariel*, por las bocas de Cattaro y por Jim Stewardt, el hombre de la naturaleza — dijo Derstal alegremente. — Confieso que tengo necesidad de reponerme del quebranto que en mi espíritu han causado las felicitaciones de esa magnífica pero fatigosa noche. Respiremos el aire libre, y huyamos de los periodistas.

—Harry y Susana estarán muy contentos, mi querido amigo, pues están entusiasmados con usted. Son dos artistas.

Aquella misma noche, y á bordo del *Ariel*, Derstal se encontró por primera vez con Jim. El

barco, anclado enfrente de Dogana, esperaba su patente. Bajo el toldo que cubría la popa, la señora Brandón, Susana y Harry estaban medio tendidos en *rocking-chairs*. Un joven alto, rubio, ancho de espaldas, de ojos azules, afeitado como un clérigo, cosa que le daba el aspecto de un muchacho de veinte años, apoyaba los codos en la borda y fumaba en una pipa de raíz de cerezo. Brandón dijo:

—Querido maestro, mi sobrino Jim Stewardt. Jim, el señor Derstal, el célebre compositor francés.

Jim cogió su pipa con la mano izquierda, tendió la derecha á Oliverio, y con tono seco, breve y casi sin abrir la boca, dijo:

—Mucho gusto, señor.

Después sujetó de nuevo la pipa con sus dientes, lanzó una bocanada de humo, y esto fué todo.

Derstal, que desde hacía algún tiempo estaba acostumbrado á la adulación de las muchedumbres, encontró muy deficiente la acogida. Fijó en el yanqui una fría mirada, y volviéndose hacia Susana y la señora Brandón, pareció decidido á olvidarse de que el joven existía. Llegada la noche, hacia el Oeste, y bajo el cielo enrojecido, se dibujaron las columnas de la Piazzetta, coronadas con sus leones alados; los minaretes y las cúpulas de San Marcos y los altos techos de las Procuratrics. La inmensa bandada de palomas, semejante á

una nube gris, revoloteaba esperando la hora de la distribución del maíz. El agua de las lagunas parecía brillante como el acero, y las fachadas de los palacios del lado de San Jorge Mayor, heridas por los últimos rayos del muriente sol, parecían de color de rosa. A medida que la noche entraba, el fresco se hacía más intenso. Clarísimas estrellas aparecieron, semejando lámparas de oro sujetas á la bóveda celeste. La atmósfera que envolvía la ciudad se hizo más densa y más pesada. Los obreros del arsenal aparecían como sombras en el muelle de los Esclavos, y se separaban sin decir palabra, como si el mutismo hubiera sido de reglamento en aquella ciudad de silencio. Un bote, cuyos remos herían la inmóvil superficie del agua, atracó junto al yate, y el capitán, acercándose á Brandón, le dijo:

—Señor, tenemos ya todos los papeles; nos haremos á la mar cuando usted quiera.

El americano consultó con la vista á su familia y á Derstal, y como nadie manifestase su opinión, contestó:

—Pues bien, señor Rovers, enseguida.

El capitán se inclinó, y un instante después un chirrido metálico anunciaba que acababan de soltarse las amarras. El humo de las dos chimeneas se hizo más intenso; la actividad de los hombres se aplicó á los últimos preparativos; un repentino sacudimiento hizo vibrar las profundidades del buque, el silbido estridente de la sirena dió la se-

ñal de partida, y empujado hacia adelante por la hélice, el *Ariel* empezó á navegar con rumbo á Lido. En aquel momento, uno de los criados del barco entregó á Derstal las cartas que para él había en la lista de Correos. Bajo la incisiva mirada de Susana, las cogió, no sin cierto embarazo. Hizo un movimiento como para esconderlas en un bolsillo, pues había reconocido en uno de los sobres la letra de Eva, y por el amarillo color del otro había adivinado que era de Lavirón. Miss Brandón, para dejar al compositor en completa libertad, se levantó, cogió de encima de la mesa los periódicos que el criado había traído con el correo, y dirigiéndose hacia el comedor, le dijo:

—La noche ha refrescado mucho, y le aconsejo que se ponga un abrigo. Yo voy á leer las reseñas de la función de ayer; deben entonar alabanzas en honor de usted.

Dirigiendo á Derstal una amistosa sonrisa, se alejó á lo largo de la borda, seguida de su primo Jim, mientras el barco, aumentando la velocidad, cortaba las aguas de la laguna. Derstal se apartó, y sentándose debajo del puente, quedó pensativo. Estaba solo y entregado á sus impresiones. Rompió el sobre de la carta de Lavirón. Al principio le daba cariñosas noticias referentes á la salud de Eva Brillant. Había ido á ver á la cantante en la Ópera, en donde había cantado *La Walkyria*, con éxito tan grande como legítimo. «Ha cantado su parte, decía el crítico, como nunca había sido can-

tada en la Ópera. No puede pedirse espectáculo más hermoso. Ha puesto un poco de humanidad en el personaje y no ha sido inútilmente, porque usted conoce mi opinión con respecto á Wagner, que es un descriptivo admirable, pero que nunca ha sabido hacer oír los gritos del alma. Retorced toda su música y se sacará de ella un átomo de sensibilidad. En el genio de ese músico, porque es genial, todo es heroico y mitológico. Escribe música de bárbaro para los bárbaros. Cuando oigo una de sus obras, daría con gusto los primeros actos para encontrar en el tercero una sola frase como la de: «Padre mío, tú has debido maldecirme», del *Guillermo*, ó el aria de Agata en *Freyschütz*. Desde aquí le oigo evocar *Lohengrin* y *Tristán*; pero usted sabe que y soy viejo, y que los *snoobs* del día declaran que no entiendo nada de las tendencias modernas. No caiga usted en esas tendencias, que sólo son ruido, incoherencia y sensibilidad, mi querido Derstal, y tráiganos de esas lagunas una obra que cante, que vibre y que conmueva; yo me encargo de lo demás.»

Derstal dobló distraidamente la carta, la guardó en uno de sus bolsillos, y en seguida sintió un perfume delicado y suave, que evocó en él el recuerdo de la mujer que tanto le quería. Dulcemente se quejaba por estar tanto tiempo separada de él, y le animaba para que trabajase, puesto que la terminación de su obra había de poner fin á su alejamiento. Le preguntaba con entusiasmo con

respecto á los giros que tomaba su papel, sobre lo que esperaba de ella, y le recomendaba que no sacrificase el efecto general al interés particular de su intérprete. «Ante todo, es preciso que tú triunfes. Yo no soy nada; no lo olvides. No soy más que uno de los agentes de tu gloria. Mi éxito sólo puede ser efímero, mientras que tu gloria debe ser duradera. Te demuestra lo poco que somos nosotros los artistas el solo hecho de que en estos días se está representando *Erin* en Venecia, y es la Gozzoli quien canta mi papel. El prestigio de tu obra no ha disminuído por esto. Tu obra es lo único que debe tenerse en cuenta. Es una llama poderosa que presta fugitivo resplandor á los intérpretes, y que los absorbe luego hasta el punto de hacerlos desaparecer envolviéndolos con su brillo. Pero yo me daré por satisfecha si en mi carrera, y mientras me queden talento y facultades, puedo servirte para algo. Tú me dirás cómo ha cantado la Gozzoli. Dicen que *bien*, pero yo creo que ha debido *faltarle algo*, y ese *algo* no habrá sido otra cosa que lo que tú mismo me has enseñado. No seas tan complaciente como Gounod, que á todas las cantantes que interpretaban *Romeo ó Fausto* las decía, abrazándolas y besándolas, que eran la Julieta ó Margarita de «sus sueños». Primero, yo no te permito que abrasces ni beses á la Gozzoli, pues, á juzgar por el retrato que de ella ha publicado *El Teatro*, es joven y bonita. Sólo te permito que abrasces al tenor Marini, y para

indemnizarte, te besa y abraza con todo su corazón.—EVA.»

Los dedos de Derstal temblaron sujetando la carta. La noche había cerrado completamente, y el compositor había tenido que terminar su lectura á la luz de uno de los fanales. Permaneció inmóvil. Las estrellas llenaban el cielo de infinitos puntos de oro, y en el mar se levantaba lentamente la luna, plateando las olas con su fría claridad. Derstal se acordó de que era miércoles y que á aquella misma hora Eva se estaría vistiendo en su cuarto para la representación de la ópera. La vió sentada ante el espejo, preparándose sencillamente para llenar su tarea artística. Una sonrisa de amargura contrajo los labios de Derstal. Entretanto, ¿qué hacía él á bordo de aquel yate? ¿Dónde iba? ¿Hacia qué destino se dejaba arrastrar? ¿Cumplía algún deber con respecto á los demás y con respecto á sí mismo? Entre sus dedos sostenía aún la cariñosa carta de Eva y la arrollaba maquinalmente. La carta de Lavirón estaba en su bolsillo, y era fiel reflejo de la amistad del viejo crítico. ¿Cumpliría las promesas que al marcharse había hecho á los dos? El deseo de escapar á la curiosidad pública en Venecia no era más que un pretexto. Nadie podía turbar su tranquilidad en la humilde morada del panadero Salabería. La necesidad de reponerse de las emociones de una noche, mentira. Esas emociones habían sido fuertes y sanas, y de ellas se habría repuesto con

un cuaderno de papel de música y con el trabajo. No; otra vez era víctima de su vanidad y de su pereza. Se dejaba conquistar por el mundo frívolo y disolvente, que le había puesto al borde del precipicio. Apenas se veía libre de un peligro que había juzgado mortal, cuando volvía á exponerse á él de nuevo. ¿No era un insensato? Una arruga surcó su frente. Lavirón no calificaría de insensata su acción. La juzgaría improba y degradante. En cuanto á Eva..... Un suspiro se escapó de los labios de Derstal con el recuerdo de la amiga, de la artista cuya abnegación y ternura se demostraban en las palabras tan conmovedoras que contenía la carta que él arrollaba como una hoja marchitada entre sus dedos. ¿Eva, Eva! ¿Era, pues, que ya no la quería, que la abandonaba, cuando ella le animaba para la fidelidad y el trabajo? La visión de Susana, riente y hermosa, pasó por delante de los ojos de Derstal. Estaba radiante y coronada como una soberana. Le tendía la mano, y creyó que le oía decir: «Vamos, no se deje alucinar ni influir por lazos imaginarios. Sus escrúpulos son propios de un hombre apocado. Destinos más altos de los hasta ahora soñados por usted le esperan. Su grandeza es más segura á mi lado, que pondré la sociedad á sus pies, que cerca de sus amigos de ayer, pobres gentes que están á la merced de un capricho de la muchedumbre, y que querrían compartir con usted la inestabilidad de su destino. Venga; yo soy quien hará bri-

llar la gloria á su alrededor; llegará á ella sin grandes esfuerzos por el poderío sin rival de la riqueza. Usted sabe bien que en este mundo todo se compra. Los ultrajes y las alabanzas se encuentran en el mercado, la celebridad tiene su precio, la fama tiene su tienda, y el genio muere á su puerta si no hay con qué pagar el coro.» Derstal se estremeció. En la obscuridad de la noche estrellada, Susana, vestida de blanco, como una novia, adelantaba hacia él. Rompió nerviosamente las cartas que acababa de leer, y extendiendo el brazo por encima de la borda, dejó que el viento se llevase los pedazos al mar.

La velada se pasó deliciosamente en el salón del yate, al lado de la encantadora morena que había sabido triunfar de todas las resistencias de Derstal. Le prodigó sus miradas y sus sonrisas, y la Susana que se le apareció en la intimidad de la existencia de á bordo era completamente distinta á la que antes había conocido. La joven frívola y mundana cedía plaza á una persona grave y formal, muy sencilla también, y que pasaba muchas horas paseando en el puente, mientras que los paisajes, renovándose sin cesar en la costa de Dalmacia, desfilaban ante los ojos de los navegantes cómo vibrante y espléndido cinematógrafo. Una especie de embotamiento se había apoderado de Derstal. Experimentando una voluptuosidad muy nueva, dejaba llevarse á través de las verdes ondas del Adriático. La tensión de sus nervios le tenía

como aturdido. Sonriendo escuchaba la sonora voz de Susana, que le refería sus numerosos viajes, y que entonces soñaba en ir á Oriente con él.

—Yo sé muy bien que esto es irrealizable—decía la joven;—pero me divierto haciendo proyectos. Imagino que usted nos acompaña á Atenas, á Corfú, Constantinopla, Esmirna y Alejandría, y luego por el Nílo hasta las cataratas; y me hago la ilusión de que usted verá al mismo tiempo que yo esos países maravillosos, en el momento en que usted piensa dejarnos para volver á Venecia, á su pobre habitación de paredes blanqueadas con cal, y en la que la joven María Pía, de la que habla usted con tanta añoranza, volverá á cuidarle de nuevo, mientras que usted oirá las voces de su hermano, ocupado en amasar el pan. Todo esto es muy naturalista. Además, es posible que esta jovencita sea muy hermosa.

—¡Tiene quince años!—dijo Derstal en tono de reproche.

—Es la edad en que empiezan á querer en ese país de precocidad. Mi hermano asegura que en Florencia ha visto algunas que salían de la escuela y ya se fijaban audazmente en los extranjeros. ¡Pobrecitas niñas!

—Tranquílcese usted; nunca me he fijado en María Pía.

—¡Qué me importa!—dijo Susana con un gesto de desprecio.—Yo sé bien que sus afecciones están más lejos.

—¿Quién le ha dado á usted noticia de lo que á mi humilde persona se refiere?—dijo Derstal tratando de sonreír.

—Todo el mundo. Las habladurías de nuestros íntimos, las conversaciones de los extraños, las alusiones de los periódicos.....; pero ¿qué importa? Todo esto es el presente, el pasado tal vez, y lo único que hay de interesante es el porvenir.

No es posible explicar fielmente la clara concisión con que la americana acababa de establecer la situación de Derstal, y tal vez también de resolverla. Parecía decir: «Ayer quiso usted á Eva Brillant; es probable que no la quiera usted hoy; es seguro que mañana querrá usted á otra, y esta otra soy yo.» Con audaz tranquilidad disponía del corazón de Derstal, sin preguntarle si le complacía que de él se apoderase, del mismo modo que había dispuesto de su persona y se le había llevado á bordo de aquel yate que se dirigía hacia un horizonte envuelto por la bruma. El compositor tuvo un arranque de orgullo al verse tratado casi como un esclavo, y dijo fríamente:

—Hay pasados tan hermosos y presentes tan envidiables, que, á no estar loco, no podrían sacrificarse por no importa qué porvenir.

—¿Qué supone todo esto? El pasado y el presente son cosas que se han visto ya. ¿Qué hombre de imaginación querría renunciar á lo que de nuevo le reserva la vida? Para esto valdría más ser jefe de negociado en un ministerio y empezar

todas las mañanas el mismo trabajo, lo mismo que un caballo que da vueltas alrededor de una noria con los ojos vendados. Sería la peor de las condiciones, según mi modo de entender, naturalmente, que un creador como usted se dijese: «Mi vida es limitada y nunca experimentaré otras sensaciones que las que ya he sentido. Desde ahora todas las mañanas empezaré á cantar la misma canción.» Vamos, es cien veces preferible la muerte á una existencia semejante.

—No hay nada que pueda limitar ni contener la imaginación del artista—dijo Derstal con energía.—Usted habla del alma de un poeta ó del cerebro de un músico, del mismo modo que si se tratase de un hombre de negocios de su país. Claro está que no habló por mí en este momento, pues no estoy enfadado hasta este punto. Pero limitémonos á los ejemplos históricos; se encierra al Tasso en la cárcel de locos, se priva de la vista á Milton, del oído á Beethoven, y se le encierra en el silencio horrible de la sordera; y con esto no se impide que los dos primeros escriban la *Jerusalén libertada* y el *Paraíso perdido*, y que el último componga la *Novena sinfonía*. La grandeza de un artista, y también su miseria, consiste en estar aislado en la humanidad, incomprendido en la mayor parte del tiempo mientras vive, y rehabilitado después de su muerte por la posteridad, algunas veces, no siempre. En este caso, ¿qué significan las emociones materiales de la existencia,

cuando se trata de seres excepcionales? ¿Quiere usted obligarlos á que se dobleguen á la ficticia y repugnante vida mundana? Es llevarlos á un suplicio. Exponerse á que se subleven en la exasperación que les imposibilita para desenvolver sus facultades creadoras.

—¿De modo que, según usted, un artista no puede adaptarse á un medio ambiente regular y opulento? Usted hace la apología de la bohemia.

—No; es la reivindicación de la independencia.

Susana hizo una mueca desdeñosa. La conversación que tan atrevidamente había abordado no había tenido el giro que ella habría querido. Derstal contestaba con audacia y vigor á sus tentativas de tiranía en el dominio de las ideas. El compositor no se dejaba imponer soluciones contrarias á sus principios. Susana resolvió variar de táctica, y trató de conquistar con amabilidad aquel espíritu rebelde á la violencia. Dejó la ironía, para hacer uso de artes de complacencia y afecto. Recobró su actitud admirativa de vasallo ante un soberano, y devolvió á Derstal la confianza en sus sentimientos. Pero al hacerlo provocó en otro de los pasajeros del yate una manifestación que hubiera podido causarles serias preocupaciones.

Jim Stewardt, el pariente obrero de la familia, el «trabajador», que tan completa indiferencia había parecido demostrar á Derstal mientras no se había tratado más que del músico, pareció ani-

marse singularmente cuando Susana empezó á querer hacerse agradable al artista en su presencia. En un espacio de 120 pies de largo por 30 de ancho, que eran la manga y eslora del yate de sir Brandón, no podía ocultar ó disimular sus acciones. Pero Susana ni lo intentaba siquiera. Acostumbrada á una libertad completa, no se preocupaba por ninguno de los que le rodeaban, y se conducía del mismo modo y manera que habría podido conducirse si hubiese estado sola con Derstal.

Jim, que durante los primeros días había estado ocupado dando cuenta de la marcha de los negocios, no había podido observar de modo evidente las coqueterías de Susana con Derstal; pero cuando las conferencias hubieron terminado y recobró un poco su libertad, pudo convencerse con una sola mirada de que un *flirt* había empezado entre su prima y el compositor. Pareció experimentar un vivo descontento, y así se lo manifestó en seguida á Harry.

—Querido—le dijo;—¿es real y verdadero el culto que tu hermana parece rendir á ese músico? Tu ya sabes que no me gusta perder el tiempo en cosas inútiles. Durante mucho tiempo ha parecido complacer á sir Brandón el que yo pensase ser su yerno, sin duda debido á que usted no ha querido ocuparse de los negocios de la casa. Yo me habría casado con mi prima con gusto, porque es hermosa, muy inteligente, y porque me habría

aportado en dote la mitad de la fortuna de su padre, á la cual me da algún derecho mi trabajo de todos los días. Pero si Susana prefiere á ese extranjero, es preciso que lo diga, pues yo tengo otras cosas que hacer que verla coquetear con su compañero.

—Jim, yo no creo que Susana te haya prometido nunca nada.

—Seguramente que no. Ella no me ha prometido nada, pues fué su padre quien me lo ofreció todo. Pero, al parecer, ahora es otro el que priva.

—Habla con ella; pero ¿qué podrá contestarte? Ya sabes que nunca impondrá nadie su voluntad á Susana, y que ésta no consentirá nunca en casarse más que con la persona elegida por ella.

—¿Crees que ese artista le gusta?

—Le gusta por el momento. Pero ¿se puede estar seguro de algo, tratándose de mi querida hermana? Sin duda alguna la ha fanatizado con su música, que es muy hermosa, y con su éxito, que no ha podido ser mayor. Jim, si hubieras asistido á las representaciones de su obra, comprenderías fácilmente que mi hermana haya podido perder el juicio. Durante todo el invierno ha sido la gran atracción de la curiosidad en una ciudad como París, en la que hay cien artistas eminentes en todos los géneros que solicitan la admiración del público. No puedes formarte una idea exacta de esto. Estos últimos días aún, en Venecia, ha oído llegar hasta él las aclamaciones de millares

de espectadores, enloquecidos por su genio, y un príncipe real le ha tratado de igual á igual delante de todo el mundo.....

—Sí, esto es lo que le seduce, Harry—dijo Jim con amargura.—La gloria vana. ¿Qué es lo que hay de halagador en eso de hablar con un príncipe, que lo olvida todo un cuarto de hora después? ¿Y qué valen los aplausos de un público, que se va á dormir y que deja con el dolor de cabeza que producen el calor y el ruido? ¿Es á un ciudadano de la libre América, y á un hombre como yo, al que se deben dar razones de tan poca consistencia? Querido, los negocios de la casa Brandón han producido este año noventa millones de dollars. El que encierra en su caja estos beneficios es algo más que un príncipe real, y me asombra que su hija piense en un musiquillo de tres al cuarto, cuando podría elevarse hasta un príncipe de sangre real.

—Susana dirá que es lo suficientemente rica para hacer lo que se le antoje.

—Y lo que se le antoja, según veo, no es casarse con un hombre de negocios.

—Si he de decir la verdad, Jim, creo que no. Pero yo, en tu lugar, la hablaría. No hay nada mejor que una explicación franca.

—Esa era también mi intención. Haces bien pensando que no me dejaré expropiar sin resistencia. La doctrina de Monroe no debe existir sólo para las esferas de influencia territorial, yo la extenderé á las cuestiones de sentimiento.

Harry se puso á reír.

—Veo que empiezas á desenfadarte—dijo.—Y de ello me alegro mucho. Prefiero verte bromear á verte triste, como estabas hace un momento. Yo te quiero mucho, por más que nuestros modos de ver sean diametralmente opuestos en todo. Pero tenemos la misma sangre, y me intereso mucho por lo que á ti se refiere. De todos modos, no dejarás la dirección de la casa ¿verdad?

—Está tranquilo Harry. Brandón y Compañía no tienen nada que ver con los asuntos de corazón de Jim Stewardt, y ten en cuenta que quien te habla no es un niño gruñón. Si no puedo triunfar del músico, me marcharé á América y me consolaré trabajando.

—¿Cuánto vales ahora, querido Jim?

—Tengo la décima parte de los beneficios, y todo mi dinero está colocado en la casa. Esto equivale á decirte lo que me produce.

—Entonces eres hombre de unos cien millones de dollars. Si continúas al frente de la casa, llegarás á ser, por lo menos, tan rico como Brandón. Pero precisamente la misma fortuna es la causa de tu inferioridad. ¿Qué quieres que Susana piense de un hombre que sólo tiene en su favor su capacidad industrial y su riqueza, cuando ella es tan rica por sí misma? Lo que resulta original á sus ojos es la pobreza. Todas las ventajas están de parte del artista, que tiene un valor excepcional. Para encontrar muchos hombres como mi padre y

como tú, Jim, no hay más que ir á la quinta avenida ó á Newport. La rareza es encontrar hombres como Derstal. Los que hay en todo el mundo pueden contarse, y ésa es su importancia.

—Mientras tenga talento y mientras triunfe— dijo Jim con flemma; —pero si cae de su pedestal, si se convierte en un hombre como los demás, ¿qué le queda? Nada; menos que nada. Es algo parecido á un banquero de la gloria que ha quebrado: no ha hecho frente á sus compromisos. Esto puede suceder, y es preciso pensar en ello con detenimiento. ¿Acaso Susana se sentiría orgullosa llevando tras ella toda la vida á un grande hombre agotado? Hé aquí lo que es necesario decirlo. El genio y el talento tienen su época, mientras dura la inspiración, que no es más que una llama ligera y caprichosa. ¿Está dispuesta á contentarse con tan poco?

—Pregúntaselo, Jim, y ella te contestará. Hacerlo es difícilísimo para mí; estoy enamorado del arte, tú lo sabes, y no hago ningún caso de las ventajas materiales.

—Porque las tienes todas. Yo te suplico, Harry, que no te burles de mí. Tu amor al arte no es más que un pasatiempo agradable de hombre desocupado. Tú no necesitas nada; la fortuna de Brandón está á tu disposición y puedes pagarte el lujo de parecer artista. Pero el otro, el músico, que no tiene más que su genio, no se sentirá molesto dorando las cuerdas de su lira con los *dollars* de

Brandón. Lo que va á hacer no es muy noble, que digamos.

—¿Estás seguro de que ha sido él quien ha intentado la aventura?

—¡Cómo! ¿Supones que Susana le da pie para que él hable?

—Tienes ojos, Jim; sírvete de ellos para aprender á conocer la realidad.

—Si es verdad, Harry, yo no tengo nada que hacer aquí. Los asuntos de negocios han terminado; suplicaré que al pasar por Brindisi me desembarquen, y tomando el rápido, dentro de diez días estaré en Nueva York.

—Así hablan los hombres. Haz lo que dices, y no seré yo quien asegure que Susana no reflexionará.

Mientras Jim Stewardt se preocupaba por las secretas intenciones de Susana, ésta continuaba prodigando á Derstal las más exquisitas distinciones y le rodeaba de las más seductoras amabilidades. Había tomado su partido. El orgullo de dominar al notable, cuya apoteosis brillaba aún ante sus ojos, la arrastraba hasta el extremo de olvidarse de todas sus antiguas resoluciones. Había venido á Europa con su madre con la resolución firme de completar su educación, divertirse y regresar á América para casarse, probablemente con Jim Stewardt, el robusto y práctico muchacho que prometía ser un marido tan complaciente como ya era inteligente industrial. Un capricho venía á

desbaratar todo este plan de conducta; y para esta extranjera, acostumbrada á hacer siempre su voluntad, con la complicidad de una madre todavía joven y muy frívola, y de un padre que consideraba al mundo entero como de su propiedad, debido al poder de sus riquezas, no había consideración que pudiese prevalecer contra sus fantasías. Lo importante para ella era no conducirse como las demás y no sufrir el destino común. Había visto á algunas de sus amigas de la alta sociedad americana que se casaban con descendientes de grandes familias inglesas ó francesas, y que llevaban con satisfacción los títulos hechos ilustres por la gloria de sus antepasados. Con desdén había declarado que semejante cosa equivalía á despremiar la pureza de la sangre nueva de las familias americanas, mezclándola con la sangre bastardeada de las razas del antiguo continente. Los descendientes de los grandes hombres, guerreros ó legisladores, no eran más que el polvillo de la gloria, el producto de los héroes. Por los héroes mismos se podía comprender el entusiasmo, pero por sus hijos degenerados y ávidos de vender sus nombres á cambio de dinero, no comprendía que se sintiese la menor admiración. Casarse con ellos era hacer un comercio miserable. Podía tolerarse á un hombre que saliese de la nada, pero que fuese ilustre por sí mismo; nunca á un representante adulterado de un esplendor extinguido.

Había visto en Derstal la realización de sus or-

gulosos deseos. Aquél no representaba el pasado; era el presente con todo su vigor, con el brillo de la gloria y las grandes promesas para el porvenir. Joven, hermoso, ilustre y elegante, tenía todas las condiciones para dominar y para colocar siempre en primer término á la mujer que llevase su nombre. En un país nuevo como América, en el que las artes están en un estado tan rudimentario, que casi se puede afirmar que no existen, la supremacía de un Derstal en la sociedad de Nueva York sería inmensa. Una extraordinaria curiosidad concentraría todas las miradas en el célebre compositor y en su joven esposa. El sueño de Susana se precisaba. Permanecería con Derstal en París el tiempo necesario para que un segundo triunfo en la Ópera viniese á aumentar considerablemente la resonancia del primero. Luego se llevaría á su gran hombre al otro lado del Atlántico; le instalaría con lujo fastuoso en el palacio que su padre hacía construir para ella frente al parque central, y le haría trabajar para América.

Los Estados Unidos gozarían, á partir de aquel momento, las primicias de todas las obras del maestro. Gracias á él, un arte musical existiría en América, y como él solo sería su representante, se aseguraría un prestigio sin igual. Susana se veía convertida en dueña absoluta de la opinión, directora de la moda y soberana indiscutible de la alta sociedad. Pensaba: «Habrás reinas menos poderosas que yo y que estarán celosas de mí. Ten-

dré un destino único conquistado por la sola influencia de mi voluntad.» Ni por asomo admitía que pudiese encontrar algún obstáculo en sus sueños de orgullo. ¿Quién se atrevería á contrariarla? Ciertamente no tendría que ser su padre, que aceptaba con una docilidad admirativa todo cuanto Susana decidía. Tampoco habría de ser su hermano, para quien la entrada del compositor en la familia sería un favor inesperado. Susana había leído en las miradas de Derstal que una palabra, una sonrisa, habrían de ser lo bastante para que cayese sumiso de rodillas á sus pies. Sólo quedaba Jim, y en verdad que Susana se preocupaba poco de él. Sabía cómo hay que hablar á esos sencillos, sinceros y tiernos yanquis, para imponerles la abnegación y el sacrificio. Con fina percepción había discurrido pronto y bien sobre todo lo que hay de inocente y generoso en esas naturalezas primitivas y fuertes, convenciéndose de que bastaba hacer un llamamiento á su valor para convertirles en seres heroicos. De modo que no pensaba en lo que le diría á Jim; cuando llegase el momento encontraría las palabras precisas, y el sacrificio del robusto *business-man* era cosa que para Susana no ofrecía ningún género de duda.

Entretanto, el yate recorría á pequeña velocidad lo largo de la costa de Dalmacia, dirigiéndose hacia el mar Tirreno. El tercer día, al entrar la noche, Brandón, que estaba en el puente con el capitán, bajó al salón y se encontró á los pasaje-

ros del yate escuchando á Derstal que cantaba al piano. De pie, muy cerca de él, estaba Susana, que volvía las páginas, y sentado en un sofá estaba Jim con la cabeza inclinada y como sumido en profunda meditación. Derstal había encontrado una colección de cantos antiguos, en los que la gracia inocente y tierna de la vieja Francia estaba deliciosamente reflejada, y con una expresión muy conmovedora en su sencillez los iba cantando uno tras otro. Brandón se detuvo sin hacer ruido, para no interrumpir al auditorio y escuchar él mismo. Con su potente voz, Derstal cantaba:

Mon cœur bat et ma voix soupire....
Hélas! mon ami n'est plus là!
J'ai tant de joie à mon martyr,
Que je voudrais que l'on parlât,
Sans cesse, de qui n'est plus là,
Tant pleurer m'est plus doux que rire!

Las últimas notas se perdieron en una especie de sollozo; Susana y Derstal se volvieron sorprendidos, y vieron que Jim tenía el rostro inundado de lágrimas. La joven hizo un movimiento para dirigirse á él, pero con un gesto la rechazó, y pasando por delante de su tío, se dirigió á la escalera que conducía á cubierta.

—¿Qué sucede?—preguntó Brandón.

—Sucede que, como todos nosotros, Jim se ha impresionado oyendo cantar á Derstal esa antigua canción. El alma inocente de los enamorados vibra en esa deliciosa cantinela..... Y Jim está, sin

duda, en uno de esos momentos en que el corazón se entenece fácilmente.

—Yo le creía más duro—dijo Brandón,—y resulta que es una sensitiva. Todos los días se aprenden cosas nuevas. En fin, pronto estaremos frente á Brindisi, y creo que ustedes preferirán pasar la noche en el puerto.

—Claro que sí. Se duerme mucho mejor estando anclados.

—Brindisi—dijo Derstal, después de un corto silencio,—¿no es la última escala que hacen ustedes en la costa de Italia?

—Sí, querido maestro. Y aquí va á ser preciso tomar una resolución. Ó continúa usted con nosotros hacia Atenas, ó desembarca para regresar á Venecia.

Antes que Derstal hubiese podido contestar, Susana le había mirado, y una ola de fuego había enrojecido su rostro. Harry dijo pausadamente:

—No hablemos de separación. Es la cosa más triste del mundo. Siempre nos queda una velada para pasarla juntos, y no debemos envenenarla con discusiones desagradables. Querida Susana, creo que deberías ir á ver si el pobre Jim, en su arrebató sentimental se ha tirado al mar. Para él también «llorar es más dulce que reir»; pero no debemos burlarnos. Yo quiero enseñarle á Derstal un coro de *Atala*.

Entretanto, Susana se había dirigido á la esca-

lera. Vestía traje blanco de lana, que modelaba perfectamente su esbelto talle y bien torneados hombros. Cruzó el puente envuelta en las sombras de la noche. La fresca brisa que venía de tierra estaba perfumada con aroma de silvestres flores. La joven se dirigió hacia proa, pues Jim gustaba de sentarse al pie del palo de mesana.

Susana le vió de lejos, con los codos apoyados en la borda y los ojos fijos en la espumosa agua que se formaba á los lados del barco. Estaba tan abstraído, que ni siquiera la oyó llegar. Con la mano cogió su brazo, y al volverse rápidamente y encontrarse frente á frente con la joven, bajó la cabeza y permaneció silencioso. Susana fué la que habló primero.

—Jim—le dijo con voz firme,—¿por qué huyes de nosotros? ¿Qué sucede?

Jim levantó la cabeza, y haciendo un esfuerzo para contestar, dijo:

—Lo sabes muy bien, Susana. ¿Por qué me lo preguntas?

—Te lo pregunto porque es indispensable que tengamos una explicación. Á mí no me gusta disimular; me gustan las situaciones claras. Una puñalada es preferible á cien alfilerazos. ¿No es ésta tu opinión?

—Sí—dijo el americano;—pero yo no esperaba esto, Susana. Tenía confianza en tu afecto, trabajaba para merecerlo, y entretanto.....

—Entretanto yo encontraba al señor Derstal.

¿No es esto lo que has querido decir?—agregó Susana con acento algo melancólico. Y, reponiéndose, añadió:—Sí, yo encontraba al señor Derstal, y mi destino cambiaba como mis ideas. Todo lo que habla aceptado, apreciado y deseado, me pareció sin interés y sin encanto. Yo no era más que una niña cuando mi padre me destinó para tí, amigo mío, y consentí á ello con docilidad de niña. No conocía la vida, ni comprendía el alcance de las cosas ni el valor de los seres. Tenía los ojos vendados; en un instante la venda ha caído, y he visto lo que nunca habría podido sospechar: he conocido el amor. Ya debes comprender, Jim, que todo ha concluído entre nosotros, pues una mujer como yo no puede pertenecer más que al hombre que quiere.

—¡Qué dura eres, Susana! Yo sé y comprendo todo cuanto me dices; pero me es muy penoso tener que oírlo de tus propios labios. Tienes la precisión y la rapidez de una inteligencia americana, y la pones al servicio de sentimientos europeos. Es terrible tener que luchar con un adversario como tú; porque lo reunes todo: la energía de la raza nueva y la astucia de la vieja raza. Desprecias nuestras costumbres, nuestros trajes, nuestros gustos, que tanto te entusiasmaban otro tiempo, y has adoptado los sentimientos, las ideas y el modo de ser de las gentes en medio de las cuales vives desde hace un año. Todo ha concluído para mí, Susana, y no me queda más recurso que

ir á esconder mi dolor al otro lado del océano.

La joven fijó sus ojos con interés, no exento de ternura, en el rudo y leal Jim, y dijo:

—¿Tanto me querías, Jim? Nunca lo habría creído. Yo pensaba que preparabas una alianza de negocios provechosa para la casa Brandón y Compañía; pero no te suponía tan sentimental. ¿Por qué no me lo has demostrado antes?

—Susana, ¿cómo había de ser fácil que un hombre que vivía siempre en las minas ó en el despacho, y con el cerebro lleno de números, fuese á suspirar á tu lado? Además, ¿cómo me las habría compuesto para murmurar amores á tu oído, cuando yo estaba en Chicago y tu en París? No, el destino me ha sido contrario. No debía gozar la inmensa dicha de ser tu marido. Europa te ha estropeado, como á todas las que en ella han vivido. El viejo mundo está podrido, Susana; aun los mejores se apoltronan y corrompen en él. Tu padre no es el mismo hombre que antes, y tu....

Exhaló un suspiro, golpeó la borda con su vigorosa mano, y encogiéndose de hombros, añadió:

—Me marcharé; que seas dichosa, Susana, tanto como mereces serlo. Te quiero demasiado para no desearte felicidad completa, aun con un rival.

—Gracias, Jim; pero no nos separaremos tan tristemente. Prométeme que volveré á verte antes de mucho.

—No esperes que vuelva para asistir á tu boda. Sería pedirme demasiado.

—Corres demasiado, Jim. Yo no tengo compromiso alguno con el señor Derstal, y aun no se trata de matrimonio.

El rostro del americano cambió bruscamente; fijó en su prima una mirada penetrante, y exclamó:

—¡Ah! Entonces no está todo tan perdido como yo creía. ¿No has dado tu palabra á ese francés? ¿Quién te asegura que estará dispuesto á sacrificarte su libertad?

—Me comprendes mal, Jim—replicó Susana.—Para que el señor Derstal me siga hasta el otro extremo de la tierra, no tengo más que hacer una indicación.

—Está bien. Mañana me habré marchado.

—Jim, eres un hombre admirable.

—Sí, soy un hombre admirable, con el que no te casas; pero ya que en otro tiempo tenías confianza en mi juicio, permíteme que te hable con franqueza, y no creas, ni por un momento, que trato de arruinar el negocio de mi competidor: yo no creo que te llesves bien mucho tiempo con el músico; tiene un temperamento muy distinto al tuyo. Tienes una personalidad muy saliente; él también. En este momento, tu ideal está de acuerdo con el suyo: los dos soñais con el mismo fin artístico. Perfectamente; pero que sus gustos cambien, y que tú rompas la comunidad de ideas

con tu compañero, y en un instante la resistencia que él opondrá á la presión que trates de hacerle sufrir acarreará en tu existencia graves desórdenes, á los que será muy difícil poner fin. El sentimiento que te inspira tiene por base una admiración muy grande por su talento. Si por una ú otra causa esta admiración disminuye ó desaparece, ¿qué te quedará? Piensa en ello, Susana. Te lanzas á un mundo de fantasía, y en la tierra sólo puede tener buen fin aquello que es lógico.

—Siempre eres el hombre de negocios, Jim; y, en verdad, que no puedes hacerlo de otro modo. Mis ideas no se te alcanzan.

—Y por esto es precisamente por lo que me debo marchar—le contestó con tristeza.—Adiós, pues, Susana. No pienses más en mí.

Susana le tendió una mano, que él estrechó febrilmente. La joven se marchó, andando lentamente, y Jim vió en la obscuridad de la noche el traje blanco que poco á poco desaparecía, y se encontró solo, no oyendo más que el ruido del mar que azotaba los costados del barco, y viendo tan sólo el faro de Brindisi, que brillaba á lo lejos, y semejava un ojo enorme entre las tinieblas.

Cuando á las diez de la siguiente mañana Derstal subió al puente, encontró que el yate había anclado en el puerto de Brindisi. El embarcadero del Lloyd austriaco ofrecía un golpe de vista animadísimo, que anunciaba una próxima salida. El vapor *Francisco José* se disponía á zar-

par con rumbo á Venecia y Trieste. La sirena hizo oír sus estridentes silbidos; en el muelle cercano á los *docks* sonaba una campana; los cargadores llevaban los equipajes al puente del navío. Un ligero ruido de tela y un vago perfume que flotó en el aire fueron causa de que Derstal volviese la cabeza. Vió á Susana cerca de él, vestida con un traje azul marino, y los hermosos cabellos cubiertos con una gorrita blanca. Tendiéndole una mano, le dijo sonriente:

—¿Presencia usted el embarque de los pasajeros?

—Sí.

—Pues bien; apartémonos un poco, pues mi primo Jim Stewardt está entre ellos, y seguramente no habría de serle agradable ver que nosotros presenciáramos su marcha.

Poniéndose colorado como una amapola, Derstal se dejó llevar por la joven al otro lado del yate.

—¿El bote que esta mañana se ha echado al mar ha sido para llevarle á Brindisi?—preguntó Derstal.—He oído crujir las cuerdas y he visto bajar la embarcación por la ventanilla de mi camarote. ¿De modo que se ha ido? ¿Cuándo tomó esta resolución?

—Ayer noche, después de una conversación que tuvo conmigo.

Derstal fijó sus ojos en miss Brandón, la vió sonriente y tranquila, y, como á pesar suyo, preguntó:

—Su primo, ¿no era su prometido?

—Lo era; pero yo le he devuelto su palabra y he recobrado la mía.

—¿Y se ha ido?—repitió Derstal.—¿Se ha ido para no volver?

—Para no volver.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Derstal; el corazón le palpó con violencia, y pegándosele la lengua al paladar, le fué imposible pronunciar una palabra. Se dió cuenta de que en aquel momento iba á decidirse su destino, su felicidad y su gloria. Una repentina turbación obscureció sus ideas, y le pareció que una espesa bruma le envolvía y que perdía la noción de sí mismo y de lo que debía hacer. Iba á verse precisado á tomar una gravísima resolución, y en aquel preciso momento no sabía en qué sentido decidirse. Todas sus ideas carecían de fuerza y todos sus razonamientos se presentaban tumultuosos y confusos en su cerebro. No se daba cuenta de lo que era justo y bueno, y oía solamente en su interior algo así como un gran rumor, en el que se destacaban claras, sonoras y vibrantes estas solas palabras: «¡La fortuna, la fortuna!» Permaneció inmóvil y callado; sin embargo, se dió cuenta de que era preciso decir algo para no quedar en ridículo. Hizo un esfuerzo para dominarse; pero no lo pudo conseguir. Únicamente dijo:

—¿Qué han pensado sus padres de esta ruptura?

Susana, sonriendo con la misma tranquilidad de antes, respondió:

—Mis padres han pensado que Jim y yo no estábamos de acuerdo. Además, yo soy la única dueña de mis sentimientos, y tanto mi padre como mi madre tienen demasiada confianza en mí para no dejarme completamente libre para elegir.

—Sin embargo, ¿usted someterá á su juicio la elección que haga?

—Sin duda alguna; pero tengo la seguridad de que está ratificada de antemano.

—Entonces, ¿está usted decidida? —preguntó Derstal con voz temblorosa.

Susana se puso á reír, se encogió de hombros, y moviendo la cabeza con coquetería, dijo:

—Á usted es á quien hay que preguntárselo. ¿No hablaba usted anoche de desembarcar en Brindisi para regresar á Venecia, dejándonos solos para que continuásemos nuestro viaje? Pues bien: ahí está Brindisi; apenas nos separan quinientos metros del muelle, y el bote está aún amarrado á la escalera del yate. ¿Quiere usted ir á reunirse con Jim en el buque que va á salir para Trieste? Si lo desea usted, aún es tiempo, pues aún tardará una hora en zarpar. Jim se alegrará mucho viéndole llegar. ¿Qué le detiene?

Derstal palideció. Una fuerza invencible le empujó hacia la joven; fijó en ella sus turbados ojos, y con voz entrecortada contestó:

—¿Qué me detiene? ¿No lo sabe usted?

Con una alegría que disimulaba mal su emoción, Susana replicó:

—Sospecho que soy yo. Pero me gustaría oír que al fin se decide usted mismo á decirlo.

—Sí, es usted—dijo Derstal con una pasión que repentinamente se desbordó en sus miradas y en su voz, iluminando su rostro.—Usted, por quien olvido mis compromisos más sagrados, mis más imperiosos deberes, y que triunfa también de mis sueños y de mis esperanzas. Porque usted me ha llevado lejos de mi trabajo, que debería encadenarme y que he abandonado para seguirla.

—¡Ah!—dijo Susana.—Es muy justo que haga usted algún sacrificio. Y sepa bien que no le compeadezco demasiado al verle viajar en un hermoso barco, rodeado de personas que no piensan más que en complacerle y que no le privarán de trabajar si es que esto le conviene, pues gustan mucho de su música y gozarán lo indecible oyéndola antes que los demás. El cielo es azul, el mar hermoso. Usted verá lo deliciosamente que el tiempo pasa en las islas del archipiélago griego y luego en las costas de Asia. La inspiración no le faltará, y usted podrá terminar su obra maestra.

—¿Será digna de usted?

—Sí, si la hace usted para mí. Estaré orgullosa de tener una parte en sus triunfos. Nosotros los americanos, preferimos la acción á todo lo demás, pues la acción es la misma vida, y todas las acciones de la vida nos parecen importantes. La

acción conduce á la grandeza, y no hay nada tan hermoso como lo que es grande.

Estas palabras, que sintetizaban tan completamente el carácter entusiasta de la joven, en la memoria de Derstal resonaron, haciendo surgir el recuerdo de las que tantas veces había oído á Lavirón haciendo el elogio de la gloria. Era la misma tendencia, la misma fe, el mismo orgullo. Encontraba en Susana la idea directriz que lo subordinaba todo á la fama. Únicamente que no era preciso, como decía el crítico, seguir por un camino áspero, estrecho y azaroso para llegar á la gloria. A él se le ofrecía otro, ancho, tranquilo y alegre. Los pies no tenían que lastimarse con piedras y espinas; hollarían aromáticas flores; en las revueltas, la envidia, el odio y la calumnia no estarían escondidas, tendiendo siniestras celadas. Ningún peligro, ninguna dificultad serían de temer, y la benevolencia de los hombres estaría dispuesta á manifestarse tanto más desbordante, cuanto que estaría de acuerdo con su interés.

Le pareció á Derstal que, como nuevo argonauta, salía á conquistar un toisón de oro, cien veces más brillante y más rico que el que llevó á Jasón á las riberas de Colcida.

El barco estaba bajo sus pies; él hollaba el puente, y la maga que debía disponer de su vida estaba ya á su lado imponiéndole su voluntad, inspirándole su deseo. Pensó: «Si debo llegar al fin, ¿qué puede importar el camino que elija? El

sufrimiento, la tristeza y la duda, ¿han de ser los compañeros indispensables del viajero que camina hacia un ideal artístico? ¿No hay en las exigencias de Lavirón una mezquina remembranza de la bohemia antigua, y las privaciones han de formar parte intrínseca del traje del artista? Toda esta palabrería y toda esta intransigencia son algo ridículas. Se puede tener ideas y vivir como los demás. El genio no ha de ser el hijo obligado de la miseria.» Ante sus ojos, que estaban fijos en el horizonte, y como formada por ligera niebla, se levantó una figura más definida á cada momento, y reconoció á Eva, que lentamente se dirigía hacia él. Estaba coronada de flores, como Ofelia antes de hundirse en el abismo adonde la llevó su amor. Hizo un gesto para atraer á Derstal, y en aquella llamada había tanta tristeza, que el compositor sintió que se le oprimía el corazón. Encolerizado, pensó: «¡Cómo! ¿Hasta aquí me persigue? ¿No estoy desquitado ya con ella? Me debe su reputación. ¿Estoy unido á ella para siempre por los lazos de una labor común? Cada uno de nosotros ha trabajado para el otro; pero ella es libre, y yo lo soy también. ¿Sería preciso que toda mi vida permaneciese unido á esta primera afección, y tuviese que renunciar á todo lo que la existencia me ofrece de nuevo y de atractivo?.....» La forma femenina que flotaba sobre las olas, y que casi se había convertido en un foco de luz, volvió á desdibujarse repentinamente; se

desvaneció poco á poco como una niebla ligera, y Derstal sólo vió en el mar á las blancas gaviotas que revoloteaban con su vuelo silencioso y melancólico.

—Bien—dijo miss Brandón, volviéndose hacia su compañero.—No podrá usted acusarme de haberle interrumpido en sus reflexiones. Hace muy cerca de un cuarto de hora que medita usted á mi lado, sin que, al parecer, se acuerde de qué le había hecho una pregunta, de la que dependía su porvenir y el mío. Es preciso que no olvide que está tratando con una americana, y que los sueños no son ciertamente lo más oportuno. Por un momento debe usted ser positivo y práctico. Cuando su resolución esté tomada, podrá ponerla en música, si quiere, y espero que la cantaremos juntos.

Derstal sonrió.

—Susana, acaba usted de definir exactamente nuestra situación. De un lado el ensueño, representado por mí; del otro la acción, representada por usted. Dos razas distintas; dos caracteres opuestos....

—Y una afección sincera para servir de lazo—dijo Susana con voz grave.

La joven tendió una mano. Derstal la estrechó entre las suyas, y acercándose á la joven, y bajo la caricia de un sol matinal y ante las olas azules, cambiaron un beso.

—

SEGUNDA PARTE

I

—Oliverio, vámonos, porque si no vamos á llegar tarde.

—Querida mía, tenemos tiempo sobrado, pues no son más que las ocho y media, y por pronto que levanten el telón, no será nunca antes de las nueve.

—Sin duda; pero no quisiera llegar estando el teatro lleno.

—Pues vamos; ya estoy dispuesto.

En su lujoso tocador, tapizado de seda gris con *panneaux* de arce barnizado y alumbrado por lámparas eléctricas, el compositor acababa de vestirse. Con traje descotado, y más hermosa que nunca, Susana se disponía para asistir con su marido á la primera representación de *Atala*, la obra de su hermano Harry, en el teatro de Arte

desvaneció poco á poco como una niebla ligera, y Derstal sólo vió en el mar á las blancas gaviotas que revoloteaban con su vuelo silencioso y melancólico.

—Bien—dijo miss Brandón, volviéndose hacia su compañero.—No podrá usted acusarme de haberle interrumpido en sus reflexiones. Hace muy cerca de un cuarto de hora que medita usted á mi lado, sin que, al parecer, se acuerde de qué le había hecho una pregunta, de la que dependía su porvenir y el mío. Es preciso que no olvide que está tratando con una americana, y que los sueños no son ciertamente lo más oportuno. Por un momento debe usted ser positivo y práctico. Cuando su resolución esté tomada, podrá ponerla en música, si quiere, y espero que la cantaremos juntos. Derstal sonrió.

—Susana, acaba usted de definir exactamente nuestra situación. De un lado el ensueño, representado por mí; del otro la acción, representada por usted. Dos razas distintas; dos caracteres opuestos....

—Y una afección sincera para servir de lazo—dijo Susana con voz grave.

La joven tendió una mano. Derstal la estrechó entre las suyas, y acercándose á la joven, y bajo la caricia de un sol matinal y ante las olas azules, cambiaron un beso.

—

SEGUNDA PARTE

I

—Oliverio, vámonos, porque si no vamos á llegar tarde.

—Querida mía, tenemos tiempo sobrado, pues no son más que las ocho y media, y por pronto que levanten el telón, no será nunca antes de las nueve.

—Sin duda; pero no quisiera llegar estando el teatro lleno.

—Pues vamos; ya estoy dispuesto.

En su lujoso tocador, tapizado de seda gris con *panneaux* de arce barnizado y alumbrado por lámparas eléctricas, el compositor acababa de vestirse. Con traje descotado, y más hermosa que nunca, Susana se disponía para asistir con su marido á la primera representación de *Atala*, la obra de su hermano Harry, en el teatro de Arte

Lírico. Hacía dos meses que la familia Brandón se había instalado de nuevo en su magnífico hotel de la plaza de los Estados Unidos. Derstal, casado en Nueva York y en plena luna de miel, había regresado á París con su nueva familia, y ocupaba el segundo piso de aquella suntuosa morada. El programa de existencia trazado por la imperiosa Susana se había cumplido sin que sufriese la menor alteración, y el compositor, como si hubiese sido un principillo alemán elevado á la categoría de marido de la reina, se hallaba bien en medio del lujo y esplendor, que era tan necesario como el aire para estos millonarios.

En un extremo de aquella suntuosa casa se había arreglado un rinconcito para poder trabajar tranquilamente. Tenía allí las partituras de los grandes maestros, su piano, su mesa de trabajo y papel de música. Pero es preciso decir que, si bien se encerraba todos los días en su gabinete, no hacía nunca cosa de provecho. Un amplio sofá le invitaba continuamente á la pereza, y allí se tendía, con el cigarrillo en los labios, para descansar de las noches que pasaba en sociedad acompañando á su mujer. Durante la travesía del *Ariel*, que se había prolongado por espacio de dos meses, Derstal no había abierto la partitura de *La Veneciana*; pero, en cambio, bajo su vigilancia y siguiendo sus consejos, Harry había terminado la partitura de su ópera *Atala*, y los amigos, que habían oído fragmentos, estaban de acuerdo en afirmar que era

una obra muy notable. Para montar la obra, el nuevo director, Fromageot, que era el tercero en un año en aquel teatro desdichado y abocado siempre á la quiebra, había contratado artistas sensacionales.

Como Brandón era quien pagaba, bajo el nombre del editor de la partitura, Fromageot no encontraba caro ningún artista. Para la heroína de la obra había escogido á la encantadora Fenny Vermeil, y Chaetas era Marcillat, un tenor notabilísimo, que había conquistado alto renombre interpretando las obras wagnerianas. Bacalonníé, el célebre bajo, cantaba la parte de Aubry. Todos estos artistas formaban un conjunto de primer orden, y para dirigir la orquesta Harry había conseguido que Vogler, el brillante director austriaco, hiciese un viaje á París. El estreno de *Atala* revestía, pues, todos los caracteres de una solemnidad musical. Hacía un mes que los periódicos daban noticias en la sección de teatros, y se habían celebrado y publicado *interviews* en las que el libretista y el músico formulaban sus intenciones artísticas y anunciaban sus esperanzas.

Fromageot, con la caja atestada de dinero y más encarnado que si fuese á tener un ataque de apoplejía, se hacía lenguas hablando del joven maestro que «iba á meter la fortuna por las puertas de su teatro». Los profesionales, violentos con este diluvio de pronósticos favorables, y los periodistas, intrigados por el movimiento mundano

que se manifestaba alrededor de esta obra original de un millonario aficionado, empezaron á informarse detalladamente de todo cuanto con Harry Brandón tenía referencia.

Nuevamente la personalidad de Derstal fué objeto de todas las conversaciones. Una sangrienta gacetilla apareció en el *Pavé de Paris*, planteando la cuestión. «Se dice que detrás de M. Harry Brandón, cuya *Atala* hace tanto ruido antes de su estreno, (ojalá pueda hacer la mitad tan sólo después), se oculta un ilustre compositor que tiene los más serios motivos para patrocinar al joven músico. Los copistas que han tenido la partitura en sus manos aseguran que han reconocido la escritura del maestro al lado de la del discípulo. No insistimos en este punto para no sembrar entre la familia la manzana de la discordia.»

Harry se enfureció al tener noticia de semejantes insinuaciones. Quiso contestar, pero Fromageot, con muy buen sentido, consiguió hacerle variar de opinión. «Debemos dejar á la prensa que publique con respecto á usted, en favor ó en contra, todo cuanto se le antoje. Es el mejor reclamo que le pueden hacer. Pagando para que se hablase de *Atala* no conseguiría usted los artículos que la curiosidad ó la maledicencia han de hacer que se escriban con respecto á ella. Le suplico que no se dé por aludido. Entonces se callarían, y nos hace falta que hablen y aun que chillen hasta el día del estreno. Después, yo me encargo de todo, y le

aseguro que soy práctico en la materia. Ya lo verá usted.»

Harry había manifestado á su cuñado el deseo que sentía de que asistiera á los últimos ensayos, á fin de que pudiera dar sus consejos á músicos y cantantes; pero las noticias propagadas por la prensa le hicieron cambiar bruscamente de opinión, y para que Derstal no apareciera por el teatro durante los ensayos, puso tanto interés como el que antes había demostrado para hacerle ir. Oliverio, al que las indiscreciones del *Pavé de Paris* habían contrariado grandemente, y que lo que más deseaba era permanecer entre bastidores, ni siquiera había intentado pisar el teatro antes del estreno, y dejaba que Harry saliese del apuro como Dios le diese á entender.

Desde que había regresado á París, parecía huir de los sitios en donde habría podido encontrar á sus antiguos amigos ó compañeros. Experimentaba gran malestar al pensar que podía encontrarse de manos á boca con aquellos que le habían conocido pobre y trabajador, ahora que era rico y ocioso. Sin razones sobre estas impresiones, las sentía muy vivamente. Era algo así como una especie de vergüenza. No obstante, no se juzgaba culpable y creía que no había hecho más que lo que en su lugar hubiera hecho cualquier otro. Pero prefería no pensar en estas cosas y procuraba huir de todo cuanto podía ser causa de que semejantes ideas germinasen en su cerebro.

Estaba dispuesto á asistir, si bien sin entusiasmo alguno, al estreno de la obra de Harry. No podía dejar de acompañar á su mujer y á los Brandón; pero consideraba este deber como enojosa obligación. El doble palco proscenio platea había sido reservado para el autor. Con cierta satisfacción Derstal se decía que allí podría estar al abrigo de la curiosidad. En el fondo de su conciencia, su orgullo protestaba contra tanta timidez. Después de todo, ¿por qué tenía que esconderse? ¿Iba á condenarse á vivir siempre oculto? ¿Era un crimen el ser rico, y debía enrojecer por ello? Se inclinaba á la audacia y se prometía hacer una atrevida excursión por los pasillos del teatro. ¿No sería pulsar la opinión y trazarse la línea de conducta que en adelante tendría que seguir con sus antiguos compañeros? Aquella noche iba á encontrarlos á casi todos. Al pensar que iba á encontrarse en presencia de Lavirón, sintió que la frente se le inundaba de sudor. ¿Cómo le recibiría el terrible crítico? Hacía seis meses que había dejado de escribirle. Una esquila para anunciarle su matrimonio, y una tarjeta con la cual Lavirón había acusado recibo, era todo lo que entre ellos se había cruzado. Derstal no llevó más adelante sus reflexiones; pero allá, en su interior, le agitaba terrible angustia. El estreno se celebraba en jueves, y como ese día no hay función en la Ópera, Eva estaba libre. Si temía presentarse ante el amigo, ¿cuál no había de ser su temor

de encontrarse con la cantante? Con frecuencia y con amarga tristeza pensaba que un día cualquiera, y sin esperarlo, al revolver una calle, en el pasillo de un teatro, en el patio de la Ópera, tendría que encontrarse con Eva. Si le hubieran dicho «Eva va á llegar, seguramente habría echado á correr. Su corazón oprimía dolorosamente y le latía con violencia. Á esto él lo llamaba tener alma de niño. Estas cosas y otras no menos penosas se las decía preparándose para ir al teatro de Arte Lírico.

Se vestía sin entusiasmo ninguno, y si su mujer no le hubiese dado prisa, habría permanecido en su cuarto-tocador arrugando corbatas blancas, sin acertar á hacerse un lazo á su gusto y dispuesto á perder una parte, la mayor posible, de la ejecución de aquella odiosa *Atala* que tantas molestias y disgustos le había causado en un año, para la gloria del tonto de su cuñado. Sin embargo, acabó por meterse en el coche que había de llevarle al teatro, y momentos después estaba en el proscenio de los Brandón y escuchaba indiferentemente á los músicos de la orquesta que afinaban sus instrumentos. Empezaban con tres cuartos de hora de retraso, y Vogler fué á sentarse en su sillón. Á la entrada del famoso director austriaco, la claqué intentó aplaudir; pero sus aplausos fueron ahogados por los enérgicos siseos de la platea.

— ¡Demontre! — dijo Derstal al oído de Susana. — No está de buen humor el público. Con

tal de que sea más amable dentro de un rato.....

—¿Acaso puedes pensar que la representación no sea un éxito?—preguntó la joven con altanería.

—Contestaré á esto al salir, querida. Con el público parisiense nunca se pueden tener seguridades.

—No obstante, hemos dado localidades á todos los amigos. El teatro entero, excepción hecha del servicio de prensa y de nuestro palco.

—¡Magnífica garantía! ¡El teatro lleno de amigos! Son los más difíciles de entusiasmar. Todas esas señoras que están en los palcos, ¿crees que aplaudirán? Tendrían miedo de singularizarse, y si se deciden, ten la seguridad de que será cuando no se deba aplaudir.

—¿Tan imbéciles son las gentes de mundo?

—Generalmente, no entienden gran cosa de música, y aun yo creo que la detestan en el fondo; pero como no tienen audacia bastante para confesarlo, cuando van á oír se vengán en el autor.

En aquel momento dieron la señal. Susana se volvió hacia Oliverio y le dijo con voz alterada:

—Estoy terriblemente emocionada. ¡Dios mío! Nunca hubiera creído impresionarme tanto. ¿Y el pobre Harry, dónde está?

—En escena. En medio de sus intérpretes, como un general al frente de sus soldados.

—Oliverio, si fueses á verle, á animarle.....

—Si éste es tu gusto..... —dijo Derstal poniéndose de pie.

Salió del palco, y como la puerta del escenario estaba en el fondo del corredor, la empujó y se encontró bruscamente entre bastidores junto al palco de los electricistas. En la semiobscuridad de la escena se dirigió hacia un rincón, en el que un artista vestido de indio, con la cabeza coronada de plumas y los brazos llenos de brazaletes, conversaba con un joven vestido de frac.

Al mismo tiempo Fromageot apareció gritando:

—¿La señorita Vermeil se decidirá al fin á bajar? ¡Diablo! No tiene más que ponerse una túnica; de modo que no podrá decir que es el traje lo que la retrasa.

Al ver á Derstal exhaló un grito de alegría, y haciendo una profunda reverencia, exclamó:

—Querido maestro, ¿usted aquí en nuestro humilde escenario? ¡Qué dichoso presagio! ¡El éxito llega con usted!

El joven del frac se adelantó, y Derstal pudo reconocer en él á Bouchot, uno de sus compañeros de Conservatorio, ex-pensionado en Roma también, y reducido por las duras necesidades de la vida á ser maestro de coros en el teatro de Arte Lírico.

Derstal, sin hacer caso de las exageradas manifestaciones de Fromageot, se dirigió hacia el maestro de coros, tendiéndole la mano.

—¿Cómo te va, mi querido Bouchot? ¿Eres de la casa?

—Sí, al llegar de Lille, en donde fui director de orquesta..... Pero no hablemos de mí, y permíteme que te felicite. Tú andas á paso de gigante. No todos tus compañeros han tenido la misma suerte.

—Tú tienes talento, Bouchot. ¿Cómo te las compones para no llegar más lejos? ¿Acaso no trabajas?

—Amigo mío, ¡ tengo un baúl lleno de música completamente terminada! Pero, ¿en dónde hacerla ejecutar? Tú sabes muy bien que, aunque esto no es imposible, puesto que tú lo has conseguido, es difícilísimo..... Además, yo no puedo esperar. Tengo mujer, tengo hijos, y es preciso que coman.

—¿Estás casado?

—Sí, me casé con un primer premio de canto del Conservatorio, la señorita Durocher, del teatro de Lión. Tú la conocías, Amelia Durocher.

—Sí, sí. Una muchacha muy guapa que tenía una voz hermosísima.

—Guapa lo es todavía; pero ha perdido la voz. Aquí tienes explicado, amigo mío, por qué en vez de escribir partituras, como tú, soy maestro de coros en el teatro de Arte Lírico.

—Ven á verme á mi casa y hablaremos. Tal vez pueda serte útil.

—Gracias. Sigues siendo el buen muchacho de siempre..... Tú también te has casado; pero tú has hecho una boda brillantísima..... Ese jovencito

que esta noche estrena aquí es tu cuñado, ¿verdad? Es una ganga para él.

Y Bouchot, guiñando un ojo, se puso á reir. Derstal no tuvo tiempo para contestar. Fromageot, que volvía trayendo á Harry en triunfo, le dijo con marcado servilismo:

—Querido maestro, hé aquí el ilustre Derstal.

La señorita Vermeil apareció en aquel momento entre bastidores con el rostro tiznado, grandes anillos de oro en las orejas, enseñando sus hermosos brazos, que asomaban por las cortas mangas de su túnica azul, y con un cinturón de flores alrededor del talle. Avanzó precipitadamente hacia Derstal, y fijando en él una mirada cariñosa, le dijo sonriendo:

—Querido maestro, me parece muy bien que venga usted á animarnos y á aplaudirnos; pero, ¿cuándo me hará usted cantar música suya?

—Como si no la fuese á cantar esta noche—murmuró Bouchot burlonamente al oído de Fromageot.

Éste fijó en su subordinado una mirada de disgusto, y cogiendo á Harry por un brazo, dijo:

—Vamos, que van á empezar. Plaza al teatro..... Mi querido autor, ¿viene usted á mi despacho, ó va usted á la sala?

—¿Á la sala? No—dijo Harry, esforzándose por sonreír.—Me quedaré en el escenario.

—Perfectamente. ¿Todo el mundo está dispuesto?..... ¿Sí? Pues llamad.

Los tres golpes sonaron solemnes en medio de un silencio que se había hecho repentinamente. Se oyeron luego los golpecitos dados por Vogler con la batuta, y en seguida las primeras notas del preludio.

El corista vestido de indio que hablaba con Bouchot entró en el escenario tarareando el motivo que la orquesta ejecutaba: «Tarará, taratarí..... taralira.....» Y Derstal se encontró solo en frente de su cuñado, que crispaba nerviosamente las manos, y de Fromageot, que decía con el entusiasmo de un director-empresario que se cansa de ganar dinero:

—¡Admirable! ¡Admirable! Aquí hay color. Toda la llanura americana está en el preludio. ¡Ah! Ahora la brisa, la brisa. Luego los murmullos del Misisipi.

Derstal, volviéndose hacia Harry, le dijo:

—Hasta pronto. Voy á dar noticias á su madre y á su hermana. Buena suerte.

Dejó á su cuñado entregado á los entusiasmos de Fromageot y á los horrores de la inquietud.

Cuando llegó al pasillo que conducía á la platea, un grupo de individuos vestidos de frac le llamó la atención. Reconoció á Clementet, el crítico del *Boulevard*, y á Babot-Seigneur, el terrible wagneriano que disimula, cubriéndola de paradojas, una verdadera ciencia musical, y que encuentra especial placer destrozando una partitura á fuerza de chistes. Clementet dijo:

—¿Vamos á la sala?

—No, nos hemos tragado ya el ensayo general. Un segundo golpe sería demasiado.

—Temo que mi embriaguez me haga ver más grande á Chactas—dijo Babot-Seigneur.—Y prefero decir en seguida: ¡Alto ahí!

Clementet se encogió de hombros.

—Guarda todo esto para tu artículo crítico. Derrochas inútilmente tus chistes entre nosotros.

Unos compases de música llegaron hasta ellos.

—Escuchad. Es el aria del padre Aubry..... ¿Por qué no se habrán aprovechado de la ley de Congregaciones para suprimir el fraile en la obra? Sol..... do, do..... la, y pedal. ¿Crees que eso es de Massenet?

—En otra época todo era de Gounod. Ahora todo es de Massenet. Me aburrís con vuestras comparaciones. Vamos á oír á Jenny Vermeil. Si no seduce nuestros oídos, por lo menos, nos alegrará la vista.

Entraron en la sala, y Derstal se hizo abrir la puerta del palco.

—¿Qué hay?—preguntó Brandón, haciendo sitio á su yerno.—¿Qué dice mi querido Harry?

—Está nervioso, excitado. Pero eso pasará pronto.

—La impresión ¿es buena?

—El dúo de Atala y de Chactas ha producido un excelente efecto..... Aplauden.

La romanza de Jenny Vermeil, una inspirada

y encantadora página delicadamente escrita é instrumentada por Derstal, acababa de producir entre el público prolongados murmullos de aprobación. Apenas se habían extinguido las últimas notas atacadas por la cantante, cuando toda la sala estalló en bravos y el público de las galerías gritaba: «¡Que se repita!» Jenny Vermeil, saludando con agradecimiento, mostraba al público las redondeces de su busto, temblando de emoción, real ó fingida, pero delicadísima. Vogler, que había recibido instrucciones, avisó á la orquesta, y Jenny, animada por los aplausos, repitió la romanza. Á Derstal le divirtió aquello, y adelantándose un poco, asomó la cabeza por encima del hombro de su mujer. Unos ojos se fijaron en él, obligándole á levantar la cabeza, y por espacio de un segundo su mirada estuvo fija en la de Eva, sin que le fuese posible separarla de ella. En sus pupilas, agrandadas por la repentina emoción, Derstal leyó el dolor, la vergüenza, el reproche y la alegría. La abandonada parecía decirle: «¡Eres tú! ¡Y con quién te encuentro! ¡Cuán grande fué tu ingratitud, y cuán grande es la ternura que siento todavía!» Vió que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas. Eva, con noble tristeza, se retiró al fondo del palco. Derstal palideció, y un temblor nervioso agitó su cuerpo. Sintió que una mano estrechaba la suya, y que la voz de Susana murmuraba á su oído:

—Acabas de verla. Está ahí. Nos ha visto.

Con decisión, la esposa de Derstal adelantó su silla hasta colocarla junto al antepecho del palco, y fijó provocativamente los ojos en la localidad que momentos antes ocupaba Eva Brillant. No vió más que un espacio obscuro y vacío; la cantante había desaparecido. Una profunda tristeza se apoderó de Derstal; fué á ocultarse en el rincón más obscuro del palco. No se le ocultaba que, tarde ó temprano, un encuentro con Eva sería inevitable; pero nunca se había figurado que aquel encuentro tuviese que verificarse en tales condiciones: con su mujer al lado, en un teatro y mientras cantaban una música cuyo autor no podía ofrecer dudas á un oído educado y á una inteligencia experta. No, no era así como él esperaba encontrarse con la compañera de sus esfuerzos y de su éxito; con la mujer para la cual había prometido escribir sin descanso, y para la que únicamente debía producir su inspiración. Había sido cogido en flagrante delito de traición, y la traición era doble, puesto que había prestado su talento á otro y su música era cantada por una artista de mediano valer. Con desolada amargura se dijo todas estas cosas y se juzgó severamente. Pero, ¿qué hacer? No podía reparar su falta, ni podía tampoco excusarse sin correr el riesgo de causar ofensas más graves aún. Se veía obligado á guardar un silencio que cada uno tenía el derecho de interpretar á su gusto, pero que siempre sería de modo desfavorable para él.

Los atronadores aplausos que acogieron la terminación del acto vinieron á interrumpir su soliloquio. Oyó que, cerca de él, Brandón suspiraba, como si se libraba de enojosa carga:

—Al fin, uno que ha terminado.

—¿No les parece que el éxito es muy grande?— preguntó la señora Brandón.

—Oigan las aclamaciones—dijo Susana.—¿Verdad que anuncian un éxito efectivo?

—Sí, querida mía, un éxito muy grande.

—Entonces procura traernos á Harry, y no vayas más que al escenario.

Dirigió á su esposo una mirada suplicante, á la que él contestó con una vaga sonrisa. A la joven le pareció que Derstal no estaba todo lo explícito que debía, y, levantándose, llegó hasta el fondo del palco.

—No quiero que vayas á hablar con la señorita Brillant. Prométeme que no la buscarás.

Oliverio dijo con tristeza:

—Te doy mi palabra, Susana, y puedes estar segura de que no tengo el menor deseo de encontrarme en su presencia.

—Entonces, hasta ahora.

Se inclinó, y corriendo el riesgo de que la viesan los espectadores de las butacas, que se apresuraban para ganar la salida, le dió un beso. En el pasillo unas veinte personas formaban grupo y hablaban con animación. Un hombre grueso, de voz bronca, que era el editor de la partitura de *Atala*,

peroraba, celebrando calurosamente la música del joven maestro americano.

—Está bien, muy bien—decía;—conseguido el fin propuesto y lleno de promesas. Sinceramente hay que confesar que no hay nadie que instruyentemente mejor; como forma, no puede pedirse nada más adelantado, y, sin embargo, hay armonía y sonoridad.

—¡Ah!—dijo el Blériot, sonriendo irónicamente.—Ya está usted viendo los fragmentos en todos los pianos.

—Amigo mío, no hay que burlarse. Bueno es que los editores ganen dinero, aunque no sea más que para pagar á los autores que no tienen venta.

De pronto el editor hizo un brusco movimiento, y exclamó:

—Aquí está Derstal. Venga usted, querido maestro. Estamos hablando de su cuñado. Tiene mucho talento.

—Un talento de familia—murmuró Clementet.

Derstal, rodeado y estrechado, hizo esfuerzos para separarse del grupo de músicos y periodistas, y viendo que no podía conseguirlo, se resignó á sufrir el asalto de los curiosos. Todos le hacían preguntas referentes á Harry Brandón, sabiendo que cuanto dijese había de ser reproducido en la sección musical de los grandes periódicos. Midió sus palabras, y sólo dijo aquello que había de satisfacer más á su cuñado y á sus suegros. Terminaba á gusto y satisfacción de los que le ator-

mentaban, cuando un recién llegado modificó la situación en un instante. Del fondo del pasillo, dirigiéndose hacia el grupo en el que estaba Derstal, vestido con su mal cortado frac, saliéndosele la pechera de la camisa por el escote del chaleco, llevando al cuello una corbata que más parecía una cuerda, y con las manos en la espalda, Lavirón adelantaba.

Al verle, Derstal se estremeció. La sangre afluyó á su rostro y sus nervios se contrajeron dolorosamente. Se fijó en el crítico, que continuaba acercándose sin que al parecer le hubiese visto, pues sonreía como cuando estaba satisfecho. Sus compañeros, á pesar de su acostumbrada falta de respeto profesional, se apartaron para cederle el paso, y Derstal se encontró de pronto en medio del pasillo y en frente de su antiguo amigo. El rostro de Lavirón se crispó; bajo los cristales de sus lentes, sus ojos adquirieron una fijeza amenazadora. Por espacio de algunos segundos, y con sardónica curiosidad, examinó silenciosamente al compositor. Derstal, no pudiendo soportar por más tiempo aquel examen y aquel silencio, dió algunos pasos hacia el crítico, y con humilde deferencia le dijo en voz baja:

— Querido maestro: usted me perdonará el que no me haya aún presentado en su casa. No me acuse de falta de afecto.....

Al mismo tiempo el joven, esforzándose por disimular el temor que le paralizaba, tendió las ma-

nos á Lavirón. Al parecer, éste no se fijó en el ademán. Sin mover los brazos, fijó en Derstal una mirada altanera, y le dijo:

— ¿Por qué me da usted explicaciones? ¿Cree usted que sus asuntos pueden interesarme lo más mínimo? ¡No le conozco!

Y dejando anonadado con semejante desaprobación al compositor, la reputación del cual tanto había contribuido á cimentar, se puso á hablar tranquilamente con sus compañeros, que no se explicaban aquella inesperada escena. Temblando como un azogado, Derstal se dirigió hacia la puerta del escenario; pero aún tuvo tiempo de oír á Clementet que preguntaba:

— ¿Por qué diablos se conduce usted de este modo con el pobre Derstal, cuando tantas veces le ha elogiado? ¿Ha cambiado usted de opinión respecto á él? ¿Cree usted que ya no tiene talento?

— No — replicó friamente Lavirón; — únicamente he cambiado de opinión con respecto á su carácter. Es un gran músico, pero un danzante.

Derstal empujó la puerta y entró en el escenario. Detrás de un bastidor pudo reponerse y calmar la emoción que le había producido la afrenta que Lavirón le acababa de hacer públicamente. Una rabia loca le subió al cerebro. Con violencia golpeó el suelo con el pie y sus manos se crisparon. Los más opuestos proyectos pasaron sucesivamente por su imaginación. Pensó en dirigirse de nuevo á Lavirón y suplicarle que le oyese, y

esforzarse para convencerle de que no se había conducido mal; pero ¿cómo llegar á esto, cuando su conciencia le reprochaba su modo de proceder? Además, ¿debía humillarse ante todos los que habían sido testigos del incidente, y, sin duda, lo comentaban burlándose?

—No—murmuró;—es imposible.

Y con arrebatado de furor, pensó si no sería mejor que enviase dos amigos á Lavirón para que le exigiesen cuenta de la ofensa que acababa de inferirle; pero aquello también era imposible. ¿Cómo él, un joven, iba á atreverse á amenazar á un viejo que tan bondadosamente había sido su protector en otro tiempo? Haciendo semejante acto, ¿no se cubriría de vergüenza y ridículo? Viendo que nada de cuanto imaginaba era realizable, tuvo que conformarse con la afrenta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué pensaría Eva cuando tuviese noticia del modo tan duro con que había sido tratado por Lavirón? ¿Acaso la vergüenza que acababa de sufrir no había sido concertada entre el crítico y ella? Lavirón, que sentía una adoración verdadera por la artista, ¿no le habría prometido vengarla en cuanto se presentase ocasión? Hizo esfuerzos para creer en esta connivencia, y pensando que Lavirón y Eva podían tener algo que reprocharse con respecto á él, se sintió más tranquilo. El peso que oprimía su conciencia disminuyó. Mentalmente se dijo: «Si uno y otra se han vengado de mí, estamos en

paz. Ya no les debo nada. Ellos mismos me han libertado.»

Algo más tranquilo, dejó la obscuridad de entre bastidores y pasó al escenario. Allí, entre lisonjeras alabanzas, sus ideas cambiaron. En medio de un grupo el joven Harry, radiante de satisfacción, respondía con voz que las emociones habían enronquecido, á las preguntas y á las observaciones. Los *reporters* tomaban notas, y un dibujante, sentado en una roca de cartón, trazaba con rasgo cómico y deformador la silueta del músico. Fromageot, entusiasmado con el éxito, decía á voz en grito:

—¡Ya puede ofrecerme el ministro una subvención para que acoja sus pensionados en Roma! ¡Prefiero mi libertad! ¡Al diablo el arte oficial! Con el dinero que voy á ganar con *Atala* podré montar *Armida*, de Gluck. Estas son las obras maestras que yo sé elegir.

—¡Ah!—dijo Clementet, suspirando.—Lo peor no es que cueste muy caro poner en escena *Armida*, es que, excepción hecha del acto de los jardines, es una obra pesadísima.

—Es notorio que es una obra maestra — rugió Fromageot.

—Estamos de acuerdo; pero es una obra maestra notoriamente inaguantable.

El dibujante cortó muy oportunamente la conversación, enseñando el retrato de Harry: una nariz aguda, una línea en vez de boca, en vez de

ojos dos puntos, los cabellos imitados por muy gruesas líneas, el abdomen hundido, las piernas arqueadas y dos pies enormes retrataban fielmente al yanqui, con su aspecto asombrado y audaz á la vez.

—¡Qué bien está!— exclamó Harry entusiasmado con su entrada en la actualidad.—¿En dónde publicará usted ese dibujo, señor Japhet?

—En *El Figaro*. Señor Derstal—dijo el dibujante, saludando al cuñado de Brandón que se acercaba al grupo.—¿Me permite usted que le haga un apunte?

Derstal hizo un gesto de asentimiento, y acercándose á Harry, le dijo:

—Qué, ¿estás contento? Ahora el éxito es indudable. El efecto del segundo acto no puede fallar; la muerte de *Atala* impresionará profundamente al auditorio.....

—¿Pero qué te pasa, Oliverio? Estás pálido—interrumpió el joven, mirando fijamente á su cuñado.

—Nada, el calor de la sala.

—Indudablemente la inconveniencia de nuestro viejo Lavirón será una de las causas—exclamó Clementet, apoyándose en el brazo de Derstal.—Sepa usted, querido maestro, que ese jabalí artístico se está haciendo inaguantable. Yo pregunto: ¿qué es lo que le ha dado? Todos nos hemos escandalizado con su modo de proceder. Yo no creo que tenga la necia pretensión de imponer á todo el mundo sus gustos, aficiones y costumbres. Vive

con su criada en un cuartito sucio, se cambia poco de ropa y huye de los centros elegantes. Esto no es una razón para que sea grosero con los que se casan con mujeres bonitas, cuidan de su persona y no se alborotan porque se quite el polvo á los muebles..... Lavirón es un grosero que toma la sujeción por independencia.

Esta serie de atrocidades indignaron á Derstal. Se separó dos pasos del periodista, y contestó con aire de tristeza:

—De Lavirón tengo que soportarlo todo. Ha hecho tanto por mí, que yo le reconozco el derecho de tratarme como se le antoje. Si ha sido injusto, peor para él; pero dada mi situación y su carácter, no puedo hacer más que inclinarme. Lo que yo he hecho ya lo han visto ustedes. Yo les suplico que no me hablen mal del viejo maestro; me contraría más lo que ustedes me dicen que su severidad.

Clementet replicó:

—¡Que grandeza de alma! Estas debilidades son las que le envalentonan y hacen que crea que todo le está permitido. ¡Menudo artículo va á hacer sobre la *Atala* de su cuñado! Ha estado tomando notas durante todo el acto; ya sabemos lo que esto presagia.

—No crea usted capaz á Lavirón de decir nada que no sea la expresión fiel de su pensamiento.

—¡Eh! Se limitará á decir sencillamente que la música de *Atala* no es de quien la firma.

Derstal palideció:

—Entonces, ¿de quién es?

—¿De quién ha de ser? De usted.

—Eso no es cierto.

—Vamos, Derstal, no nos tome usted por tontos; ó si quiere usted engañarnos, disfrace mejor su modo de hacer. Mi querido maestro, en el público no se oye repetir más que estas frases: «Es de Derstal, y es de lo mejor que ha salido de su pluma.»

—Esto es una indignidad—protestó el compositor con agitación.—¿En qué situación van á colocarme? Clementet, yo le suplico que vaya á la sala y repita á todos sus amigos mis formales negativas. La partitura es de Harry Brandón, de él sólo, y si yo no lo afirmase á voz en grito sería una deslealtad en mí. Contemple usted á ese joven, tan contento con su triunfo, y ya quieren envenenarle su alegría. ¿Por ventura, en nuestro horrible mundo del arte no se puede respetar nada? ¿El éxito es decididamente un crimen?

—Querido amigo, nadie puede sufrir á los aficionados; les quitan el sitio á los profesionales, y disponen de demasiados medios para triunfar. No se les admira, y cuando, además, se sospecha que son grajos engalanados con plumas de pavo real, entonces la gente es feroz. Usted me suplica que contrarreste el efecto general, y yo voy á hacerlo; pero, ¿lo conseguiré? Esto es ya más difícil. De todos modos, prepare á su cuñado para un escándalo: es lo más prudente.

—Usted me desespera.

—Yo no creo que tenga usted nada que temer.

—Preferiría que la tomasen conmigo.

—Pues bien, trabaje usted por su parte. Vaya usted á las redacciones de los periódicos; en todas le recibirán amistosamente, y, sin duda alguna, podrá contener la tormenta.

Derstal se dirigió al palco. La puerta estaba abierta, y en el pasillo se estrujaba un cortejo que acudía á felicitar á la familia del músico. Susana hacía los honores del proscenio. El embajador de los Estados Unidos salía en aquel momento, prometiendo que asistiría á la cena que en casa de Brandón iba á celebrarse para obsequiar á los amigos que habían ido á aplaudir la obra. Derstal se acercó á su mujer, y le dijo al oído:

—Te dejo. Márchate con tu padre. Voy á ocuparme de asuntos de Harry. Llegaré á casa al mismo tiempo que ustedes.

—¿Qué sucede?

—No te preocupes; se trata de una diligencia que únicamente yo puedo hacer.

—Está bien.

Se puso el abrigo y se alejó, dirigiéndose á una escalera que conducía al patio. Llegó á la puerta, y en el peristilo encontró á una mujer, envuelta en un amplio abrigo, que sin duda esperaba que uno de los criados le trajese un coche. Preocupado por las revelaciones de Clementet, Derstal se disponía á salir cuando una exclamación

ahogada le hizo volver la cabeza, y reconociendo á Eva Brillant, sintió un estremecimiento que le paralizó. Eva estaba pálida, muy pálida, pero hacía esfuerzos para sonreír. Al saludo de Derstal contestó con un gesto, y en aquel mismo momento el criado del teatro llegó y dijo:

—Señora, el coche espera.

Sin ponerse de acuerdo, sin que ni una palabra ni una mirada se cambiasen, Derstal y Eva bajaron los escalones y, guiados por el criado, llegaron hasta un coche que esperaba al borde de la acera. Derstal dió unas monedas al acomodador, abrió él mismo la portezuela para que subiese la cantante y preguntó:

—¿Dónde vas?

—A mi casa.

—Cochero, calle de.....; pare en la esquina de la calle Drouot y del *boulevard*.

Y sin pedir á Eva permiso para acompañarla, se sentó á su lado. Como dominada por una fuerza superior á su voluntad, la cantante no había hecho un solo esfuerzo para evitar la presencia de Derstal. El coche corría, y ellos estaban uno junto á otro, temblando de emoción, pero separados y como si hubiesen sido extraños. Eva fué la primera que recobró el valor para hablar, y, volviéndose, descubrió su noble rostro iluminado por la indecisa luz de los faroles del coche.

—Esta noche—le dijo—he visto á su mujer por

vez primera. Es encantadora. Le felicito..... Merece ser querida.

Derstal inclinó la cabeza y respondió:

—Eva, háblame de ti. Es lo único que me interesa. ¿Qué haces? ¿Qué es de tu vida?

La cantante sonrió con dulzura.

—Mi vida es la misma que ha sido siempre: la vida de una mujer sencilla, ordenada y casera. Trabajo mucho.

—¿Y vives..... sola?

—Vivo con mi madre, como antes.

Derstal hizo un gesto de impaciencia.

—No me contestas á lo que te pregunto.....

Con amargura, la cantante contestó:

—¡Ah! Usted quiere saber si tengo algún amante..... Pues no; no he querido tener ninguno. Ya había visto de lo que son capaces los hombres, siendo buenos. ¿Qué no harían los malos? La prueba no me ha seducido..... Debo confesar que no ha sido por falta de ocasiones.....

Un suspiro brotó de los labios de Derstal. No se atrevió á mirar á Eva, pero el temblor de su cuerpo atestiguaba la violencia de su emoción. Haciendo un esfuerzo dijo:

—¿Me perdonarás, Eva?

Una ola de sangre subió al rostro de la joven. Se volvió y fijó con orgullo sus ojos en Derstal.

—¿Qué es lo que usted se ha creído? ¿Llega usted al extremo de imaginar, de creer que le voy á pedir cuentas? Si fuese así, no le toleraría

cerca de mí en este momento. No, no. Yo no tengo ningún resentimiento contra usted. Ni uno ni otro habíamos aceptado ningún compromiso. Usted era libre..... yo lo era también..... Recuerde que sólo tenía una preocupación: la de ayudarle en su carrera..... Lo he hecho mientras ha dependido de mí..... Hoy se encarga de ello otra persona..... Usted me hará la justicia de concederme que mis primeras palabras han sido para decirle que la encontraba encantadora. Sea usted dichoso, querido maestro. Tiene usted todo cuanto ha creído necesario para llegar á la felicidad: buenas relaciones, gran fortuna, amigos influyentes y la tranquilidad de poder trabajar á ratos perdidos. Yo conocí otro Derstal, ambicioso de los éxitos difíciles, desdeñoso de los círculos mundanos, enamorado de la fecunda soledad y perseguidor rudo y encarnizado de la inspiración. Es á ése al que yo quise, por el que sufro, al que nunca podré olvidar.

—¡Eva!—exclamó Derstal emocionado y tendiendo los brazos.

La cantante le miró con altanera frialdad.

—¿Qué le pasa á usted? ¿Acaso echa usted también de menos á ese Derstal? De ser así, llórele, porque ha muerto, y su cerebro está ahora tan frío como su corazón.

—La sentencia que acabas de pronunciar es demasiado cruel—murmuró el compositor con voz temblorosa.—He merecido ser tratado duramen-

te.... Pero, ¿con qué derecho haces compartir al artista el destino del amante? ¿No tomas en una venganza que ha motivado la falta del otro? ¿Me juzgas perdido para mi arte, muerto intelectualmente como acabas de decir?

Eva sonrió de nuevo.

—Se puede morir para el arte y escribir música todavía. Usted lo ha demostrado esta misma noche.

—¡Cómo! ¿También tú?—exclamó Derstal encolerizándose.

—Sí, yo, como todos los que le conocen y lamentan que emplee sus facultades creadoras de semejante modo. Eso es lo que nunca hubiera hecho el Derstal de quien hablaba hace un momento. ¿Poner su talento al servicio de otro? Se habría negado con desdén. Hay una distancia muy grande entre aceptar y rechazar un trabajo semejante. En el camino recorrido están escalonadas la pérdida del orgullo, la abdicación de la independencia, la necesidad del lujo enervante, el olvido de la personalidad. Yo repito que el Derstal que mis amigos y yo hemos conocido y querido, no existe. Hay otro que tiene su misma cara, que se le parece como si fuese su hermano; pero no tiene ni su cerebro, ni su corazón. Escribe música de pacotilla. No volverá á escribir una obra maestra.

—¿Qué sabes tú?—dijo Derstal, herido en lo más profundo de su orgullo.

—¡Oh! Si algo deseo en este mundo es verme

precisada á confesar que me equivoco—dijo Eva sonriendo con tranquilidad. Hace un año que en la Ópera se está esperando *La Veneciana*....., y yo soy quien debe cantarla.

—¿Consentirás en ello?—preguntó Derstal con asombro.

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? Estoy contratada en la Ópera. El director me distribuye un papel y no tengo para qué preocuparme de saber quién es el autor. Mi deber consiste en interpretarlo, así como el del autor consiste en escribirlo.

Fijó en Derstal una altanera mirada y añadió:

—Es un asunto de probidad profesional. Peor para quien falte á él.

En aquel momento el coche se detuvo. Eva y Derstal permanecieron callados un instante. Al fin, el compositor, saliendo de su doloroso encogimiento y estrechando con pasión á la joven entre sus brazos, dijo:

—Eva, por piedad. No nos separemos de tan horrible modo..... Perdóname. Dime que me perdonas.

La cantante le rechazó. Sus ojos brillaron en la sombra, y, hermosa como nunca la había visto, le dijo:

—¡Desgraciado! Una mujer como yo podría perdonarte que la hubieses abandonado si al mismo tiempo no hubieses desertado de la gloria. Lo que adoraba en ti era tu genio. Esta ha sido la causa de mi cruel decepción. Déjame, vete; vuelve á tu

ociosidad y á tu riqueza. Hazte pagar tu traición, y déjame con mi arte, que llena mi alma por entero.

Abrió la portezuela del coche y empujó á Derstal. La miró por última vez y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Quiso correr, hablarla, convencerla; pero el coche se alejó, y Derstal se encontró solo en la obscuridad de la noche.

II

A pesar de los esfuerzos de Derstal, la prensa no fué indulgente para el joven Harry. Le atacó por el lado que había de serle más sensible, negándole la paternidad de su obra. Trilby, el temible cronista del *Echo* le jugó al americano la partida de citar en su artículo la más vulgar de todas las melodías publicadas en otra ocasión por Brandon, y de establecer un paralelo entre aquella meliflua composición y la factura nerviosa y brillante de *Atala*.

«¿A quién se hará tragar—decía—que el mismo músico sea el autor de estas dos obras? Es muy cierto que en las noches de estreno acuden al teatro muchos papanatas, pero no tantos como la gente se figura. Hay gentes que conocen á los autores: *Atala* pregona el nombre de Derstal en todas sus notas y en todos sus suspiros. En el dúo con Chactas alguien ha observado unas notas bajas

precisada á confesar que me equivoco—dijo Eva sonriendo con tranquilidad. Hace un año que en la Ópera se está esperando *La Veneciana*....., y yo soy quien debe cantarla.

—¿Consentirás en ello?—preguntó Derstal con asombro.

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? Estoy contratada en la Ópera. El director me distribuye un papel y no tengo para qué preocuparme de saber quién es el autor. Mi deber consiste en interpretarlo, así como el del autor consiste en escribirlo.

Fijó en Derstal una altanera mirada y añadió:

—Es un asunto de probidad profesional. Peor para quien falte á él.

En aquel momento el coche se detuvo. Eva y Derstal permanecieron callados un instante. Al fin, el compositor, saliendo de su doloroso encogimiento y estrechando con pasión á la joven entre sus brazos, dijo:

—Eva, por piedad. No nos separemos de tan horrible modo..... Perdóname. Dime que me perdonas.

La cantante le rechazó. Sus ojos brillaron en la sombra, y, hermosa como nunca la había visto, le dijo:

—¡Desgraciado! Una mujer como yo podría perdonarte que la hubieses abandonado si al mismo tiempo no hubieses desertado de la gloria. Lo que adoraba en ti era tu genio. Esta ha sido la causa de mi cruel decepción. Déjame, vete; vuelve á tu

ociosidad y á tu riqueza. Hazte pagar tu traición, y déjame con mi arte, que llena mi alma por entero.

Abrió la portezuela del coche y empujó á Derstal. La miró por última vez y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Quiso correr, hablarla, convencerla; pero el coche se alejó, y Derstal se encontró solo en la obscuridad de la noche.

II

A pesar de los esfuerzos de Derstal, la prensa no fué indulgente para el joven Harry. Le atacó por el lado que había de serle más sensible, negándole la paternidad de su obra. Trilby, el temible cronista del *Echo* le jugó al americano la partida de citar en su artículo la más vulgar de todas las melodías publicadas en otra ocasión por Brandon, y de establecer un paralelo entre aquella meliflua composición y la factura nerviosa y brillante de *Atala*.

«¿A quién se hará tragar—decía—que el mismo músico sea el autor de estas dos obras? Es muy cierto que en las noches de estreno acuden al teatro muchos papanatas, pero no tantos como la gente se figura. Hay gentes que conocen á los autores: *Atala* pregona el nombre de Derstal en todas sus notas y en todos sus suspiros. En el dúo con Chactas alguien ha observado unas notas bajas

de clarinete que son predilectas del autor de *Erin*. Derstal tiene el clarinete, el joven Brandón sólo tiene el perro de aguas. Pero todo esto podría pasar inadvertido para un gran ciego, que sería el público.»

Estas bromas tuvieron el dón de enfurecer á Harry; pero lo que le dió el último golpe fué una nota muy corta que Lavirón publicó en su revista: «Por inveterada costumbre acogemos seriamente todas las tentativas con tal de que sean sinceras. La pantomima de circo acompañada de una partitura escrita por su autor con toda su buena voluntad, merece nuestra atención y no se la regateamos nunca; pero la obra, aun siendo notabilísima, de un autor que nos ofrece el fruto de una colaboración anónima, no merece nuestro juicio. De modo que en estas columnas no aparecerá noticia alguna referente á *Atala*.»

En el mundo del arte el escándalo adquirió proporciones verdaderamente alarmantes. Harry Brandón, exasperado, dudaba entre resoluciones más extremas. Primero quiso constituir un jurado musical, compuesto por la sección del Instituto, para que decidiera si la música era suya. No sin trabajo, algunos amigos perspicaces consiguieron disuadirle. Entonces se le ocurrió perseguir judicialmente á los periodistas que le negaban la paternidad de su obra. Fromageot, que veía crecer sus entradas á medida que aumentaba el escándalo que se hacía alrededor de la obra, alimen-

taba la rabia de su autor como el fuego de una locomotora. Pensaba en lanzarle á toda velocidad por el camino de las extravagancias. ¿Los tumultos? Le preocupaban poco. ¿Las responsabilidades? Sabía que no habían de exigirle ninguna. Se limitaba á decir «adelante» á todo lo que Brandón proyectaba. Congestionado, vocinglero y decidor, iba desde su gabinete directorial hasta la contaduría del teatro, repitiendo á cuantos le querían escuchar:

—¿Acaso yo me preocupo de quién es la música de *Atala*? Yo no he tenido al autor bajo llave mientras la escribía, como se hace en los concursos á Roma. Lo importante es que sea admirable, y lo es. Yo, en lugar de Brandón, le plantaría un pleito á Trilby, y le pediría cien mil francos de indemnización por el perjuicio moral que me causa. Entonces podrían ir á hacer chistes á la Audiencia. ¡Un pleito, un buen pleito! Con los periódicos no se puede hacer otra cosa.

Entretanto, la gente se amontonaba en el vestíbulo del teatro para tomar localidades. Por primera vez hubo llenos en aquella casa. Jenny Vermeil, medio desnuda y encantadora con su casco de plumas, apareció en los periódicos ilustrados. Y por la noche, en los pasillos y en los palcos, se reanudaban las acaloradas discusiones con respecto á la personalidad del autor. En una semana, el escándalo empujó á Harry Brandón hasta la celebridad. Los periódicos americanos, infor-

mados por el *Herald*, que desde el primer momento había tomado la defensa de su compatriota, empezaron un fuego graneado en contra del ataque sistemático á una obra que no tenía en contra de ella más que el no ser del continente. Y el incidente, publicado en las ligeras hojas de papel impreso, dió vuelta al mundo.

Desde Milán, Berlín, Munich, Londres y Nueva York se hacían proposiciones á Harry para el estreno de *Atala*. La espuma se elevaba más abundante, y azotada por la pública curiosidad, lo invadía todo. La crónica se apoderó del asunto: los periodistas se introducían en el hotel de Brandón, y no pudiendo hacer hablar á los dueños, se contentaban interrogando á los criados. Se publicaron descripciones de las galerías de objetos de arte y cuadros que poseía el archimillonario. El retrato de la señora Brandón y de la mujer de Derstal fueron publicados en *La Familia*, sin que se pudiese saber quién había proporcionado los clisés. En cuanto á Harry, había pasado por los objetivos de Boyer, de Nadar y de Rentlinger. Le reproducían sentado á su piano, á caballo, jugando al polo, haciendo un avance en el *foot-ball* á pie, cazando en *Kniker-bocker*, con su ayuda de cámara detrás llevándole las dos escopetas. Toda esta publicidad, este ruido y esta notoriedad habían conseguido calmar su irritación. Había renunciado al jurado y al pleito, conformándose, en último término, con mandar á sus

despiadados críticos su tarjeta con irónicas frases de agradecimiento.

Pero toda su cólera se había concentrado en un sordo rencor contra Derstal, al que hacía responsable de todos aquellos disgustos. Daba por seguro que el compositor no le había ayudado con la suficiente discreción, disfrazando su modo de hacer, dando lugar, tal vez intencionadamente, á aquella manifestación tan halagadora para él como ofensiva para su cuñado. El joven yanqui estaba convencido de todo esto. Su familia, le daba tácitamente la razón, y no podía estar más satisfecho. Aquellos extranjeros, tolerados durante tanto tiempo en la sociedad parisiense á causa únicamente de sus grandes riquezas, y considerados con la benevolencia algo desdeñosa que se siente por los inferiores con los que se quiere aparecer agradable, adquirirían una importancia que les aseguraba un lugar en primera línea. En un instante pasaban del borroso papel de comparsas al de primeras figuras, tan envidiadas por ellos. Ya no asistían á las reuniones para aumentar el número de los invitados: se daban fiestas en su honor. Y todos esos triunfos no se los había procurado su yerno, el artista eminente al que se habían unido del mismo modo que un empresario contrata á un gran tenor para atraer la atención del público, los debían á su hijo Harry, el *good boy* americano. De modo que su nuevo esplendor adquiriría aureola nacional, cuyo valor se cen-

tuplicaba á sus ojos. América entera era la que triunfaba con ellos, y creían que sobre sus cabezas flotaba la estrellada bandera, resplandeciente como su gloria.

Derstal sintió rápidamente el contragolpe de esta nueva disposición moral. La halagadora deferencia que sus suegros le atestiguaban se enfrió, y bajó varios grados. La admiración que antes estaba reservada para él, pasó por entero á pertenecer á Harry: dejó de haber un solo dios en el templo. Una nueva divinidad levantó altar contra altar, y el culto de Harry se instituyó en competencia con el culto de Derstal. El compositor siguió con burlona sagacidad las fases de esta transformación. Sin embargo, pudo darse cuenta desde el primer momento de que Susana, con una claridad de juicio y una precisión especialísima, no caía en las exageraciones de vanidad á que cedían sus padres: quería á Derstal, creía en su genio, que la había conquistado, y estaba segura de su porvenir. Con cierto desdén juzgaba el entusiasmo de su familia.

—Es preciso, mi querido Oliverio, perdonar á mi padre y á mi madre la especie de locura que en ellos ha provocado el triunfo de Harry. El éxito les ha embriagado, cosa que no puede ser más natural. Parece que han olvidado todo lo que en este asunto se te debe; pero no los creas ingratos, tontos, ni ciegos. Conocen tu inmenso mérito, y á la primera ocasión que les ofrezcas te

aplaudirán con el mismo entusiasmo con que otras veces lo han hecho....

Derstal pensaba lo menos posible en aquella primera ocasión de que Susana hablaba: el envío de la partitura instrumentada de la obra prometida, mediante contrato, á la Ópera de Nueva York. En las dulzuras del lujo, Derstal, con rara inconsciencia, se había olvidado del compromiso adquirido. Lo que en su nueva situación había apreciado más pronto, era el derecho de vivir sin sentirse espoleado por la necesidad de trabajar. La pereza le había conquistado con mayor facilidad aún que las obligaciones mundanas á que había debido someterse, y el trabajo le era más penoso cada día. Durante su laboriosa juventud, Derstal había adquirido la costumbre de escribir por la mañana. Se levantaba á las siete, se sentaba á su mesa y trabajaba hasta las once: á esa hora salía para dar una lección y almorzar, y por la tarde continuaba su labor para resolver el problema de la vida. La tarea de la mañana, realizada con exacta regularidad durante muchos años, había llegado á formar parte tan integrante de sus costumbres, que si una circunstancia cualquiera le impedía trabajar sus cuatro horas antes del almuerzo, se sentía fuera de su centro y violento hasta la noche, como si le faltase algo. El trabajo había llegado á ser para él una verdadera función natural, y trabajaba del mismo modo que se anda, se come ó se respira.

Durante la travesía á bordo del *Ariel*, sus reglas de trabajo habían sufrido la primera alteración. Antes del almuerzo, le era preciso subir al puente para encontrar á su prometida, ó bajar á tierra para hacer excursiones. Apenas habían pasado quince días después de haberse embarcado con los Brandón, que la partitura de *La Veneciana* estaba relegada en el fondo de un cajón, y que la inspiración del compositor, disciplinada en otro tiempo por una laboriosidad regular, se había disipado como ligera humareda barrida por el viento de la fantasía. En París sucedió una cosa muy distinta: teniendo que cumplir todas las noches obligaciones mundanas, sujeto á la elegante barahunda de ociosos, Derstal y su mujer no volvían nunca al hotel de la plaza de los Estados Unidos antes de una hora avanzada de la noche. El sueño tranquilo y reparador había huído con las enervantes dulzuras de la luna de miel. ¿Cómo dejar á una mujer joven, hermosa y amada, que se ofrece en el refinamiento de los encajes y en la riqueza de las batistas, para irse á encerrar en un gabinete y trazar puntitos negros en los pentagramas del papel de música? La poesía era la mujer que poseía la atractiva languidez; y el ficticio personaje de *La Veneciana*, tan apasionadamente acariciado otras veces por la imaginación de Derstal, palidecía ante la realidad amorosa de la morena y ardiente americana que retenía al artista entre sus brazos.

Susana deseaba que su artista produjese, y, sin embargo, le quitaba los medios para que pudiese concentrarse en un esfuerzo de producción. De este modo, y cogido en un círculo vicioso, el compositor, lacio de tanto goce y enervado por el placer, aplazaba continuamente para el siguiente día la tarea á reanudar; y sintiéndose demasiado dichoso para el trabajo, se arriesgaba á comprometer gravemente su felicidad con su indolencia. Cuando se producía un intervalo de reposo en el movimiento mundano que le arrastraba, reflexionaba. Entonces sus ideas eran lúgubres; se daba perfecta cuenta de que Susana y los Brandón le habían escogido para que aportase á su riqueza el lustre de su celebridad. Era una especie de asociación que había sido contratada entre un artista y unos comerciantes: el talento del uno se había fusionado con los millones de los otros. Pero los millones estaban allí; todos los días se gozaba de ellos de un modo amplio, y el talento continuaba improductivo: no había desaparecido, pero se había velado. Algo así como una especie de quiebra.

En estos momentos, Derstal, con excitación nerviosa, se sentaba á su mesa, cogía papel, una pluma, acudía á los recursos de sus ideas y llamaba á su antigua inspiración. Quería cantar, pero su boca permanecía cerrada. Las ideas eran rebeldes á su deseo; su imaginación permanecía inerte, y con la frente apoyada en las manos,

presa de lúgubre desesperación, el compositor se perdía. Temblaba de angustia, el sudor corría por sus sienes, y se decía con profunda amargura:

—Estoy agotado. No tenía más que una obra dentro de mí; la dí, y ahora todo ha terminado.

Abatido, enervado, sentía entonces el deseo de permanecer aislado, encerrarse y descansar. Creía que con ocho días de aislamiento volvería á recobrar sus facultades creadoras. Se quejaba á Susana de que se sentía fatigado y enfermo, y la rogaba que le dejase en casa; pero la infatigable mujer, con una despreciable firmeza, bromeaba sobre lo que llamaba sus caprichos. Siempre tenía buenas razones que alegar, para exigir que la acompañase á las comidas y fiestas que acaparaban todo su tiempo. Y sujeto en el engranaje mundano, Derstal seguía doblegado á su mujer, y se contentaba con el papel social de marido de Susana Brandón.

Un acontecimiento se produjo, que hubiera podido modificar favorablemente la situación, si Derstal hubiese tenido el valor suficiente para sacar partido de él. Una mañana llegó al hotel de la plaza de los Estados Unidos una carta certificada, procedente de Nueva York, dirigida al compositor de música Oliverio Derstal. Era un recordatorio seco y terminante con que la administración del *Cosmopolitan* advertía que los plazos previstos para la entrega de la partitura prometida iban á terminar. El coronel Bartisson

«recordaba al ilustre maestro» que los *dilettantis* de Nueva York y de toda América esperaban con gozosa impaciencia la obra maestra anunciada. No se trataba de los 100.000 francos estipulados para el caso de incumplimiento del contrato, pues el afecto del señor Derstal por su nueva familia, tan altamente considerada en los Estados Unidos, era una sólida garantía de que el compositor habría de honrarse cumpliendo lo ofrecido.

Esta carta, que le recordaba un compromiso adquirido en un momento de desfallecimiento artístico, y que en más de una ocasión había intentado romper, aun haciendo los más grandes sacrificios, en el tiempo en que era libre, tuvo el dón de excitar extraordinariamente la nerviosidad de Derstal. Al olvidar la obra, la había desterrado de su imaginación con el firme propósito de no acordarse más de ella. Cuando pensaba en su arte, era siempre *La Veneciana* la que ocupaba su pensamiento. Sólo le interesaba la noble figura de la heroína, cuyas huellas había seguido en Lido, sobre el Gran Canal, en la Piazzetta y en la obscuridad de San Marcos. Pero el ponzoñoso personaje del libreto italiano, cuyos cuadernos de rojo papel dormían ocultos en el fondo de un cajón, sólo le inspiraba disgusto, por la insignificancia irritante de sus sentimientos y de sus actos. La pretensión del coronel Bartisson, de hacerle escribir en un plazo fijo una obra que consideraba completamente in-

útil, le enfureció. En el silencio de su gabinete, se dijo:

—Se le pagará lo convenido á ese empresario de caballos de madera, y me dejará en paz. Son cien mil francos. Yo se los pediré á mister Brandon. Él preferirá que termine *La Veneciana*, que consagrará mi reputación, á que me ocupe de esta tontería italiana, que me haría perder mucho en la consideración del público.

En el calor de su decidida resolución, consideró que lo más urgente era hablar del asunto á su mujer. Se dirigió al suntuoso tocador en que Susana cuidaba de su belleza, y con la carta en la mano fué á sentarse junto á una mesa, cubierta de utensilios de oro y acero, concha y marfil, y en la que entre los encajes centelleaban las piedras de las sortijas que acababa de quitarse su dueña. Con extremo cuidado, la joven se ocupaba en arreglar sus uñas, y cerca de ella se encontraba Harry, tumbado en una butaca, vestido con traje de franela blanca, camisa de seda color rosa, que sujetaba al cuello un broche de oro; los pies calzados con zapatillas azules y fumando un cigarrillo de Oriente, cuyo perfume se mezclaba con el que despedían los destapados frascos.

Eran las once. Con frecuencia el afeminado joven iba á charlar con su hermana antes de vestirse, y con curiosidad la veía manejar todos los utensilios, de los que se servía con extraordinaria habilidad. En el vasto gabinete, ricamente deco-

rado, y en el que espejos de la misma altura que las paredes reflejaban por todas partes la luz, el joven se encontraba muy á gusto. Allí pasaba las horas muertas, y muchas veces Susana se veía obligada á despedirle. Era el momento más oportuno para las confidencias que el hermano hacía á su hermana. Allí se encontraban solos, sin indiscretos que les importunasen, y pudiendo comunicarse tranquilamente sus impresiones y sus proyectos.

—Lee—dijo Derstal, colocando la carta encima de la mesa.

Estrechó la mano de su cuñado y se sentó frente á él, esperando que Susana terminase la lectura.

—¡Ah! Es del coronel—dijo la joven.—Pide la obra.... Sí. Nosotros no nos acordábamos, y tú no pensabas en ello más que nosotros; ¿verdad, Oliverio? Sin embargo, el bueno de Bartisson tiene razón, y nuestros amigos de Nueva York que subvencionan el teatro deben estar impacientes....

—Pues bien. Calmarán sus impacencias—exclamó Derstal, descontento al convencerse de que su mujer no quitaba la razón desde un principio al director del *Cosmopolitan*. No estoy dispuesto y no sé cuándo lo estará la obra, si es que lo está alguna vez.

—¡Querido amigo! ¡Tú que puedes trabajar tan fácilmente!—dijo Susana.

—Eso depende de lo que hago. Cuando el tra-

bajo me gusta, lo hago fácilmente y de prisa; pero cuando me encocora, me matarían antes que sacar una idea del cerebro.

—Todos los grandes compositores han tenido una facilidad extraordinaria. Rossini escribía un acto de ópera en tres días, y Harry mismo no pudo componer su *Atala* más de prisa.....

A estas palabras una sonrisa, apenas perceptible, se dibujó en los labios de Derstal, y una ola de sangre enrojeció el rostro del joven yanqui. Susana se detuvo ante el efecto producido por su imprudente afirmación. Los tres sintieron que se apoderaba de ellos profundo malestar. La mirada de Harry se había velado, sus labios se crisparon y su rostro adquirió una expresión muy grande de rudeza.

—No es una cuestión de facilidad de lo que se trata, es cuestión de oportunidad—dijo Derstal.— No creo conveniente, para mí, dar esta obra antes de haber estrenado *La Veneciana*. Sería exponerme á que me reprochasen el que me entregase á la producción comercial. Porque, en conciencia, ¿qué razones podría tener para hacer estrenar una obra en América, no siendo las de ganar mucho dinero?

—Nadie podría decir que son malas—exclamó Harry, sonriendo intencionadamente.

—Pues aún se puede dar otra mejor—agregó Susana con firmeza,— que no tiene vuelta de hoja: la de que se quiere favorecer á América, que es nuestro país, y satisfacer á nuestros amigos

de Nueva York, que tienen derecho á esperar algunas deferencias del marido de Susana Brandón.

—¡Querida mfa!—dijo Derstal con cierta displicencia.—Te suplico que no hagamos intervenir el patriotismo en un asunto puramente artístico.

—El patriotismo no tiene nada que ver con esto; pero sí tienen que ver mi amor propio y la satisfacción de mi familia. Yo deseo, por encima de todos, y á mis padres les sucede lo mismo, el brillo de nuestro nombre. Ningún país del mundo ha de parecerme mejor escogido que aquel de donde somos originarios para hacer una manifestación artística que sirva para engrandecer tu renombre. Sabes que un éxito en Nueva York no será un éxito perdido. Se hablará de él en el mundo entero, y tan ruidosamente como si le hubieses tenido en París. No ignoras tampoco que al otro lado del Atlántico somos algo, desde el punto de vista musical. Todos los grandes cantantes que hacen excursiones artísticas, cobrando sueldos fabulosos, reconocen que se les aprecia en su justo valor y algo más. No debes, pues, desdeñar el escribir una obra para el *Cosmopolitan* y para el coronel Bartisson. Yo te respondo que éste sabrá organizar una serie de reclamos como nunca has podido soñar, y en ningún caso tendrás que lamentar el haberte confiado el cuidado de presentar tu producción á nuestros compatriotas.

—Todo lo que me dices es cierto; yo no desprecio tu país, pero para dar una obra al *Cosmopoli-*

tan lo primero que hay que hacer es escribirla, y esto es precisamente lo que me repugna.

—¿Y por qué?—preguntó Susana, fijando con asombro los ojos en su marido.—¿No tienes firmado un contrato, por el cual te comprometes á ello?

—Lo tengo firmado.

—Entonces estabas dispuesto á cumplirlo. Un caballero no falta nunca á sus compromisos....

—Yo me resigné á tratar este asunto en una hora fatal para mí; pero apenas contraído el compromiso, ya lo lamentaba.... Debido á esto me encontraron ustedes en Venecia, en donde vivía con la mayor modestia, trabajando en mi nueva obra, y sin más fin que el de librarme de esta deuda haciendo economías, y poniéndome á flote dando mi *Veneciana* en la Ópera.

—Pues bien, envía *La Veneciana* á Bartisson; yo respondo de que aceptará el cambio....

—¡Eso nunca!—exclamó Derstal, con una vehemencia que no pudo contener.

—¿Y por qué?—preguntó con interés Susana.

—Porque he dado mi palabra en la Ópera, primero, y porque para mi carrera es importantísimo que esta obra sea estrenada en el mismo escenario en que triunfó mi primera producción. Huyendo de la Ópera, parecería que tengo miedo á la batalla. Yo sé que el público me espera con gran curiosidad, con interés por parte de algunos, y con malevolencia por parte de otros. No quiero de-

fraudar las esperanzas de todos privándoles de oír las primicias de mi *Veneciana*.... La alabarán ó la desdeñarán, como se les antoje á aquellos que me quieren ó me odian; pero será en París en donde se cantará por primera vez.

Reinó un rato de silencio, que sólo fué interrumpido por el ruido de la lima al afilar las uñas de Susana. Luego se oyó la voz de Harry que decía:

—Empieza por terminar *La Veneciana*, y entonces dispondrás de ella como mejor te acomode.

—¡Ah! Si estuviese tranquilo, siquiera fuesen dos meses—dijo Derstal suspirando.

—¿Acaso no lo estás?—repuso Susana.—Confieso que me asombra, Oliverio. ¡Cómo! ¡Si no tienes otra cosa en qué pensar que en tu música! Desde que sale el sol hasta que se pone estás libre, ¿y aún te quejas?

—¡Libre!—exclamó el compositor.—Ó te burlas ó no sabes la libertad que un artista necesita. No hay en el mundo hombre menos libre que yo.

—¿Qué dirán entonces los pobres que tienen que trabajar para ganarse la vida?

—Dirán que trabajando para vivir, si el trabajo es notable, sacan provecho ó gloria. Cumplen su destino con su labor, y esto sólo es una felicidad. Únicamente son dignos de compasión los ociosos, y un ocioso soy yo, Susana.

—¿Y por qué lo eres?

—Porque no puedo ser otra cosa; porque la at-

mósfera en que vivo me ahoga; porque no tengo una hora de reposo en el dorado engranaje de nuestra existencia, y porque es preciso estar siempre á tu alrededor, sin iniciativas, sin autoridad, sin independenciam. ¿Tú sabes cuál es, en las cortes extranjeras, el destino de un príncipe que se casa con la soberana? Estar sentado en las gradas del trono, vivir en el resplandor de la realeza y ser saludado como un monarca, cuando no es más que el marido de la reina. Yo soy una especie de marido de la reina. Me avergüenzo por momentos, y sobre todo cuando me doy cuenta de que ya no tengo valor propio, ni más importancia que la que me da el prestigio de tus millones.

—Eres un ingrato, Oliverio—exclamó Susana con voz temblorosa.—Un poco más, y me acusarás de ser la causante de lo que sucede, de tu obscurecimiento.

Al oír estas palabras, Derstal palideció.

—¿Ves? Tú misma lo confiesas: mi obscurecimiento es un hecho incontestable. Me pierdo sin salvación posible viviendo estérilmente unos días que hubieran debido ser los más fecundos de mi vida. ¡Ah! Susana, tengo un destello de clarividencia en medio de las tinieblas en que vivo desde hace un año. Si sientes hacia mí algún afecto, un poco nada más, consiente en que cambie mi vida actual y devuélveme la libertad de pensar y producir.

—Querido amigo, me desesperas verdadera-

mente, y no puedo explicarme las causas de tu nerviosidad—dijo Susana con sincera aflicción.—¿Qué pasa por tí? ¿Ha sido la carta de Bartisson lo que te ha turbado de semejante modo? No te preocupes. En el contrato se fija una cantidad para caso de incumplimiento. Si no puedes ó no quieres escribir la partitura que te reclaman, nosotros pagaremos la cantidad convenida, y no hay que hablar más de este asunto.

—¡Nosotros pagaremos la cantidad convenida!—replicó Derstal con amargura.—Está bien. La deuda contraída será pagada por mí. Tengo derechos que cobrar, y reembolsaré á tu padre.

—¡Vaya una ocurrencia!—dijo la joven riendo.—Eso no tiene ninguna importancia. ¿Qué puede significar para mi padre el tener que dar cien mil francos á Brandisson? Sabes que su parte de comandita en la explotación del *Cosmopolitan*, con Astor, Vanderbilt, Gould, Morgan y algunos otros, le supone el triple de esa cantidad todos los años. Lo único que mi padre habrá de sentir será no poder enviar la obra á sus amigos de América. Confieso que era un triunfo de amor propio que le satisfaría en extremo. Todos esos señores de mi país pueden hacer grandes cosas, crear museos, hospitales, hoteles; pero todo esto está al alcance de cualquier hombre rico: con sólo tener dinero, se puede hacer tanto y más. Mientras que favorecer la vida mundana de Nueva York con la creación de una obra capital de un maestro ilustre, era un

hecho sensacional, la realización maravillosa, la rareza única. Contaba con ello, y tú le procurarás una gran decepción; pero de ningún modo podrá ni querrá obligarte á ello. Pagaré por no satisfacer un deseo, y todo quedará ahí. Mi padre no te hará un solo reproche; en su género, es un gran señor.

Toda la cólera que sentía Derstal desapareció repentinamente con esta ducha de razonamientos helados y desdenosos. Recobró la posesión de sí mismo y reflexionó. Dejó de mirar la cuestión desde el punto de vista personal. Las condiciones de su vida, con relación á su mujer y á la familia de su mujer, se presentaron á sus ojos con extrema claridad. Llegó al extremo de preguntarse si no estaba faltando al pacto tácito estipulado al casarse con la hija del archimillonario, y si no estaba en camino de defraudar las esperanzas que los Brandón habían fundado sobre su talento. No se le había acogido en aquella familia ni por su nacimiento, ni por su belleza, ni por su fortuna, y sí únicamente por su talento. Y este talento, como árbol que se marchita con un viento ardoroso, había dejado de adornarse con flores y frutos, se había esterilizado, y los que se habían enorgullecido de antemano con su producción, sólo tenían delante un tronco sin savia. Movi6 la cabeza, hizo un gesto de desesperación como para ahuyentar las ideas importunas, y, levantándose, se puso á recorrer la habitación dando largos pasos. Luego,

algo más tranquilo y con mirada serena, se acercó á su mujer y la dijo:

—Veo que tienes razón. Yo no tengo el derecho de causar á tu padre la decepción que le espera si no escribo la obra para el teatro de Nueva York. Al casarnos, cada uno de nosotros aportó lo que tenía: tú, querida Susana, aportaste tu fortuna á la comunidad y yo mi talento. Tú no has faltado á nada de lo convenido. Desde que soy tu marido he vivido constantemente con un lujo de príncipe; pero durante este tiempo no te he proporcionado ninguna satisfacción artística. Hablando en el lenguaje de negocios, puedo decir que estoy «en déficit». Tengo grandes deseos de pagar mi deuda, pues no sé lo que podríais pensar de mí si no hiciese honor á mi firma. Entre tu familia y yo existen compromisos morales que son mucho más sólidos que los materiales. Debo, y pagaré. A partir de mañana, empezaré á trabajar en la ópera para el *Cosmopolitan*.

Susana se había puesto en pie, y saltando al cuello de Derstal, le dió un beso con el mayor entusiasmo.

—¡Me alegro! ¡Me das una buena noticia!—exclamó la joven.

Después, retrocediendo un paso y amenazando á Derstal con un dedo, añadió:

—No sé por qué te demuestro mi satisfacción, cuando tanto te ha costado decidirte á ser complaciente. Es difícil mostrarse más áspero en la

forma y más amargo en el fondo. Pero no importa; yo te lo perdono en honor de la resolución que acabas de tomar. Tendremos obra, y eso es lo esencial; y como no es posible que escribas música sin que sea perfecta, cuento con una obra admirable.

Harry hizo un gesto, en el que se adivinaba su envidia, y dijo con displicencia:

—Además, como Oliverio tiene tanta facilidad, escribirá la obra en dos plumadas.

—No lo creas—replicó Derstal;—pondré en ella mis cinco sentidos. No olvido que la obra llevará mi nombre, y, por lo tanto, no puede ser cosa de improvisar como para..... una obra cualquiera.

La alusión á *Atala* era tan directa, y el desprecio por la obra se ponía tan de manifiesto en la contestación de Derstal, que los dos hermanos enrojecieron. Harry bajó la cabeza con indiferencia, y cerró los ojos para disimular la expresión de su furiosa cólera. Sus manos temblaron. Todo el rencor que sentía en contra de su cuñado, nacido de las humillaciones que había tenido que sufrir á causa de *Atala*, se concentró y precisó en un odio mortal al adivinar el completo desdén que Derstal sentía por él desde el punto de vista profesional. Se sintió tan vejado por el poco caso que Derstal hacía del concurso prestado á la obra aplaudida, que deseó ardientemente poder devolver al compositor el daño que inconscientemente acababa de hacerle. Queriendo dominarse, dijo:

—Si cuando llegue el momento de instrumentar cree usted que puedo serle útil en algo, ya sabe, mi querido Oliverio, que me consideraré muy dichoso devolviéndole una ayuda que ya he recibido.

—Gracias, Harry. Ya sabe usted que la instrumentación es un juego para mí. Si el trabajo estuviese tan adelantado, no me preocuparía tanto. De todos modos, le agradezco mucho su buen deseo....

Se levantó, cogió la carta de Bartisson, y después de algunas frases indiferentes, se dirigió á su gabinete de trabajo. En uno de aquellos muebles dormía el libreto del caballero Carpetti. Lo cogió y se puso á hojearlo junto á la ventana, y poco á poco sus ideas tomaron otro rumbo, y dejó de pensar en la obra para recordar las circunstancias en que había aceptado el compromiso de escribirla. Su corazón se oprimió. El día aquel había sido ingrato y desleal por primera vez. Al firmar el contrato con Bartisson había empezado á traicionar su arte y á abandonar á Eva. ¿Y por qué? Pues porque se había considerado incapaz para poder vivir modestamente y trabajando.

Alucinado por las alabanzas, había cedido á los avances de los ociosos, que querían apoderarse de su celebridad y gozar de su talento; y por algunas satisfacciones fútiles y vanas, por los triunfos de los salones y los apoteosis de comedor, había abandonado la existencia obscura y prudente que le había procurado el triunfo. En lugar de continuar

siendo el artista libre que componía en la seguridad y alegría, se había convertido en el servil parásito que acompaña, con mentirosas adulaciones, á las cantantes mundanas que destrozan la música de los maestros. Había trocado su independencia por una lujosa domesticidad. ¡Pobre Derstal! Tan abatido y tan triste, por estarlo y darse cuenta de ello, ya no le quedaba el recurso de escapar á Venecia, como lo había hecho en una hora de orgullo, para vivir en la modesta casa de un panadero y trabajar en la obra de sus ensueños. Le unían á la casa Brandón lazos indisolubles; formaba parte del personal como los jefes de comedor y los cocheros; era el marido de Susana, un personaje de la escolta que, como comparsa indiferente, pasa por entre el brillo de los millones y el esplendor de los *trusts*, por algo así como un músico aplaudido, encargado de distraer á la señora, á la familia y á los amigos; un pianista á sueldo, un hombre bien vestido, bien alimentado y bien pagado. ¡Una nulidad! ¡Nada! Hé ahí en lo que se habían convertido sus esperanzas, el modo como terminaba una carrera tan brillantemente principiada.

Al hacerse tan lamentables reflexiones, Derstal no sintió cólera; pero una gran tristeza se apoderó de él. Pensó: «No tengo más que dejar de vivir como vivo desde hace un año para volver á ser el mismo hombre que era antes. Mi decadencia no depende más que de mi voluntad. Tenga yo el valor nece-

sario de encastillarme en mi gabinete de trabajo, cosa que soy muy dueño de hacer, y volveré á soñar, á concebir, á producir. Mi mujer no tiene necesidad de que la siga y la acompañe á todas sus visitas, á los paseos, á los *lunchs* de las tardes y á las comidas y recepciones de las noches; que organice ella sus diversiones sin desorganizar el método de mi trabajo; que cada uno haga lo suyo y siga sus preferencias. Un marido no es un lazarrillo que no pueda separarse de su dueño. Ya es tiempo de variar el régimen de vida. Supongamos que el año que acaba de transcurrir ha sido sacrificado al amor: una luna de miel que ha durado doce meses. Ahora debemos formalizarnos y hacernos mutuas concesiones. Escribiré la obra para América y me servirá de preparación. Suceda lo que suceda, no tendré que avergonzarme de haber escrito una obra para la exportación. No seré el primero que habrá cedido á los ofrecimientos del extranjero. Todos los días, para Inglaterra y para Alemania, lo hacen los autores dramáticos, y no se les considera deshonorados por recibir las guineas ó los marcos de nuestros vecinos. Lo importante es escribir buena música, y de esto me encargaré, por la cuenta que me tiene. Han encontrado bien la música de *Atala*, escrita desaliñadamente y sin poner en ella la menor atención, y hasta han asegurado que era excelente. Me perdonarán la obra para América si acierto haciendo algo que tenga verdadera novedad. Vamos, aún no está todo per-

dido; lo único que hace falta es firmeza, atar bien todos los cabos, encastillarse en esta ciudadela del trabajo, dejar á un lado el frac y en el fondo de un cajón de la cómoda las corbatas blancas, para no volverlas á ver en todo lo que queda de invierno.»

Después de tomada esta resolución, Derstal se sintió más fuerte. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se atrevió á mirar sin miedo el porvenir. Ya no se vió ahogado por la fúnebre obscuridad, en la que desaparecían todas sus esperanzas. Ante sus ojos se ofrecía un horizonte amplio y azul. Se sentó al piano, y con un vigor en el que se reflejaba su íntima alegría, atacó el canto del segundo acto de *La Veneciana*, aquel hermoso canto apasionado y doloroso que nunca fué cantado sin conmover profundamente al auditorio:

*Si tu dois m'oublier un jour,
Laisse-moít t'adorer encore.*

Ni aun en sus mejores días Derstal lo había dicho de modo más conmovedor. Sugestionado él mismo por el encanto de esta frase tan expresiva, arrastrado por el calor de la situación, se entregó sin reservas, y su hermosa voz resonó potente y flexible en el silencio de la habitación. Brusca-mente se detuvo; las notas expiraron en sus labios y sus dedos se apartaron del teclado. En su imaginación, Eva, «que él había olvidado un día»,

y que sin duda «le adoraba aún», acababa de aparecersele encarnada en la Veneciana, que suplícaba á su amante. Derstal inclinó la frente, apoyó el codo en las teclas y permaneció abstraído. La traición hecha al arte podía rescatarla perseverando en el trabajo; pero la traición hecha al amor, ¿cómo y de qué modo podría repararla? Juzgó la extensión de su doble falta, y se encontró culpable, sin atenuante alguna.

Había abandonado á aquella Eva tan noble y tan grande que encarnaba su arte y lo hacía más precioso. ¿Y por qué? Le pareció que en aquel momento de lucidez no comprendía los móviles á que había obedecido. ¿Caba comparación entre las dos mujeres, la triunfante y la desdenada? ¿Qué aberración le había alejado de la una y arrastrado hacia la otra? ¿Qué especial seducción había ejercido Susana sobre él? Se vió precisado á reconocer que había cedido al prestigio del dinero. Con verdadera vergüenza se confesó á sí mismo que, como tantos otros á los que tenía por costumbre despreciar, le habían deslumbrado los resplandores de la riqueza. Había sido conquistado por el lujo y la molicie, las dos cosas que hasta entonces le habían parecido esencialmente nocivas para la vida. Entonces se dió cuenta, por el malestar que sentía al convencerse de su villanía, del sentimiento que habían experimentado sus amigos al vérsela cometer.

Comprendió la triste altivez de la actitud de

Eva, herida en el corazón, y la injuriosa rabia de Lavirón, engañado en sus deseos de amistad. No podía acusarles de apasionamiento, pues se acusaba á sí mismo. Lleno de humilde sinceridad, entonó un *mea culpa* en esta hora de dolor. Desesperó de poder rescatar sus errores respecto á sus sinceros y leales compañeros tan cobardemente abandonados; pero se juró que si no podía reconquistar su afecto, por lo menos recobraría su estima. Para conseguirlo sabía que tenía un medio al alcance de su mano: el trabajo. Y resuelto, de una vez y para siempre, á recobrar la libertad de su vida de artista, empezó á pensar en su obra.

III

—¿Sabe usted si Oliverio está vestido ya?— preguntó Susana á su madre, mientras se ponía un sombrero de fieltro, adornado con plumas negras, ante el espejo de su cuarto tocador.

—He dicho á tu hermano que fuese á buscarle á su gabinete—contestó la señora Brandón.—Estás muy bien, Susana; este traje te sienta admirablemente.

Sin responder al cumplido de su madre, la joven hizo un movimiento que revelaba su inquietud.

—No estoy segura de que venga, querida mamá. Ayer noche, cuando le recordé que hoy era

el día fijado para la fiesta por la condesa Waldner, y que nuestra amiga contaba con él, no me contestó. Me parece que quieren hacerle cantar, y aun me figuro que la condesa se lo habrá anunciado á los duques, que tienen deseos de oír á Oliverio. ¿Cree usted que será capaz de negarse á acompañarme?

—No lo creo, Susana. Ha sido siempre tan amable, tan atento y tan complaciente....

Un relámpago iluminó los ojos de Susana. Arrugó los finos guantes de piel de Suecia, y dijo con sequedad:

—Sí, ha sido siempre muy complaciente, tal vez demasiado....

—Estoy viendo que tú misma le aconsejarás que se rebele á tus deseos

—Confieso que si hoy se negara á acompañarme, experimentaría una gran contrariedad; pero también es cierto que en otras ocasiones le he encontrado demasiado dócil....

—Esto define perfectamente tu carácter: quieres dominar, pero ha de ser con lucha. Tu abuelo, el gaucho que domaba caballos salvajes en la cordillera, despreciaba á los que no oponían resistencia. Pretendía que no tenían ningún valor. Tú tienes su sangre en las venas.

—No diré que no, pero también tengo sangre de Brandón, el hombre de negocios, y me gusta que todo vaya con regularidad.

Harry entró sonriendo en el cuarto tocador.

Eva, herida en el corazón, y la injuriosa rabia de Lavirón, engañado en sus deseos de amistad. No podía acusarles de apasionamiento, pues se acusaba á sí mismo. Lleno de humilde sinceridad, entonó un *mea culpa* en esta hora de dolor. Desesperó de poder rescatar sus errores respecto á sus sinceros y leales compañeros tan cobardemente abandonados; pero se juró que si no podía reconquistar su afecto, por lo menos recobraría su estima. Para conseguirlo sabía que tenía un medio al alcance de su mano: el trabajo. Y resuelto, de una vez y para siempre, á recobrar la libertad de su vida de artista, empezó á pensar en su obra.

III

—¿Sabe usted si Oliverio está vestido ya?— preguntó Susana á su madre, mientras se ponía un sombrero de fieltro, adornado con plumas negras, ante el espejo de su cuarto tocador.

—He dicho á tu hermano que fuese á buscarle á su gabinete—contestó la señora Brandón.—Estás muy bien, Susana; este traje te sienta admirablemente.

Sin responder al cumplido de su madre, la joven hizo un movimiento que revelaba su inquietud.

—No estoy segura de que venga, querida mamá. Ayer noche, cuando le recordé que hoy era

el día fijado para la fiesta por la condesa Waldner, y que nuestra amiga contaba con él, no me contestó. Me parece que quieren hacerle cantar, y aun me figuro que la condesa se lo habrá anunciado á los duques, que tienen deseos de oír á Oliverio. ¿Cree usted que será capaz de negarse á acompañarme?

—No lo creo, Susana. Ha sido siempre tan amable, tan atento y tan complaciente....

Un relámpago iluminó los ojos de Susana. Arrugó los finos guantes de piel de Suecia, y dijo con sequedad:

—Sí, ha sido siempre muy complaciente, tal vez demasiado....

—Estoy viendo que tú misma le aconsejarás que se rebele á tus deseos

—Confieso que si hoy se negara á acompañarme, experimentaría una gran contrariedad; pero también es cierto que en otras ocasiones le he encontrado demasiado dócil....

—Esto define perfectamente tu carácter: quieres dominar, pero ha de ser con lucha. Tu abuelo, el gaucho que domaba caballos salvajes en la cordillera, despreciaba á los que no oponían resistencia. Pretendía que no tenían ningún valor. Tú tienes su sangre en las venas.

—No diré que no, pero también tengo sangre de Brandón, el hombre de negocios, y me gusta que todo vaya con regularidad.

Harry entró sonriendo en el cuarto tocador.

Vestía traje de levita gris, y en el ojal se destacaba una hermosa orquídea. Parecía contentísimo.

—Bien. ¿Le has decidido? ¿Viene? —preguntó Susana.

—No le he decidido, y se queda — dijo el joven soltando una carcajada. — ¡Qué hombre más raro!

—Parece que te alegras por no haber conseguido lo que todos deseábamos.

—No, pero la convicción de Derstal me hace mucha gracia. Se considera perdido si interrumpe su trabajo; sus ideas se marcharán para no volver más. ¿Dejé yo de frecuentar mis relaciones, ni me retiré del mundo cuando escribí *Atala*?

Susana miró á su hermano fijamente, y dijo con sequedad:

—Eso no tiene nada que ver con lo que sucede ahora.

—¿Nos vamos sin él? —preguntó la señora Brandón con cierta complacencia.

—No; voy á hablarle.

La joven pasó por su alcoba, cruzó el salón y abrió la puerta del gabinete de Derstal. Tendido boca abajo en un diván, con el papel de música delante y un tintero, pluma, goma y un raspador al alcance de su mano, el músico estaba escribiendo. Al ver entrar á Susana frunció las cejas, se incorporó, apoyándose en un codo, y haciendo un nuevo movimiento se quedó sentado. De pie ante él, con el rostro animado, contraídos los labios por graciosa sonrisa, hermosísima con su

traje color crema, adornado con encajes de Irlanda, y el enorme sombrero artísticamente colocado sobre su linda cabeza, Susana le miró fijamente, y le dijo con voz en la que parecía ir envuelta una caricia:

—¿Es cierto, Oliverio, que no quieres ir conmigo á casa de los Waldner?

—Si en vez de decir que no quiero, dices que no puedo, acertarás.

—Vamos, Oliverio, hablemos formalmente. Se puede lo que se quiere.

—En el orden de las cosas fútiles puedo hacer todo cuanto quiero; pero en el orden de los asuntos serios, no. Por ejemplo: si quisiera trabajar, acompañándote á la fiesta de esta tarde me sería imposible; mientras que si quiero reír, hablar, jugar ó dormirme en ella, tiene que serme muy fácil; pero no se trata de cosas fútiles.... En grandes hojas, y en pentagramas adornados con llave de sol trazo unos signos convencionales, que se traducirán en sonidos, y que se llaman notas de música.... Es la partitura para América, que tú misma me has rogado que no deje de escribir. Considero esto muchísimo más importante y urgente que ir á aumentar el número de los invitados al *five o'clock* de tus amigos.

—Prometí que irías.

—Dices que no me ha sido posible.

—Los grandes duques cuentan contigo.

—Desde ahora mismo pueden descontar....

—Son altezas imperiales, Oliverio. ¿Has pensado en ello?

—Ya lo creo que pienso; pero has de saber que no me hallo dispuesto á doblar el espinazo ante tus príncipes rusos. Que empiecen por pagarme los derechos de *Erin*, que han puesto en San Petersburgo y en Moscou, sin que, al parecer, se acordasen de que yo existía.

—Oliverio, Oliverio..... Esas mezquindades no son dignas de ti.

—¿Quién es más mezquino, el que no paga ó el que reclama? Además, no estoy en disposición de ir á ninguna parte; me sentiría violento, estaría impertinente. Déjame aquí con mi trabajo....

—¿Estaré condenada á oír siempre esta palabra?

—Es preciso que te acostumbres; tú lo has querido, y la obra no se escribirá sola. Oye lo que he escrito esta mañana.....

Se sentó al piano, colocó la música en el atril, y preludió.

—¡Pero Oliverio! Mi madre y mi hermano están esperando.

—Se habrán sentado. Haz tú lo mismo; digo, á no ser que lo que quiero hacerte oír no te interese.....

—¡No me ha de interesar!..... Estás imposible..... ¿Qué viento habrá soplado hoy?

—El viento de la inspiración tal vez. Escucha: esta marcha es el motivo característico del trai-

dor....., ta, ta....., son las trompetas..... Aquí los saxafonos y los clarinetes bajos responden irónicamente..... ¿Distingues la lucha de las dos influencias? Luego el motivo de la protagonista se establece y predomina..... Re, fa, la, sol, si, sol, si, do.....

Cantando y tocando se entusiasmó; encadenó las diversas partes de la escena; y el brío, el esplendor y la gracia de las armonías del canto cautivaron á la joven, á pesar suyo, haciéndola olvidar las causas que la habían llevado al gabinete, la prisa con que debía marcharse, y hasta á su madre y á Harry, que la estaban esperando. La página escrita había terminado, y Derstal se detuvo. Volvióse hacia la joven, y solicitando su aprobación, le dijo:

—¿Qué tal?

—Encantador, precioso; no puede pedirse nada más bonito.

Este elogio vulgar, expresado con tres palabras que equivalían á una repetición de la misma, le hizo daño al oído. Se sintió poco comprendido. En su corazón sintió un peso que le ahogaba, y al coger el cuaderno de música, sus manos temblaban de coraje.

—¿Y cuántos días de trabajo te ha costado esto?

—preguntó Susana con inquietud.

—¿Qué importa, si se consigue el objeto perseguido? Un día, una semana, un mes, no suponen nada; lo único importante es el resultado.

—En fin, si te encierras en un aislamiento absoluto, como, según parece, tienes la intención, ¿cuánto tiempo durará?

—Lo menos seis meses.

—¡Seis meses! El fin del invierno, toda la primavera y una parte del verano — exclamó la joven con espanto. — Un año perdido.....

—¡Perdido! — replicó vivamente Derstal. — ¿Y para quién?

—Para nosotros. ¡Durante un espacio de tiempo tan largo será preciso aguantar la molestia de verte vivir retirado y no tenerte nunca á mi lado! ¿Qué dirán nuestros amigos?

—Querida mía, tus amigos dirán que tienes la suerte de ser la mujer de un hombre muy ocupado. Tu padre está ahora en América, ¿no es cierto? Tu madre está sola en París. ¿Se asombra alguien?

—Mi padre es un hombre de negocios: sus fábricas no pueden prescindir de su dirección; mientras que tú.....

—Mientras que yo soy un artista, ¿no es esto? Es decir, un hombre cuyas ocupaciones son esencialmente frívolas y despreciables..... Pues bien; están ustedes en un error, y no hay ninguna diferencia entre el artista y el carpintero..... El uno cepilla tablones y el otro cepilla música; pero se necesita el mismo trabajo, la misma asiduidad; los dos necesitan el mismo entusiasmo. Y si yo no cepillo la partitura todos los días, sin descansar

uno, hasta que las virtutas armónicas, que deben salir para que la obra quede bien ajustada, clara, limpia y pulida, hayan sido arrancadas, haría una obra defectuosa, y eso es lo que no quiero. Tú tampoco lo quieres, pues recuerda que deseabas escribiese la obra para la mayor gloria de tu América.

—Oliverio, aquel día estaba loca, lo veo bien claro, y sacrifiqué mi tranquilidad á no sé qué necio orgullo.

—No, Susana; no estabas loca: me trataste como debías tratarme y como merecía. Tú me recordastes que mi destino era producir; que no debía correr detrás de ti como un jovencuelo por los salones en donde pasas la vida. Tu orgullo te condujo á librarne de las obligaciones, algo humillantes, que pesaban sobre mí. Ahora vuelvo á ser dueño de mí mismo; estoy seguro del camino que tengo que recorrer, y llegaré al fin; tú no me atormentas.

—Pero ¿qué debo hacer, Dios mío? ¿Podía figurarme lo que sucede?

—Vete á divertirte, y vuelve sonriente y tranquila. Me encontrarás sentado á mi mesa y con algunas hojas más que ahora.

La orgullosa joven se irritó al ver que no se la obedecía. No fué dueña de contener un grito de cólera, y golpeando el piano con su enguantada mano, dijo:

—Éste es mi afortunado rival. ¿Podía figurár-

melo? Nunca. ¿No temes que alguien se dedique á cortejarme? ¿No tienes celos?

—Tengo gran confianza en ti.

—Pues ten cuidado, que no paso inadvertida para todo el mundo, y tu ausencia puede dar que hablar. Vamos, Oliverio, vente conmigo; hoy nada más; te lo suplico....

Rodeó el cuello de su marido con sus brazos y acercó el rostro á sus labios. Derstal era débil.... Cedió.

—Vamos, veo que no tengo más remedio que hacer todo cuanto quieres.... Pero no estoy vestido....

Susana, dando un grito de triunfo, se quitó precipitadamente los guantes.

—Yo te ayudaré.

Entró en el cuarto tocador de su marido, y revolviendo los armarios, escogió el traje y lo colocó en el sofá.

Derstal no pudo evitar una sonrisa al ver tanta diligencia. No quiso pararse á reflexionar sobre la importancia de su capitulación. Se conformó á complacer á Susana, y aplazó para el siguiente día las juiciosas reformas que había decidido introducir en su vida.

Una mujer sería muy torpe si habiendo triunfado un día de la voluntad de su marido, no consiguiese dominarla de nuevo valiéndose de los mismos medios. Susana sólo sacó en limpio de la concesión que su marido la había hecho que, ha-

biendo luchado con ella, había necesitado hacer uso, para vencerle, de una gran habilidad y no menor insistencia. La conclusión había sido que, no pudiendo aceptar una nueva rebelión, era preciso establecer sólidamente sus prerrogativas de mujer autoritaria. Su hermano le daba ánimos para continuar por ese camino, pues todo cuanto podía molestar, herir ó atormentar á Derstal lo consideraba como una revancha de lo que él llamaba sus humillaciones. En su alma germinaba una necesidad de feroz rencor, y él pagaba con odio los servicios que tan generosamente le había prestado su cuñado. Le aborrecía con todas las fuerzas de su impotencia. Había llegado al extremo de denigrar *Atala* porque había sido escrita por Derstal, y cuando sus amigos le hablaban de ella celebrándola, contestaba con altanería:

—No hablemos de eso. Es muy malo. Obra de principiante. Ahora me he compenetrado ya con la escena, y no he de tardar en hacer una cosa completamente distinta. La armonía de *Atala* es pobre, y la melodía de muy escasa importancia. Si quieren juzgarme, esperen un poco.

Con estas palabras asombraba á los *snobs*, que le consideraban como á un hombre tanto más superior, como que despreciaba abiertamente sus elogios, y él se procuraba el goce de librarse del bien que Derstal le había hecho renunciando á sus ventajas. La presencia de su cuñado en su casa había acabado por serle insoportable. Había trasla-

dado su habitación al otro extremo de la casa, para no tener que oír el piano de Derstal cuando éste trabajaba. Los sonidos del instrumento le acarrearban crisis nerviosas, y había declarado á su madre que le era absolutamente imposible escribir una nota de música teniendo siempre en los oídos el «ruido» que hacía el compositor. Se instaló en la planta baja y en el lado opuesto al en que tenía las habitaciones su hermana. Su odio progresaba por días, y acechaba la ocasión favorable para hacerlo estallar. Práctico hasta en el odio, el joven yanqui quería que su ataque á Derstal fuese decisivo.

Entretanto, invitaba á sus amigos en la planta baja, y allí se celebraban veladas simbólicas, en las que se producían obras extrañas, interpretadas por seres de sexo indeciso, y luego se deleitaban apurando copas de bebidas exóticas, cuya base era el éter. Algunas veces llegó á fumarse opio. Pero todos cuantos intervinieron en aquellas parodias orientales se pusieron tan malos, que ninguno tuvo deseos de volver á empezar. Harry seguía, sin embargo, su vergonzosa campaña cerca de su hermana. Aprovechando su continua intimidad, no dejaba perder ocasión sin hablarle burlescamente de Derstal.

—Se queja de que no tiene la tranquilidad que necesita para trabajar, y yo temo que lo que le sucede es que no tiene grandes facultades. Porque al fin y al cabo, ¿cómo se las arreglan los otros

compositores, sus rivales y sus maestros? Es público y notorio que Massenet y Saint-Saëns frecuentan la sociedad, forman parte de jurados, se acuestan tarde, forman parte de sociedades que les quitan la mayor parte del tiempo, y, sin embargo, producen regularmente obras muy notables con perfecta tranquilidad. ¿Cómo lo consiguen? Sin duda tienen una admirable abundancia de ideas y una técnica prodigiosa; pero Oliverio es tan hábil como cualquiera de ellos. ¿Acaso no tiene ideas? Es de creer, si se juzga por sus lamentos y por los visibles esfuerzos que tiene que hacer para terminar una sencilla partitura de ópera. De lo contrario, es extraordinariamente perezoso, y se vale de estos pretextos para imponer su derecho á la indolencia. En todo esto lo único que hay claro es que únicamente te acompaña cuando no tiene más remedio que hacerlo, y que apenas escribe música. Como marido, es intermitente, y como músico, deja mucho que desear. En resumen: que no es el fénix que nos habíamos figurado. Entusiasmándonos con él, obramos con soberbia ligereza.

A estas venenosas insinuaciones Susana replicaba siempre enfureciéndose y diciendo que se había casado con Derstal porque le quería. Defendía á su marido de los ataques que su hermano le dirigía; pero, á pesar de todo, las perfidias de Harry hacían mella en su convicción, la hacían vacilar, y cuando protestaba en favor de Derstal,

ya lo hacía con más fuerza que sinceridad. En su pensamiento se establecieron comparaciones. Era verdaderamente innegable que los compositores contemporáneos producían sin descanso, dando todos los años al público obras para el teatro ó trozos para los conciertos. Entre ellos había algunos célebres y ricos, gozando de elevadas posiciones sociales, y que habrían podido retirarse de la lucha y disfrutar pacíficamente de sus pasados éxitos; pero hacían todo lo contrario. Su orgullo y su alegría consistía en proseguir su carrera, echando á un lado sus aristocráticas costumbres, olvidándose de sus castillos y de sus rentas para entregarse sin reserva alguna al arte, que era su única preocupación.

El lujo había sido la causa del agotamiento de Derstal. Su voluntad había desaparecido, y vivía sin dirección, sin gusto, sin satisfacciones. Parecía un árbol trasplantado en un terreno desfavorable para su desarrollo y que poco á poco va secándose, perdiendo la lozanía de sus hojas y flores y próximo á morir. Susana veía que de día en día su marido cambiaba, tanto física como moralmente. Su hermoso rostro, en el que brillaban dos ojos negros, se hundía, y una sombra velaba su mirada. Se movía con lentitud y como si hubiese perdido las fuerzas, y su mutismo degeneraba en creciente melancolía. Siempre parecía aburrido y triste, y ni siquiera intentaba defenderse de los caprichos de su mujer. Los sufría con desolada resignación,

como si no tuviese valor para luchar y se dejase arrastrar por la corriente de su destino. Sin embargo, cuando tenía un día de libertad se ponía á trabajar. Entonces se mostraba más expansivo, más satisfecho, y su rostro aparecía iluminado por una repentina animación. El piano resonaba, la voz del compositor se hacía oír en el silencio de las habitaciones, y Harry, pálido de cólera y envidia, salía de su planta baja tapándose los oídos y diciendo á voz en grito:

— Ese ruido..... ese ruido..... es insoportable. Me crispa los nervios, me destroza los tímpanos, ahuyenta todas mis ideas..... Preferiría que hubiese un organillo en el patio. Sí; un organillo que tocase *Los diamantes de la corona* ó *El postillón de Longjumeau*.

La existencia se deslizaba de este modo para Derstal, lamentable y espléndida. Si hubiese podido suprimir su cerebro y vivir sólo la vida de los sentidos, habría sido perfectamente dichoso. Tenía una mujer joven y hermosa, cuantas comodidades se podían desear: caballos, coches, mesa delicada y distracciones de todas clases. Todos sus antiguos compañeros le tenían envidia, y muchos de ellos habrían cambiado su vida por la del compositor, mientras que él mismo, en sus horas de franqueza, habría confesado que el más pobre de todos los seres, pero libre de hacer cuanto se le antojase, era mucho más dichoso que él.

Una mañana, á la hora de almorzar, Harry en-

tró en el comedor llevando un telegrama en la mano y con el rostro radiante de satisfacción.

—¡Buena noticia! ¡Buena noticia!—exclamó.— Jim llega; está en Douvres; termina un negocio y viene á París. Seguramente le veremos mañana por la mañana.

Susana y la señora Brandón recibieron la noticia de la llegada de su primo y sobrino con tranquila satisfacción. Derstal se asombró de sentir un repentino descontento.

—Naturalmente—añadió Harry,—Jim se hospedará aquí.....

Ante esta declaración, Derstal frunció el entrecejo, y sus ojos se fijaron en Susana, como para que juzgase con respecto á la conveniencia de semejante decisión. La joven enrojeció ligeramente, y esperó un momento para dar á su madre, que era la dueña de la casa, el tiempo necesario para intervenir; pero convenciéndose de que la señora Brandón no formulaba ninguna apreciación, dijo con calma:

—Yo creo, Harry, que sería preferible que Jim se hospedase en otro sitio que en esta casa. En primer lugar, porque estará más libre, cosa que no podrá menos de complacerle, y después porque así no se dará lugar á las habladurías á que indudablemente daríamos motivo.....

—¿Qué habladurías?—dijo Harry con la aspereza del hombre á quien desbaratan su combinación. —¿No es un pariente nuestro? ¿Un sobrino

no puede vivir bajo el mismo techo que su tía?

—Es pariente nuestro—dijo Susana;—pero además ha sido mi prometido, y no creo que su sitio esté aquí, al lado de mi marido. Me asombra, Harry, que lo violento de esta situación no se te haya ocurrido.

—Bueno—replicó Harry;—¿acaso tienes la intención de no volver á ver á Jim porque tuvo la mala suerte de ser despedido por ti? ¿Tuvo la culpa ese buen muchacho de que sin más ni más le dieses calabazas? ¿No se considera bastante desgraciado por esto? ¿Va á ser preciso separarlo de la familia?

—¿Quién ha dicho semejante cosa? Entre vivir en casa de nuestra madre, á nuestro lado, y venir aquí como tantos otros, ó más asiduamente si se quiere, hay una gran diferencia. Yo estoy convencida de que Oliverio no pondrá ningún obstáculo.....

—Seguramente—dijo Derstal, tomando á su vez la palabra.—Y añado que no veo en lo que ha dicho Susana con tan buen juicio más que razones de pura forma. Por lo que á mí se refiere, no pongo el menor inconveniente para que Jim Stewardt se instale en esta casa; pero añado que será mucho más conveniente que se hospede en otra parte. Tu primo no es un muchacho á quien se tenga que vigilar. Aquí tiene amigos, y no sentirá tener completa libertad. Esto no habrá de impedirle venir á esta casa cuando quiera, y aun todos

los días, si así le place, y por mí nunca vendrá lo bastante, pues todos ustedes tendrán una gran satisfacción al verle.

—Lo que dices está bien—agregó la señora Brandón.—Susana y Oliverio tienen razón, y Harry deberá buscar hoy mismo un alojamiento para Jim, á fin de que al llegar sepa dónde debe ir. Creo que en el barrio de los Campos Eliseos se encontrará fácilmente un cuartito amueblado. El precio importa poco. Naturalmente, la casa Brandón y Compañía se encarga de todos los gastos..... Hijo mío, espero que Jim no encontrará nada en falta.....

—Tranquilícese; desde el momento en que todo el mundo está de acuerdo, no he de ser yo quien haga oposición. Me alegro ver otra vez á Jim, que es todo un buen chico, y que, además, nos dará noticias recientes de nuestro padre.

El almuerzo terminó. Como de costumbre, Derstal se retiró á su gabinete para leer los periódicos y fumar. Buscó el número de *El Teatro* que había salido aquel día, y que aún no había podido hojear, pues Susana se había apoderado de él para ver los trajes que lucían las actrices en la obra estrenada últimamente en el Vaudeville. No lo encontró, y pensando que su mujer se lo había llevado á sus habitaciones, cruzó el salón, el cuarto de dormir y se disponía á entrar en el cuarto tocador, cuando oyó ruido de voces. Eran Susana y Harry que estaban hablando; y como oyese que

su nombre se mezclaba en la conversación, se detuvo instintivamente y escuchó.

—Si crees que no me fijo en tu intención—decía Susana,—te engañas, pues veo claramente que no te propones más fin que el de irritar á Oliverio; pero sábelo de una vez: me hierde mucho más á mí que á él, pues él no se entera de nada, y todas tus maldades se pierden sin resultado.

—Si se pierden sin resultado, ¿por qué te quejas?

—Me quejo de que hayas pensado cometerlas. Esto es inicuo y tonto.

—Nunca podrás conseguir que quiera á Derstal. Le detesto.

—¿Qué te ha hecho?

—Es tu marido.

—¡Vaya un crimen!

—Sí lo es. Nos ha engañado. Nosotros creímos introducir en la familia un gran artista, una figura de primera magnitud. ¿Y qué es? Un infeliz, incapaz de recobrarle, y que se deja engordar en la languidez de una vida de lujo y de pereza. En una palabra: un audaz que consiguió triunfar una vez y que se extingue. El gran hombre no es más que un vencido.

—Tú sabes perfectamente que esto es falso—replicó Susana encolerizándose.—Te demostré lo contrario con la partitura de *Atala*.....

—¡Oh! ¡Siempre lo mismo! Me estarán martirizando con esta obra hasta que estrene otra

en la que no haya dejado meter mano á nadie para hacer unas correcciones que destruyan toda la personalidad de mi música. Es un martirio..... Y antes era una obra original. Eso es lo que no perdonaré nunca á tu marido. ¿Lo oyes, Susana? Nunca. Estropeó mi partitura. Es preciso oír á Fromageot á propósito de esto. Todavía está indignado. Él conoció los primeros originales y había podido saborear su extraordinaria originalidad. Sí, ni un momento ha dejado de decirme desde la noche del estreno: «Derstal ha extendido un velo gris sobre sus armonías y ha cortado todo su atrevimiento. Con él ha tenido usted un éxito; sin él habría sido un triunfo.» Pues bien, lo tendré, Susana, lo tendré. Estoy trabajando ya, y así aprenderás á juzgarme mejor, porque estás completamente bajo la influencia de Derstal.

—Harry, con todo mi corazón te deseo un éxito que sólo sea debido á tus méritos; pero entretanto, el de *Atala*, que en tan buena situación te ha colocado, se lo debes á Oliverio, nada más que á Oliverio. ¿Has hecho venir á Jim Stewardt para recompensarle?

—Me parece que pierdes el juicio, querida. ¿Yo haber hecho venir á Jim? ¿De dónde sacas eso?

—No lo sé; pero tengo la completa seguridad de que así es, pues Jim no debía separarse de nuestro padre. De pronto anuncia su llegada, y yo creo que este viaje se debe á ti. ¿Qué te propones con su presencia aquí?

—El placer de verle.

—Has manifestado una alegría demasiado grande para que sea causada únicamente por la satisfacción de ver de nuevo á un pariente..... En todo esto adivino alguna perfidia.

—Fantaseas de lo lindo, Susana. No hay nada de eso. Ya lo verás. No temas nada por tu trovador; puede dormir tranquilo, pues es lo que mejor hace.

Temblando de ira, Derstal vaciló, pensando si debía entrar en el cuarto tocador para arreglar de una vez y terminar la sorda querella entablada entre su cuñado y él. Retrocedió ante la dolorosa brutalidad de una explicación, en la que se lastimarian todas las delicadezas. Andando lentamente volvió á su cuarto, y, sentándose con tristeza, se abstraigo en reflexiones. ¿A qué extremo había llegado!..... Ya no podía hacerse ninguna ilusión. La verdadera situación acababa de ser expuesta por Harry ante Susana y ante él mismo con crueldad extraordinaria. Para la familia Brandón, y tal vez también para Susana, por mas que ella lo negase, no era más que un valor negativo.

Se había esperado mucho de él; pero habían experimentado una decepción. Para aquellos prácticos americanos el compositor faltaba á su destino, que no debía ser otro que rodearles continuamente con el resplandor de la gloria. Le habían tomado por un reflector. Y lo mismo que de los pozos de California sale mineral bastante para

alumbrar al mundo, á él le era preciso producir constantemente y pagar á sus accionistas con dividendos de éxito, de alabanzas y de reclamos. En vez de la desvanecedora claridad con que ellos habían soñado, sólo encontraban una apacible penumbra. La especulación había fallado. El artista que debía amontonar obra maestra sobre obra maestra, no manifestaba el menor deseo de asombrar á sus contemporáneos con los rayos de su genio. El águila que se remontaba hasta el cielo, se convertía tranquilamente en un polluelo.

Derstal sonrió con desdén. Sabía perfectamente que la fuente de sus ideas no se había agotado, y que su imaginación estaba viva aún. Arrastraba una existencia completamente contraria á sus gustos y á su temperamento, y esa era la causa de todo el mal. Había tratado de hacérselo comprender á Susana, pero la joven tenía aficiones opuestas; y la incompatibilidad completa que existía entre su modo de comprender la existencia, y la que habría sido indispensable á Derstal para poder producir, se habían manifestado brutalmente. En aquellos momentos tan graves para él y para su mujer, se daba exacta cuenta del grandísimo error que los dos habían cometido.

La vida frívola, tumultuosa y esencialmente superficial que observaba Susana era mortal para un cerebro; y Derstal, que tenía necesidad de silencio, de reposo y de concentración para desenvolver sus ideas, sabía que horrorizaría á su

mujer con sólo proponerle que renunciase á aquella agitación para aceptar la inmovilidad. ¿Le quería lo bastante para hacer semejante sacrificio? Y dado caso que ella estuviese dispuesta á hacerlo, ¿permitiría su familia que lo pusiese en ejecución? La hostilidad de Harry era sistemática. Era seguro que los Brandón, ante la pretensión de privar á Susana de todos los placeres á que su inmensa fortuna le daba derecho, iban á revolucionarse, y á Derstal había de serle imposible resistir el asalto de aquellas gentes que habían llegado á figurarse que un hombre bien dotado podía producir partituras del mismo modo que un Brandón repartía sin descanso los productos de sus fábricas.

No podía darse situación más crítica que la de Derstal. En medio de aquella familia no era más que un extraño, en el sentido más amplio de la palabra, pues ni física ni intelectualmente tenía ninguna relación de especie con los padres de su mujer. El refinamiento de su cerebro, aun para el mismo Harry que no era más que un primitivo corrompido, ni siquiera era sospechado. Su gran cultura artística servía únicamente para establecer entre él y las personas con quien vivía una barrera infranqueable. A fuer de justos, debe decirse que aquellas gentes no podían comprenderle: ni hablaban el mismo idioma que él, ni sus pensamientos podían ser más distintos. Todo contribuía á separarlos, y nada para acortar distancias. Tan

sólo el sincero afecto que Susana le profesaba era lo que creaba un punto de contacto, y esto era lo único que en su favor contaba el artista. ¿Podía confiar lo bastante en Susana para servirse de ella como punto de apoyo y defenderse? Á juzgar por la conversación que acababa de oír, su mujer parecía dispuesta hasta á los más grandes sacrificios. Pero, ¿en qué quedaría convertida aquella abnegación el día en que fuese preciso imponerla el abandono y renuncia de sus diversiones habituales? Derstal no quiso continuar su doloroso examen; cogió el sombrero y se fué á la calle. Primero vagó por los Campos Elíseos, y luego se internó por las calles. Por la calle de Rívoli llegó hasta la plaza del Palais-Royal, y cuando iba á entrar en la calle de Richelieu se encontró de manos á boca con Pinchart. El honrado joven cogió á Derstal por el brazo, sintiendo renacer en él todo el fuego de su antigua amistad.

—¡Derstal! ¡Qué suerte la mía al encontrarte! ¿Qué es de tu vida? No se te ve por ninguna parte.

—Porque tú no vas á los sitios que yo frecuento, mi querido amigo—dijo Derstal vivamente; y añadió:—Afortunadamente para ti.

—Que me lleve el diablo si alguien puede conseguir que vaya á sitios en los que no me gusta estar.... Pero de tu vida ordinaria se cuentan cosas fabulosas: parece ser que te has convertido en un nabab, y que vives rodeado de esclavos, como en los cuentos de las *Mil y una noches*.

—Efectivamente, Pinchart, todo eso son cuentos. Ya me ves; voy á pie, como un pacífico burgués, y no en carroza dorada tirada por blancos caballos. Pero dejemos esto. ¿Dónde vas tan de prisa?

—Queridísimo amigo, tengo que creer que hoy ha sido el cielo quien te ha puesto en mi camino. Voy al *Châtelet*, en donde Colonne ejecutará mi sinfonía, tú sabes, *Ariana*..... Por excepción, se ensaya de día, con orquesta, coros y los solistas, y si tú quieres prestarme un gran servicio, me acompañarás..... Tengo un miedo horrible..... Tú me infundirás valor, y si la obra no te disgusta empezaré á tener esperanzas..... Sin contar con que si consideras que deben hacerse correcciones ó cortes me los indicarás. ¡Tengo tanta confianza en tí! De modo que, ¿vienes conmigo? Cuando los señores de la orquesta te vean entrar con el autor, se sentirán más indulgentes. Tu gloria patrocinará mi obscuridad. ¡Ah, querido Derstal, qué suerte, Dios mío, qué suerte al haberte encontrado!

—Pero ¿por qué no me has escrito diciéndome que asistiese á los ensayos?—preguntó el compositor, reanimado con la calurosa y entusiasta expansión de su amigo.

—Porque temía pecar de indiscreto. Me decía: dado su género de vida, debe tener muchas cosas que hacer. ¿Podrá disponer de dos horas para ir á oír la música de un principiante? Porque yo soy completamente un desconocido para el público,

Derstal. No he trabajado más que para editores, que no han podido vender mi música.

—Bueno, Pinchart; yo me ocuparé de ti, está tranquilo. Lo mereces, porque tienes mucho talento.

—Antes que prodigarme elogios, espera á haberme oído

—¿Tú estás contento?

—Yo qué sé. Ni siquiera sé ya lo que es mi obra. Los trozos que antes me parecían mejores, se me antojan ahora los más malos, y los que antes me parecían de escaso valer y compuestos con el único objeto de rellenar, me hacen un efecto extraordinario. En una palabra, que tengo una indigestión de mi música. Pero tú pondrás ahora los puntos sobre las íes, y me explicarás este asunto. Me acompañarás, ¿verdad?

—¡No faltaba más!

Pinchart se apoyó alegremente en el brazo del compositor. Su rostro resplandecía de gozo, y hablando animadamente llegaron hasta la calle de Lavandières, en donde tienen la entrada los artistas del *Châtelet*. Subieron al primer piso, cruzaron los pasillos, el vasto escenario, y llegaron á la sala. La entrada de Derstal produjo el efecto previsto por Pinchart. El célebre director de orquesta, que después de Padelup ha sido quien más ha contribuido á que la música se extendiese y llegase á todo el pueblo de París, abandonó su sillón y se dirigió al encuentro de los dos músicos.

—Ha traído usted al señor Derstal; ha sido una excelente idea. Haremos que al marcharse nos deje un poco de música suya, pues no debe olvidar que fué en esta casa donde empezó.

—¡Qué he de haber olvidado! ¡Vaya un escándalo! Me silbaron de lo lindo.

—Como á todos los innovadores. Usted no seguía por los caminos trillados, y con esto sólo había motivo suficiente.....; pero la educación musical del público va perfeccionándose. Ahora ya saben escuchar; es un gran paso. Pero no nos entretengamos charlando; ni á los señores de la orquesta ni á los de los coros les gusta perder tiempo..... Empecemos.....

Derstal y Pinchart se sentaron y reinó un profundo silencio. Se oyeron los golpecitos dados con la batuta, y empezó el preludeo con su amplitud, con las estridentes armonías que expresaban los furros de Minotauro, y luego el largo canto de Theseo, heroico y divino. Derstal, apoyando los codos en la butaca que tenía delante, y sosteniéndose la frente con las manos, escuchaba con la más grande atención. Era una obra sólida, pensada por un poeta y escrita por un músico muy personal, que se imponía desde las primeras frases. Después el desenvolvimiento del drama se apoderaba de la imaginación; las hermosas declamaciones, amplias y nobles, que recordaban el estilo de Gluck, daban la característica de los personajes, marcaban la acción, y la primera parte

acababa con un magnífico crescendo instrumental. Inquieto al ver que Derstal no se movía, el compositor llegó hasta á olvidarse de su música. La ejecución había sido perfecta, y no había habido ni el más ligero tropiezo. Los solistas, el brillante tenor Campistrón, que cantaba la parte de Theseo, y la cantante Dervy, que prestaba á la de Ariana el encanto de su hermosa voz de *mezzo-soprano*, todavía en su mayor esplendor, habían interpretado maravillosamente sus papeles. Los coros habían flojeado algunos momentos, pero el director de orquesta, con su pericia acostumbrada, hacía las observaciones necesarias. Derstal levantó la cabeza, y fijó en Pinchart una fría mirada, en la que no se leía ni la satisfacción ni el descontento; después dijo en tono dogmático:

—Al instrumentar has huído de las fórmulas wagnerianas, y has hecho muy bien. En lugar de fundir todos los sonidos en un solo ligado armónico, has agrupado tus instrumentos, sacando un gran partido de ellos al hacer que se contestasen. En los tiempos actuales es una osadía muy grande, y te arriesgas á que te motejen de retrógrado: pero en realidad eres original, y los verdaderos músicos no podrán negarse á reconocértelo.

—¿Pero el efecto general—preguntó Pinchart, temblando de inquietud,—aparte de la técnica? ¿Crees que lo que acabas de oír es interesante?

—Campistrón ha cantado muy bien — contestó Derstal,— y la señorita Dervy es encantadora. Su

voz está del todo formada; da unas notas medias admirables. El año pasado tenía un hueco entre los dos registros. Está bien—se decidió á decir Derstal, haciendo un esfuerzo;—pero quiero oír la segunda parte antes de dar mi opinión. Veo perfectamente que lo oído no es más que una entrada en materia..... Esperemos el desenvolvimiento..... ¿La primera parte es la llegada de Theseo á Creta?

—Ahora empieza la acción en el Laberinto..... En suma, es un poema en tres partes que podría representarse en tres actos. Al imaginarlo, pensaba en el teatro; pero ¿quién se habría atrevido á estrenarlo? Atiende..... En la segunda parte tenía fundadas mis más risueñas esperanzas.....

El pobre muchacho, descorazonado con la frialdad de Derstal, pasaba alternativamente de la confianza al temor. Consternado, vió que su amigo adoptaba la misma posición que antes, y que se quedaba como dormido. En su interior se dijo: «Es tan bondadoso, que no se atreve á hablarme con claridad; pero en su fuero interno cree que esto es muy malo. ¡Dios mío! ¿Caminaré hacia una lamentable derrota? ¿Me habré equivocado hasta ese extremo? El mismo Colonne encontraba interesante el poema..... No, no es posible.»

La hermosa frase, vaporosa y melancólica del corno inglés, acompañando la marcha de Ariana y Theseo en busca del monstruo, resonó en el silencio, y las voces de los dos cantantes se unieron

en el dúo de amor que precede al combate, en el que resuenan potentes los juramentos de la hija de Minos y las voces de los héroes. En la fría obscuridad de la sala la melodía se desarrolló tan pura y apasionada, que Pinchart se estremeció de emoción. Al mismo tiempo oyó un profundo suspiro, y vió que la espalda de Derstal temblaba como sacudida por una risa nerviosa. Con inquietud, el músico apoyó una mano en el hombro de su amigo. Derstal se incorporó, y Pinchart pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa?—le preguntó desconcertado.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo Derstal con voz ahogada.

Estrechando la mano del compositor, le hizo señas para que le dejase escuchar. Sombrío y como si asistiese á un desastre, Derstal permaneció con la cabeza levantada hasta que terminó la segunda parte, y ni hizo un movimiento ni pronunció una sola palabra; pero cuando expiró la última nota, con movimiento irresistible y espontáneo, Derstal se arrojó en brazos de su amigo y le estrechó contra su pecho. Luego, reponiéndose y casi avergonzado de su entusiasmo, le dijo:

—Ven; salgamos.

Y se llevó á Pinchart á un corredor en el que no había nadie.

—Dime, ¿está bien?—preguntó Pinchart palpitante.

—Oyendo tu música he sufrido horriblemente—

dijo Derstal con energía.—Sí; durante la primera parte, la envidia me ha torturado, ¿entiendes? No quería confesarte mi impresión, y me he defendido, he resistido. La vergüenza me hace enrojecer, y te lo confieso para que te des cuenta exacta de tu triunfo. Sí; deseaba que la segunda parte fuese mala, y es admirable. Entonces he sentido vergüenza de mi egoísta bajeza y he sufrido tanto, Pinchart, que he llegado á llorar. Tú no puedes comprenderme: para excusarme sería preciso que te contase toda mi vida. Sabe que soy horriblemente desgraciado, y tanto más, cuanto que mi cerebro es el que sufre. Sí; he llegado al extremo de envidiar á mis compañeros que trabajan y luchan; yo, á quien la gente cita como un ejemplo raro de buen éxito; yo, el gran triunfador, el nabab, como tú me llamabas hace poco cuando veíamos. ¡Ah, Pinchart, qué dichoso eres..... siendo joven, libre y trabajando!

—Pero, Derstal....., al mismo tiempo me procuras una gran alegría y un inmenso pesar. ¡Cómo! ¿Bajo las apariencias de la más extraordinaria felicidad se oculta semejante plaga moral? Querido amigo, creo que tu enfermedad puede curarse fácilmente. No tienes que hacer más que una cosa: querer, y todo se habrá conseguido.

—Sí, querer; pero es preciso tener el derecho de querer. Tú no puedes formarte una idea de mi angustia intelectual. En este momento trabajo; pero no conozco el valor de mi obra. No soy el

mismo que era. Es preciso que alguien, en quien tenga absoluta confianza, ilumine mi entendimiento. Tú me has traído hoy aquí, y yo te anuncio un éxito ruidoso y duradero. En otro tiempo preguntaban riendo si se podía llegar á ser ilustre con el nombre de Pinchart. Tu poema contestará victoriosamente; te hará un nombre grande, soberbio, poético y melodioso, porque evocará la belleza en el espíritu de los hombres; te pronostico el triunfo; pero, en cambio, ve á mi casa para oír lo que llevo hecho de mi nueva obra. Después que hayas dicho lo que de ella pienses, estaré tranquilo, pues tengo en ti una confianza absoluta, una fe ciega. Además, tú no has triunfado todavía, y no serás tan pérfido y cobarde como yo he sido para ti hace un momento. ¿Me prometes ir?

—Sí, iré tantas veces como quieras, mi querido Derstal; pero para adularme te acasas sin motivo. Tú no puedes envidiar nada de lo que yo hago, por la poderosa razón de que eres muy superior á mí.

—Desde hoy no hay quien te sea superior. Huye de las improvisaciones; vive pobre, pero vive independiente. El gran músico lo serás tú: por eso he llorado oyendo tu música.

Cogidos del brazo volvieron á la sala para oír la última parte de *Ariana*.

IV

—¡Hola Jim, querido Jim!..... ¿Qué tal?

Con risas y exclamaciones la familia Brandón saludaba en el salón de su hotel la llegada del pariente esperado. Derstal estaba presente, y acogió con exquisita amabilidad al joven americano. Le pareció más alto, más fuerte y más moreno que á bordo del yate *Ariel*. La explicación de este cambio la dió el mismo Jim. Venía del Colorado, adonde había ido por cuenta de la casa Brandón á visitar las minas de las pampas, y había vivido al aire libre, bajo un sol ardoroso, siempre á caballo ó embarcado, y observando un régimen de vida de los más rudos.

—Al mismo tiempo que mis negocios—dijo,—he hecho un enorme destrozo de caza; y para usted, tía, y para Susana, si es que quiere aceptarlas, traigo unas preciosas pieles de panteras cazadas por mí. Traigo también la piel de un oso, con la que se podría cubrir la cuarta parte de este salón..... Será para el señor Derstal.....

—¿Una piel de oso?—dijo maliciosamente Harry.—Seguramente, Jim, no conoces el significado de lo que ofreces.....

El joven viajero enrojeció, y dijo con el mayor asombro:

mismo que era. Es preciso que alguien, en quien tenga absoluta confianza, ilumine mi entendimiento. Tú me has traído hoy aquí, y yo te anuncio un éxito ruidoso y duradero. En otro tiempo preguntaban riendo si se podía llegar á ser ilustre con el nombre de Pinchart. Tu poema contestará victoriosamente; te hará un nombre grande, soberbio, poético y melodioso, porque evocará la belleza en el espíritu de los hombres; te pronostico el triunfo; pero, en cambio, ve á mi casa para oír lo que llevo hecho de mi nueva obra. Después que hayas dicho lo que de ella pienses, estaré tranquilo, pues tengo en ti una confianza absoluta, una fe ciega. Además, tú no has triunfado todavía, y no serás tan pérfido y cobarde como yo he sido para ti hace un momento. ¿Me prometes ir?

—Sí, iré tantas veces como quieras, mi querido Derstal; pero para adularme te acasas sin motivo. Tú no puedes envidiar nada de lo que yo hago, por la poderosa razón de que eres muy superior á mí.

—Desde hoy no hay quien te sea superior. Huye de las improvisaciones; vive pobre, pero vive independiente. El gran músico lo serás tú: por eso he llorado oyendo tu música.

Cogidos del brazo volvieron á la sala para oír la última parte de *Ariana*.

IV

—¡Hola Jim, querido Jim!..... ¿Qué tal?

Con risas y exclamaciones la familia Brandón saludaba en el salón de su hotel la llegada del pariente esperado. Derstal estaba presente, y acogió con exquisita amabilidad al joven americano. Le pareció más alto, más fuerte y más moreno que á bordo del yate *Ariel*. La explicación de este cambio la dió el mismo Jim. Venía del Colorado, adonde había ido por cuenta de la casa Brandón á visitar las minas de las pampas, y había vivido al aire libre, bajo un sol ardoroso, siempre á caballo ó embarcado, y observando un régimen de vida de los más rudos.

—Al mismo tiempo que mis negocios—dijo,—he hecho un enorme destrozo de caza; y para usted, tía, y para Susana, si es que quiere aceptarlas, traigo unas preciosas pieles de panteras cazadas por mí. Traigo también la piel de un oso, con la que se podría cubrir la cuarta parte de este salón..... Será para el señor Derstal.....

—¿Una piel de oso?—dijo maliciosamente Harry.—Seguramente, Jim, no conoces el significado de lo que ofreces.....

El joven viajero enrojeció, y dijo con el mayor asombro:

—Yo lo hacía con la mejor intención; si me he equivocado, excúseme.....

—No hay por qué excusarle—dijo Derstal sonriendo.—Su primo es ya más parisiense que los bulevares, y se complace haciendo chistes en nuestro idioma; pero esto no tiene ninguna importancia.

—¿Estarás mucho tiempo entre nosotros, Jim?—preguntó la señora Brandón.

—Dos meses. Mi tío, que está contentísimo con el resultado de mi expedición, me dijo: «Vete á divertirme á Francia, que bien te lo has ganado.» De modo que cuando recibí la carta de Harry, ya estaba preparando el viaje.

Á estas palabras, que le recordaban la conversación que había sorprendido entre Susana y Harry, Derstal fijó los ojos en su mujer, viendo que enrojecía ligeramente y que á su vez le observaba con disimulo. Derstal permaneció impasible; pero las malas disposiciones de su cuñado, tan claramente puestas de manifiesto por Susana, no le dejaron ninguna duda. Una sonrisa desdeñosa contrajo sus labios, y despidiéndose con altanera indiferencia, dejó á sus parientes entregados á sus confidencias y á sus negocios. Se encerró en su gabinete, y se puso á trabajar en el primer acto de la ópera para Bartisson, que era la música que quería hacer oír á Pinchart.

Este, al siguiente día de la triunfal primera audición de *Ariana*, había escrito á su amigo una

carta rebotando afectuoso agradecimiento. Le atribuía una gran parte de su triunfo, y pretendía que le había llevado la suerte. Derstal había contestado: «La suerte, mi querido amigo, es el resultado de diez años de concienzudo trabajo y de inteligente paciencia. Unicamente tienen suerte los que valen, y la suerte siempre está justificada por algún mérito. Te felicito por tu éxito, tan grande como legítimo, y te abrazo con todo mi corazón. Ya sabes que un día de estos te escribiré de nuevo recordándote tu promesa.»

Excitado por los artículos que respecto á la obra de su amigo leía en los periódicos, se había puesto á trabajar con el mayor entusiasmo. No salía nunca, y los Brandón apenas le veían. Harry, con su acostumbrada benevolencia, había dicho, en el momento en que Derstal salía del comedor para dirigirse á su gabinete de trabajo, y en voz lo bastante alta para que pudiese ser oído:

—¡Es admirable! Vive aquí como podría vivir en un hotel. No se le ve más que á las horas de comer.

Pero Derstal despreciaba las mortificantes alusiones de su cuñado. Quería acabar el primer acto de su ópera, para hacérselo oír á Pinchart, y, si al leal artista le parecía bien, terminarla, haciendo un esfuerzo de imaginación; y una vez libre del compromiso adquirido y dueño otra vez de sí mismo, dedicarse por entero á *La Veneciana*. Con la maestría, volvería á encontrar la independen-

cia de su carácter y la fiereza de su talento. Todavía tenía la esperanza de poder compaginar las exigencias de la vida mundana con su trabajo. Con persistente optimismo colocaba ante sus ojos el ejemplo de Meyerbeer, que durante su carrera había puesto su inmensa fortuna al servicio de la realización de sus proyectos artísticos; pero olvidaba el hecho esencial é importantísimo de que el inmortal autor de *Los Hugonotes* lo había subordinado todo á la música y sólo había vivido para ella.

Cuando Susana, segura del ascendiente que tenía sobre Derstal, había ido á buscarle, como de costumbre, para arrancarle de su trabajo y llevarlo á una fiesta cualquiera, había encontrado una resistencia firme y fría. Sin discutir, Derstal había contestado:

—No tengo tiempo. Estoy realizando una tarea que no admite tregua alguna. Puesto que tú misma has deseado que escriba esta obra, preciso es que la termine. Á ti te debo este trabajo continuo.....

—Sin embargo, yo no puedo resignarme á dejarte solo aquí ni á presentarme sola en sociedad.

—Tienes á tu madre, á tu hermano y á Jim Stewardt, que ha llegado ya.....

Esta vez Susana se enfadó.

—¿Qué significa esta insinuación? ¿Para qué necesito á Jim? ¿Cómo es posible que tú, conociendo los antiguos proyectos de mi familia y el

modo como los rompí, te atrevas á decirme semejante cosa?

Derstal, mirándola autoritariamente, replicó:

—Pregúntaselo á tu hermano.

—No te entiendo.

—Al contrario; me entiendes muy bien, y por eso estás turbada. Eres una mujer honradísima, en la que tengo la mayor confianza. Sé muy bien que es inútil que tu hermano, que no ha recibido odio de mí, trate de desviarte de tu camino; pero tengo interés en que sepas que estoy enterado de sus proyectos. Él ha sido quien ha hecho venir á Jim á Francia para no sé qué obscura trama en la que tu honor y el mío habían de correr el riesgo de verse maltratados, si tú no fueses tan digna y tan altiva. Quiero creer que no piensas ni has pensado nunca que yo sea capaz de renunciar á mi carrera para convertirme en tu paje en los salones. Sería un papel indigno de mí y que me rebajaría á tus ojos. Ya te he dicho que es preciso que trabaje, y te ruego que me dejes trabajar. Diviértete, sin remordimiento alguno, en compañía de tu madre, de tu hermano y aun de tu primo.....

—¿Cuánta amargura, Oliverio! En los primeros tiempos de nuestro matrimonio no pensabas de este modo; razonabas menos y me querías más.....

—No, querida niña, no te quería más; te quería de distinta manera, y, ciertamente, no era el mejor modo de querer. Durante un año he estado enfermo de la voluntad, y mi dolencia me hacía in-

capaz de ningún esfuerzo formal. Gracias á Dios, la crisis ha pasado ya; estoy repuesto, y creo que no es el momento más á propósito para desesperar, Susana, puesto que te anuncio que volveré á ser el hombre que supo llegar á tu corazón. Es el momento de alegrarse, á no ser que uno y otro hayamos vivido seriamente engañados, y prefieras encontrar en mí al compañero dócil de tus diversiones, en vez de encontrar al marido que procura hacer ilustre el nombre que compartes con él.

—¡Oliverio! Lo que me dices me inquieta profundamente—dijo Susana con tristeza.—Adivino el germen de terribles discordancias entre tú y los míos. Voy á tener que escoger entre el género de vida de quienes dependo desde que estoy en el mundo, ó tus exigencias personales, que desde ahora considero justísimas y respetables. Yo seré la víctima de este conflicto. ¿Me sería posible comprar la paz, aun pagándola con mi tranquilidad?

—No te preocupes, Susana—dijo Derstal, conmoviéndose ante la inquietud de su mujer.—Haré todo cuanto pueda para ahorrarte sufrimientos. No puedes dudarle, pues de ello te he dado ya repetidas pruebas, y te tengo que dar muchas más. ¡Sé mi aliada en la lucha que sostengo contra los otros y contra mí mismo! Te lo recompensaré con largueza.

—En pocas palabras: es preciso que salga sin ti y que te deje solo. ¿Por qué? ¿Qué adelantaría

con quedarme aquí? Tú te encierras en tu gabinete, y mientras trabajas es imposible entrar. Confiesa al menos que la situación es difícilísima para mí, y las preocupaciones de mis padres no carecen de fundamento..... Bueno....., por lo menos, trabaja, y procura acabar pronto.

Susana se había alejado, después de rozar con sus labios la ardorosa frente del artista. Derstal, inclinándose sobre la mesa, había reanudado su trabajo. Así terminó en pocos días el primer acto de su ópera. Lo revisó con cuidado, lo tocó por dos veces, lo cantó, y no quedó del todo descontento. Había tratado la partitura del mismo modo que el autor del libreto había tratado el poema, con un lirismo un poco excesivo, y, contra la técnica moderna, haciendo predominar las voces sobre la orquesta. Le pareció que aquello era más fresco, más vibrante y más en carácter con la obra. Teniéndolo todo dispuesto y arreglado, creyó llegado el momento oportuno de invitar á Pinchart para que juzgase su trabajo, y le escribió. El triunfador de *Ariana* llegó modestamente á pie, con un paraguas debajo del brazo, y causó á los imponentes criados del hotel de los Brandón un efecto de los más desastrosos. El primer ayuda de cámara, que era quien le había conducido hasta el gabinete de Derstal, entró en la repostería diciendo en tono despreciativo:

—¡Pinchart! ¡Es un individuo que se llama Pinchart! Un artista desharrapado, como el yerno de

la señora. Se encerrarán los dos toda la tarde, y dale que le das al piano. Aquí te doy, aquí te pego. Hijos míos, son unas gentes que no pueden ser más vulgares. Verdaderamente, es muy poco halagador servir á dueños que tienen profesión de bohemios.

Mientras se hacían estas lamentaciones, Derstal y Pinchart, ya reunidos, hablaban con afectuosa animación.

—Calcula mi alegría—le dijo Pinchart á su amigo;—desde Viena me hacen proposiciones para estrenar *Ariana* en la Ópera, restituyéndole su primitivo carácter de obra dramática. Me piden que suprima algunos trozos sinfónicos, que entorpecerían la marcha de la acción, y que agregue algunos recitados para realzar las partes de canto. Ya comprenderás que he aceptado. Es toda una fortuna para mí. Mi obra es capaz aún de dar dinero.

Pinchart, hablando de este modo, reía con el asombro propio de un hombre que, acostumbrado á vivir en una modesta medianía, viese de pronto abrirse ante él con imprevista opulencia el cuerno de la abundancia.

—Con *Ariana* te sucederá lo mismo que le sucedió á Saint-Saëns con *Sansón y Dalila*, esa obra maestra que los teatros de Francia desdeñaron y que volvió del extranjero impuesta por unánimes triunfos. La gloria lenta es la más segura. Las apoteosis que iluminan bruscamente el horizonte,

como los castillos de fuegos artificiales, son generalmente poco duraderas: una vez quemado el último cohete, todo vuelve á ser silencio y obscuridad. No hay victoria posible sin resistencia; lo mejor es empezar siendo despreciado, porque así se aparece más grande el día de la consagración; pero no filosofemos. Nos hemos reunido para hacer música, con que toma un cigarrillo y escucha.

—Si no te importa, prefiero mi pipa.

—Nadie vendrá á molestarnos, de modo que puedes hacer lo que se te antoje; además, importa poco.

—Pues la cargo, la enciendo y te escucho.

Derstal empezó. Únicamente los que le han oído saben que es un admirable «virtuoso», un ejecutante prestigiosísimo. Tocada y cantada por él, la música más incolora é insignificante adquiere matices de originalidad y se embellece con gracias fugitivas. Es un prestidigitador extraordinario que hace fulgurar las piedras como si fuesen diamantes, y que convierte los cardos en rosas; pero para un músico como Pinchart todas las seducciones del arte incomparable con el cual Derstal sabía presentar su música tenían forzosamente que ser inútiles. En lo que estaba oyendo podía separar la parte correspondiente á la ejecución, y como volvía él mismo las hojas de la partitura, con perfecta comprensión leía en el pentagrama el pensamiento de su amigo. Le estuvo escuchando durante tres cuartos de hora, cantando con él en ciertos mo-

mentos, marcando el compás en los conjuntos, siguiendo el objeto musical de la obra con atención activa y apasionada. Cuando Derstal, arrastrado por la cooperación de Pinchart y su aparente animación, hubo terminado, hizo girar el taburete del piano, y volviéndose hacia su compañero, le miró fijamente y le dijo:

—Bueno. Ahora dime lo que piensas de esto.

—Que está muy bien — contestó Pinchart, — muy bien. Hay inspiración, soltura, brío. Está llamado á tener un éxito delirante al otro lado de los Alpes. Es más nerista que el mismo nerismo italiano.

Ante esta declaración, tras la cual veía llegar graves objeciones, Derstal palideció; un sudor frío inundó su frente y sintió en su corazón algo así como el peso de una enorme piedra. Con voz áspera, y como facilitando él mismo las objeciones, dijo:

—Pero.....

Pinchart se detuvo un instante; bajó los ojos, pareció buscar las palabras, y en su incorruptible honradez, juzgando que su primera obligación no era otra que la de exponer claramente su pensamiento al que le preguntaba, agregó:

—Pero no es ésta la obra que se espera de ti. Después de *Erin*, que te colocó en primera fila, un juguete brillante, elegante y agradabilísimo, como es el acto que acabamos de oír, te hace bajar algunos grados. Si empezases con esta obra, sería

admirable; á la altura en que estás, es insuficiente. Perdóname que te lo diga, Derstal; pero lo que acabo de oír no es digno de ti. Desconoces tu verdadera situación. Te ocupas y trabajas en una obra en la que no puedes darte por entero, y en la que sólo puede haber una parte de ti mismo. En fin, que no ofreces al público todo tu talento, y pudiendo hacer todo lo que yo sé que eres capaz de hacer, es imposible que des esta obra ahora.

Esta sentencia brotó de labios de Pinchart, cayendo en medio de un doloroso silencio. Los dos amigos evitaban sus miradas. Estaban uno al lado del otro, como si fuesen dos extraños, dos enemigos. Cualquiera hubiera dicho que la franqueza de Pinchart había levantado una muralla de hielo entre él y Derstal. Al fin, y después de un suspiro lleno de angustia, Derstal dijo con voz temblorosa y mirada suplicante:

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

—¿Cómo quieres que me equivoque? He resistido á las seducciones de tu ejecución y de tu canto. No obstante, sabes bien con qué facilidad alucinas á tu auditorio. No, Oliverio, estoy seguro de mi juicio. Esta ópera será una obra encantadora; pero no es la que debes dar ahora al público. Te esperan y te acechan. Tienes muchos enemigos y muchos envidiosos. Procura no ponerte al alcance de sus tiros; se complacerían arrastrándote por el suelo. Cuanto más alto estés, más grande será tu caída.

—Pero tú me estás dando una impresión personal—exclamó Oliverio;—no está cimentada más que sobre consideraciones extrañas á la música. En fin, ¿el primer acto te ha gustado?

—Me gusta. Estrenarás esta obra dentro de dos ó tres años, si quieres, y la aplaudirán. Hoy caería sin recurso posible, muerta por sus cualidades, su gracia y su misma juventud. No se trata de complacer á tus detractores, hay que aplastarlos. Creo que me comprendes bien. Ahora, y puesto que tú lo quieres, veamos musicalmente las causas de mi juicio.

Cogió la partitura, la puso en el atril, se sentó al piano, y haciendo la crítica de la obra al mismo tiempo que la tocaba, fué demostrando su gracia, su facilidad y su encanto; pero también toda su picardía. Con inexorable competencia desmontó todo el andamiaje de la complicación técnica, tan ingeniosamente armado por su amigo, sólo para hacerle notar que había sido hábil hasta el extremo de parecer ficticio.

Como un condenado á muerte, Derstal le escuchaba, sin poder contestar una palabra. Pasó un momento, y una oleada de sangre afluyó á su rostro; sus dientes se apretaron y su rostro adquirió expresión desdeñosa.

—Abusas de tu éxito para anonadarme—dijo.
—Hace un mes no te habrías atrevido á hablarme como acabas de hacerlo. Ya no tengo un amigo en ti; tengo un rival. Obedeces á consideraciones

personales, tratando de introducir la duda en mi espíritu; quieres descorazonarme, matarme moralmente.

—¿Derstal!—exclamó Pinchart estupefacto.—¿Eres capaz de sospechar de mí? ¿Me acusas de una acción tan miserable? Si fuese capaz de lo que me reprochas, preferiría cien veces no volver á escribir una sola nota de música. ¿Yo pensar en hacerte daño, cuando querría ayudarte, infundirte valor, fortificarte?..... Me haces mucho daño; me tratas con una crueldad que no he merecido.....

—¿Qué pruebas tengo de tu sinceridad?—replicó Derstal enfurecido.—En estos tiempos la competencia es tan dura, que todas las maniobras son buenas para llegar al triunfo. Entre el éxito definitivo y tú, yo puedo ser un obstáculo, y tratas de quitarme de enmedio. ¿No he visto las peores acciones, las más desleales y feroces, cometidas por artistas en contra de sus amigos en el arbitrio de la lucha? Se lanzan calumnias en los periódicos, se hace insultar por asalariados, se inventan las más terribles maquinaciones para reducir á la nada los esfuerzos de un rival. Yo, que he asistido y frecuentado esta cocina del envenenamiento literario que se llama crítica; yo, que he visto reír burlescamente á los infames, midiendo los efectos de su veneno, y frotarse las manos oyendo los gemidos de las víctimas, ¿quieres que crea en tus protestas? Me tomas por un inocente

mucho más grande de lo que soy. En nuestro malsano ambiente del arte todo es posible, Pinchart, y todas las infamias parecen naturales. Los compositores pueden ser tan hipócritas como los literatos, cuando se trate de ser verdugos y darse aires de hombres de bien.

—¡Desgraciado! ¿Has llegado hasta semejante extremo de perversión moral? ¿Cuánto te compadezco y cuánto debes sufrir! Si yo hubiera adivinado el estado de tu espíritu, me hubiera callado. Yo tengo la culpa. Derstal, no he querido engañarte; te he hablado como hubiera deseado que me hablasen á mí mismo. Pero no por esto voyas á tomar mi juicio como definitivo. Después de todo, y como tú decías muy bien no hace mucho, yo no hago más que darte una opinión personal; puedo equivocarme.....

Con un gesto, Derstal hizo que se contuviese:

—No trates ahora de alabar lo que antes criticabas. ¿Cómo quieres que tenga confianza en ti, cuando dices que es blanco lo que hace un minuto decías que era negro?

Pinchart no supo qué contestar. Derstal, entristecido, se dejó caer en una silla, y dijo:

—¿Estará vacío mi cerebro? ¿Tendrá razón el imbécil de Harry cuando dice que sólo soy un agotado? ¿Es que sólo tenía ideas para escribir *Erin*, y ahora estoy condenado á la más desesperante esterilidad?

Se levantó de un salto, corrió hacia un mueble,

lo abrió, y tomando la partitura de *La Veneciana*, dijo:

—Si verdaderamente eres amigo mío, Pinchart, hagamos una última prueba. Escucha, compara y juzga.

Empezó el prelude del segundo acto, y en medio del profundo silencio que reinó, sus labios murmuraron el canto de los gondoleros, la deliciosa frase del tenor, y luego el gran dúo de amor. Pinchart, trémulo de gozo, oía aquellas notas, que, después de sus recientes angustias, le hacían el efecto de una oleada de confortante sonoridad. Sin poderse contener, exclamó:

—¡Qué hermoso es esto! ¡Esta vez eres tú, eres tú! Eso es Derstal puro, y de lo más potente que ha brotado de tu pluma. No dudes de ti mismo, pues nunca has estado más inspirado. Continúa..... continúa..... Al escucharte siento indefinible felicidad..... Este, éste es el buen camino..... Por esta vez has acertado con el camino que conduce á la gloria.

Derstal, exaltado y febril, continuó tocando por espacio de media hora, y cuando, palpitante de emoción, se separó del piano, vió á Pinchart que le seguía escuchando con los ojos cerrados, la sonrisa en los labios y como embriagado por el encanto de su música.

—¿Cuánto te falta escribir para terminar la partitura?—preguntó el autor de *Ariana*.

—Poco menos de un acto. La mayor parte del

tercero y algunos trozos del cuarto están hechos.....; pero necesitaría tres meses para terminarlos.

—Pues hazlo.

—¿Y de qué modo? Sería preciso marcharme de aquí, aislarme completamente. Ya has visto lo que puedo escribir, dadas las condiciones en que vivo: música de habilidad y de efecto, como con tanta razón la has calificado hace un momento.

—¿Ahora me crees?

—Después de haber vuelto á oír mi *Veneciana*, soy más de tu opinión de lo que tú mismo puedes serlo.

Dichas estas palabras se puso de pie. En la chimenea ardía un gran fuego, y recogiendo con gesto desdeñoso las hojas de la partitura destinada á América, las arrojó á las llamas.

—¿Qué haces?—exclamó Pinchart asombrado.

—Sanear esto—dijo fríamente Derstal.

Encendió un cigarrillo, lanzó algunas bocanadas de humo, y, como si resumiese su pensamiento, añadió:

—Para mí es cuestión de vida ó muerte. Recobraré mi libertad ó pereceré, desde el punto de vista artístico. Tú has visto primero lo que he conseguido hacer en medio del barullo de esta casa y con la charla cosmopolita que hiere continuamente mis oídos. A continuación te he hecho oír lo que escribí en Venecia, en la calma profunda de un retiro, en donde nadie sospechaba mi per-

sonalidad. Preciso es que escoja entre renunciar á mí mismo, es decir, á mi carrera, á mi porvenir, á todo lo que vale la pena de vivir, ó salir del mundo en que mi matrimonio me ha metido. Tú comprendes que éste no es un problema de fácil resolución y que me veré precisado á sostener luchas terribles.

—Tu mujer te quiere.

—Sí; pero ella se encontrará en una situación mucho más difícil que la mía. Tendrá que luchar con su familia, las gentes que la rodean y con sus gustos y costumbres.

—¿Crees que vacilará en seguirte? Porque es preciso que te siga.

—Dueña absoluta de sí misma, no vacilará un momento; pero tendrá que sufrir influencias ajenas: la aconsejarán del modo más perjudicial para mí.

—¿Cómo? ¿Sus padres y amigos no son de juicio recto y sano?

—¿Qué bueno eres, Pinchart! ¿Es que tú no has luchado nunca con el egoísmo? Y, además, ¿ese egoísmo estará al lado de los que aconsejarán á mi mujer que prefiera su vida de placeres, ó estará del mío, que la pediré que lo abandone todo, su familia, su casa y su lujo, para vivir en reclusión, con el único objeto de asegurar mi porvenir y mi gloria?

—Pero, Derstal, las costumbres comunes á todos los hombres, los usos sociales y la ley te dan

la razón y consagran tu derecho; la mujer debe seguir á su marido.

— ¡Triste poderío el que se obtiene por medio de la ley y de las costumbres! Yo querría poder convencer á Susana, animarla con mi deseo, hacerle compartir mi confianza y llevármela triunfante, como un amante se lleva á la mujer que adora, para vivir cerca de ella, lejos de la agitación del mundo, los meses que me son necesarios para terminar mi obra.

— Házsela oír — exclamó el músico, — y verás como no vacila en seguirte.

— Dado caso que me comprenda — contestó Derstal con infinita tristeza. — Hé aquí pronunciada la gran palabra; sí, dado caso que esté en estado de comprenderme, y de eso precisamente es de lo que no tengo la seguridad. Mi querido amigo, cometí un error gravísimo, y ahora estoy pagando duramente las consecuencias. Me casé con una mujer por su belleza, su gracia y su esplendor, sin tener en cuenta ni su inteligencia ni su bondad. Me arrastró la ambición; el espejismo de una incalculable fortuna me sedujo, y las halagadoras insinuaciones que se me hicieron acabaron de conquistarme. El cerebro tomó mucha más parte que el corazón en la elección que hice; traicioné un afecto imposible de reemplazar; negué á mis más abnegados amigos; renegué de mis más arraigados principios, y todo para que al cabo de unos meses tenga que reconocer que todo ha sido

inútil, y que ni siquiera he recibido el pago de mis infidelidades y apostasías. Tal vez bajo el peso de estas comprobaciones, que se parecen mucho á los remordimientos, mi cerebro se embota y permanece estéril. El terreno de la ingratitud es un terreno que no se puede cultivar. En él no crecen más que plantas espinosas y faltas de savia. Esta debe ser, sin duda, la explicación de mi lamentable estado intelectual. Mis pesares envenenan mi imaginación, y ninguna de mis ideas fructifica como fructificaban en otros tiempos. Un médico que consulté, me dijo sonriendo que estaba neurasténico, como todos los artistas de esta época; pero hay ratos en que creo que estoy loco. El aislamiento en que vivo desde hace un año, en medio de gentes que se ocupan de futilidades y que me han obligado á interesarme en la ineptia de sus ocupaciones, me ha puesto en el estado de depresión cuyos efectos estás viendo. Es preciso que salga de este centro deletéreo; es preciso que me bañe en un ambiente de actividad intelectual. Necesito oír hablar de otra cosa que de bailes, trajes, rivalidades mundanas, «firtéos galantes» y adulterios proclamados. Me ahogo en esta atmósfera mórbida y perfumada. Todos esos hombres y todas esas mujeres me inspiran horror, y hay momentos en que tengo deseos de coger el sombrero y escaparme para irme á refugiarme en un sitio en donde no tenga que volver á verlos más.

— Pues bien, es preciso que te marches y que

te acompañe tu mujer. ¿Qué pueden suponer para ella tres meses de aislamiento si los pasa á tu lado? Será una encantadora calaverada, pues no te irás al otro extremo del mundo. Contáis con medios para procuraros un lujo más que regular. Tu mujer irá á ver á su familia durante el día. Con gusto aceptará el régimen, que es el mismo para todas las mujeres desde que el mundo es mundo: vivir con su marido. Vamos, querido Derstal, un poco de confianza y otro poco de valor. Debes intentar la aventura; vale la pena; la gloria lo exige.

Como si haciendo el examen de su situación se hubiese abatido más profundamante, Derstal había vuelto á caer en su acostumbrado mutismo. Movi6 la cabeza al oír que Pinchart trataba de infundirle valor. Su rostro había adquirido una expresión de amargura y desaliento. La noche entraba, y en la obscuridad, que por momentos se hacía más intensa, aumentaba la melancolía de los sentimientos experimentados. Pinchart dijo á su amigo:

— Ya sabes que estoy á tu disposición. Suceda lo que suceda, si tienes necesidad de mí me encontrarás siempre. Una palabra y me tendrás aquí.

— Gracias—contest6 Derstal,—pero por el momento no puedo esperar nada más que de mí mismo. Es preciso que me liberte, y si semejante resultado se puede alcanzar, yo solo puedo conseguirlo.

Á través de los salones lujosamente decorados y amueblados suntuosamente, acompañ6 al buen Pinchart hasta el vestíbulo, en donde los solemnes criados le vieron pasar con impasible desdén.

La situación, tal y como Derstal la había descrito á su amigo, no podía ser más exacta. Bajo la nefasta influencia de Harry, el desacuerdo se hacía cada vez más patente entre el compositor y la familia Brand6n. Libres de la obligación de armonizar las conveniencias con respecto á Derstal, consultándole sobre la reglamentación de las diversiones que constituían su única ocupación, los Brand6n se entregaban á ellas con aturdidor frenesí. Incapaces de permanecer en reposo sin sucumbir al aburrimiento, se entregaban á una agitación que no les dejaba ni el tiempo necesario para reflexionar. El automóvil, ruidoso y rápido, símbolo fiel de su propia existencia, estaba constantemente bajo presión y dispuesto á llevarlos á las carreras, á los *garden-party*, á los *lunches*, á las exposiciones, atravesando París con gran estrépito é increíble velocidad, con los mugidos de la bocina que acababan de dar á sus actos y gestos el aspecto de un carnaval perpetuo.

Harry era el que entonces tenía la dirección de las diversiones de la familia, y tenía constantemente á su madre, á su hermana y á Jim en una continua fiesta, en la que tomaban parte todos los vividores que gustan de divertirse sin que les eneste nada. De Derstal, que trabajaba,

no se ocupaba nadie; sólo Susana iba alguna vez á turbar la soledad del compositor para dirigirle tiernos reproches por su intransigencia. Sufría realmente viéndose siempre lejos de él; pero Harry, con hipócrita rudeza, le decía:

— Querida mía, ¿qué podemos hacer? Ya sabes que todas nuestras tentativas para hacer sociable á ese solitario gruñón han fracasado. Si quieres, empiezas de nuevo la tarea de domarlo. El martes próximo tenemos que ir á un baile á casa de la duquesa de Spalatro; suplícale que te acompañe; tal vez esta fiesta pintoresca será de su gusto.

— Me alegraría muchísimo, pues le echo mucho de menos. Cuando alguien me pregunta con aire contristado: «¿No veremos esta noche á nuestro querido maestro? ¿No vendrá ni siquiera un momento?», siento una pena muy grande, y parece que no está nada bien que me presente en todas partes sin él.

— ¿Por qué no va contigo? Antes no te dejaba nunca.

— Hemos abusado de él. No es un hombre vulgar, y no se le puede tratar como.....

— Como á mí, por ejemplo — dijo Harry con burlona mala intención.

— Harry, te suplico que no te complazcas agravando la situación. Bastante comprometida está ya.

— ¿Por culpa de quién?

Susana, dominada por el altanero descaro de

su hermano, no se atrevió á replicar. Sin embargo, en su fuero interno se decía que si Derstal tenía alguna culpa no la tenía toda. Reconocía que su digna gravedad y su orgullosa obstinación no carecían de grandeza.

— Debes saber, Susana — agregó Harry, — que si esto me preocupa, es porque se relaciona contigo. Hace tiempo que estoy ya convencido de lo que de Derstal se puede esperar. Tienes todavía grandes ilusiones, ya las perderás.

La táctica de Harry conseguía desgraciadamente agravar el disentimiento que existía entre marido y mujer. Susana, molesta por la fría actitud de Derstal, no se arriesgaba á hacer ninguna tentativa acerca de él, y Derstal, herido por el abandono de Susana, hacía esfuerzos para arrojarla de su corazón. El contacto con la familia Brandón se había hecho tan insoportable para Derstal, que ni siquiera asistía á las comidas, única ocasión en que antes se encontraba con los habitantes del hotel. Almorzaba en los barrios apartados, donde no le conocía nadie, y comía en el círculo entre personas que le eran del todo indiferentes. Aquella soledad, en medio del movimiento y del ruido, era para él una especie de consuelo; tenía libertad para pensar, y poco á poco iba recobrando la posesión de sí mismo.

Cuando regresaba por la noche, siempre encontraba la casa vacía. Su mujer estaba en el teatro ó en algún baile. Se encerraba en su gabinete, y

antes de acostarse leía y fumaba. Muy entrada la noche, le despertaba la pesada puerta del hotel, cerrándose tras el coche en que volvían los dueños. El paso furtivo de Susana hería el pavimento del corredor, y algunas veces, cuando no era muy tarde, oía que intentaba abrir la puerta. Como el cerrojo estaba corrido, resistía, y entonces los pasos se alejaban, y Derstal se quedaba solo. Entre los dos esposos era completa la separación. El marido, sin hacer una observación ni dirigir un reproche, dejaba á su mujer que viviese á su gusto, y la mujer, sufriendo el ascendiente de su familia, la atracción de los placeres y la influencia de sus antiguas costumbres, dejaba que cesase lentamente toda comunión de ideas, toda relación de hecho con su marido, y establecía del modo más innegable la incompatibilidad de carácter que los alejaba.

No obstante, Susana, aunque profundamente herida por la actitud intransigente de Derstal, no se sentía libre de la ternura y de la admiración que le profesaba. Sufría mucho con lo que se obstinaba en creer que sólo era una equivocación; y como era incapaz de comprender las profundas causas del alejamiento del compositor, pensaba todavía que había de serle posible atraerle de nuevo á ella, y lanzarlo otra vez en el torbellino de su vida de placer. Una tarde, en el momento de entrar en su habitación, Derstal se sorprendió al encontrar encima de su cama un elegante dominó de seda. Llamó para informarse de quién

había llevado allí aquel disfraz, y el ayuda de cámara le contestó que había sido la señora quien «ella misma lo había llevado». Presintiendo algún atentado contra su libertad, Derstal se disponía á ir á ver á Susana para que le explicase lo que aquello significaba, cuando la joven, adelantándose á sus preguntas, entraba en su gabinete. En sus labios se dibujaba encantadora sonrisa. Cogió el dominó, y sacudiéndolo con coquetería, preguntó, acercándose á Derstal:

—¿Verdad que es un disfraz muy discreto y elegante para un hombre serio?

—Muy elegante y muy discreto—contestó el compositor.—Y el hombre serio á quien está destinado soy yo, ¿no es cierto?

—No empieces rebelándote—exclamó la joven, dando á sus palabras entonación jovial.—Primero, porque me causaría un gran pesar, y luego, porque lo causarías igualmente á una amiga nuestra que te estima mucho: la duquesa de Spalatro. No negarás que es una de tus más fervientes admiradoras; siempre habla de ti.

—Sí, ya sé que es muy benévola conmigo—dijo sonriendo Derstal;—pero ¿qué relación puede tener este disfraz con el favor que me dispensa la duquesa?

—Que se trata de ir á su baile, y que todos los hombres, aun los más graves y ancianos, deben ir por lo menos, vestidos con un dominó. De frac no se puede ir.....

—Pero yo no había hecho propósito de ir de ninguna manera. Esta es la primera noticia que tengo de la fiesta, y me coge desprevenido. Tendrás la bondad de excusarme, y como las demás noches, te pasarás sin mi compañía.

—Como las demás noches, sí; ¡qué cruel eres insistiendo en este punto!—respondió Susana con tristeza.

—¿Te molesta?—preguntó Derstal con frialdad.

—Ya lo sabes.

—Fues no podía figurármelo, porque si te molestase no verme contigo, te sería muy fácil quedarte á mi lado.

Susana enrojeció.

—¿Y cómo podría conseguir esto—dijo—si nunca estás aquí?

—Muy fácilmente, querida mía. Á pesar de lo que dices, me parece que aquí estoy ahora, puesto que hablamos, y que no son más de las seis de la tarde. La ocasión no puede ser mejor. Espero que me darás pruebas del pesar que experimentas por no estar conmigo con más frecuencia.

—¿Y qué pruebas quieres?

—Yo no he de someterte á exigencias extraordinarias; ni quiero torturarte, ni pretendo humillarte tampoco. En vez de ir á la «arlequinada» de casa de la duquesa, vente á comer conmigo, y pasemos la velada juntos.

—¿Y qué diría la gente después de lo que he prometido?—exclamó Susana con precipitación.

—¿Tienes la bondad de decirme de quién se trata? ¿Qué promesas has hecho? No me parece eso nada bien. ¿No será tu absorbente familia la que se ocultará tras esas «gentes» á las que según parece temes tanto?

—No creas semejante cosa—contestó la joven;—soy libre, y nadie me obliga.

—Entonces no hagas más que lo que tu corazón te dicte, y ven conmigo como te propongo.

—Pero este baile promete ser encantador. ¡Tengo un traje precioso! ¿Quieres que te lo enseñe?

—No; me apesadumbraría mucho. Esta noche quiero verte únicamente disfrazada de mujer que quiere á su marido.

—¡Qué malo eres! ¡Y yo que me regocijaba pensando que me acompañarías al baile! ¡Esto es agnarme la fiesta!.....

—Te ofrezco otra en cambio. Una comida en un gabinete reservado, y luego el teatro que quieras.

—¿Quieres que aplacemos eso para mañana?

—No; esta noche, ó nunca.

—¿O nunca?—repitió Susana fijando con espanto sus ojos en Derstal.

—Sí, Susana; esta noche, ó nunca. Es preciso que hablemos francamente, pues ha llegado el momento decisivo. Por debilidad he ido retardando una explicación, que es absolutamente necesaria para nosotros; pero puesto que ya ha empezado, no debemos interrumpirla hasta llegar á una conclusión clara y formal.

—Y esta conclusión, ¿cuál es?

—Puedes elegir entre dos: ó compartir mi vida, ó separarme definitivamente de la tuya.

—¿Cómo! ¿Consentirías en separarte de mí?

—Prueba de que no lo consiento de buen grado, Susana, es que me resisto y lucho con todas mis fuerzas para convencerte de la necesidad de compartir mi vida.....

—¿Separándome de mi familia?

—Como hacen al casarse todas las mujeres.

—¿Qué dirá mi padre?

—Dirá que eres una buena esposa.

—Nunca había previsto que abandonase mi casa para alejarme de los míos.

—Puedes hacer lo que quieras, pues no haré uso de mis derechos para obligarte á que me sigas.

—¿Entonces estás decidido á marcharte de aquí?

—Irrevocablemente.

—Pero, ¿por qué?

—Porque apenas se me considera más que á un criado y menos que á un pariente pobre. Se me mantiene, se me da habitación, y tengo que formar parte del cortejo. Siempre y cuando me muestre dócil y deferente, se me permite, de vez en cuando, que vea á mi mujer. Pues bien: es preciso que esto termine. Tu fortuna, bajo la cual me siento oprimido, la desprecio y la maldigo. Desearía que un cataclismo financiero te arruinase de la noche á la mañana, hasta el extremo de no

dejarte más que ojos para llorar. Yo me encargaría de secar tus lágrimas con mis besos, y te querría tanto, tanto, que te haría olvidar tus desastres con la dulzura de la vida que observaría á tu lado. No es necesario ser tan ricos para ser dichosos, Susana; créeme, que muchas veces una gran riqueza es un obstáculo para muchas alegrías. ¿Quieres probar la medianía al lado de tu marido? Viviremos con lo que yo gane, y sólo podrás contar con el presupuesto de una modesta burguesa. Pero yo llevaré á tu salón, por modesto que sea, á todas las celebridades con que cuentan las artes y las letras; los independientes á quienes el lujo de tus recepciones no ha podido atraer, irán á tomar una taza de té cuando sepan que sólo se les pedirán los frutos de su talento, y que podrán presentarse con el mismo traje que llevan por la calle. No tendrás carruajes, pero podrás alquilarlos; y cuando te miren por la calle, no será por la hermosura de tus caballos, será por la belleza de tu rostro. No dirán de ti «es la hija del millonario Brandón», dirán «es la encantadora mujer de Derstal». Yo sé perfectamente que aceptando esta aparente rebaja en tu posición en el mundo, me harás actualmente un gran sacrificio; pero yo te recompensaré en el porvenir dándote á la vez la fortuna y el renombre ganados con mi trabajo. No es con razonamientos como quiero convencerte, Susana mía; quiero convencerte con mis súplicas. Te ruego que te dejes con-

vencer, y que tengas confianza en mí. No calcules, escucha sólo la voz de tu corazón, que siempre ha estado de acuerdo con el mío. Acuérdate de nuestras caricias y de nuestros besos.....

Hablando de este modo, la había aprisionado entre sus brazos, y sugestionándola con su amor, prodigándola caricias, se apoderaba de ella y la reconquistaba. Emocionada, trémula, cautivada por aquella elocuencia que le parecía seductora; curiosa tal vez de las impresiones de aquella nueva vida que Derstal le acababa de describir, Susana iba á decir sí, cuando la puerta de la habitación se abrió, y en el hueco apareció la señora Brandón. Detrás de ella se deslizó Harry, sonriendo con inquietud.

—Susana, ¿qué haces? Te están buscando por toda la casa para peinarte.....

Haciendo un movimiento instintivo, la joven se había separado de su marido. Con pesar Derstal pudo convencerse del gran ascendiente que en el espíritu de Susana ejercían los Brandón. Todas las ventajas que su ardiente súplica le había hecho ganar se perdieron de pronto.

—No han encontrado á Susana—dijo,—porque la han buscado en todas partes, excepción hecha de donde debía estar: al lado de su marido.

—Es una reconciliación tan nueva y tan edificante—arguyó maliciosamente Harry,—que nos sorprende extraordinariamente; pero puesto que tan bien se encuentran juntos, creo, mi querido

Oliverio, que debe usted asistir á su tocado.... Llevará un gran sombrero Gainsborough, que, encima del pelo empolvado, hará un efecto maravilloso. Espero que nuestra llegada producirá gran sensación.....

—Buen provecho les haga—dijo Derstal;—son triunfos á los que no aspiro, y desde luego estoy dispuesto á no presenciarlos.....

—¡Cómo! ¿Susana ha fracasado en su tentativa? ¿Su rigor sigue siendo el mismo para nosotros?

—Veo que esta maniobra estaba concertada entre ustedes. ¿Es á usted á quien debo el haber encontrado aquí este dominó?

—¿Me guarda rencor por ello? Sería una ingratitude muy grande.....

—Yo sé muy bien todo cuanto les debo—replicó Derstal con amargura;—pero renunció á aumentar mi deuda. En este momento estaba anunciando á su hermana mi resolución. Me voy de esta casa, y deseo que mi mujer me acompañe.

—¡Susana!—exclamó con estupor la señora Brandón.—¿Has pensado en semejante cosa?

Miró alternativamente á su hija y á su yerno, y arrebatada por la sorpresa y la indignación, añadió:

—Salir mi hija de aquí ¿para ir.... adónde?

—Adonde le convenga vivir á su marido—respondió Harry.—Es el texto de la ley, querida madre.

—¡La ley!—replicó la señora Brandón.—¿Lle-

garía usted á proceder de semejante modo con nosotros, Oliverio?

—No lo tema usted—dijo Derstal;—no tengo el menor deseo de recurrir al comisario de policía. Si mi mujer no quiere seguirme de buen grado, se quedará.

—¿Pero qué significa todo esto? ¿Por qué causa ha tomado usted estas resoluciones, que nadie podría prever?

—Si no las comprende usted, señora—dijo Derstal,—renuncio á explicárselas.

—¿Qué motivos le hemos dado á usted para que llegue á ese extremo?

—Ninguno. Se me mantiene, se me da alojamiento, se me viste, estoy hecho un príncipe. Vivo en una jaula dorada; pero hay pájaros que sólo cantan cuando están en libertad.

—Caballero, si nos hubiese dicho eso antes, no le habríamos dado nuestra hija—replicó la señora Brandón, en la que el orgullo de raza, la omnipotencia de la riqueza y el amor maternal se combinaron bruscamente para sacarla de su acostumbrada placidez.—¿Es que nos equivocamos?

—No, señora; quien se equivocó fui yo, y nunca lo he comprendido mejor que en este momento.

Y volviéndose hacia su mujer, le dijo con mucha dulzura:

—Susana, es preciso que te decidas.

—Madre—dijo la joven,—debo irme con él; es mi deber.

—¡Es un loco, al que te prohíbo terminantemente que sigas!—exclamó la señora Brandón, dando rienda suelta á su indignación.—Me ofende con su incalificable actitud. ¡Desconocer de semejante modo todas las bondades que hemos tenido con él! ¿Qué era cuando le acogimos en nuestra familia? Un pobre compositor sin un céntimo, al que se le predecían éxitos para el porvenir.... Esos éxitos, ¿dónde están? Ha defraudado todas las esperanzas que se habían fundado en él. En todas partes me reciben con estas preguntas abrumadoras: «Y su yerno, ¿no hace nada? ¿Qué espera para dar al público una obra genial?» ¡Y ahora se descuelga diciendo que está enjaulado y que no puede cantar! Pues que se vaya á poner su nido en un árbol y que recobre la voz. Entonces veremos lo que conviene hacer. Pero entretanto, ¿me oyes, Susana? en nombre de tu padre, que está ausente, y cuya autoridad represento, te prohíbo que te separes de mí. ¿Qué le diría á Brandón si llegase mañana y encontrase vacío tu sitio en esta casa? Él, cuya fortuna le permite tratar de igual á igual á príncipes y reyes, ¿se dejaría dominar por un joven sin consistencia, únicamente porque es su yerno? Para tratar de poder á poder con Brandón es preciso tener trescientos millones de dollars, y ser, además, un hombre de primera fuerza. Hija mía, tu marido no es hombre que pueda hacer semejante cosa. Cuando tu padre esté aquí, pues yo le advertiré lo que sucede con un

cablegrama, se pondrá de acuerdo con él y obrará según lo que resuelvan. Hasta entonces, te ordeno que no te muevas de mi lado.

A esta explosión de autocracia familiar y financiera que transfiguraba á la pasiva señora Brandón, Derstal opuso la más desdeñosa frialdad.

—Aquí no se trata de dinero, señora; se trata de sentimientos, y en este orden de ideas no reconozco ninguna autoridad. Llevarme á su hija, después de las declaraciones que acaba usted de hacer, sería casi legitimar los agravios que, según dice, le he inferido; pero quedarme sería colocarme aún más bajo de lo que su desprecio me coloca. De un modo que no podía prevérsele hemos llegado á ponernos de acuerdo. La dejo, pues, con vuestro orgullo, con vuestra insensibilidad y con todos vuestros *dollars*. Como usted ha dicho, yo no soy más que un pobre compositor, y, por lo mismo, no me llevo de aquí más que mi música.

De un cajón sacó la partitura de *La Veneciana*. Susana, trastornada por la rapidez con que veía agravarse la situación, corrió al lado de su marido.

—¡Oliverio—exclamó,—por piedad, un poco de paciencia y un poco de moderación!

—Susana—dijo Derstal con tristeza,—las palabras que se acaban de pronunciar son imborrables. ¿Qué pensarías de mí si las sancionase con mi sumisión?

—Entonces, yo me voy contigo—dijo con desesperación.

—No, ahora no es posible. Reflexiona y espera. Quiero que medites con calma tu decisión. No puedo permitir que obres impulsada por un arranque generoso que luego podrías lamentar.

—¿Dudas de mí?

—¡Quién sabe!—respondió.

—Oliverio, tú no me quieres; tu única adoración es el arte. Yo lo suponía y tú me lo pruebas. Algunas veces te lo he oído decir: «Para un artista, lo único importante es la gloria.» Sin esta rival habríamos sido felices..... pero me sacrificas á ella.

Derstal, emocionado ante esta ardiente protesta, vaciló. Habría cedido tal vez, pero la irónica voz de Harry murmuró:

—Eso es dejar la luz por la sombra.

El rostro de Derstal se contrajo con amarga dureza; dió dos pasos resueltamente, y sin una mirada, sin añadir una palabra más, se fué.

Sentado á la mesa de su despacho, Lavirón estaba corrigiendo las pruebas de un artículo, cuando la criada, entrando bruscamente, le dijo:

—El señor Derstal pregunta si quiere recibirle.

cablegrama, se pondrá de acuerdo con él y obrará según lo que resuelvan. Hasta entonces, te ordeno que no te muevas de mi lado.

A esta explosión de autocracia familiar y financiera que transfiguraba á la pasiva señora Brandón, Derstal opuso la más desdeñosa frialdad.

—Aquí no se trata de dinero, señora; se trata de sentimientos, y en este orden de ideas no reconozco ninguna autoridad. Llevarme á su hija, después de las declaraciones que acaba usted de hacer, sería casi legitimar los agravios que, según dice, le he inferido; pero quedarme sería colocarme aún más bajo de lo que su desprecio me coloca. De un modo que no podía prevérsele hemos llegado á ponernos de acuerdo. La dejo, pues, con vuestro orgullo, con vuestra insensibilidad y con todos vuestros *dollars*. Como usted ha dicho, yo no soy más que un pobre compositor, y, por lo mismo, no me llevo de aquí más que mi música.

De un cajón sacó la partitura de *La Veneciana*. Susana, trastornada por la rapidez con que veía agravarse la situación, corrió al lado de su marido.

—¡Oliverio—exclamó,—por piedad, un poco de paciencia y un poco de moderación!

—Susana—dijo Derstal con tristeza,—las palabras que se acaban de pronunciar son imborrables. ¿Qué pensarías de mí si las sancionase con mi sumisión?

—Entonces, yo me voy contigo—dijo con desesperación.

—No, ahora no es posible. Reflexiona y espera. Quiero que medites con calma tu decisión. No puedo permitir que obres impulsada por un arranque generoso que luego podrías lamentar.

—¿Dudas de mí?

—¡Quién sabe!—respondió.

—Oliverio, tú no me quieres; tu única adoración es el arte. Yo lo suponía y tú me lo pruebas. Algunas veces te lo he oído decir: «Para un artista, lo único importante es la gloria.» Sin esta rival habríamos sido felices..... pero me sacrificas á ella.

Derstal, emocionado ante esta ardiente protesta, vaciló. Habría cedido tal vez, pero la irónica voz de Harry murmuró:

—Eso es dejar la luz por la sombra.

El rostro de Derstal se contrajo con amarga dureza; dió dos pasos resueltamente, y sin una mirada, sin añadir una palabra más, se fué.

Sentado á la mesa de su despacho, Lavirón estaba corrigiendo las pruebas de un artículo, cuando la criada, entrando bruscamente, le dijo:

—El señor Derstal pregunta si quiere recibirle.

El crítico levantó la cabeza, y como no dando crédito á sus oídos, repitió:

—¿El señor Derstal?

—Sí, señor, está esperando en el recibimiento.

—¿Le ha dicho usted que estaba en casa?

—Naturalmente, pues está usted. Además, debe haber visto el gabán y el sombrero colgados en la percha, y como se sabe que no tiene usted muchos donde elegir....

Lavirón suspiró, y con una mueca que no hacía presagiar una recepción de las más cordiales, dijo:

—Que pase.

Puso en orden sus papeles, se levantó y fué á sentarse junto á la chimenea, en donde pareció ocuparse con mucho cuidado de reanimar las brasas de un fuego próximo á extinguirse. La puerta, al abrirse suavemente, no le hizo volverse, y cuando la criada hubo anunciado á Derstal, se limitó á mover la cabeza, sin mirar al visitante.

—Siéntese usted, señor Derstal—dijo la mujer adelantando una silla.

Y salió.

Entonces Lavirón se decidió á hablar, y muy fríamente preguntó:

—¿Qué motivo le trae á usted á mi casa, caballero?

—La extrema desesperación en que me encuentro—contestó sencillamente Derstal.

—¡Ah!—murmuró el crítico.—¿Sus asuntos no

marchan tan brillantemente como había usted supuesto? ¿La especulación americana no produce todo lo que prometía? ¿Ha fracasado el *trust* artístico? Estas contrariedades las tienen con frecuencia los especuladores; pero luego viene el desquite: usted enjaretará una nueva ópera para el *Cosmopolitan*.....; con un poco de *cake-walk* y algunos vales.... alcanzará un gran éxito ante un auditorio de negros ó de orangutanes.

—Yo no escribiré ninguna ópera para el *Cosmopolitan*—dijo Derstal, sin darse por aludido por los sarcasmos del crítico.—He quemado la partitura que estaba escribiendo....

—¿Ha recobrado usted algo el sentido artístico, caballero?—dijo Lavirón, mirando de soslayo á su antiguo favorito.—Pero faltar á todos sus compromisos le costará algo caro.

—Menos caro que faltar á mi conciencia.

—Bueno, éstas son palabras mayores; pero, en fin, su suegro está de por medio para arreglar bien las cosas y facilitarle todos sus caprichos.

—Míster Brandón no arreglará nada, ni de hoy en adelante facilitará más mis caprichos: me he marchado de su casa.

—¿Y desde cuándo?—interrogó Lavirón, volviéndose bruscamente y mirando con fijeza á Derstal.

—Desde esta mañana.

—Es bien reciente; volverá usted; no se abandona tan fácilmente un comedero de oro....

—No volveré nunca más, porque he comprendido el desprecio que esas gentes sentían por mí, y no quiero merecerlo.

Lavirón no replicó, bajó la cabeza, revolvió las brasas con las tenazas, y al cabo de un momento dijo:

—Todo lo que el dinero toca se corrompe inmediatamente. El lucro es un agente irresistible de descomposición; el amor que no es desinteresado, es repugnante, y el arte que no está exento de venalidad pierde toda su grandeza. La gloria, como la pasión, debe tener la blancura y la dureza del diamante. Todo esto, Derstal, yo se lo había dicho muchas veces, y, al parecer, me creía usted; pero la juventud se deja arrastrar fácilmente, y comoquiera que la tentación no podía ser más seductora, usted la siguió por el camino pernicioso. Desde aquel momento sólo había para usted dos soluciones: ó dejarse bastardear por la ociosidad y el lujo, ó rebelarse contra la disminución de su individualidad. Una cosa podía costarle la gloria, la otra podía costarle la felicidad. Me dice usted que está desesperado, y esto me indica que se ha decidido usted.

—Sí, mi querido maestro—dijo Derstal con voz ahogada;—y al dirigirme á usted lo hago con el corazón rebosando amargura. Al verme solo, en mitad de la calle, sin apoyo y sin más equipaje que la partitura incompleta de *La Veneciana*, me he sentido tan débil, tan abandonado, que no he

tenido más que un pensamiento: venir á llamar á su puerta. Me he acordado de las bondades paternales que había tenido usted para mí, y también de sus rigores, que tanto he merecido; he concebido la esperanza de encontrar una gran indulgencia para mis faltas, y he creído que si venía á llorar á su lado, no me rechazaría.

Por sus mejillas rodaron lágrimas silenciosas y amargas. No las secó, y con una ternura que ya no era dueño de disimular, Lavirón descubrió en el rostro de Derstal las huellas de los pasados sufrimientos y de las humillaciones sufridas.

—Vamos, hijo mío—dijo el crítico, encontrando de nuevo el cariñoso tratamiento que en otros tiempos daba á aquel hijo de su pensamiento,—cuéntame todo. Ahora que estoy seguro de que eres sincero, quiero oírte. ¡Ah! Muchos momentos he creído que te habías perdido para el arte, para mí, para todos, y que me había equivocado con respecto á ti; pero veo que aquellos por quienes nos dejaste te han hecho comer un pan muy amargo. Benditos sean, pues con su modo de proceder te han devuelto á tu verdadero destino. Una operación quirúrgica, por terrible que sea, si salva al enfermo, no se debe lamentar. Tú te curarás, hijo mío, y yo te ayudaré.

Entonces, con completa franqueza, Derstal trazó al crítico el cuadro de su vida en la suntuosa morada de los Brandón, y le explicó las causas de su

desencanto y le confesó sus debilidades y complacencias; la incompatibilidad absoluta que se estableció entre los gustos, las tendencias, las necesidades de la carrera del artista, y las costumbres, preferencias y deseo de aquellos extranjeros instalados en la sociedad como en un hotel, y cortando todas las cuestiones con esta sola palabra: pago. Lavirón comprendió que el inocente Derstal, rui señor salvaje, encerrado con aquellos orgullosos guacamayos en una rica pajarera, había sentido la nostalgia de sus tranquilos bosques, y en medio de tantos gritos discordantes había perdido la voz.

—Esos americanos, amigo mío—le dijo,—tienen un temperamento completamente opuesto al nuestro. Son gentes nuevas que vienen de un país nuevo también, y que de pronto se encuentran en contacto con una raza muy antigua de un mundo muy viejo y muy refinado. Nos causan el efecto que debemos causar nosotros á los chinos cuando nos instalamos en su patria con nuestras costumbres y nuestras modernas invenciones: todo es chocante, sorprendente, extraordinario. Materialmente, el desacuerdo era inevitable, pues ellos ruidosos, precipitados, precoces y tumultuosos, mientras usted es reflexivo, tranquilo y reposado; pero intelectualmente, el antagonismo debía ser horrible. Ni una sola de sus ideas, desde el punto de vista estético, podía ser compartida por las gentes en medio de las cuales vivía usted. Un náu-

frago en manos de los habitantes de las islas Sondas no debe sentirse más expatriado de lo que lo estaba usted en el seno de la familia Brandón. Seguramente ellos no se sentían animados de malos deseos; pero les era imposible realizar sus buenas intenciones, dado caso que las tuviesen. Es una cuestión de raza y de educación; forzosamente tenían que vivir siempre como gatos y perros. Sin embargo, ¿Susana le quiere á usted?

—Me quiere—dijo Derstal.

—¿Ha tratado usted de arrancarla del ambiente que la rodea? Porque al fin y al cabo, usted es su marido y tiene derechos sobre ella.

—La pobre estaba dispuesta á seguirme, á pesar de la resistencia de los suyos. Yo soy quien se lo ha impedido. Al llevármela, se habría podido creer que intentaba un negocio miserable. Esto me ha indignado.

—Sin embargo, si ella se dirige á usted, ¿la rechazará?

El rostro de Derstal enrojeció.

—He pensado que efectivamente podría venir á mí; ése sería mi triunfo. ¿Me aconseja usted que no la rechace?

—Sin duda alguna. Hijo mío, si esa mujer es lo bastante noble de corazón y de espíritu para preferir su amor y su gloria al lujo ridículo de su familia, sería usted un loco no secundando su tentativa. Usted se ha marchado de su casa para recobrar su independencia; si ella quiere com-

partirla con usted y con su pobreza, ¿con qué derecho se lo impediría usted?

—¡Ah, no digamos locuras!— exclamó Derstal con abatimiento.— No vendrá; el lujo sujeta con cadenas tan poderosas, que ella no tendrá bastante fuerza para romper.

—Y usted—dijo Lavirón, mirando fijamente á Derstal,— ¿tendrá bastante fuerza para persistir en su resolución?

—Sí, mi querido maestro, y crea que no tendré gran mérito; pues dadas las condiciones en que vivía, no me quedaba más recurso que elegir entre la fuga ó el suicidio.

—¡Pobre hijo mío! ¿Tanto has sufrido?

—Imagínese un desgraciado que siente que su cerebro pierde toda su fuerza, que pierde también la noción de sí mismo, y que se busca, sin conseguir encontrarse. Esa era mi vida: me volvía loco de enervamiento y de inquietud. Entonces comprendí que era preciso elegir entre la muerte de mi pensamiento y mi vida ordinaria, y resolví libertarme de una vez.

—¿Y qué es lo que piensa hacer de su libertad?—preguntó Lavirón.

—Trabajar sin descanso hasta que *La Veneciana* esté terminada. Es cuestión de dos meses.

—¿Y cómo vivirá usted durante este tiempo? Yo no soy rico, pero cuanto tengo está á su disposición.....

El joven bajó la cabeza.

—No necesitaré nada..... Desde hace un año mis derechos se acumulan sin que haya tocado un céntimo. Indudablemente tengo á mi disposición más dinero del que necesitaré. Esta noche iré á dormir á casa de Pinchart, y mañana me instalaré cerca de París, en un rincón solitario donde pueda trabajar con silencioso recogimiento. Con objeto de que no vengan á importunarme, no daré mi dirección más que á usted y á mi editor.....

Con un gesto Lavirón aprobó las palabras del joven, y luego, mirándole fijamente, como si quisiese leer en el fondo de su interior, dijo:

—¿Y esto es todo? ¿No irá usted á ver á nadie más?

Reinó un momento de silencio, que rompió Derstal para decir con voz trémula:

—Usted quiere referirse á Eva Brillant, ¿no es cierto?

—Sí, á Eva Brillant.

—Después de mi brusca marcha de casa de los Brandón, si volviera á ver á Eva daría lugar á que mi mujer y sus padres creyesen que mi resolución ha sido motivada por causas que la desnaturalizarían completamente. Si quiero pasar por un hombre honrado, no puedo vivir más que en la más completa soledad.

—Perfectamente; estamos de acuerdo. No pierda tiempo, hijo mío; adiós, y valor.

Al día siguiente, Derstal y Pinchart fueron á Saint-Cloud, y el primero alquiló un pabellón

amueblado, rodeado de un bonito jardín, y enclavado en el parque *Pozzo di Borgo*. Desde las ventanas, la vista se extendía por el Sena, el bosque de Bolonia y París. Un jardinero y su mujer vivían en la casa, y se encargaban de servir á Derstal. Pinchart se encargó de enviar un piano á su amigo, y el compositor durmió aquella misma noche en su nueva morada. Sólo hacía veinticuatro horas que se había marchado del hotel de la plaza de los Estados Unidos, y le parecía que habían transcurrido dos años. Había tenido la agradable sorpresa de encontrar en casa de su agente una cantidad bastante crecida de derechos, y su editor se había apresurado á ofrecérsele. Reafirmado su espíritu y recobrado el impulso, el deseo de trabajar se le impuso de nuevo.

Después de una noche tranquila, se levantó temprano y salió al jardín. El aire era fresco, y el sol de Abril hacía que se abriesen los botones de los árboles. Las abiertas flores de los árboles frutales hacía que pareciesen cubiertos por un velo rosa y blanco. Derstal respiró con delicia los acres olores de la tierra, calentada por la fecundación. Pasando por una callejuela, llegó hasta la línea del ferrocarril, y siguiendo la orilla del Sena anduvo hasta llegar á Suresnes. Allí se detuvo, almorzó en un ventorrillo frecuentado por los descargadores de los barcos, y se entretuvo viendo pasar los remolcadores y escuchando el silbido de sus máquinas.

Á las cuatro volvió á Saint-Cloud, en el preciso momento en que acababa de llegar el piano prometido por Pinchart. Derstal se puso á trabajar, y de un tirón bosquejó el final del tercer acto, que desde por la mañana estaba dándole vueltas en su imaginación. Comió, se acostó á las nueve y durmió tranquilamente. Al día siguiente por la mañana estaba trabajando de nuevo, cuando el jardinero, que estaba arreglando la casa, entró bruscamente y le dijo:

—Señor, un caballero pregunta por usted....

Asombrado, Derstal salió al jardín, y ante la escalinata encontró esperando á su cuñado Harry.

—Buenos días, querido Oliverio—dijo el joven americano sabiendo flemáticamente los escalones.

—Es bonita esta casa. Un poco fría, pero ya se acerca la primavera..... ¿Le extraña á usted verme? Vamos, usted no podía pensar que todo hubiese terminado entre nosotros: es usted el marido de mi hermana.....

Derstal, sonriendo irónicamente, preguntó:

—¿Cómo han sabido ustedes que me había retirado aquí?

—¡Oh, muy fácilmente! Un grande hombre no puede perderse en París sin dejar huella de sus pasos..... Encargué á una agencia que le buscara, y antes de veinticuatro horas nos han dicho dónde estaba. Para encontrar á los hombres honrados no hay nada como estas agencias; pero parece ser

que cuando se trata de pícaros no se pone nada en claro.....

Habían entrado en el salón que servía á Derstal de gabinete de trabajo: Harry, señalando al piano, dijo:

—Este ha sido el traidor: por él se ha sabido en dónde estaba usted. Un compositor no podía vivir sin piano, y sólo había dos casas para escoger: Erard ó Pleyel. En una hora, y por el constructor, se ha sabido que estaba usted aquí.

—Muy ingenioso—dijo Derstal;—pero ¿puedo conocer el objeto de su visita?

—¡Ah, querido!..... Veamos..... Nosotros no podemos continuar en la situación en que nos ha dejado usted....., y eso debe comprenderlo perfectamente.

—De ningún modo, no lo comprendo—contestó friamente el compositor.

—Pues bien, yo se lo digo..... Su marcha de casa es una testarudez, una cabezonada; usted ha debido reflexionar.

—Con efecto, he reflexionado; pero mis reflexiones no han modificado mi resolución.

—Qué, ¿persiste usted en la idea de separarse de nosotros?

—Libre y pobre, sí.

—¿Y su mujer?

—El sitio de mi mujer está en mi casa. Se lo reservo, y puede venir á ocuparlo cuando le plazca.

—Pero esto es una locura.

—Si ha venido usted para discutir conmigo, mejor hubiera hecho en no molestarse.

—Entonces, ¿es usted irreductible?

—No tengo más remedio que serlo. Después de las palabras pronunciadas ayer por su madre, no puedo volver sobre mi resolución sin deshonrarme.

—Mi madre se enfureció; lo lamenta.

—En un momento de franqueza dijo lo que nunca había dejado de pensar: su hermana, su familia, y usted mismo, tuvieron un capricho por el artista; el capricho ha pasado, y, ¿qué diablos hacer con él? Un objeto, un mueble que deja de gustar y que molesta, se revende. Pero un marido..... Y hé aquí que todavía se atreve á insubordinarse, y se marcha de casa. Como es muy conocido el incidente, no puede pasar inadvertido, y los periódicos lo comentarán. ¡Esos Brandón que se pagaron un grande hombre! Y resulta que el grande hombre se queda reducido á nada, y no da dividendos de amor propio. Con todo esto, ¿no se puede divertir á la galería? Pero aún hay más: no contento con no ser de ninguna utilidad, introduce la discordia en la familia. Que le vayan á buscar, y, por lo menos, que vuelva. Ya que no sirve de provecho, que no sea perjudicial. Vamos, Harry, tome el tren, vaya á Saint-Cloud, y no vuelva sin traerlo.

—Oliverio—dijo el joven Brandón,—¿cuánta amargura respiran sus palabras!

—¿Usted sabe lo que he tenido que sufrir

desde que entré en su familia? — replicó Derstal con energía. — ¿Sabe usted la vida que observaba, y que de haberse prolongado me habría conducido á la pérdida total de mi personalidad, cosa que habría acabado por desesperarme, hasta el extremo de que un día me habrían encontrado ustedes sentado delante del papel de música con la cabeza destrozada? Abriéndome las puertas de su casa, tanto usted como los suyos, creyeron que daban mucho, pero me daban cien veces menos de lo que yo les devolvía..... ¡Millonarios como Brandón! Un *trust* afortunado los produce todos los días en un país como el suyo en que todo se valúa y se paga; pero yo, yo.....

Una llamarada iluminó los sombríos ojos de Derstal. Se levantó ante Harry con orgullo, y consciente de su fuerza y seguro de su genio recuperado, añadió:

—No vayamos más lejos..... Yo pondría en la balanza que sirve á su padre para su comercio mi pasado y mi porvenir, y ustedes me acusarían de ser un monstruo de orgullo. Pero no olvide nunca esto: estoy otra vez en posesión de mí mismo. Sé lo que valgo, y por todo el oro de los Brandón no volvería ahora la espalda al camino que debo recorrer. Las últimas palabras de su hermana fueron éstas: «Tu no tienes más pasión que la gloria.» Pues bien; creo que tuvo razón. Sin embargo, á ella también la quiero sinceramente, y puede usted decirla que la espero.

Harry, mucho más emocionado de lo que habría querido parecer, tuvo la sensación de que Derstal decía verdad; que había vuelto á ser el gran artista que los había subyugado á todos, y que, al recobrar su libertad y poderío, se había puesto de nuevo en camino para realizar su admirable destino. La rabia y la envidia trastornaron su cerebro.

—Derstal, — dijo — no olvide que una mujer abandonada puede recurrir al divorcio, y que las afecciones antiguas pueden ofrecerla una existencia más halagüeña.....

—Jim, ¿no es cierto? — replicó el compositor con rudeza; — y los cerdos de Cincinnati, y las fábricas de Chicago, y los cauchos de San Lorenzo, y todo el lujo, todas las coqueterías y todos los «firtes»..... eso será lo que ustedes reservan á la que ha sido la compañera de Oliverio Derstal. Déjenla escoger: si vacila un momento, demostrará que no era digna del nombre que llevaba, y el último pesar que habrá dejado en mi corazón se extinguirá para siempre.

Saludando á su cuñado con una altiva inclinación de cabeza, abrió él mismo la puerta, indicándole la salida. Al quedarse solo se sentó al piano, y al alejarse Harry pudo oír que había reanudado su trabajo, interrumpido sólo para recibirlo. En ninguno de los momentos de su carrera Derstal se había sentido tan dueño de su cerebro, tan seguro de su esfuerzo, y nunca había

trabajado con tanta abundancia y fuerza. Como una fuente seca que durante los largos meses de invierno y de nieves se ha ido llenando silenciosa y pausadamente, su inspiración brotó clara, abundante y poderosa. Sintió que lo que escribía era excelente, y sin vanidad, con una clarividencia asombrosa se daba cuenta del efecto, como si hubiese sido á un tiempo autor y público. Los motivos repercutían en su espíritu, y los iba anotando sin ningún arrebató y sin sentir la más ligera emoción febril. Escribía con una razonada lucidez que hacía imposible todo error. Los hilos de su pensamiento se cruzaban y se confundían, formando el espléndido tejido de su obra. Y al recordar la posesión de sí mismo, cosa que habría debido embriagarle, se sentía triste: una profunda amargura se apoderó de él al comprender que aquel florecimiento intelectual nacía de sus sufrimientos, y que la desgracia había sido el fecundo terreno en donde habían germinado las flores de su genio.

A los pocos días, se fué á París para ver á su colaborador Claudio Labarre. Salía de casa del célebre autor dramático, y sin detenerse á callejear se dirigía de prisa hacia la estación de San Lázaro, cuando, al cruzar por la calle de Caumartin, tuvo que detenerse para dejar paso á un lujoso carruaje cuyo caballo piafaba impacientemente como protestando de la lentitud con que le obligaba á marchar la afluencia de coches. Una exclamación

ahogada llegó á sus oídos, y levantando los ojos, reconoció á Susana tras los cristales de la ventanilla. La joven, con el rostro cubierto por intensa palidez, le hizo señas para que la esperase, al mismo tiempo ordenó al cochero que se detuviese, y con indecible precipitación se apeó de un salto. Derstal, inmóvil en el borde de la acera, la recibió en sus brazos.

Lo imprevisto del encuentro, la espontaneidad de la manifestación y el ardor del impulso hicieron mucho más que las mejores explicaciones. Un momento después los esposos se estrechaban las manos. Sin decir una palabra pasearon una mirada en torno suyo; divisaron San Luis de Autún, y con la misma idea, no pudiendo hablar en la calle y teniendo necesidad de encontrarse solos y frente á frente, subieron los escalones y entraron en la iglesia. En una capillita oscura y desierta se sentaron, sintiéndose muy emocionados por la gravedad del lugar, y turbados por la importancia de lo que tenían que decirse. Fué Susana la que, con su acostumbrada claridad, habló la primera.

—Me has abandonado, Oliverio, y si la casualidad no nos hubiese reunido hoy, tal vez no nos habríamos vuelto á ver. ¿Aceptabas esta separación sin hacer ningún esfuerzo para ponerla un término? ¿Tan poco me quieres? Confiesa que he tenido muy poco amor propio corriendo hacia ti en cuanto te he visto; porque si no me hubiese apeado, ¿quién sabe si me habrías dejado pasar, di-

rigiéndome tan sólo una mirada indiferente! Confiesa también que soy muy poco rencorosa al hablarte con tanta dulzura después de lo que mi hermano me ha contado de su entrevista contigo.

—Querida Susana, yo estoy convencido de que si no hubiese tenido que tratar más que contigo, nuestra buena armonía no se hubiera turbado nunca.

—¡Oh! Seguramente vas á hablarme mal del pobre Harry, que siente tanto como yo misma lo que está sucediendo..... No has interpretado bien sus intenciones, Oliverio; Harry te ha profesado siempre tanta admiración como afecto.

—Exactamente lo mismo—dijo sonriendo Ders-tal;—esto es una gran verdad.

—¡Siempre la ironía francesa! ¿Crees que te odia y te desprecia?

—No me ha dado ningún motivo para dudarlo.

—¿Mi hermano?

—Sí, Susana; tu hermano, Harry, el triunfador de *Atala*.

—Es error tuyo.

—No lo creas. No tengo el menor resentimiento en contra de ese muchacho; no lo merece. Pero en obsequio á ti no quiero ocuparme de él, y no te diré todo lo que de él pienso. Hablemos de ti, Susana, pues es el único medio que tenemos para no hacernos sufrir. Yo sé que eres sincera, como lo era yo mismo, y te he querido con tanta ternura.....

—¡Me has querido!..... Esto es el pasado, Oliverio..... ¿No me quieres ahora?

—Susana, ¿tengo siquiera ese derecho? ¿Acaso no eres más que una coqueta que quiere inspirar amor para hacer sufrir al que te ame? Yo te he querido, y ese amor es uno de los recuerdos más gratos de mi vida; pero si fuese lo bastante loco para quererte ahora que estás lejos de mí, ¿no me condenaría á los más horribles tormentos?

—¡Ya no me quieres!—gimió Susana.—Los que están á mi alrededor tienen razón cuando me lo dicen. Si me quisieras no habría obstáculo que te pareciese infranqueable para reunirme conmigo. Reflexionas fríamente tus acciones; tú dices: haré, ó no haré esto. Oliverio, esto no es amor. El que tuviste por mí, si es que te lo he inspirado alguna vez, murió en el momento que saliste de casa. Yo tenía una rival demasiado poderosa en tu corazón, y esa rival, esa pasión que te sujeta y domina es la música. Veo claro que no piensas más que en ella y que por ella me traicionas. Ha sido suficiente que tuvieses que escoger entre las dos para que me viese abandonada.

—¿Y por qué me he visto precisado á escoger? ¿Por qué no llegaron á compenetrarse de modo que no me hubiese sido posible separarlas en mi pensamiento? Si todas mis ideas, si todos mis sueños te hubiesen tenido por confidente, ¿cómo habría podido alejarme de ti? Mi inspiración habría debido nacer en ti, Susana, y yo habría debido

encontrarla en tus ojos y en tus sonrisas. Las heroínas que mi inspiración acariciaba habrían debido encontrarse en Susana, y acercárame á mí hablándome con su voz. Entonces yo te hubiera cantado, como fueron cantadas Beatriz y Leonor, y mi obra hubiera sido su evocación musical y amorosa. Tú habrías reinado en mí y por mí. Esto era lo que yo deseaba de ti, Susana, lo que traté de hacerte comprender; pero arrastrada por la corriente de tus placeres, de la elegancia, de la coquetería y de los goces frívolos que ocupaban todos tus instantes, no me entendías. No tardaste en encontrarme ridículo porque carecía de seguridad, de pretensiones y de desenvoltura. Aburrido y lacio cruzaba por los salones en donde los brillantes monarcas del ocio desplegaban todas sus gracias y conquistaban todos los sufragios. El pobre diablo de Derstal, comparado á todos los vizcondes y marqueses que mariposean, coquetean y charlan, no podía hacer gran papel. El artista, en medio de todos aquellos señores, estaba fuera de su centro. Poco á poco te fuiste acostumbrando á no contar conmigo para nada. Llegué á convertirme en una figura decorativa, en un objeto de utilidad mundana. Me hacían acompañar á señoras sin voz, sin ritmo, sin compás y sin gusto que destrozaban la música de los grandes maestros con el aplauso de una galería de imbéciles. Poco faltó para que se me rogase que diese vueltas al manubrio de un piano mecánico para que bailasen las jovencitas.

Y todo esto, Susana, sucedía en tu presencia, sin que, al parecer, te diceses por enterada. Casi aprobabas que me humillasen y que hiciesen del hombre cuyo nombre llevas un comparsa ridículo y sin importancia. Ni una sola vez protestaste: continuabas sonriendo, cantando, bailando con los demás. Era ya tiempo de que rompiese mi cadena y recobrase la libertad. Habrías concluído por despreciarme; y á fuerza de ver á tu madre, á tu hermano y á tus amigos que me trataban como á un criado, habrías acabado por decirte: puesto que acepta este tratamiento, es que lo merece. He aquí por qué me marché, Susana, porque te quería, y sufría mucho al ver que dejabas de quererme y no quería que tuvieses de mí un recuerdo miserable.

Susana permaneció un momento silenciosa; y una arruga surcó su blanca frente. Dejó vagar su mirada alrededor de la capilla, y á través de las tinieblas que invadían el templo, vió un cuadro en el altar que representaba á la Magdalena á los pies de Cristo. Con sus rubios cabellos la pecadora rozaba los pies del divino Maestro, y prosternada despojándose de sus suntuosos adornos y ricas joyas, hacía voto de consagrarse á El en la pobreza y en la oración. La joven creyó que la Magdalena tenía sus rasgos, y que la renuncia que hacía por amor al Salvador se lo aconsejaba á ella misma su misterioso destino. Con la emoción más viva retratada en el rostro, se volvió hacia Derstal, y cogiéndole una mano le dijo:

—¿Es demasiado tarde para reparar esas faltas y para recobrar el sitio que no he sabido hacerme á tu lado?

—Capricho de una hora, Susana—dijo Derstal con melancólica sonrisa.—Resolución encantadora, pero que no durará.

—¿Por qué?

—Porque creo, con la mejor buena fe del mundo, que eres incapaz, aun haciendo los más grandes esfuerzos, de aceptar la vida que te sería necesario soportar á mi lado. Eres pájaro de jaula, Susana, y la inmensidad de los bosques te daría miedo y te morirías de tristeza.

—¿Tan vana me juzgas? ¿Y si intentáramos hacer la prueba?

—En mi casa tienes tu sitio—dijo Derstal.—Así se lo dije á tu hermano, y puedes ir á ocuparlo cuando quieras, pudiendo dejarlo si no te acomoda. Nunca podrá decirse que yo me he opuesto á que cumplas con tu deber, y te apartes de las futilidades de tu existencia para aceptar las graves preocupaciones de la mía.

—Está bien; acepto.

—¿Cuándo irás?

—Ahora mismo.

—¿Tan pronto, Susana?

—¿Te arrepientes de tu resolución?

—Esta prontitud me asusta. Semejante proyecto exige que se piense en él detenidamente. ¿Qué dirán en tu casa si no vuelves esta noche?

—Le daré una tarjeta al cochero para que me manden una doncella y ropa..... ¡Oh! No me rechaces..... Creería que no me tomas en serio, y esto me ofende cruelmente.

Estaban solos en la obscura capilla; en la iglesia reinaba imponente silencio, y los cirios del altar mayor brillaban en la obscuridad. Susana se acercó á Derstal, apoyó la cabeza en su hombro y, con un suspiro, murmuró á su oído: «Te quiero.» Emocionado, tembloroso, él se volvió y sus labios se juntaron.

Al llegar á Saint-Cloud todo fué objeto de asombro y alegría para Susana. La pequeñez de la casa, la sencillez de las habitaciones, la frescura del jardín, el aspecto que ofrecía París, visto desde allí y á la luz de la luna, la encantaron. Su instalación en la casita, era para ella tan nueva como imprevista. Todo divertía á la joven, desde la sorpresa del jardinero, cuando Derstal le ordenó que pusiese dos cubiertos en la mesa, hasta el aire escandalizado de la honrada campesina, que sin duda tomaba á Susana por la querida de una noche, que volvería á marcharse al día siguiente.

Inauguró su reinado cambiando de sitio los muebles de la habitación de dormir. Con apetito devoró la frugal comida que estaba dispuesta para Derstal, y después de los postres, se puso el abrigo, y cogiéndose del brazo de su marido, le hizo salir para que les diese el aire. Alumbrados por la luna pasearon por el solitario camino, libres, despre-

ocupados y más unidos de lo que habían estado nunca. Volvieron á las nueve, y encontraron la casa iluminada y encendida la chimenea de su habitación. Como Susana no tenía más traje que el puesto, se endosó una bata que Derstal se ponía para trabajar por las mañanas. Estaba tan hermosa, tan seductora, con los negros cabellos casi sueltos, que hacían resaltar más aún la blancura de su piel, que Derstal la obligó á sentarse sobre sus rodillas, y empezó á despeinarla con tanto ardor que la joven exclamó:

—¡Si mamá nos viese!.....

Fué la única palabra por la cual manifestó que se acordaba de que tenía una familia; y la evocación fué hecha tan cómicamente que Derstal no pudo tomarla á mal. Al día siguiente, cuando Susana se vestía perezosamente y pensaba, no sin un poco de melancolía, que tendría que ponerse el mismo traje que llevaba la vispera, un *breack* cargado de baúles se detuvo á la puerta del jardín, y de él se apearon una doncella y un criado. Era la casa Brandón que se introducía en la morada de Derstal. El compositor, que estaba trabajando, salió de su gabinete para presenciar y dirigir la colocación del equipaje de su mujer. Una vez puesto todo en orden, dijo al criado que podía volverse á París, de lo que pareció muy satisfecho, y se quedó con la doncella.

Esta era una parisiense avispada y activa, que había vivido ya en América con sus dueños, y que

despreciaba á los Brandón casi tanto como se interesaba por Derstal. Sentimental y habladora, loca por el teatro y devoradora de novelas, sabía establecer la diferencia entre unos nababs, como los Brandón, y un pobre artista, como «el marido de la señora». En la repostería había dicho muchas veces: «Sus sacos de millones no sirven para nada. Les sirvo porque me dieron doscientos cincuenta francos al mes para que fuese con ellos á su cochina América. Pero preferiría quedarme con el señor Derstal por cuarenta francos, porque es un hombre que sabe hablar con sus inferiores, y cuando nos mira no lo hace con ese desprecio irritante, ni nos trata como si fuésemos negros.»

Aun cuando Derstal no se lo figuraba, Julia era, por rara casualidad, la aliada más segura que pudo colocar al lado de su mujer. Desde el primer día había advertido á Lavirón y á Pinchart, dándoles cuenta del acontecimiento que tan dichosamente alteraba su vida, rogándoles que fuesen á verle lo más pronto posible. Consideraba de absoluta necesidad romper la monótona existencia que Susana tendría que observar en Saint-Cloud. Desconfiaba de las resoluciones de su mujer, y creía que lo más prudente habría de ser introducir alguna variedad en las veladas que había de pasar en el campo.

Dos días después Lavirón se presentó á las cuatro de la tarde, y sus corteses maneras y su amable finura, que recordaba el antiguo régimen, gus-

taron mucho á Susana. Se puso á hablar con la joven, y el encanto de su conversación, nutrida de citas y de ingeniosos incidentes, había seducido á la ignorante y primitiva americana. Una discusión entablada sobre Gluck había llevado á Lavirón á relatar las querellas de los gluckistas y piccinistas, y la intervención de María Antonieta, las intrigas de la corte, el favor del Polignac, las relaciones alemanas de la reina; todo expuesto con un interés tan sostenido, que Susana no se había dado cuenta del tiempo transcurrido. Para apoyar las aseveraciones del crítico, Oliverio se había sentado al piano para cantar con su hermosa voz algunos trozos de *Ifigenia*. Lavirón había hecho el comentario de la música y demostrado la poderosa sencillez y la sinceridad dramática de la declamación. Al dar las once el crítico exclamó: — ¡Diantre! ¡Mi tren! No quiero llegar demasiado tarde á París.

Derstal y Susana le acompañaron hasta la estación, y volvieron cogidos del brazo sin pronunciar una palabra, impresionados por la límpida claridad del cielo. Susana pensaba, no sin asombro, en las satisfacciones que había experimentado en aquella velada, pasada en familia al lado de la chimenea, tan distinta de aquellas otras, ruidosas y ficticias, que constituían su encanto la semana anterior. Llena de vergüenza, se daba cuenta del daño que á sí misma se había hecho dejando á Derstal por sus acostumbrados «flirteos.» La parte

seria de la existencia se le apareció en un instante, siendo todo tan nuevo y diferente de lo que hasta entonces había conocido, que le habría sido imposible sospechar todos los encantos que encerraba.

A decir verdad, en América no existía nada semejante. Aquella morada de artista, grave y alegre á la vez, silenciosa y llena de ideas, apacible y brillante á un mismo tiempo por la inmovilidad física y por la actividad intelectual, era una verdadera especialidad de Europa. Podría encontrarse en Inglaterra, en Alemania, en España, países de una cultura literaria y musical refinada; pero la tumultuosa América, con su tendencia á vivir siempre fuera de casa, recorriendo las calles, pasando el día en tranvía ó en ferrocarril, comiendo en el *bar* y descansando en el *club*, no podía detener su desenfadada carrera de negocios hacia la fortuna, para gozar las satisfacciones delicadas de una existencia exclusivamente consagrada al arte. Había una diferencia tan grande entre el modo como había visto comprender la vida hasta entonces por sus compatriotas, amigos y parientes, y el adoptado por Derstal, sus amigos y compañeros, que por sí sola explicaba todos los errores. Un sér viviente y activo, al que bruscamente se hubiesen cortado las piernas y se hubiese visto obligado á vivir acostado é inmóvil, no hubiera tenido que soportar un cambio más completo que aquel al que Susana se había sometido.

Estuvo quince días sin ir á París, dando noticias de su salud á su madre por cartas que al ir á paseo dejaba en el buzón. Derstal le decía riéndose:

— Susana, el tren va á pasar. Si tienes deseos, vete á visitar á tus amigos. No quisiera que se figurasen que te tengo secuestrada. ¿Qué deben pensar tus relaciones de una desaparición tan prolongada?

— Que piensen lo que quieran. Estoy bien aquí, y me voy aclimatando poco á poco. Voy adquiriendo tus nuevas costumbres, tus gustos y tu modo de comprender y de ver, que son tan distintos de los míos, ó, por mejor decir, yo no tenía ninguna idea de nada, y estoy educándome á tu lado. Nunca miré atentamente un cuadro ni una estatua; no he estudiado una partitura ni he meditado un libro. Cuando oigo á Pinchart que habla de música contigo, ó que Lavirón se entusiasma hablando de una obra antigua y describe los tesoros de los museos de Amsterdam y Florencia, me considero tan ignorante como las Pawonies que corren con los pies desnudos por las orillas del Delaware. Mi padre es de este modo, y Jim lo mismo, y son dos notabilísimos hombres de negocios. Mi hermano Harry, que tiene aficiones artísticas y se aproxima algo más á ustedes, es despreciado por ellos, y considerado como si no tuviese ningún valor. Hay, pues, antagonismo de ideas entre las gentes de mi país y las de éste.

— Pueblo joven y naciones viejas, Susana. Nos-

otros somos unos refinados que hemos heredado de nuestros padres la cultura de los siglos. Piensa tan sólo que desde hace dos mil años Europa, bajo la influencia de los griegos, los romanos y los grandes artistas de la Edad Media y del Renacimiento, es un terreno de arte sembrado por el genio. ¡Paciencia, querida mía! América se civiliza rápidamente, tal vez demasiado de prisa. En su entusiasmo por metamorfosearse, no escoge siempre con acierto, y suele caer en el mal gusto: en la falsa belleza. Quiere sobresalir en seguida, sin dejar que el tiempo realice su obra indispensable, y adquiere, á fuerza de dinero, todas las riquezas artísticas, verdaderas ó falsas, que le proporcionan nuestros mercaderes. Para responder á estas exigencias se me había encargado una ópera para Nueva York. La ópera no hubiera sido buena, y en el montón de objetos de arte que se reúnen en los Estados Unidos se encuentran muchos de muy dudoso valor. Todo esto acabará. Tus compatriotas se van educando del mismo modo que te educas tú, querida niña. Pero les costará mucho trabajo, mientras que á ti, el placer de oír hablar á Lavirón, de escuchar la música de Pinchart y ver cómo Labarre hace fuegos artificiales con su privilegiado talento, será el único y agradable esfuerzo que tendrás que hacer. Con todo, es preciso que te persuadas de que eres libre, y que no me causará el menor disgusto si te vas á pasar un día en París, aunque sólo sea para visitar á tu modista.

—No, todavía no. Estoy contenta á tu lado, y no tengo el menor deseo de ver otras caras que las de tus amigos.

Hablando de este modo era sincera. Sin embargo, los Brandón, sumidos en un asombro, que aumentaba de día en día, habían querido darse exacta cuenta de lo que pasaba en Saint-Cloud. El ayuda de cámara que había acompañado á Julia y llevado los baúles de Susana, fué enviado por Harry para interrogar á la doncella. Ésta no se había hecho rogar mucho para hablar.

—Amigo Saturnino, puede usted decir á los compañeros que estoy bien, y que no me aburro lo más mínimo. Nuestra vida es un encanto continuado. No hay nada que hacer y respiramos un aire excelente. La señora se pone por las mañanas el traje que se ha quitado la víspera, y la mujer del jardinero limpia las botas, incluso las mías. Yo estoy reponiéndome. Al terminar la temporada habré rejuvenecido lo menos diez años. Me parece que vuelvo á ser una muchacha, como en los tiempos en que vivía en la calle Tholozé, al pie del *Moulin de la Galette*. Aquí vienen gentes extraordinarias, que hablan mejor que en el teatro y hacen música que revuelve la sangre, lo mismo que si fuesen artistas de la Ópera que cantasen. La otra noche el señor Labarre leyó la comedia que tiene que estrenar Guitry; y por la puerta del comedor, que estaba entreabierta, la estuve escuchando. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no

aplaudir. Es un ambiente completamente distinto al de los «crastacueros» de la plaza de los Estados Unidos. Puede usted decirles todo esto, pues no soy tan torpe que no comprenda que le han enviado á usted para sonsacarme. La señora se divierte, come y quiere á su marido. Creo que por el momento pueden despedirse de ella.

—Por ahora está bien—replicó el ayuda de cámara,—pero veremos más adelante.

—Más adelante..... Si yo estuviese en el lugar de la señora, sucedería lo mismo que ahora; pero esto es cuestión de carácter. Los americanos son variables. Deben tener sangre de emigrante en las venas. Parecen dichosos, tranquilos y reposados, pero á lo mejor salta el viento y se van. Cruzan los mares, atraviesan los continentes en todas direcciones, siempre con la pipa en la boca y bebiendo *whisky* con hielo todo el tiempo que dura el viaje. No hay nada que garantice que una mañana cualquiera no le dará un vértigo á la señora. Yo lo sentiría mucho por ella, y también por mí; primero, porque causaría un verdadero pesar á su marido, y después, porque sería tirar piedras á su tejado.

La relación de Saturnino, oída por la señora Brandón y Harry con un estupor que no les permitió decir una palabra, coincidió con la llegada de una carta del jefe de la familia, que escribía desde Cincinnati, contestando al cablegrama que le habían dirigido al día siguiente de la marcha

de Susana. Brandón acusaba á su yerno de captación y desvío, y amenazaba con intervenir para poner las cosas en orden. En el cerebro del americano, acostumbrado al servilismo humano, la pretensión de Derstal de llevarse á su mujer, haciéndola vivir fuera del domicilio paternal, tomaba proporciones de insubordinación. Partidario de todas las libertades en su país, se sentía dispuesto á todas las opresiones en los países extranjeros. Manifestaba la intención de obligar á su hija á que volviese á su casa. Le parecía evidente que Susana sólo había podido obedecer á las severas órdenes de su marido, y disponía que se le prestase inmediato socorro.

«Que se pague cuanto sea preciso para que mi hija recobre su libertad. Susana no ha venido al mundo para vivir privada de todo en la morada de un artista.»

Su hijo le contestó diciéndole que Susana no carecía de nada, que parecía muy satisfecha y que se había marchado por su propia voluntad.

«Está representando el papel de burguesa, y en estos momentos se alimenta con amor y agua clara, una choza y un corazón. No puede ser más novelesco, pero será cuestión de una temporada. No se enfurezca usted por unos compases de espera, que sólo conseguirán divertir á mi hermana durante algunas semanas. El mes de mayo se acerca, y con él empezarán las grandes reuniones. Todos los días recibimos invitaciones, y yo se las

mando regularmente á Susana para tenerla al corriente de los placeres que desdeña. En fin, tengo un proyecto personal que pienso poner en ejecución muy pronto; no doy más explicaciones, porque usted tendrá que ver los efectos. Jim sigue aquí: se aburre, pero quiere á Susana más que nunca; y si un buen divorcio nos devuelve á mi hermana, después de esta falsa maniobra matrimonial, se dará por muy satisfecho casándose con ella. Entonces la familia Brandón, desembarazada de ese intruso que ha introducido en ella la perturbación, volverá á ser todo lo unida y fuerte que ha sido siempre.»

El proyecto de Harry era de los más sencillos: había sabido que Derstal estaba de acuerdo con el director de la Ópera para fijar cuándo había de ensayarse la tan esperada *Veneciana*. Una nota de los periódicos anunciaba al público que todo estaba resuelto entre el compositor y la dirección del teatro. Al mismo tiempo se había tratado del reparto de la obra y hecho una intencionada alusión respecto á la intervención de Eva Brillant en la interpretación de la Ópera. «El joven maestro, ¿obtendrá el concurso de la admirable creadora de *Erin*? Entre el éxito de esta obra y la aparición de *La Veneciana* ha pasado mucha agua entre Europa y América.»

Harry, con mucho acierto, pensó: «Derstal tiene un gran interés en apaciguar los rencores de Eva. Sin duda alguna entablará negociaciones con ella

por medio de sus amigos; esas negociaciones acabarán con una entrevista para firmar la paz. Si puedo tener al corriente á Susana de lo que fácilmente le parecerá una reconciliación entre Derstal y la cantante, introduciré la división en el matrimonio, y entonces una intervención atrevida de nuestra parte tendrá todas las probabilidades de acarrear disensiones irremediables. Si conseguimos que Susana éntre en casa, no volverá á salir.»

Las conjeturas de Harry eran exactas: á consecuencia de la noticia publicada en el periódico, Lavirón y Pinchart habían ido á ver á Eva. Con su lealtad y franqueza acostumbradas, la cantante había declarado á los amigos de Derstal que debía demasiado al compositor para detenerse ante miserables cuestiones de amor propio. Les refirió la explicación que había tenido con su antiguo amigo la noche del estreno de *Atala*, en el coche en que Derstal había subido con ella; por lo tanto, no había que firmar ningún tratado de paz. Separados por los caprichos de la vida, podían aún estar reunidos en el camino del arte; en cuanto á lo que á ella se refería, estaba dispuesta á despreciar los comentarios y á cantar *La Veneciana*.

Al conocer las buenas disposiciones de Eva, Derstal se había puesto á trabajar con mayor entusiasmo todavía. Era el momento en que su inspiración, bajo la influencia de la seguridad moral que le daba la presencia de su mujer en su casa, y

bajo la presión del orgullo por haber triunfado de los Brandón, se manifestaba con mayor poderío y esplendor. Según decía él mismo, se sentía tan dueño de su obra, que se paseaba por ella para perfeccionarla, del mismo modo que habría podido pasearse por su jardín. Su absorción fué tan completa, que ni siquiera observó algunas desigualdades de carácter, manifestadas por su mujer. La joven había recibido de su hermano, una tras otra, dos cartas, en las que se acusaba á Derstal de haber hecho dos viajes á París para encontrarse con Eva Brillant. Para dar fuerza á la denuncia, la acompañaba de un recorte de periódico: «Ayer tuvo lugar en la Ópera la lectura de los dos últimos actos de *La Veneciana*. A esta solemnidad artística asistieron los jefes de servicio y la gran artista, futura creadora del principal papel, Eva Brillant.»

La noticia era falsa. Los dos últimos actos de *La Veneciana* no se habían leído, por la poderosísima razón de que no estaban todavía terminados. Harry era quien había hecho insertar la noticia en el *Correo del Teatro*, valiéndose de un redactor poco escrupuloso; pero Susana, herida en lo más vivo, no había reflexionado, no había comprobado nada, y, sobre todo, había guardado con Derstal una gran reserva. La duda que ya en diferentes épocas la había atormentado, volvía á enseñorearse de su espíritu con persistencia tenaz. Todo lo que su familia le había dicho después de

la marcha de Derstal atormentaba su memoria: «A los artistas nunca se les tiene seguros: engañan con inconsciencia singular, bajo la presión de sus intereses, ó arrastrados por su capricho. La facilidad de costumbres que hay en el teatro da una seguridad muy mediana á la mujer, cuyo marido vive en ese medio febril. Si Derstal se separa de nosotros, lo hace con el objeto de estar más libre. ¿Qué obligaciones pesan sobre él en esta casa en donde no hace más que lo que se le antoja? Las razones que da no son más que pretextos. Si tuviese ganas de trabajar, trabajaría; quiere vivir como un bohemio, y eso es todo.»

El amor propio de Susana se rebeló contra la posibilidad de una traición de su marido. ¡Cómo! Después de los sacrificios que ella había hecho, cuando se había separado de su familia, de sus relaciones, y abandonado sus placeres para vivir con él en una casa de campo solitaria, en un país inhabitado, y durante la peor estación, ¿le correspondería dándole una rival? ¿Y cuál? Su antigua querida, la misma que había dejado para casarse con ella. ¿No era todo aquello una venganza concertada por la abandonada para triunfar de ella á su vez? ¡Qué hermosa revancha! Por añadidura, la realzaría un escándalo mundano. Pensando estas cosas Susana se devanaba los sesos; en su soledad combinaba las probabilidades, y Derstal no había aún pensado en volver á ver á Eva Brillant, cuando ya su mujer le creía su amante.

Aquella noche, satisfecho y triunfante el compositor, terminó su obra con la instrumentación del coro final, en el que estaban hermosamente combinadas con la orquesta las campanas de San Marcos y la charanga del escenario. Salió de su gabinete, y con la mayor alegría fué á reunirse con Susana, que contemplaba con indecisa mirada los negros macizos del bosque de Bolonia. Cogéndole con efusión las manos, exclamó:

—Ya está. Por fin he terminado *La Veneciana*. Ahora ya puedo descansar, gozar de la vida y darme buenos ratos.

—¿No gozabas de la vida ni te dabas buenos ratos antes? —preguntó Susana con repentina vivacidad.

—Querida mía, ¿qué significa ese modo de hablar? Nunca me he sentido más contento. ¡Ah! La obra terminada, y bien terminada. ¿Comprendes? ¡Qué satisfacción tan grande para mí!

—Sí, creo que la satisfacción de tu trabajo domina en ti todas las demás.

—¿Por qué ese tono de reproche? —preguntó el compositor con dulzura y con asombro. —¿Te he contrariado en algo?

—Ni por asomo. He comprendido mal tus palabras. No debes olvidar que soy extranjera, y que con frecuencia el sentido oculto de las frases se me escapa.....

—Si yo hablase inglés, como tú hablas francés, me daría por satisfecho. Pero no, Susana, á ti te

pasa algo más. ¿Te aburres? Hace dos días que llueve y no has podido salir. Entretanto yo, olvidándome de todo, escribía los últimos compases.....

— Tú lo olvidas todo, es muy cierto.

— ¿Todavía? Decididamente, Susana, hoy estás mal dispuesta. Mañana traeré á Labarre y á Pinchart para que coman con nosotros. Ellos te distraerán.

— ¿Vas á París mañana?

— Sí. Tengo cita en casa de mi editor.....

— ¿Con quién?

Derstal enrojeció ligeramente. Fijó los ojos en su mujer y dijo sin la menor vacilación:

— Pues con mi editor.

— Está bien. Yo iré á casa de mi madre, pues tengo necesidad de hablar con ella. Se queja de que no voy á verla.....

— Tiene razón, y haces muy bien en ir á verla. Si quieres, nos iremos juntos.

— Convenido.

En su interior Susana se decía:

— Ha mentido. Su rostro se ha turbado. Seguramente irá á ver á Eva; pero yo lo sabré.

Entró en su habitación, escribió una tarjeta á su hermano, y encargó á Julia que la llevase aquella misma noche á París.

VI

En el coche que la llevaba á la plaza de los Estados Unidos, Susana hablaba con su hermano. Se había separado de Derstal al pie de la escalera de la estación, y ante el hotel Términus encontró á Harry, que la estaba esperando. Una vez en el carruaje, dió cuenta á Susana de la ejecución de sus instrucciones.

— Como me suplicabas en tu carta de ayer, querida hermana, he dado las órdenes necesarias para que desde por la mañana vigilaran la casa de la señorita Brillant. He encargado de esta misión á un hombre admirable, que ha sido funcionario en la Prefectura de policía y que no nos engañará, como suelen hacerlo los que se dedican á hacer pesquisas en interés de las familias. Hora por hora estaremos informados de cuanto pase. Tendrás que ver lo bien organizado que está el servicio. Si la hermosa Brillant va, como es probable, á encontrar á Derstal, ó si Derstal va á su casa, lo sabremos al momento, á fin de que puedas tomar una decisión que esté conforme con tu dignidad.

— ¿Tú crees que Derstal y esa mujer se verán?

— Querida mía, mi convicción y nada vienen á ser la misma cosa. Aquí de lo que se trata es de darte una prueba. Cuando hayas visto, si es que

pasa algo más. ¿Te aburres? Hace dos días que llueve y no has podido salir. Entretanto yo, olvidándome de todo, escribía los últimos compases.....

— Tú lo olvidas todo, es muy cierto.

— ¿Todavía? Decididamente, Susana, hoy estás mal dispuesta. Mañana traeré á Labarre y á Pinchart para que coman con nosotros. Ellos te distraerán.

— ¿Vas á París mañana?

— Sí. Tengo cita en casa de mi editor.....

— ¿Con quién?

Derstal enrojeció ligeramente. Fijó los ojos en su mujer y dijo sin la menor vacilación:

— Pues con mi editor.

— Está bien. Yo iré á casa de mi madre, pues tengo necesidad de hablar con ella. Se queja de que no voy á verla.....

— Tiene razón, y haces muy bien en ir á verla. Si quieres, nos iremos juntos.

— Convenido.

En su interior Susana se decía:

— Ha mentido. Su rostro se ha turbado. Seguramente irá á ver á Eva; pero yo lo sabré.

Entró en su habitación, escribió una tarjeta á su hermano, y encargó á Julia que la llevase aquella misma noche á París.

VI

En el coche que la llevaba á la plaza de los Estados Unidos, Susana hablaba con su hermano. Se había separado de Derstal al pie de la escalera de la estación, y ante el hotel Términus encontró á Harry, que la estaba esperando. Una vez en el carruaje, dió cuenta á Susana de la ejecución de sus instrucciones.

— Como me suplicabas en tu carta de ayer, querida hermana, he dado las órdenes necesarias para que desde por la mañana vigilaran la casa de la señorita Brillant. He encargado de esta misión á un hombre admirable, que ha sido funcionario en la Prefectura de policía y que no nos engañará, como suelen hacerlo los que se dedican á hacer pesquisas en interés de las familias. Hora por hora estaremos informados de cuanto pase. Tendrás que ver lo bien organizado que está el servicio. Si la hermosa Brillant va, como es probable, á encontrar á Derstal, ó si Derstal va á su casa, lo sabremos al momento, á fin de que puedas tomar una decisión que esté conforme con tu dignidad.

— ¿Tú crees que Derstal y esa mujer se verán?

— Querida mía, mi convicción y nada vienen á ser la misma cosa. Aquí de lo que se trata es de darte una prueba. Cuando hayas visto, si es que

hay algo que ver, procederás como mejor te convenga y con arreglo á tus sentimientos personales. No quiero que nunca puedas decir que te he hecho presión de ningnna especie.

—¿En dónde debes recibir las noticias que tienes pedidas?

—En casa, por teléfono, y en cuanto ocurra alguna novedad. Hora por hora estaremos al tanto de lo que suceda, pues mi hombre tiene un servicio bien organizado para estas operaciones.

—Si sucede algo—dijo la joven con dolor,—tal vez sería mejor ignorarlo.

—¿Has llegado al extremo de no querer conocer tu suerte?

—Si me viese obligada á despreciar á Oliverio, sufriría horriblemente. Ahora le conozco tal como es, como ni tú ni mi madre le conocéis..... Es un temperamento delicado y exquisito, que sólo en la intimidad se puede apreciar. Á su lado, en la cásita de Saint-Cloud, he pasado semanas que no olvidaré nunca, como tampoco podré olvidar á sus amigos, que han rodeado mi vida de un encanto particularísimo.....

—El viejo Lavirón, el inocente Pinchart y el paradojista Labarre.....

—No lo tomes á broma, Harry, son hombres extraordinarios que cautivan la atención, la retienen, se apoderan del auditorio durante una velada, sin que sea posible sustraerse á su encanto. Verdaderos hechiceros, oyéndoles se pierde la noción

del tiempo. Las ideas más distintas eran removidas, discutidas, pasadas por la criba de su examen con una elevación, una gracia y una ironía de la que no se puede dar idea exacta. Después de haber vivido en semejante medio social, comprendo que Oliverio no haya podido vivir entre nosotros.

—Nosotros somos tontos, ignorantes y huecos, como todas las gentes de mundo, ¿no es cierto?—dijo burlescamente Harry.—Veo que de antemano le das la razón, y si te engaña con Eva Brillant debe ser, sin duda, porque la encuentra más divertida que tú.

Sin contestar una palabra, Susana bajó la cabeza. El coche entró en el patio del hotel, la joven subió apresuradamente los escalones, penetró en el vestíbulo y se encontró en presencia de su madre, que salía á su encuentro.

—¡Ah, Susana!—exclamó la señora Brandón, estrechando á su hija entre sus brazos sin hacer la menor demostración de enojo.—Hace tiempo que no te he visto. Tienes buen semblante; el retiro te ha sentado bien, lo cual ya es algo. No estás desmejorada.

—Pero, mamá, en casa de mi marido no he pasado hambre—exclamó alegremente la joven.—Tenemos á la mujer del jardinero, que guisa admirablemente.

La señora Brandón hizo una mueca de desdén pensando en su jefe de cocina, que tenía sueldo

de ministro, y lo triplicaba gracias á las sisas; pero no quiso molestar directamente á su hija, y no dijo una palabra.

— Querida mía, quitate el sombrero y vamos á almorzar.

Con mayor satisfacción de la que se figuraba, Susana se vió de nuevo rodeada por el lujo que estaba acostumbrada á ver. Las maderas labradas del comedor; los aparadores repletos de vajilla de plata maciza y refulgente; el silencio del servicio, rápidamente ejecutado por los criados, vestidos de negro, bajo la dirección de un *maitre d'hôtel* estrado y digno, con sus soberbias patillas entrecanas, y la riqueza del lujo, la volvía á sus antiguas impresiones, que entonces le parecieron muy apreciables, pensó: «Es una cosa muy distinta á la vida de Saint-Cloud, pero está muy bien.» Comió distraidamente y habló poco, absorta por sus sensaciones y oprimida por sus inquietudes. Pensaba en lo que podía estar haciendo Derstal mientras ella almorzaba con su madre y con su hermano. ¿En dónde estaba? ¿Qué decía? ¿Con quién se encontraba? La sangre afluyó á sus mejillas, y la violencia imperiosa de su carácter reapareció con la indignación experimentada ante la idea del engaño. El amor propio tomaba una parte muy activa en todo esto. Se sentía Brandón, y la perspectiva de verse «burlada», como decía Harry, le era insoportable.

Terminado el almuerzo, pasaron á un saloncito,

y la señora Brandón se procuró la satisfacción de enseñar á su hija las invitaciones que para ella se habían recibido. Susana prestó poca atención á la larga enumeración de comidas, bailes y fiestas. Se veía claramente que sus ideas estaban en otra parte. Cuando le propusieron que subiese á sus habitaciones, no opuso resistencia alguna, y aun pareció que volvía á ver con gusto sus muebles. Luego se sentó, como fatigada, inquieta y con el oído atento. Harry la miraba maliciosamente, guardándose bien de ofrecerla ocasión para que se desahogase. Dejaba que su inquietud se exacerbase con la inmovilidad. Se decía: «No piensa más que en el teléfono. Todas sus facultades están pendientes del timbre del aparato. Son las dos; no podemos saber nada antes de.....»

No pudo terminar su soliloquio. El ruido del timbre se oía en el corredor, y Susana había llegado á la puerta de un salto y cogido los receptores.

— ¿Quién está en el aparato?

— El servicio de noticias.

— Bueno, ¿qué tiene usted que comunicarnos?

— ¿Con quién estoy hablando?

— Con míster Harry Brandón.

— No es su voz.

— No importa; hable lo mismo que si fuese él.

— Es preciso que me lo ordene.

Susana se volvió hacia su hermano, y, pálida de angustia, le dió uno de los receptores diciéndole:

DEPOSITO LEGAL
ALFONSO REYES
Año. 1925 MONTREY, MEXICO

—Ordena á ese hombre que hable. No quiere decir nada si tú no se lo mandas.

—Soy yo—dijo Harry,—Harry Brandón, puede dar las noticias que tenga, pues estoy en el aparato.

Los dos hermanos estaban frente al teléfono, teniendo cada uno un receptor. El hombre se decidió á hablar.

—La persona que vigilamos acaba de entrar, después de haber estado en casa del editor de música. No había despedido el coche. Después de una estancia de más de una hora en el almacén, ha salido, acompañada por el Sr. Derstal, que la ha dejado en el coche y que acaba de llegar á su casa por distinto camino. En este momento acaba de llegar.

Susana soltó el receptor; una exclamación de cólera brotó de sus labios, y, temblando como una azogada, se negó á seguir escuchando. Sabía todo lo que había deseado saber. ¿Qué más podía decir? Entró en el saloncillo, en donde había quedado su madre y se sentó sin decir una palabra.

—Y bien, Susana—preguntó Harry,—¿qué piensas hacer?

—Si obedeciese á mi cólera, correría á casa de esa mujer, me colocaría en la puerta y esperaría que saliese mi marido.

—¿Y después?

—Tendría una explicación con él.

—Y diría que ha ido á casa de Eva Brillant sin más objeto que ocuparse de su obra.

—Creería lo que me pareciese conveniente. En todo caso, le probaría que me ha mentido esta mañana al decirme que sólo iba á casa de su editor.

—¿Y lo has creído?

—He sido tan tonta como todo eso—dijo Susana con amargura.—Lo más natural era que, teniendo necesidad de esa mujer para su obra, había de hacer cuanto estuviese á su alcance para recobrar el ascendiente que en otros tiempos tenía sobre ella. Y yo, entre tanto, habría seguido en mi rincón, consumiéndome entre las nieblas del Sena y ante las soledades del bosque ensombrecido aún por el invierno. Y todo el mundo se habría reído de mí: él, su cantante y sus amigos los primeros. ¡Imbécil! Si hubiese hecho la menor observación, se me habría contestado que aquello lo exigía el interés del arte, el sacrosanto culto de la belleza. Se me habría dado á entender, con un poco de lástima, que era una salvaje incapaz de comprender estos refinamientos y de gustar estas sublimidades. Pues bien, es verdad. No comprendo que se pueda mentir, engañar, y que exista un principio superior cualquiera en nombre del cual pueda excusarse todo esto. Soy una salvaje, pero no quiero ser escarnecida de este modo, y odio á los espíritus complicados que á la vez pueden decir sí y no, y que aún pretenden que esto no es mentir.

Y rompió en sollozos, y por su rostro, alterado por la cólera, resbalaron las lágrimas.

—Susana, hija mía, vamos.....

—Déjenme—gritó la joven.—Vuestra compañía no es sincera. Ustedes se alegran de lo que me sucede, pues me lo habían anunciado. Además, odian á mi marido y no tienen más que un sueño: separarme de él.

—¡Eres una ingrata!—exclamó la señora Brandon.—Me afligen sinceramente tus penas y daría cuanto fuese necesario para ahorrártelas.

—Vuestra fortuna no puede servir para nada. Tratamos con gentes para las cuales el dinero no tiene ningún valor.

—Son muy orgullosos.

—Son así. ¿Creen ustedes que lloraría si pudiese conseguir que Derstal me obedeciese por venalidad? Le despreciaría. Es noble, es generoso, es leal. ¿Es posible que me haya mentado, que me haya engañado? Harry, ¿qué me prueba que tu agente dice verdad y que no me engaña obedeciendo tus órdenes?

—¡Susana!

Corrió hacia su hermano, le cogió por los hombros, y mirándole fijamente, dijo:

—¡Perdón! Pierdo la cabeza, ustedes lo ven.... Por caridad, júrenme que todo cuanto me dicen es exacto.

—Haré más. Te lo demostraré.

Llamó, y un criado se presentó en la puerta.

—¿Está el coche dispuesto?

—En el patio.

Hizo un gesto de decisión.

—Hasta que lo veas no has de creerlo. Ven conmigo, y por tus propios ojos te convencerás de que no soy un impostor y que tu marido es un inconstante.

—Sea—dijo Susana;—de ningún modo me sería posible soportar esta ansiedad.

Bajaron y se fueron en el coche.

Daban las cuatro cuando Derstal, después de haber hecho oír á Eva Brillant los trozos principales de su partitura, se volvió hacia la cantante, que estaba sentada junto al piano, y le dirigió una mirada que envolvía una interrogación.

—Oliverio, es notabilísimo—dijo la cantatriz,—ha hecho usted más de lo que esperaba. Lavirón me había dicho que había usted llegado á la belleza absoluta.... Al fin, hé aquí la gran obra maestra que debía producir la música francesa. ¿Qué supone el nebuloso misticismo de la música alemana ni el brutal verismo de la escuela italiana al lado de esta poesía y de esta brillantez?

Una sonrisa encantadora contrajo sus labios.

—¿Qué se le puede reprochar después de haberlo oído? La producción de una obra semejante lo excusa todo.

—Tiene usted la indulgencia de una amiga y el entusiasmo de una artista—dijo Derstal con humildad;—pero su apreciación me tranquiliza, pues en el fondo de mi pensamiento se agitan aún muchas dudas.

—No tenga ninguna. La crítica caerá á sus

pies, lo mismo que el público, seducida por los temas y su armonioso desenvolvimiento. ¡Oh, Derstal! ¡Pensar que habría podido dejar de escribir esta obra!.... ¡Qué crimen tan grande habrían cometido los que se lo hubiesen impedido!

—¡Cuánta gratitud debo á la que ha permitido que la terminase!

—¿Su esposa, Oliverio?

—Sí, Eva, y el sacrificio que me ha hecho ha sido completo. Ha dejado su familia, su casa, sus amigos, sus costumbres y su lujo para acompañarme en mi soledad. Libertando mi pensamiento, ha facilitado mi tarea.

—Su triunfo será su recompensa—dijo la cantante con emoción.—Amigo mío, le envidio que haya podido sacrificarse por usted. De esto es de lo único que estoy celosa....

—Ya sé que usted es la más noble de las mujeres.

Eva se había levantado para cambiar el curso de sus ideas. Entre aquellos dos artistas, tan apasionadamente unidos en otro tiempo, sólo parecía que existían los lazos artísticos. Con todo, Eva no había estado nunca tan hermosa, y Derstal resplandecía de prestigio por la obra revelada. No se miraron una sola vez, y desde que el piano había enmudecido y la voz de Derstal cesado de cantar, una molestia pesaba sobre ellos.

—Vamos, Oliverio, es preciso marcharse—dijo Eva;—y si quiere usted creerme, no volver aquí.

No sería razonable. En la Ópera podemos encontrarnos fácilmente, y nadie tendrá nada que decir.

—Yo deseaba hablar con usted, amiga Eva, y deseaba también hacerle oír antes que á nadie el papel que debe usted encarnar. Esto era para mí algo así como el cumplimiento de un deber de gratitud. Yo debo á usted tanto....

—No hablemos de estas cosas—dijo Eva interrumpiéndole.—Un hombre como usted no debe nada á nadie más que á sí mismo. Además, uno de los privilegios del genio consiste en estar libre de los lazos que sujetan á la generalidad de los seres. Un gran poeta, un músico admirable, un pintor sublime, no piensa, no siente, no vive como todo el mundo. Es preciso ser indulgente con los caprichos de su imaginación, siempre y cuando pague en moneda de obras maestras.

Con un cariño en el que revelaba toda su admiración, le cogió por un brazo y le acompañó al vestíbulo. Se detuvo un instante para mirarle con ojos que revelaban las lágrimas, y añadió:

—Además, Oliverio, yo creo que por mucho que me hubiese usted hecho, me habría sido imposible, si le hubiese visto desgraciado, no olvidarlo todo para compadecerle y consolarle.

Derstal no dijo una palabra, pues estaba demasiado emocionado para hablar; pero se inclinó, y con los labios rozó la frente de la joven. En la escalera, y con la partitura debajo del brazo, fué bajando lentamente y con el corazón lleno de ale-

gría. Con el apoyo y la confianza de Eva, recobró toda su fuerza. Para él era condición absoluta de éxito el que su segunda obra fuese cantada por la misma que tan soberbiamente había triunfado en la primera. En aquel momento ya no dudaba; estaba seguro del porvenir. Salió de la casa, y cuando se disponía á cruzar para ir á ver á Pinchart antes de tomar el tren para regresar á Saint-Cloud, le llamó la atención un coche que estaba parado ante el portal. No tuvo ni tiempo para reconocer la librea, el caballo y el coche de Susana. El rostro alterado y pálido de su mujer se asomó por la ventanilla, viéndose detrás de ella al sardónico Harry, que sonreía con insolencia.

Derstal se estremeció. La idea del peligro que el error de Susana podía hacerle correr pasó como un relámpago por su imaginación. Quiso hablar, explicarse; pero la impaciente mano de Harry había tirado del cordón que servía para advertir al cochero. Éste fustigó al caballo, y el coche se puso en marcha, mientras que Harry, dirigiendo á su cuñado una mirada de triunfo, se inclinaba fuera del coche diciendo:

—Al hotel.

Viendo alejarse el carruaje, Derstal se quedó inmóvil, estupefacto. Se dijo: «Me han tendido un lazo; Harry ha traído á Susana para que me viese salir de casa de Eva. Es una infamia; pero ¿qué es lo que creará? ¿Qué le habrán contado? Esos Brandon son unos miserables..... y yo un majadero de so-

lemnidad. Todas las apariencias me acusan. Para mí debía ser una gran necesidad el ir hoy á casa de Eva mientras mi mujer estaba en París. Para explicarme voy á tener que hablar mucho, y después de todo, tal vez no me crea. Porque, ¿qué prueba todo esto? Llevo mi partitura, y no tengo el aspecto de un galanteador. ¡Ah! ¡Pero Susana ha tenido siempre celos de Eva! Aun ayer me hablaba de ella con una gran aspereza.»

Haciéndose estas reflexiones había llegado hasta la casa de Pinchart. Con pesada lentitud subió la escalera, y le pareció que sus piernas pesaban enormemente y que los escalones eran desmesuradamente altos. Su entrada en el despacho del compositor fué triste y recelosa. Con abatimiento se dejó caer en una butaca.

—¿Qué sucede?—preguntó el músico con inquietud.—¿Estás enfermo? ¿Se ha presentado algún entorpecimiento en la ópera?

—No, por esa parte todo va bien.

—Bueno, eso es lo esencial.

—En los mejores momentos de la vida siempre se produce alguna peripecia imprevista que envenena la felicidad. Nunca me habría imaginado lo que me sucede: es á la vez desolador y risible. ®

En pocas palabras puso á Pinchart al corriente de su aventura. Con el relato de Derstal, Pinchart no experimentó tanta consternación como su amigo esperaba causarle. Con mucha calma dijo:

—Evidentemente, es molesto; pero ¿qué se le

va á hacer? Si tu mujer reflexiona nada más que dos minutos, comprenderá que ver á Eva en su casa ó verla en su cuarto del teatro, viene á ser lo mismo. La señorita Brillant no es una cualquiera. Hay personas á casa de las cuales no se tiene el derecho de ir sin que se diga: ¡oh! ¡oh!; pero con esta gran artista se puede hablar de muchas cosas que no se refieran al amor.

—Sí, todo esto es justo, verdadero, aceptable; pero á condición de que no se esté prevenido.

—¿Quieres que vaya á la plaza de los Estados Unidos y hable con tu mujer?

—No; semejante paso agravaría la situación. Además, entre Susana y yo no hacen falta intermediarios.

—¿Qué vas á hacer?

—Volver á Saint-Cloud y esperar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No; ven á almorzar mañana con Lavirón. Avisale, y venir juntos. Adiós, estoy inquieto; presiento que va á sucederme una desgracia.

—Vamos, no digas locuras. Espera, voy á acompañarte hasta la estación. Si al llegar allí me necesitas, telegrafíame y correré á tu lado.

—Gracias, amigo mío—dijo Derstal con los ojos llenos de lágrimas.—Tú me crees, tú sabes que no soy un trapacero.

—Tu mujer también te creerá. Te quiere.

Derstal, por toda respuesta, meneó la cabeza. Una vez en Saint-Cloud, se instaló en su gabinete,

y en la obscuridad de la noche, que por momentos se hacía más intensa, dejó pasar el tiempo escuchando el *tic-tac* melancólico del reloj que marcaba la marcha de las horas.

La doncella interrumpió su sombrío ensueño, entrando en el gabinete:

—Señor, pronto van á dar las ocho..... La señora no ha venido..... La comida está dispuesta hace rato..... ¿Quiere esperar todavía el señor?

Aquella pregunta precisa devolvió á Derstal el sentido de la realidad. Comprendió que era preciso adoptar una actitud ante los criados, y dijo:

—Es seguro que la señora se habrá quedado á comer en París, y que probablemente no vendrá hasta mañana. Sirva usted, Julia; comeré solo.

Entró en el comedor, en donde el cubierto de su mujer estaba en la mesa frente al suyo, y con tristeza y muy de prisa se sirvió de los platos que le pusieron delante. Su pensamiento estaba muy lejos de la modesta casita de Saint-Cloud. Se figuraba á Susana sentada en el grande y suntuoso comedor de los Brandón, comiendo con toda ceremonia, y soberbiamente engalanada. La veía sonriente, coqueta, olvidándose de aquel al que hacía poco había parecido comprender, y presa de nuevo en la corriente de los placeres, de la que la había arrancado con tanto esfuerzo. El triunfo de los Brandón se confirmaba: habían conseguido introducir la desconfianza en el corazón de la joven, y

probarle lo frágil que tenía que ser su seguridad y lo precario de su dicha.

El aturdimiento de las alegrías ruidosas iba á turbar de nuevo aquella cabecita ligera y encantadora, y todas las satisfacciones intelectuales, todos los goces morales con los que se había parecido complacer, le parecerían nulos. Una profunda tristeza se apoderó de Derstal. El sueño que con tanta fruición había acariciado, y que tan bien se había empezado á realizar, se desvanecía al chocar con las realidades de la vida. Susana sucumbía á la primera dificultad. Dirigida por Derstal, producía la impresión de una buena voluntad, animada del deseo de libertarse; pero entregada á sí misma, en un momento perdía la facultad de razonar y juzgar. La clara y firme confianza que le habría sido preciso tener para no dudar de Derstal, no había encontrado espacio suficiente para desenvolverse en aquella confianza de niño.

Susana no era culpable de no creer ciegamente en Derstal, como hubiera hecho Eva; pues no tenía medios para mostrarse tan grande y tan generosa. Razonablemente, no se podía pedir á aquel pajarillo picotero, formado para saltar de rama en rama, luciendo coquetamente sus plumas, que se elevase para recrearse en pleno cielo con las águilas. La unión de Derstal y Susana había sido un error del destino. La brillante americana estaba condenada á no comprender nunca

al hombre al lado del cual estaba llamada á vivir. La incompatibilidad moral se afirmaba entre ellos de un modo definitivo. Susana podría ir al día siguiente á tener una explicación con Derstal, darle la razón é instalarse de nuevo en su casa: la vida material volvería á ser común para ellos; pero la vida intelectual no existiría nunca: se querrían, pero no podrían comprenderse.

Pensando en estas cosas, la velada se fué prolongando para Derstal, y fumando y discurriendo con mucha calma y lucidez, se daba cuenta exacta de los errores cometidos y de las responsabilidades en que habían incurrido. Sacó la cuenta de las faltas que correspondían á cada uno: él había pecado por ambición; los Brandón por orgullo. Había deseado participar de su riqueza y su lujo, y ellos, en cambio, habían querido adornarse con su gloria, y recíprocamente se habían engañado. La riqueza y el lujo carecían de valor si no eran adquiridos por el trabajo; la gloria únicamente podía ser estimada por el mismo que la conquistaba. La común decepción tenía forzosamente que tener por resultado una común pérdida de afecto. La unión entre ellos no había sido más que una ilusión engañosa; en aquel momento se había roto, y la ruptura era para siempre.

Los primeros albores del día empezaban á blanquear el cielo, cuando Derstal, rendido por la fatiga, decidió acostarse. Durmió pesadamente, y no despertó hasta las diez, hora en que llegaron

Lavirón y Pinchart. El compositor había puesto al crítico al corriente de lo que sucedía, y en el ferrocarril sólo se habían ocupado de la aventura de su amigo. Con su socrática sinceridad, Lavirón no había vacilado en decir lo que pensaba, y del mismo modo se lo repitió á Derstal:

—Mi querido amigo: no se preocupe usted. La crisis que se ha producido estaba escrita en el libro de la vida, como dice Diderot, y no estaba en su mano evitarla. Llega á su hora, y en el momento preciso para su salvación. En lenguaje popular, y en forma vulgarísima, le traduciré la moral de la historia: «Para el matrimonio son necesarios esposos selectos.» Esto no quiere decir, ni mucho menos, que lo que le sucede no sea triste. Su mujer es encantadora; merece ser querida; pero sufre una inmensa equivocación: en la senda de la vida, no anda al mismo paso que usted. El tiro no está bien aparejado. ¡Esposos selectos! ¡Esposos selectos! Esto es lo indispensable, y esto es precisamente lo que no existe.

Mientras escuchaba al crítico, Derstal se fué vistiendo, y no entabló discusión alguna sobre todo lo que le decía, pues las palabras de Lavirón estaban de perfecto acuerdo con su modo de pensar. Pinchart quiso cambiar la conversación:

—Todavía no nos has dicho qué efecto han producido en Eva Brillant los dos actos de *La Veneciana* que fuiste á hacerla oír.

—Muy bueno—contestó Derstal con indiferen-

cia;—pero habría estado más inspirado no haciéndole oír en su casa mis dos últimos actos....

—Vamos, Oliverio—dijo Pinchart,—no te ruegas la conciencia, pues verdaderamente no hay por qué. Si tu mujer no tiene la suficiente confianza en ti para dejarte seguir tu camino, lo que se produjo ayer se habría producido mañana.... Como dice nuestro querido maestro, estaba escrito; tenía que suceder.... Entre nosotros, para un artista, estar dominado por su mujer es una situación insostenible. La libertad en el desierto, amigo mío....

En el gabinete de Derstal signieron charlando hasta medio día, y á esa hora se sentaron á la mesa. Estaban en los postres, cuando Julia entró muy agitada.

—Señor, el ayuda de cámara Saturnino llega de París con esta carta de la señora....

Dejó la carta encima de la mesa, al lado de Derstal, y como no salía del comedor, el compositor dijo con perfecta tranquilidad:

—Que descanse ese muchacho, y que espere, pues en seguida le daré la contestación.

En cuanto la doncella hubo salido, rompió el sobre. Leyó lo que Susana le escribía, y sin decir una palabra, tendió la carta á Lavirón; luego, con el codo apoyado en la mesa y la barba en la palma de la mano, se quedó reflexivo. Sus amigos, impresionados por su silencio y su actitud, se inclinaron sobre el papel, en el que con grue-

sos y decididos caracteres estaban trazadas las siguientes líneas: «He reflexionado mucho y he llorado mucho desde ayer, Oliverio. Mi primera intención fué la de no volverte á ver; pero esta mañana me parece que una segunda explicación entre nosotros es absolutamente necesaria. ¿Quieres prestarte á mi pretensión? Me sería muy doloroso volver, sin estar de acuerdo contigo, á la casita de Saint-Cloud, y hacer de nuevo y tan tristemente un camino que la primera vez recorrí con tanta alegría. No me atrevo á suplicarte que vengas á casa de mi madre. ¿Quieres que nos encontremos hoy, á una hora que tú mismo puedes fijar, en la iglesia solitaria y obscura en donde los dos tomamos tan dulces resoluciones? Tal vez, y yo así lo espero, la influencia del santo lugar y la fuerza de recuerdos dichosos obrarán sobre nuestros espíritus para apaciguarlos, y harán que reine de nuevo el acuerdo entre nosotros. Yo no deseo más que oírte y creerte. Estoy destrozada por la lucha que sostengo contra tí, contra los demás y contra mí misma. Ten piedad de mis angustias, y sé para mí todo lo delicado y tierno que eras antes. Ya no sé ni lo que debo hacer, ni lo que debo temer, ni lo que debo esperar. ¿Tendrás la franqueza de decirme, si lo sabes? ¿Me quieres aún lo bastante para no pensar más que en mi tranquilidad, no me atrevó á decir en mi dicha? Recibe á la vez mis besos y mis lágrimas.—

Susana.»

Lavirón movió la cabeza, y fijándose en Derstal, que continuaba inmóvil, dijo:

—Está muy bien esta carta. Yo tengo la seguridad de que es sincera. La mujer que la ha escrito se encuentra desamparada; pide socorro á gritos, y hay que responder á su llamamiento.

—Es lo mismo que yo pienso—replicó Derstal.—Iré á la cita que me pide.

Entró en su gabinete, y en un pedazo de papel escribió estas solas palabras: «Como lo deseas, Susana, á las cinco de la tarde de hoy estaré en San Luis de Autín, y espera encontrar en mí tanta abnegación como grande es la confianza que me demuestras. Tuyo con todo el corazón.—*Oliverio.»*

Fué á la cocina, donde esperaba el ayuda de cámara.

—Entregue usted esta carta á la señora de Derstal. Máchese en seguida y no pierda un solo instante.

—Dentro de una hora la carta estará en manos de la señora.

Derstal volvió á reunirse con sus amigos, que tomaban el aire y fumaban en la terraza; y sin querer preocuparse con la gravedad de la situación en que se encontraba, y dejando que las circunstancias se encargasen de resolverla, se fueron paseando por la orilla del Sena hasta llegar á Suresnes.

Quando llegó al pórtico de San Luis de Autín,

Derstal sintió que le latía con violencia el corazón. Acababa de separarse de Lavirón y Pinchart en el rincón de la calle de San Lázaro. Los alumnos que salían del Liceo se amontonaban en la calle de Caumartin. Miró su reloj y vió que había llegado con cinco minutos de anticipación. Se detuvo un instante para contemplar á aquellos jóvenes, despreocupados y alegres, que riendo y jugando corrían por la acera. La impaciencia le obligó á entrar. Por la nave de la derecha se dirigió hacia la obscura capilla, en donde se había sentado otra vez al lado de Susana, y sintió una repentina turbación al ver que le estaba esperando. La joven vestía de negro, y al oír pasos que se acercaban, volvió la cabeza, y con rápido movimiento intentó levantarse. Apoyando ligeramente una mano en uno de sus hombros, se lo impidió, y sin decir una palabra fué á colocarse junto á ella. Permanecieron unos instantes sin decirse una palabra y sin mirarse; pero adivinando, por el ligero temblor de sus cuerpos, la opresión de sus corazones. Derstal, cogiendo las manos de Susana, las estrechó con dulzura, y dijo:

—Te estoy muy agradecido, Susana, por haber querido oírme. En ello veo una prueba de que no me eres hostil de un modo irremediable....

—¿Yo?—interrumpió la joven con emoción.—Nunca, sábelo bien, Oliverio, he dejado de hacer los más ardientes votos para que nuestra unión no fuese turbada.... Pero, no he tenido yo la culpa....

—Lo sé, Susana—contestó Derstal con gravedad;—sin tener que sufrir influencias extrañas, hubieras sido la más tierna y la más encantadora de las compañeras. Mientras te he tenido á mi lado sola, y mientras tenías confianza en mí, pensé que podría llegar á apoderarme por completo de tu corazón; pero has tenido que sufrir otras influencias, y todo el terreno que había ganado lo he perdido en un día....

—Oliverio, ¿estoy condenada á verme disputar constantemente por dos partidos irreconciliables, y no podré esperar un poco de tregua por parte de aquellos en medio de los que desearía vivir tranquila y dichosa?

Ante esta queja tan triste y llena de dulzura, Derstal sintió que su corazón se conmovía con sincero afecto. Fijó en Susana una mirada llena de ternura y compasión, y con calor y convencimiento repuso:

—Querida niña, si yo puedo realizar tu sueño, ten la seguridad de que estoy dispuesto á todos los esfuerzos, á todos los sacrificios para conseguirlo. ¿Qué deseas de mí? Habla; yo no me niego á ninguna concesión. De mi afecto obtendrás todo lo que quieras, mientras no sea la renuncia de mi libertad.

—¿Consentirás en vivir á mi lado, como en otro tiempo?—preguntó tímidamente Susana.

—Los resultados de esa primera prueba han sido demasiado enojosos para que tú misma inten-

tes ponerla de nuevo en práctica. Ya sabes muy bien, Susana, que todo el mal ha venido de esa comunidad con tus padres.

—Sí, lo sé; lo veo y lo comprendo. Estoy decidida á libertarme y á vivir independientemente á tu lado.... Mi fortuna es considerable; mi padre me dotó espléndidamente....

— Con demasiada esplendidez, Susana — dijo sonriendo Derstal; — y yo deseo que, si llegamos á realizar tu proyecto, el tren de casa que adoptes esté en relación con mi fortuna, no con la tuya. Me sería penosísimo que pareciese que vivo á expensas de mi mujer. Será preciso que te resignes, si quieres ser la digna compañera de un artista, á limitar tus gastos y á dejar con frecuencia bajo llave tus joyas de reina. Pero todo esto yo sé que lo harás.....

— Con todo mi corazón, Oliverio, sacrificaré mi lujo; pero tú, en cambio, ¿qué sacrificio estás dispuesto á hacer?

Había hablado con una agitación que probaba á Derstal la grande importancia de lo que iba á oír. El momento preciso en que la conversación iba á hacerse decisiva había llegado. Después de haber concedido, Susana iba á pedir. ¿Qué concesión tan importante se proponía exigir á su marido para que su voz temblase y su rostro se hubiese cubierto de intensa palidez?

— Esa mujer — repuso Susana haciendo un esfuerzo y sin atreverse á mirar á Derstal, — esa

Eva Brillant, á cuya casa fuiste ayer, y que tanta influencia ejerce sobre ti, la temo y me parece que ha sido y será la causa de todas mis desdichas.... Su recuerdo es lo que siempre está colocado entre nosotros, y su talento es lo que te ha inspirado en tu trabajo. Á ella la tenías en tu pensamiento en cuanto su arte se te imponía, que es lo mismo que decir todos los momentos de tu vida. Es la rival despótica y triunfante, contra la que presiento que tendré que luchar. Y si los lazos que en el porvenir te unan á ella no son carnales, no por esto serán menos poderosos, pues estarán formados por vuestros éxitos comunes. Así, Oliverio, yo no podría vivir obsesionada por la idea de tener que compartirme con otra mujer. Mis alegrías estarían envenenadas; mis esperanzas se marchitarían. Yo no toleraría que me engañases con el pensamiento todas las horas de tu trabajo. Cada vez que la hicieras ensayar me diría: intelectualmente se entrega á ella tanto y aun más que si se entregase físicamente. Sería una tortura demasiado cruel, no podría resistirla.

Derstal la miró con fijeza. Susana estaba arrebatada, temblorosa, febril: sus manos se crispaban; en la sombra sus ojos centelleaban. Apoyándose en cada una de las palabras para hacerse comprender mejor, el compositor dijo:

— En lo que á ella se refiere, ¿qué condición me impondrías?

— Que no la vieses más. Tú exiges que yo te

sacrifique mi familia; sea. Yo quiero que, en cambio, me sacrifiques tu intérprete. Yo me separaré de los míos para vivir contigo y del modo que quieras; pero Eva Brillant no cantará nunca más un papel escrito por ti.

Esto fué dicho claramente, con una franqueza que rayaba en la brutalidad. La americana práctica y resuelta se apareció á los ojos de Derstal. Creyó que oía á los Brandón que le notificaban este ultimátum. Inclino la cabeza, y antes de formular una respuesta, de la que iba á depender todo su porvenir, creyó que le era necesario reflexionar. Le pareció que en la renuncia á la intérprete soberana que había asegurado el triunfo de su obra, se simbolizaba la misma cuestión que era causa de la discordia existente entre Susana y él: en Eva se encarnaba el sueño artístico que debía dominar todo el pensamiento del compositor; en Susana se materializaba el bienestar, lindante con las tranquilas satisfacciones, en las que sus facultades creadoras se habían embotado. Eva era la fuente de fecunda inspiración en donde su imaginación recobraría fuerzas para nuevas obras; Susana era la felicidad tranquila, florida y acariciante, en donde se entorpecería su energía.

En visión rápida se evocó ante él el camino áspero, rudo y sembrado de obstáculos que tantas veces le había mostrado Lavirón, y al final del que se conquistaba la gloria de un modo definitivo. Poderosa, con alas, llevando casco de oro, lo mismo

que una Walkyria guiando hacia las cimas de Walhalla, Eva se le apareció como la inspiradora que le conduciría por los caminos de su brillante carrera hasta la meta del triunfo. Sacrificarla á las tranquilidades fáciles de la vida al lado de Susana, era apartarse de su destino. Desde aquel momento, el partido de Derstal estuvo tomado. En el silencio de la capilla inundada de sombras, como la otra vez cuando había encontrado á Susana en su camino, se resolvió, costase lo que costase, á devolverle su libertad. Con voz sorda y con acento dolorido dijo:

— Gracias, Susana, por haber tenido el valor de la franqueza. De este modo has conseguido que ya no pueda existir ningún equívoco entre nosotros. Las condiciones de nuestra existencia han sido planteadas por ti con una exactitud rigurosa. Tu razón ha sido la que ha hablado. Te voy á contestar con mi conciencia. Nosotros no somos, no hemos sido nunca el uno para el otro. Las condiciones de tu vida no pueden estar nunca de acuerdo con las de la mía, y tratar de conciliarlas sería una locura. Nos hemos convencido cruelmente de ello, fracasando dos veces al intentar compaginarlas. Nos queremos, pero nos haríamos sufrir constantemente, y nuestras existencias no serían más que un gemido prolongado que se bañaría en la sangre de nuestros corazones. Tu generosidad ha sido muy grande al ofrecerme romper con tus gustos y costumbres para amoldarse á mis preferen-

cias y obligaciones. Pero no hay que hacerse ilusiones: no podrías sujetarte á ellas durante mucho tiempo. Nada en las alegrías que yo podría procurarte te compensaría del sacrificio que estás dispuesta á hacerme, porque las satisfacciones que yo podría hacerte gustar son de un género al que no eres muy sensible. Tú no tendrías en mí la ciega confianza que te sería necesaria para vivir tranquila y sin experimentar el horrible tormento de los celos. Hoy me pides que renuncie á Eva Brillant; mañana sería otra cosa la que amargaría la existencia, y de tormento en tormento, de exigencia en exigencia, nos volveríamos á encontrar pronto en el preciso momento en que nos encontramos ahora. La incompatibilidad más completa y absoluta forma entre nosotros un abismo que nunca podremos salvar. Yo sólo vivo de sueños, y tú no concibes más que realidades. Mis mismas heroínas, creaciones de mi cerebro, queridas y acariciadas por mí, se convertirían pronto para ti en rivales odiosas. Te vería desgraciada, y con el fin de consolarte, no tendría más recurso que renunciar á mi arte. Ya sabes adónde me habría conducido esta renuncia: á la desesperación, casi á la locura. Te lo digo, pues, con angustia, pero con sinceridad absoluta: sepárate de mí, querida niña, á pesar de lo que puedas sufrir y de lo que sufriré yo mismo; sólo conseguiríamos hacernos mucho daño. El amor nos había reunido un instante; la razón debe separarnos. La ley de la vida es vivir,

antes que otra cosa, y nosotros no podríamos vivir juntos. ¡Adiós, Susana! Sé dichosa. Ante mis ojos brillará siempre tu imagen. En cada una de mis obras habrá algo que te hará palpar, y será el homenaje supremo de un buen recuerdo por la felicidad que has querido darme. Y cuando más tarde oigas una obra que esté firmada con mi nombre, si alguna frase acariciadora y dolorida resuena en tus oídos agitando tu corazón, podrás decir: «Al escribirla, pensaba en mí.»

Las palabras de Derstal acabaron con un sollozo. Susana, desfalleciente, permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada en el respaldo del reclinatorio. El artista se inclinó; rozó con sus labios su hermosa cabellera, y sin una palabra, sin otro ¡adiós!, se alejó. En el silencio de la nave sus pasos resonaron. Un gemido destrozó el pecho de la joven; recobró el sentido de la realidad, miró á su alrededor y se encontró sola. Derstal, como el fantasma de los días pasados, había desaparecido.

En el mirador de uno de los más hermosos hoteles de Vewpart, Susana, tendida en una mecedora contemplaba abstraída el mar, que á lo lejos formaba sus olas grises. No era el agua azul del Mediterráneo, ornando con ligeras arrugas la blanca arena de la playa; ni las olas verdes, como las algas, que rompen en los peñascos de las costas nor-

mandas: era el ancho océano que separa los dos mundos. En el salón vecino Brandón se paseaba con lentitud, al tiempo que dictaba una carta de negocios á su estenógrafo. Se oyó un ruido de pasos, y Jim, contento, radiante y transformado, apareció, llevando en la mano un ramo de rosas. Se acercó á Susana con sonrisa de satisfacción, y dejando las flores en las rodillas de la joven, dijo:

—¿Aún no estás vestida, Susana? No olvides que la cita es á las dos, y que tenemos que andar mucho en coche para llegar á las carreras.....

—El aire fresco de la mañana me ha emperizado y no me he dado cuenta del tiempo que pasaba..... No tardaré en vestirme. ¿Ocurre algo nuevo, Jim?

—Nada que yo sepa, querida. No he leído los periódicos de la mañana. Todo cuanto ocurre en el universo entero me es indiferente..... No me ocupo más que de ti. ¡De aquí á dos meses, Susana, serás mi mujer! ¿Piensas en ello?

—Sí, Jim, pienso en ello; pues este matrimonio será la alegría de mis padres y su felicidad—dijo la joven, haciendo un esfuerzo para sonreír.

—Y tu felicidad también, Susana—replicó Jim con repentina gravedad.—¡Oh! Estoy seguro de que tengo que indemnizarte de las decepciones que has experimentado. ¡Te quiero tanto!..... Dame la mano..... y mírame.

Susana tendió la mano con abandono, y con

melancólica dulzura levantó los ojos. Jim estrechó aquellos lindos y afilados dedos, los rozó con sus labios, y con más docilidad que ternura en la mirada, exhaló un suspiro. En aquel momento Harry salió del salón.

—Jim, mi padre preguntaba hace un momento por ti. Necesita un dato para la correspondencia.

—Voy enseguida.

Harry se acercó entonces á su hermana, y con la espalda apoyada en el piano, que estaba entre las preciosas plantas, continuó leyendo con la mayor atención el periódico que al entrar traía en la mano. Luego golpeó con fuerza el papel, como si hubiese querido hacerle daño, y su frío rostro se contrajo por el furor. Con asombro, Susana se volvió hacia su hermano para preguntarle:

—¿Te ocurre algo?

—¿Que si me ocurre algo?—dijo con sorna.—¿Y eres tú quien me lo pregunta?

Golpeó de nuevo el periódico, como si hubiese abofeteado á un enemigo, y luego, arrojando el papel al lado de las rosas que estaban sobre las rodillas de su hermana, exclamó:

—Toma, lee tú misma, porque, en verdad, estas palabras quemarían mis labios al pronunciarlas. ¡Ah! Esos parisienses estúpidos é idiotas que se dejan alucinar con sistemas y arrastrar con palabras. Lee, Susana, lee.

Cogiendo otra vez el periódico, lo arrugó con rabia, y señaló el título de un artículo:

«Primera representación de *La Veneciana* en la Ópera.....»

Soltó una carcajada, golpeó el suelo con el pie, y con el rostro descompuesto por la ira repuso:

—Antes de leer, oye el fragmento musical que dan en la cuarta plana..... Hé aquí lo que admirarán, lo que aplauden, lo que llaman una obra maestra.

Y sin preocuparse por la emoción de su hermana, cuyo rostro se había cubierto de intensa palidez, se sentó al piano, y con compás distinto al indicado trató de destrozar el espléndido preludio del tercer acto, tocándolo como especie de *cake-walk*, y golpeando furiosamente el teclado. Pero, á pesar de todo, á despecho de la traición, la hermosa melodía se desenvolvió con tanta magnificencia que Harry mismo, turbado y rebosando envidia, quitó con desesperación el periódico del atril y lo arrojó á los pies de Susana, que seguía sin decir una palabra y presa de indecible emoción. La joven lo recogió con gesto lacio, lo desarrugó y, buscando el artículo, leyó, firmado por Lavirón, el justo panegírico de la obra aclamada. A medida que fué adelantando en su lectura, la joven vió reproducirse ante sus ojos los días de tristeza y de lucha, durante los cuales el compositor, dolorido y desfalleciente, se agitaba en medio de los obstáculos de la vida tumultuosa que ahogaba su pensamiento; luego las horas de gozo pasadas en la modesta casita de Saint-Cloud, cuando

Derstal, otra vez en posesión de sí mismo, había escrito, con toda la fuerza de su orgullo, el último acto de su obra, cuyo preludio, insultado en aquel momento por Harry, y tocado una tarde por su autor en la tenue palidez de un crepúsculo, repercutía en sus oídos.

Hizo un esfuerzo para que sus ojos continuasen leyendo el artículo y su espíritu signiese comprendiéndolo. Lavirón decía: «Y ahora, seguro de su arte y dueño de sus ideas, el autor de *La Veneciana* no tiene más que dirigirse con paso seguro hacia el porvenir. El camino de la gloria, cuyas primeras etapas son tan rudas, se abre ante él. Lo ha regado con sus lágrimas, y su genio, formado con la sensibilidad y el encanto, sabe con qué amarguras ha pagado la inspiración que hoy seduce á sus admiradores. Pero no importa. El primer cuidado de un artista debe ser el de no mentir á su destino.....»

El periódico, libre de la presión de las manos, cayó al suelo. Harry, con los ojos muy abiertos, contemplaba á Susana como gozando con su angustia.

—Y bien—dijo con acritud,—es un éxito inmenso. Vuelve otra vez á ser un grande hombre. ¿Lamentarás no llevar ahora su nombre?

—No, Harry—contestó la joven con dulzura;—no lamento haberle dejado libre, pues Oliverio es de los hombres que mueren en la cautividad, y sé muy bien que en medio de nuestro Injo se sentía

más cautivo que si hubiese estado en el fondo de una galera. Su amigo Lavirón lo dice: «Lo principal es no mentir al destino.» Yo le he devuelto al suyo, que no era otro que el de cantar libre, pobre tal vez, pero seguro de su canto, inspirado y sublime. Yo no era la mujer que necesitaba. Me lo dijo el último día de nuestra vida común con un dolor y una nobleza que nadie más que yo podrá nunca comprender. Pero toda mi vida conservaré alegría y orgullo por haberle pertenecido. Tú le odias, Harry, porque durante el tiempo que estuvo entre nosotros no llegaste á comprenderle ni un solo minuto. De esto provino tu hostilidad. Créeme: es perfectamente bueno, perfectamente tierno y perfectamente delicado.....

—A juzgar por lo que oigo, le echas de menos con toda tu alma.

—Le echaré de menos toda la vida.

—Entonces, ¿por qué no te quedastes con él cuando te lo propuso?

—Porque al oírle hablar con tanta franqueza comprendí que iba á ser causa de su perdición y de la mía. Lo repito, no soy la mujer que necesitaba, y en el fondo creo que los hombres como él no pueden querer, y que no hay mujeres sobre la tierra que puedan sujetarlos..... No sienten pasión verdadera más que por su arte, y todo lo que les separa de él acaba por serles odioso.

—Di más bien que son monstruos que hacen un culto de su personalidad. No hay en el mundo se-

res más insoportables. Es preciso sacrificarlo todo á su interés y á su celebridad; prefiero cien veces á Jim..... Sin duda alguna será un excelente marido, un buen padre y un cuñado inmejorable.....

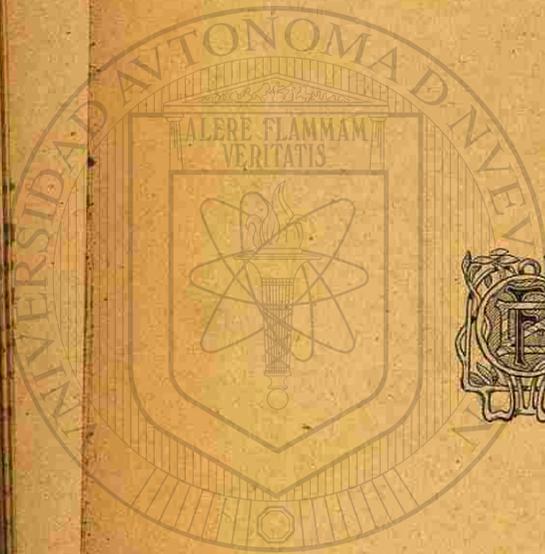
Susana miró á Harry con desdén, y encogiéndose de hombros contestó:

—Ya he dicho que nunca me arrepiento de lo que hago. Creo que he vuelto á mi verdadero camino, que no es otro que el de la vida brillante y frívola. Derstal ha vuelto también al suyo verdadero, que es el de la gloria..... Jim es un excelente muchacho, que es sobrino de mi padre y amigo tuyo; pero créeme, Harry, Jim no te habría hecho nunca *Atala*.

La cólera puso lívido á Harry; quiso replicar, pero Susana se levantó sonriendo, puso el periódico en el atril del piano y agregó:

—Has tratado de destrozar ese preludeo hace un momento..... Vano esfuerzo. Yo se lo he oído tocar al autor..... Hé aquí como debe interpretarse.

Y apoyando sus blanquísimos dedos en el teclado, se puso á ejecutar el suave y poético fragmento de *La Veneciana*, cuyas temblorosas armonías pasaron rápidamente sobre las olas, arrastradas por la brisa, y fueron llevadas hacia aquel que había evocado el impercedero recuerdo.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



